

BRITTANY CAVALLARO

LOS MISTERIOS DE CHARLOTTE HOLMES



OZ
EDITORIAL

LOS MISTERIOS DE CHARLOTTE HOLMES

Brittany Cavallaro

Traducción de Marina Rodil



CONTENIDOS

Página de créditos

Sinopsis de Los misterios de Charlotte Holmes

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

LOS MISTERIOS DE CHARLOTTE HOLMES

V.1: septiembre de 2019

Título original: *A Study in Charlotte*

© Brittany Cavallaro, 2016

© de la traducción, Marina Rodil, 2019

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2019

Todos los derechos reservados.

Corrección: Elisa Germán

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Oz Editorial

C/ Aragó, n.º 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-17525-43-9

IBIC: YFCF

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Los misterios de Charlotte Holmes

Holmes y Watson como nunca los habías visto

Jamie Watson siempre ha sentido curiosidad por Charlotte Holmes; después de todo, sus antepasados, Sherlock Holmes y John Watson, son la pareja de detectives más famosa de la historia. Pero Charlotte ha heredado las extravagancias y el carácter volátil de su trastatarabuelo, y su primer encuentro en el internado de Sherringford no augura una buena relación... Sin embargo, la terrible muerte de un estudiante en circunstancias terroríficas obligará a la joven pareja a cooperar a pesar de sus diferencias.

Nadie está a salvo en Sherringford, y Jamie y Charlotte descubrirán que las únicas personas en las que pueden confiar para descubrir la verdad y salvar sus vidas son ellos mismos.

«Los misterios de Charlotte Holmes es intrigante, juvenil, divertida, y un maravilloso juego de espejos con los libros de sus familiares Watson y Holmes, una mezcla muy atractiva para lectores de todas las edades.»

Juan Salvador López, librería Estudio en Escarlata

«No tenía ni idea de que tales individuos existiesen fuera de las historias.»

Estudio en escarlata, sir Arthur Conan Doyle

Capítulo 1

La primera vez que la vi fue al final de una de esas noches interminables de entre semana que solo puedes pasar en un colegio como Sherringford. Era medianoche, o quizás justo después, y yo había pasado las últimas horas en mi habitación poniéndome hielo en el hombro que me había dislocado al hacer una melé que fracasó a los pocos minutos de empezar. Aquí, los entrenamientos solían ser así. Lo aprendí durante la primera semana de clase, cuando el capitán del equipo me estrechó la mano con tanta voracidad que pensé que iba a engullirme. El equipo de *rugby* de Sherringford hacía tiempo que terminaba la temporada en los últimos puestos de la clasificación. Pero este año no sería así. Kline se había asegurado de recordármelo, sonriendo con todos esos pequeños y extraños dientes. Me habían fichado. Yo era su mesías del *rugby*, razón por la que el colegio me había ofrecido una beca que no solo cubría mi matrícula de primero, sino también mis desplazamientos. Todo un logro cuando tienes que ir a ver a tu madre a Londres cada vez que hay vacaciones.

Por eso, el único problema que había era lo mucho que odiaba el *rugby*. Había cometido el terrible error de sobrevivir a un *maul** en el campo de juego de mi colegio londinense el año anterior, gracias al que, casi de forma accidental, nuestro equipo había logrado la victoria. Solo me había arriesgado porque, por primera vez, Rose Milton se hallaba en la tribuna y yo la había amado en secreto durante dos apasionados y espantosos años. Claro que, como descubrí después, el director deportivo de Sherringford también se encontraba entre el público, en primera fila, ojeando a los jugadores. Como veis, teníamos un equipo de *rugby* bastante bueno en el colegio de Highcombe.

Malditos sean todos.

En especial mis nuevos compañeros de equipo, con esos ojos bovinos y el cuello ancho como los toros. A decir verdad, odiaba incluso Sherringford, las praderas verdes ondulantes, los cielos despejados y el centro de la ciudad, que parecía más pequeño que la habitación con paredes de hormigón que me habían asignado en el edificio de Michener Hall. Aunque tenía varias tiendas de *cupcakes*, no había ningún sitio decente en el que pedirte un plato de *curry*. El centro estaba solo a una hora de donde vivía mi padre, que no dejaba de amenazarme con venir a hacerme una visita. «Amenazar» era la palabra exacta. Mi madre quería que nos conociéramos mejor, porque se habían divorciado cuando yo tenía diez años.

Pero yo echaba de menos Londres como si me faltara un brazo o una pierna, y eso que solo había sido mi hogar durante algunos años, porque por mucho que mi madre insistiera en que la vuelta a Connecticut sería como regresar a casa, yo la consideraba más como volver a una cárcel muy bien cuidada.

Todo esto es para que entendáis que, aquel septiembre, podría haber encendido una cerilla y haberme puesto a contemplar felizmente cómo ardía Sherringford. Y aun con esas, incluso antes de conocer a Charlotte Holmes, estaba seguro de que ella sería la única amiga que haría en aquel deprimente lugar.

* * *

—¿Me estás diciendo que eres ese Watson? —Tom estaba entusiasmado. Disimuló su acento del

Medio Oeste con el *cockney* más monótono que yo había escuchado en mi vida.

—¡Mi querido amigo! ¡Mi queridísimo compañero! ¡Watson, ven aquí, te necesito!

La habitación que compartíamos, una celda más bien, era tan pequeña que cuando le hice una peineta con el dedo, casi le saco el ojo.

—Eres un genio, Bradford. Te lo digo en serio. ¿De dónde sacas la inspiración?

—Oh, venga ya, tío. Esto es perfecto. —Mi compañero de habitación se guardó las manos en los bolsillos del chaleco de punto con rombos que siempre llevaba debajo de la chaqueta. A través de un agujero que habían hecho las polillas, vi como se retorció el pulgar derecho de la emoción—. La fiesta de esta noche es en Lawrence Hall. Y Lena la organiza porque su hermana siempre le envía vodka. ¿Y sabes *quién* es la compañera de habitación de Lena...? —Arqueó las cejas varias veces.

Al oír aquello, tuve que cerrar el libro.

—No me digas que estás intentando liarme con mi...

—¿Con tu alma gemela? —Mi cara debía de reflejar una expresión de ira, porque Tom me puso las manos en los hombros—. No estoy intentando liarte con Charlotte —dijo muy serio, vocalizando todas las palabras—. Lo que quiero es emborracharte.

Charlotte y Lena habían establecido su campamento en el sótano de Lawrence Hall. Como Tom me había asegurado, no nos resultó difícil pasar por delante de la celadora. Todos los dormitorios tenían una, además de un montón de supervisores. Eran mujeres mayores, del pueblo, que velaban por los estudiantes desde la recepción de las residencias. Clasificaban el correo, se encargaban de las tartas de cumpleaños, te escuchaban cuando estabas nostálgico... Pero también te hacían cumplir las normas de la residencia. La celadora de Lawrence tenía fama de quedarse dormida en su puesto.

La fiesta se celebraba en la cocina del sótano. Allí había platos, ollas e incluso un fogón alargado con cuatro quemadores. Las sartenes estaban tan abolladas que parecía que las habían llevado a la guerra. Tom se apretujó contra los fogones mientras yo cerraba la puerta al pasar. En cuestión de segundos, uno de los mandos le dejó una marca de grasa con forma de media luna en el chaleco. La chica que tenía al lado con un vaso en la mano sonrió ligeramente y se volvió hacia sus amigos. Debía de haber al menos treinta personas allí dentro, apelotonadas, codo con codo.

Tom me agarró el brazo y empezó a abrirse camino a empujones hasta que llegamos al fondo de la diminuta cocina. Me sentía como si me estuvieran arrastrando por un armario oscuro, frío y húmedo, hacia una Narnia llena de borrachos.

—Ese es el camello del pueblo. Está vendiendo drogas —me susurró—. Y ese es el hijo del gobernador Schumer. El que se las está comprando.

—Genial —dije sin prestarle mucha atención.

—¿Y esas dos chicas? Se van de veraneo a Italia... y sí, utilizan la expresión «irse de veraneo». Sus padres dirigen una operación de perforación en alta mar.

Levanté una ceja.

—¿Qué? Soy pobre, me fijo en esas cosas.

—Claro. —Si era un chiste, era muy malo. Puede que Tom llevara un agujero en el chaleco, pero, en nuestra habitación, tenía el portátil más delgado y ligero que había visto en mi vida—. Eres pobre.

—Hablo desde un punto de vista comparativo. —Tom me arrastró tras él—. Tú y yo pertenecemos a la clase medio-alta. Somos la plebe.

La fiesta era ruidosa y había mucha gente, pero Tom estaba decidido a arrastrarme por toda la

estancia hasta la pared del fondo. No supe por qué hasta que una voz extraña se coló entre el humo de un cigarrillo.

—Jugamos al Texas Hold'em —dijo, con voz ronca, pero con un rigor extraño y salvaje, como un filósofo griego borracho soltando una perorata en una bacanal—. Y la entrada para la partida de esta noche son cincuenta dólares.

—O tu alma —pio otra voz, una normal. Y las chicas que teníamos delante se rieron.

Tom se volvió para sonreírme.

—Esa es Lena. Y esa de allí es Charlotte Holmes.

Lo primero que vi fue su pelo, negro y brillante, que le caía hasta los hombros. Estaba inclinada sobre la mesa de juego para recoger un puñado de fichas y no le veía la cara. No pasaba nada, me dije a mí mismo. Daba igual si yo no le gustaba. ¿Y qué si en otra parte —da marcha atrás cien años y cambia y cruza el océano Atlántico—, otro Watson se había convertido en un buen amigo de otro Holmes? Las personas se hacían mejores amigas las unas de las otras todo el rato. Seguro que había mejores amigos en este colegio. Docenas. Cientos.

Aunque yo no tuviera ninguno.

Se sentó, de golpe, con una sonrisa malévola. Las cejas eran unas llamativas líneas oscuras sobre el rostro pálido y enmarcaban los ojos grises y la nariz recta. En conjunto, era incolora y seria, pero aun así resultaba hermosa. No de la forma en que las chicas suelen ser guapas normalmente, sino más bien en la que un cuchillo refleja la luz y te hace querer tenerlo entre las manos.

—Reparte, Lena —dijo dándome la espalda. Y fue justo entonces cuando identifiqué su acento. No cabía duda de que era de Londres, como yo. Durante un instante, sentí tanta nostalgia que pensé que iba a hacer un ridículo espantoso lanzándome a sus pies y rogándole que me leyera la guía telefónica con aquella voz extravagante, que nada tenía que ver con la de una chica tan delgada y angulosa.

Tom se sentó, lanzó cinco fichas sobre la mesa —al inspeccionarlas más de cerca, resultaron ser los botones de latón de su chaqueta— y se frotó las manos de forma teatral.

Yo tendría que haber dicho algo ingenioso. Algo extraño, gracioso y un poco morboso. Algo que pudiera pronunciar entre dientes, mientras me dejaba caer en el asiento que había a su lado. Algo que le hiciera levantar la mirada bruscamente y pensar: «Quiero conocerlo».

No se me ocurría nada.

Di la vuelta y salí huyendo.

* * *

Tom llegó a la habitación horas más tarde con las manos alegremente vacías.

—Me ha desplumado —rió—. Lo recuperaré la próxima vez. —Fue entonces cuando me enteré de que las noches de póker de Holmes se celebraban semanalmente desde que se plantara aquí el año anterior. Se habían vuelto más populares a partir de que Lena empezara a llevar el vodka—. Y probablemente también más lucrativas para Charlotte —añadió Tom.

Durante las siguientes semanas, pospuse la alarma una y otra vez con la esperanza de que las mañanas se pasaran y me dejaran en paz. Lo peor eran las clases de francés a primera hora, impartidas por el autoritario *monsieur* Cann y sus tirantes rojos, cuyo bigote encerado parecía haber salido de la pared de un taxidermista. La mayoría de los alumnos de Sherringford llevaban allí desde el primer curso y, al ser tan temprano, lo que todo el mundo quería hacer era sentarse

con sus viejos amigos y ponerse al día sobre lo acontecido la noche anterior. Yo no tenía ningún viejo amigo, de manera que me agencié una mesa doble e intenté no quedarme dormido antes de que sonara el timbre.

—He oído que anoche ganó como quinientos dólares —dijo la chica que tenía delante mientras se hacía una coleta con su melena pelirroja—. Seguro que juega por internet para practicar. No es justo. Ni que le hiciera falta el dinero. Su familia tiene que estar forrada.

—Cierra los ojos —le dijo su compañera de mesa, y le sopló delicadamente en la cara—. Tenías una pestaña. Ya, yo también lo he oído. Su madre es una duquesa o algo así. Pero qué más da. Seguro que se lo gasta en esnifar algo por la nariz.

La pelirroja se despertó con aquello.

—Yo he oído que se lo pincha en el brazo.

—Me pregunto si podría presentarme a su camello.

El timbre sonó y *monsieur Cann* exclamó: «*Bonjour, mes petites*», y me di cuenta de que, por primera vez en semanas, me sentía completamente despierto.

Pasé el resto de la mañana pensando en aquella conversación y en lo que quería decir sobre ella. Charlotte Holmes. Porque no podían estar refiriéndose a otra persona. Seguía dándole vueltas mientras cruzaba el patio interior y esquivaba personas a diestro y siniestro. El césped estaba lleno de estudiantes, así que no tendría que haberme sorprendido cuando la chica en la que estaba pensando salió de lo que parecía ser una puerta invisible y se plantó directamente en mi camino.

No me tropecé con ella, no soy tan torpe. Pero los dos nos quedamos parados y empezamos con ese horrible movimiento de pies de «izquierda, derecha, tú primero, no, tú primero». Al final me rendí. «A la mierda», pensé testarudamente, «es un campus pequeño y no puedo esconderme para siempre, debería lanzarme y...».

Le tendí la mano.

—Perdona, creo que no nos conocemos. Soy James. Soy nuevo aquí.

Se quedó mirándola, con el ceño fruncido, como si le estuviera ofreciendo un pez o una granada explosiva. Era un día soleado y caluroso, la última bocanada de verano de principios de octubre, y casi todos llevaban la chaqueta del uniforme colgando sobre un hombro o debajo del brazo. La mía estaba en la cartera y me había aflojado la corbata según bajaba por el camino, pero Charlotte Holmes iba tan cuidadosamente arreglada que parecía que fuera a dar un discurso sobre etiqueta. Llevaba puestos unos pantalones ajustados azul oscuro en lugar de la falda plisada que lucían la mayoría de las chicas. La camisa blanca estaba abotonada hasta el cuello y el lazo parecía planchado. Me encontraba lo bastante cerca de ella como para fijarme en que olía a jabón, no a perfume, y que llevaba la cara tan despejada como si se la acabara de lavar.

Podría haberla mirado durante horas —a esta chica que me había intrigado, a intervalos, toda la vida— si sus ojos incoloros no se hubieran entrecerrado para mirarme con sospecha. Me estremecí como si hubiera hecho algo malo.

—Soy Holmes —dijo por fin con aquella voz entrecortada y maravillosa—. Pero eso ya lo sabías, ¿no?

Vamos, que no iba a estrecharme la mano. Me las guardé en los bolsillos.

—Así es —admití—. Igual que tú sabes quién soy yo, supongo.

—¿Quién te envía? —Había una especie de aceptación y rotundidad reflejada en su rostro—. ¿Ha sido Dobson?

—¿Lee Dobson? —Desconcertado, negué con la cabeza—. No. ¿Enviarme para qué? A ver,

sabía que estarías aquí, en Sherringford. Mi madre me dijo que los Holmes te habían traído aquí, porque mantiene el contacto con tu tía Araminta. Se conocieron en algo benéfico, creo. Firmaron el manuscrito de *El último saludo de Sherlock Holmes*, ¿no? Fue para unos pacientes con leucemia o algo así y ahora se mandan correos electrónicos. ¿Estás en mi curso? Eso nunca me quedó claro. Aunque llevas un libro de biología, así que debes de estar en segundo. ¡Ja, una deducción! Quizá sea mejor evitarlas.

Estaba balbuceando como un idiota, lo sabía, pero ella se mantenía tan estirada y quieta que parecía una figura de cera. Distaba tanto de la chica lanzada y desenvuelta que había visto en la fiesta que no había forma de entender qué le había pasado desde entonces. Pero mi cháchara parecía tranquilizarla y, aunque no resultaba divertida, morbosa o ingeniosa, la mantuve hasta que relajó los hombros y sus ojos perdieron por fin una parte de su marcada tristeza.

—Por supuesto que sé quién eres —dijo cuando me detuve finalmente para coger aire—. Mi tía Araminta me habló de ti y Lena también, claro está, aunque resulte obvio. Hola, Jamie. —Me tendió una mano pequeña y pálida y la estreché.

—Odio que la gente me llame Jamie, la verdad —contesté, afligido—, así que puedes llamarme Watson.

Holmes me sonrió con la boca cerrada.

—Está bien, Watson entonces —respondió—. Tengo que ir a comer.

Nunca había oído una despedida como aquella.

—Claro —dije, acallando mi decepción—. De todas maneras, había quedado con Tom, así que debería marcharme.

—Vale, nos vemos. —Me rodeó cuidadosamente.

Como no podía dejar las cosas así, grité:

—¿Qué he hecho mal?

Holmes me lanzó una mirada ilegible por encima del hombro.

—El baile de bienvenida es el fin de semana que viene —comentó fríamente, y siguió su camino.

Según todos (y con eso, en realidad, me refiero a mi madre), Charlotte era la mismísima representación de los Holmes y, viniendo de mi madre, aquello no era un cumplido. Pensaréis que, después de todo este tiempo, nuestras familias se habían separado poco a poco y, en términos generales, supongo que así fue. Sin embargo, mi madre se encontraba a menudo con algún Holmes en las recaudaciones de fondos de Scotland Yard, en las cenas de los premios Edgar o, como en el caso de Araminta, la tía de Holmes, en una subasta de las pertenencias del agente literario de mi trastatarabuelo: Arthur Conan Doyle. Siempre me había sentido cautivado por la idea que tenía de esta chica, la única Holmes de mi edad (de pequeño pensaba que nos conoceríamos y que los dos viviríamos peligrosas aventuras), pero mi madre siempre me desalentaba sin razón alguna.

No sabía nada de ella salvo que la policía le había permitido colaborar en su primer caso cuando tenía diez años. Los diamantes que había ayudado a recuperar valían tres millones de libras. Mi padre me lo había contado durante la llamada telefónica semanal que manteníamos en un intento de que me abriera a él. Pero no había funcionado. Al menos no de la forma que él tenía planeada.

Soñé con el robo de aquel diamante durante meses, con cómo podría haber estado a su lado y haber sido su compañero fiel. Una noche, la ayudaba a bajar al interior de un banco suizo desde una claraboya, siendo mi cuerda lo único que la sujetaba por encima del suelo plagado de trampas. La siguiente, corríamos a través de los vagones de un tren fuera de control, perseguidos

por unos bandidos con máscaras negras que nos gritaban en ruso. Cuando veía alguna noticia sobre una pintura robada en la portada del periódico, le decía a mi madre que Charlotte Holmes y yo resolveríamos el caso. Mi madre me cortaba diciendo: «Jamie, si intentas hacer algo semejante antes de cumplir los dieciocho, venderé hasta el último de tus libros de la noche a la mañana, empezando por el que te firmó Neil Gaiman».

Antes de que se divorciaran, mi padre solía decir mientras levantaba una ceja intencionadamente: «¿Sabes? Tu madre solo es una Watson porque se casó conmigo».

La única conversación real que mantuvimos mi madre y yo sobre los Holmes tuvo lugar justo antes de que me marchara. Habíamos hablado de Sherringford, o mejor dicho, *ella* había soltado un monólogo sobre lo mucho que me gustaría, mientras yo empaquetaba las cosas del armario en silencio, preguntándome si al tirarme por la ventana me mataría como es debido o solo me rompería las dos piernas. Al final, para hacerle daño (y también porque era verdad), me vi obligado a decirle lo que yo quería: que estaba emocionado y nervioso por conocer finalmente a mi semejante de la familia Holmes.

Y no salió muy bien...

—¡Dios sabe lo que tuvo que soportar tu trastatarabuelo de ese hombre! —dijo con los ojos en blanco.

—¿De Sherlock? —pregunté. Al menos ya no estábamos hablando de Sherringford.

Mi madre carraspeó.

—Siempre pensé que debía de estar aburrido. Los caballeros victorianos, ya sabes... No les ocurrían muchas cosas. Pero nunca me pareció que su amistad fuera recíproca. Esos Holmes... son unos chalados. Aún instruyen a sus hijos en las artes deductivas desde que nacen. Les disuaden de hacer amigos, o eso he oído. No puedo decir que sea sano mantener a un niño tan alejado de todo. Araminta es bastante simpática, supongo, pero claro, tampoco vivo con ella. Ni me imagino cómo tuvo que ser para el bueno del doctor Watson. Lo último que necesitas es juntarte con alguien como ella.

—Tampoco es que vaya a casarme con ella —dije, escarbando en la parte de atrás del armario en busca de la equipación de *rugby*—. Solo siento interés por conocerla, eso es todo.

—Me he enterado de que es de las más raras de los Holmes —insistió—. Además, no la han enviado a Estados Unidos por diversión, que digamos.

Me quedé mirando la maleta con atención.

—No, eso no suele considerarse precisamente un premio.

—Bueno, espero por tu bien que sea encantadora —dijo mi madre deprisa—. Límitate a tener cuidado allí, cielo.

Resulta estúpido admitirlo, pero mi madre no suele equivocarse. Me refiero a que todo aquel asunto de enviarme a Sherringford era una idea pésima, aunque en el fondo lo entendía. Mi madre había estado pagando bastante dinero, que en realidad no teníamos, para que yo fuera al colegio Highcombe porque yo había insistido en que quería ser escritor. Había algunos novelistas famosos que daban clases allí, pero ninguno de ellos se encariñó conmigo. Sherringford, a pesar de sus claros inconvenientes (Connecticut, mi padre), tenía un programa de lengua y literatura igual de potente o más. Además, se ofrecían a acogerme gratis mientras realizara para ellos, de vez en cuando, la mejor imitación que me fuera posible de un jugador de *rugby* entusiasmado.

Pero en Sherringford me guardé lo de ser escritor para mí mismo. El miedo, convertido en un zumbido constante que me acechaba, me impedía enseñarle mi trabajo a nadie. Cuando tienes a alguien como el doctor Watson en tu familia, no quieres dar rienda suelta a las comparaciones.

Como hacía todo lo posible por ocultar mi trabajo, me sorprendí cuando casi salió a la luz aquel día durante la comida.

Tom y yo habíamos cogido unos sándwiches y nos habíamos sentado bajo un fresno, en un extremo del patio interior, con otros chicos de Michener Hall. Tom estaba buscando en mi cartera un papel para tirar el chicle. Normalmente, me habría molestado que alguien revolviera con descuido entre mis cosas, pero él estaba actuando como lo haría cualquiera de mis viejos amigos de Highcombe, de manera que se lo permití.

—¿Puedo arrancar una hoja de aquí? —preguntó, con un cuaderno en alto.

Logré contenerme para no quitárselo de las manos por pura fuerza de voluntad.

—Sí —contesté con indiferencia mientras sacaba unas patatas fritas de la bolsa.

Lo hojeó, deprisa al principio, pero más detenidamente a medida que avanzaba.

—Oh —dijo, y le lancé una mirada de advertencia que no vio.

—¿Qué son? —preguntó alguien—. ¿Poemas de amor? ¿Historias eróticas?

—Rimas humorísticas —respondió Dobson, uno de mis compañeros de residencia.

Tom se aclaró la garganta, como si estuviera a punto de ponerse a leer una de las páginas de lo que, en realidad, era mi diario.

—No, dibujos de tu madre. —Lo agarré, arranqué una hoja de la parte de atrás y me aseguré de guardarlo debajo de la rodilla después—. Solo es un diario. Anotaciones que hago para mí mismo, esa clase de cosas.

—Te he visto hablando con Charlotte Holmes en el patio —dijo Dobson—. ¿Estás escribiendo sobre ella?

—Claro. —Había un deje de desprecio en su tono de voz que no me gustó y no quería animarle ofreciéndole una respuesta real.

Randall, su compañero de habitación de rostro rubicundo, que también pertenecía al equipo de *rugby*, como yo, le lanzó una mirada y se inclinó como si estuviera a punto de contarme un secreto.

—Llevamos un año intentando cascar esa nuez —comentó—. Está buena y se pone esos pantaloncitos apretados, pero no sale nunca, salvo para ir a esa ridícula partida de póker, y no bebe. Solo le van las drogas duras y se coloca a solas.

—Están probando el ADL —me dijo tristemente Tom y, al ver mi expresión confusa, me lo explicó—. El arte del ligue. Consiste en soltarle algo ofensivo a la chica, como un insulto oculto dentro de un cumplido. Dobson no deja de decirle a Charlotte que es el único chico al que le atrae, que el resto piensa que es fea y una drogata, pero que a él le *gusta* que las chicas parezcan colocadas.

Randall se rio.

—No surte efecto ni de coña..., o por lo menos a mí no me funciona —admitió—. Estoy pasando página. ¿Habéis visto a las alumnas nuevas de primero? Dan mucho menos trabajo y muchas más alegrías.

—Yo paso. He abierto una grieta en esa nuez. —Dobson le soltó una risita a Randall—. Y ¿sabéis qué? Quizá vuelva a hacerme más favores, porque puedo ser una pareja excelente.

Mentiroso.

—Cállate —murmuré.

—¿Qué?

Cuando me enfado, se me marca más el acento británico, hasta el punto de resultar espeso y arrogante, lo que me convierte en un dibujo animado. Y, en ese momento, estaba furioso. Así que

seguramente sonaba como la maldita reina de Inglaterra.

—Repite eso y te mato, cabrón.

Ahí estaba, esa descarga ligera, esa euforia que sientes cuando tocas fondo como resultado de haber dicho algo que no puedes retirar. Algo que me conduciría a partirle la cara a golpes a un mamón que se lo merecía.

En realidad, esta era la razón por la que jugaba al *rugby*. Se suponía que era una «válvula de escape equilibrada» para lo que el orientador llamaba «actos de violencia repentinos e irracionales». O, como decía mi padre, riéndose como si fuera un chiste: «Esa forma que tienes de ponerte burro de vez en cuando». A diferencia de él, yo nunca recordaba esos momentos con orgullo ni nada parecido. Ni tampoco las peleas en las que me metí en Highcombe ni, antes de eso, en mi colegio público de Connecticut. Siempre me sentía fatal conmigo mismo después, avergonzado. Solo hacía falta que los compañeros de clase que siempre me caían bien dijeran algo que me encendiera para que, de inmediato, mi brazo retrocediera, listo para lanzarse.

Pero esa vez no iba a sentirme avergonzado, pensé mientras Dobson se ponía en pie de un salto, agitándose salvajemente. Randall le agarró por la camisa para detenerle; su rostro estaba marcado por el asombro. «Genial, sujétalo», pensé, «de esa forma no podrá huir», y le lancé un puñetazo a Dobson en la mandíbula. La cabeza le rebotó hacia atrás y, cuando volvió a mirarme, sonreía con superioridad.

—¿Eres su novio? —preguntó resollando—. Porque Charlotte no me lo contó anoche.

De fondo se oyeron unos gritos, una voz que sonaba como la de Holmes. Una mano me tiró del brazo y, durante el segundo que estuve distraído, Dobson se soltó de la sujeción de Randall y me tiró sobre la hierba. Era del tamaño de un transatlántico de vapor y, con su rodilla en el pecho, no podía ni moverme ni respirar. Se inclinó sobre mí y dijo:

—¿Quién te crees que eres, capullo? —Y me escupió en el ojo. Después me golpeó la cara y volvió a sacudirme.

Una voz atravesó el zumbido que me producía el flujo sanguíneo.

—Watson —exclamó Holmes desde lo que parecía una distancia enorme—, ¿qué coño estás haciendo?

Es posible que yo fuera la única persona del mundo que había conseguido que su amigo imaginario se volviera real. Bueno, real del todo aún no; para mí seguía siendo un sueño borroso. Pero habíamos recorrido el alcantarillado de Londres juntos, cogidos de las manos llenas de barro. Nos habíamos escondido en una cueva en Alsacia-Lorena durante semanas porque la Stasi nos perseguía por robar secretos de Estado. En mi imaginación febril, ella los escondía en un microchip integrado en un pequeño pasador de pelo rojo que le sujetaba el cabello rubio; esa era la imagen que me había hecho de ella entonces.

Para ser sincero, me gustaba esa visión borrosa. Esa línea en la que la realidad y la ficción se proyectaban una sobre la otra. Y al decir Dobson esas cosas tan espantosas, le había embestido porque había arrastrado a una Holmes que daba golpes y gritos a *este* mundo; un mundo en el que la gente dejaba la basura en el patio interior e interrumpía una conversación para utilizar el baño, y en el que los capullos atormentaban a una chica porque no se acostaba con ellos.

Hicieron falta cuatro personas —incluido un Tom visiblemente alterado— para sacármelo de encima. Me quedé allí tirado un segundo, quitándome los escupitajos de los ojos, hasta que algo se inclinó sobre mí y me tapó la vista.

—Levántate —dijo Holmes. No me tendió la mano.

Había una muchedumbre a nuestro alrededor. ¡Cómo no! Me balanceé un poco sobre los pies,

enrojecido por la adrenalina e insensible.

—Hola —saludé como un estúpido mientras me limpiaba la sangre de la nariz.

Me miró durante un minuto y después se volvió para quedarse cara a cara con Dobson.

—Oh, cielo mío, no me creo que te hayas peleado por mí —dijo arrastrando las palabras. Se oyeron unas risitas. A Dobson todavía lo estaban sujetando sus amigos y vi desde donde me encontraba que le seguía costando respirar—. Ahora que me has ganado en combate, supongo que me tumbaré aquí mismo y me abriré de piernas para ti. ¿O solo te gustan las chicas drogadas e inconscientes?

Gritos, abucheos. Dobson parecía más sorprendido que enfadado y se quedó sin fuerzas entre los brazos de los chicos que lo sujetaban. Yo me reí disimuladamente; no pude evitarlo. Holmes se dio la vuelta y me fulminó con la mirada.

—Y tú. No eres mi novio —añadió sin alterarse; la pronunciación lenta de las palabras había desaparecido por completo—. Aunque tu mirada bizca, esas divagaciones ridículas y la forma en que retuerces el dedo índice cuando te hablo demuestran que te mueres por serlo. Te piensas que estás defendiendo mi «honor», pero eres tan patético como él. —Señaló a Dobson con el pulgar—. No necesito que nadie luche por mí, puedo hacerlo yo sola.

Alguien silbó; otra persona empezó a aplaudir despacio. La expresión de la cara de Holmes permaneció inalterable. Aparecieron algunos profesores y, detrás de ellos, el decano; me hicieron preguntas, me dieron una compresa fría y me interrogaron de nuevo. No pude dejar de recordarlo en ningún momento. Mientras me manchaba la camisa de sangre en la enfermería, a la espera de ver si me expulsaban o me mandaban de vuelta a casa, aquello era lo único a lo que seguía dándole vueltas en mi cabeza: «Eres tan patético como él», había dicho Holmes, y tenía toda la razón.

Pero yo nunca había deseado ser su novio. Quería algo más insignificante que eso y, a la vez, mucho, muchísimo más grande, algo que aún no podía definir con palabras.

No volví a ver a Charlotte Holmes hasta el día en el que asesinaron a Lee Dobson.

Capítulo 2

Estaba a punto de amanecer cuando empezaron los gritos.

Al principio, solo los asimilé como una parte de mis sueños. Eran los chillidos de una multitud enfadada a la que alguien había armado con antorchas y horcas de labranza, y me perseguían hasta un granero bajo el cielo estrellado. El único sitio que encontré para esconderme fue detrás de una vaca que rumiaba desconcertada.

No hacía falta ser psicólogo para entender lo que significaba aquello. Tras mi pelea con Dobson había pasado de ser un desconocido a alguien con mala reputación. Las personas que no me conocían de repente *opinaban* sobre mí. Dobson no era muy popular —se comportaba como un idiota y era desagradable con las chicas—, pero tenía un grupo de amigos de cuellos anchos que ponían de relieve su presencia cuando yo entraba en el comedor. Tom, por su parte, estaba entusiasmado en secreto. Los cotilleos eran la moneda de cambio favorita en Sherringford y, según sus cálculos, había dado con la llave del Tesoro Real.

Pero para mí, las cosas no habían cambiado mucho. Seguía sintiéndome incómodo en Sherringford, y ahora aún más. Mis compañeros de clase de francés empezaron a quedarse callados cuando yo entraba. Una chica de primero me invitó, tartamudeando, al baile de bienvenida cuando salía del edificio de ciencias, mientras sus amigas se aguantaban la risa nerviosa detrás de ella. Era mona, con un escaso cabello rubio, pero le dije que no me dejaban asistir. De un modo u otro, era verdad. Me habían excluido temporalmente de todos los eventos escolares durante un mes —los clubs, los días libres en la ciudad y, gracias a Dios, el equipo de *rugby*, aunque me habían asegurado que mantendrían la beca—, pero se habían olvidado de prohibirme la entrada al baile. Era un castigo leve, según me dijo la enfermera que me examinó la nariz rota. A mí no me lo parecía en absoluto.

Tras la pelea estuve pendiente de Holmes, aunque no sabía qué decirle si la veía. Esa semana canceló la partida de póker, si bien es cierto que yo no habría ido; presentarme allí me habría hecho parecer el terrible acosador que ella ya se pensaba que era. Resultaba difícil evitar a alguien en Sherringford, con sus quinientos estudiantes y su campus del tamaño de un sello, y aun así ella se las había ingeniado para hacerlo. No estaba en el comedor, ni tampoco en el patio interior entre clases.

No creo que me hubiera pasado tanto tiempo pensando en ello —en ella— si no hubiese sido porque también tenía que lidiar con lo mal que encajaba yo en Sherringford. Para cuando empezaron los problemas con Dobson, ya había hecho amigos, sobre todo a través de Tom, que parecía conocer a todo el mundo, desde las chicas guapas de clase a los estudiantes de último año que jugaban en el patio con el último modelo de *frisbee*. Yo también los conocí pronto. Pero había cierta inconsistencia en todas aquellas amistades, como si un fuerte viento fuera a llevárselas volando.

Para empezar, la gente siempre hablaba de dinero.

No directamente, no con preguntas como «¿Cuánto ganan tus padres?», sino más bien como «¿A qué se dedican tus padres?», «¿Tu madre es senadora?», «¿Dirige tu padre un fondo de riesgo?». «Oh, Dios, yo también pasaré las Navidades en los Hamptons», escuché que le decía una chica a otra con un tono de voz que cruzó toda la habitación. Más de una vez vi a los estudiantes comprándole droga al asqueroso lugareño rubio que merodeaba por la noche por las

esquinas de las fiestas y alrededor del patio. Cuando no estaban gastándose el dinero de sus padres en financiar su adicción a la cocaína, mis compañeros recorrían el mundo. Escuché que unas chicas de mi clase de francés intercambiaban notas sobre quién había construido orfanatos en África el verano pasado (nunca era un país específico, siempre África a secas) y quién se había ido de mochilero por España.

Sherringford no era uno de esos colegios, como el Andover o el St. Paul, que están llenos de futuros presidentes, estrellas de béisbol y astronautas. Como es obvio, teníamos optativas como escritura de guiones o suajili, profesores doctorados y chaquetas de *tweed* y alumnos que terminaban en las facultades de menor categoría de la Ivy League,* pero estábamos a uno o dos niveles por debajo de la brillantez, y quizás ese fuera el problema. Si lucháramos por ser los mejores, al menos pelearíamos por ser los más privilegiados.

O, más bien, ellos pelearían. Yo había conseguido un asiento de primera fila para ver su partido. Y en alguna parte, en la oscuridad, rondaba Charlotte Holmes, jugando bajo sus propias normas.

La noche del asesinato de Dobson me había quedado despierto hasta tarde meditando sobre cómo arreglar las cosas entre nosotros, entre Holmes y yo. Estaba bastante seguro de que había echado a perder cualquier oportunidad que hubiéramos tenido de ser amigos y ese pensamiento me mantuvo despierto hasta las tres y media. Me había quedado dormido durante lo que me pareció un segundo cuando me despertó el pánico que se estaba extendiendo por la residencia. Tom ya se había puesto a toda prisa algo de ropa y se marchaba a investigar antes incluso de que yo hubiera salido a rastras de la cama. Pensé, vagamente, que sería un simulacro de incendio y que, de algún modo, no había conseguido oír la alarma.

Sin embargo, había una multitud reunida al final del pasillo, chicos de nuestra planta sobre todo, pero la celadora de pelo gris también estaba allí y, detrás de ella, se encontraban la enfermera del colegio y un grupo de policías con gorras y uniformes. Me abrí paso entre ellos hasta que localicé a Tom, que observaba con la mirada perdida la puerta envuelta en cinta policial. Estaba abierta un par de centímetros y, en su interior, la habitación se encontraba a oscuras.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Dobson —respondió Tom. Cuando por fin se volvió para mirarme, vi el miedo en sus ojos—. Está muerto.

Me quedé en *shock* cuando me di cuenta de que me tenía miedo *a mí*.

El chico que estaba detrás de mí espetó:

—Ese es James Watson, es el que le pegó un puñetazo. —Los murmullos que me rodeaban aumentaron hasta convertirse en un rugido.

La señora Dunham, nuestra celadora, me puso una mano protectora sobre el hombro.

—No pasa nada, James —dijo—. Me quedaré aquí contigo.

Llevaba las gafas torcidas y se había puesto una ridícula bata de seda sobre el pijama; no tenía ni idea de que se quedaba por las noches en la residencia, ni de que se sabía mi nombre. Aun así, me alegraba enormemente de que estuviera allí, porque un hombre con una camisa de vestir se separó de los policías y vino derecho hacia mí.

—Eres James, ¿verdad? —preguntó enseñando la placa—. Nos gustaría hacerte algunas preguntas sobre esta noche.

—Oh, no, en absoluto —respondió la señora Dunham—. Es un menor y usted necesita el permiso de sus padres para interrogarle sin que haya un tutor presente.

—No está arrestado —insistió el hombre.

—Me da igual —replicó ella—. Es la política de Sherringford.

—Está bien. —El detective suspiró—. ¿Vives cerca, hijo?

Sacó una libreta y un bolígrafo del bolsillo del pantalón, como si estuviéramos en *Ley y orden*.

Bueno, igual sí lo estábamos.

—Mi madre vive en Londres —contesté, y mi voz me sonó forzada incluso a mí. La mirada de Tom se estaba endureciendo hasta convertirse casi en una mirada asesina. Detrás de él, el chico que dormía en la habitación junto a la mía lloraba en silencio—. Mi padre vive aquí, en Connecticut, pero llevo años sin verlo.

—¿Puedes darme su teléfono? —preguntó el detective, y eso hice.

Saqué el móvil y leí los números que no había marcado ni una sola vez. Me comentó, además, que no me fuera a ninguna parte y que descansara, y que vendrían a verme a primera hora de la tarde; accedí a todas las peticiones. ¿Acaso tenía elección? Me dio su tarjeta: «Detective Ben Shepard», escrito con una tipografía seria. No se parecía mucho al resto de policías que yo había visto, en la pantalla o fuera de ella. A primera vista, parecía el típico tipo que te encuentras en un supermercado, pero mientras le observaba detenidamente con la tarjeta en la mano, vi que su rostro parecía inusualmente entusiasta, como el de un perro que no le quita los ojos de encima a una pelota. No daba la impresión de que tuviera un pasado trágico, una madre asesinada o un hermano que le llevó a hacerse detective. Parecía alguien que jugaba a los videojuegos con sus hijos, que lavaba los platos sin que se lo pidieran.

Esa imagen de bondad me puso más nervioso que si hubiera sido un villano con el bigote retorcido, porque estaba claro que el detective Shepard pensaba que *yo* era el malo.

Me dedicó lo que se suponía que era una sonrisa tranquilizadora. Después, él y el resto de policías se marcharon y los demás se pusieron a dar vueltas durante unos minutos hasta que la señora Dunham los mandó de vuelta a sus habitaciones. Al pasar por delante de mí, me empujaron. Lo hicieron todos: Harry, Peter, Lawrence e incluso Tom, envuelto en su ubicuo chaleco de punto. Las miradas que me lanzaron hablaban por sí solas: «*Forastero*», decían sus caras. «*Asesino, te mereces lo que te va a pasar*».

La señora Dunham se ofreció a hacerme un chocolate, pero yo no sabía bien qué decirle, ni a ella ni a nadie, así que lo rechacé dándole las gracias y le dije que me iba a la cama. Como si fuera a poder dormir.

Tom no estaba en la habitación. Seguramente habría decidido dormir en el suelo de alguien, pensé. Ahora me tenía miedo. En un arranque de ira, cogí la almohada para tirarla al otro lado del dormitorio y me detuve en seco. Si alguien me oía enfurecido, aquello no me ayudaría en modo alguno. Esta rabia era la que me había metido en este lío para empezar, me recordé a mí mismo, así que aplasté la almohada contra la cama en su lugar.

Esta rabia y Charlotte Holmes.

Cuando volví a salir a hurtadillas al pasillo, la cinta amarilla que había sobre la puerta de Dobson reflejó la luz como un espejo; un espejo en el que me negaba a mirar muy de cerca. Seguí avanzando.

Recorrí todo el camino hasta Lawrence Hall antes de darme cuenta de que no tenía ningún número de Holmes: ni el de teléfono, ni el de la habitación... De hecho, solo estaba seguro a medias de dónde se encontraba su dormitorio. Las filas de ventanas a oscuras me observaban mientras me esforzaba por tomar una decisión. En cualquier momento, el cielo empezaría a

aclararse y las luces, a encenderse. Las chicas que vivían aquí se ducharían, se vestirían y recogerían sus libros al salir por la puerta. ¿Cuánto tardarían en enterarse de que habían asesinado a uno de sus compañeros de clase? ¿Cuánto tardarían en creerse que lo había hecho yo?

Ni siquiera sabía lo que iba a decirle cuando la encontrara. ¿Qué razón tendría ella para creer que yo era inocente? La última vez que me había visto, yo estaba dándole una paliza a la víctima.

Mi determinación se disipó como un globo que se desinfla y me senté en la escalinata principal de Lawrence para centrarme. El campus estaba oscuro y en silencio, salvo por las luces de los vehículos de emergencia que se agolpaban alrededor de Michener.

—Watson —siseó una voz—. Jamie Watson.

Holmes salió con cuidado de un pequeño grupo de árboles; ni siquiera había advertido su presencia. De hecho, creo que ese era el objetivo, pues iba vestida de negro de pies a cabeza: pantalones, guantes, unas deportivas, una chaqueta cerrada hasta la barbilla e incluso una mochila que le colgaba de los hombros. Su rostro era como una luna pálida entre tanta oscuridad y tuvo los labios apretados por la ira hasta que abrió la boca para decir algo que, a juzgar por su expresión, yo no quería oír.

Así que hablé antes que ella.

—Hola —saludé con mi estupidez habitual—. Te estaba buscando.

Sus ojos se dilataron, después se estrecharon, y vi que rápidamente reajustaba algo en su cabeza.

—Vienes por Dobson.

No me molesté en preguntarle cómo lo sabía —era una Holmes—, pero debí de parecer lo bastante sorprendido como para que me lo explicara.

—A ver, Tom le mandó un mensaje a Lena, y Lena me escribió a mí. Relativamente rápido. Por desgracia, llevaba puesto esto cuando me enteré —se señaló la ropa con un gesto frustrado de la mano—, así que decidí alejarme de los dormitorios para que nadie me viera. Está mal visto ir vestido de ladrón la noche en la que matan a alguien, sobre todo si es alguien a quien odias.

—Ah. ¿Y qué estabas robando? —pregunté.

Una sonrisa vivaz revoloteó en su rostro.

—Probetas —respondió—. Fui a trabajar a mi laboratorio después de la ronda nocturna.

—Eres toda una empollona —dije entre risas, y su sonrisa volvió y ya no se fue; increíble—. ¿Tienes un laboratorio? Espera, no. Eso para luego. Como Dobson ha muerto, somos, con mucho, los sospechosos principales y nos estamos *riendo*.

—Lo sé. —Se frotó los ojos con las manos—. Sabes, de primeras pensé que venías a acusarme de ello.

Las cejas se me debieron de subir hasta el pelo.

—Pues claro que no...

—Lo sé —me interrumpió con una mirada inquisitiva. Me sentía como si me estuviera haciendo una radiografía. Sus ojos saltaban de mi cara a mis ojos y a mis Converse gastadas—. Pero le dije que lo mataría. Eso tendría que haberme convertido en tu principal sospechosa. Y no lo soy.

Había muchas respuestas para esa pregunta sin formular: «Soy un Watson, es genéticamente imposible que sospeche de ti» o «En mi mente, tú nunca eres la mala, siempre eres la heroína», pero todo lo que se me ocurría sonaba despreocupado, cursi o melodramático.

—Puedes cuidar de ti misma, como dijiste —le respondí al final—. Si lo hubieras matado, apuesto a que veinte testigos lo habrían visto llevarse una pistola a la sien.

Holmes se encogió de hombros, pero estaba claramente satisfecha. Nos quedamos sentados allí durante un momento y, en la lejanía, los pájaros empezaron a llamarse unos a otros.

—¿Sabes qué? —dijo—. Ese cabronazo me ha tirado los tejos de las formas más asquerosas posibles desde el día en que llegué. Me gritaba, me dejaba notas bajo la puerta y hasta me dio un cachete en el culo en la cola del desayuno el fin de semana que mi hermano vino de visita... —Sacudió la cabeza—. Por mi parte, tuve que recurrir a algo de persuasión, pero quemar a Dobson con napalm no era inmediato. Ni convertirlo en el objetivo del impacto de un dron. En realidad, Milo quería alargar el juego, esperar unos años y después hacerlo desaparecer mientras durmiese, como si hubieran sido los extraterrestres. O eso dijo. Estaba intentado animarme... —Su voz se fue apagando, resultaba evidente que había dicho más de lo que pretendía—. Aun así debería seguir enfadada contigo.

—Pero no lo estás.

—Y no deberíamos hablar así de Dobson. —Se puso en pie y, tras dudar un segundo, me tendió la mano.

—No pensaba que respetases tanto a los muertos —comenté—. Hace unas pocas horas, seguía vivo, dando por saco y prácticamente suplicando que lo quemaran con napalm.

El sol se estaba alzando a lo lejos, tirado por su lenta cuerda invisible, y el cielo se impregnó de color. Su pelo y sus mejillas se tiñeron de dorado; sus ojos parecían tan astutos como los de un vidente.

En aquel momento la habría seguido a cualquier parte.

—No deberíamos estar hablando de Dobson —dijo según echaba a andar a través del patio— porque deberíamos estar examinando su habitación.

Me detuve en seco.

—Perdona, ¿qué?

* * *

Ya eran las siete y diez y el pasillo al que teníamos que llegar estaba en la segunda planta de Michener. No tenía ni idea de cómo íbamos a colarnos por delante de la señora Dunham en la recepción, por no hablar de las hordas de chicos de tercer curso que saldrían para ducharse antes del desayuno. Vi que Holmes lo meditaba durante un instante, con el ceño fruncido, antes de deslizarse hacia el lateral del edificio cubierto de hiedra.

Me dijo que me apartara y después se tiró al suelo para examinarlo centímetro a centímetro. Me percaté de que buscaba huellas. Si a nosotros se nos había ocurrido entrar a la habitación de Dobson de esta manera, probablemente alguien más también lo habría pensado. Nervioso, miré a nuestro alrededor para ver si nos observaba alguien, pero un conjunto de fresnos nos servía de escondite. Menos mal que Sherringford era muy pintoresco.

—Anoche pasó por aquí un grupo de cuatro chicas —dijo, al fin, mientras se ponía en pie—. Se nota por la huella de las botas Ugg. Pero ningún solitario, ni siquiera para fumar. Qué extraño; este parece el sitio indicado para hacerlo. —Se sacudió metódicamente la tierra y el césped de la ropa—. Debieron de entrar por las puertas principales. Michener no está conectado a los túneles de acceso como lo están Stevenson y Harris.

—¿Túneles de acceso? —pregunté.

—Deberías salir a explorar más, ¿sabes? Le pondremos remedio a eso, pero ahora no. —Holmes le echó una ojeada a los gruesos alféizares de piedra de la primera planta y a los que

tenían encima y se agachó para desabrocharse los zapatos—. Mételos en mi mochila —dijo mientras colocaba un pie cubierto con un calcetín en el alféizar—. Y los tuyos también. Y ponte guantes. No hay que dejar ninguna huella. Vamos, rápido, podrían abrir las persianas en cualquier momento. Al menos, su compañero de cuarto está de viaje en un torneo de *rugby*.

—¿No tendrías que averiguar cuál es su habitación? —quise saber.

Me lanzó una mirada como si le hubiera preguntado si la Tierra giraba alrededor del sol.

—Watson, límitate a auparme.

Junté las manos para que pusiera un pie encima y en unos segundos había trepado por la hiedra hasta la ventana del segundo piso, la de Dobson. Agarrándose al alféizar con una mano, utilizó la otra para sacarse un trozo de alambre del bolsillo y lo introdujo por un gancho con los dientes. No logré ver lo siguiente que hizo, pero oí que canturreaba. Sonaba como una marcha de Sousa.

—Sí, claro —susurré—, cuando te encontré solo ibas a tu *laboratorio*...

—Cállate, Watson. —Con un ligero siseo y un crujido, la ventana se abrió y Holmes entró fácilmente, con la delicadeza de una bailarina.

Asomó la cabeza.

—¿No vienes?

Solté un taco en voz bien alta.

Por suerte, haber jugado tanto al *rugby* significaba que no estaba en mala forma. Además, le sacaba a Holmes unos quince centímetros, así que no necesité que nadie me alzara para alcanzar la hiedra colgante. Cuando entré gateando en la habitación, Holmes me golpeó distraídamente en el hombro; ya estaba examinando su entorno.

La habitación de Dobson era como todas las que yo había visto en Michener: tenía un póster en blanco y negro de dos chicas besándose y el suelo estaba lleno de ropa arrugada. El lado de Randall no estaba mucho más ordenado, pero al menos tenía hecha la cama. Las sábanas de Dobson era un revoltijo amontonado al final del colchón. El forense ya debía de haberse llevado el cuerpo.

Había una foto enmarcada en la mesilla en la que salían él y la que parecía su hermana. Los dos miraban a la cámara con ojos bizcos y amplias sonrisas. Sentí una inesperada punzada de culpabilidad.

Pero Holmes no tuvo esas dudas.

—Sujétame la mochila —dijo y, de inmediato, se puso a cuatro patas. Me aparté varios centímetros de un salto. De lo que parecía la nada, apareció una linterna de bolsillo en una de sus manos y un par de pinzas en la otra.

—¿Has comprado un kit de espionaje por internet? —pregunté, cabreado. Apenas había dormido una hora y, para ser sincero, me estaba esforzando por no sucumbir al pánico. Cualquiera podría entrar de un momento a otro y pillarnos alterando el escenario de un crimen que, de algún modo, me habría gustado cometer.

Y luego estaba Holmes. Mientras yo me quedaba allí de pie, temblando de miedo, ella era eficiente, tenía sangre fría y trabajaba velozmente para que nos absolvieran. Volví a imaginarnos a los dos corriendo por el interior de un tren sin frenos y reprimí una risa. En realidad, ella se habría escapado sin problemas y yo me habría tropezado con mi propio pie y me habrían detenido para interrogarme mediante ahogamiento simulado.

—Cállate —susurró—. Y saca uno de esos frascos para especímenes de mi bolsa, he encontrado algo.

Cogí una pequeña botella de cristal de la mochila y le quité el tapón, después me agaché para que ella metiera las pinzas dentro. A través del cristal, la muestra tenía el aspecto de una fina lámina de piel de cebolla y, mientras yo la examinaba, introdujo un segundo y un tercer pedazo. Tiró hasta arrancar un poco de la alfombra y metió la muestra en otro frasco; además, utilizó un trozo de alambre para rebuscar debajo de la cama y sacó un puñado de bolígrafos, un cepillo de dientes viejo y varios cachivaches. Se puso a inspeccionar un vaso de leche que había junto a la cama y la flauta de émbolo antigua situada al lado. Con un dedo enguantado, trazó una línea invisible desde el conducto de ventilación, bajando por la pared, hasta la almohada de Dobson. Después levantó la mirada rápidamente hasta el techo y oí que contaba... ¿Por qué? No estaba seguro. Cada pequeño ruido que escuchaba parecía anunciar que nuestra detención era inevitable y el corazón me retumbaba en los oídos.

Se inclinó a inspeccionar la almohada de Dobson y me hizo un gesto para que me acercara. La marca que había dejado la cabeza aún era visible.

—¿Eso es baba? —susurré mientras señalaba.

—Excelente. —La raspó con el borde de las pinzas. Lo había dicho solo para hacerla reír, pero bueno, el cumplido me animó—. Frasco —dijo, y le tendí uno.

—No hay nada de sangre —comenté, y ella sacudió la cabeza. No se veía ninguna gota por ningún sitio.

Al otro lado de la puerta, oí unos pasos —de más de una persona— y a varias personas hablando. Para mi horror, escuché mi nombre de pasada y el de Dobson. Por encima del estruendo, la voz de una persona mayor preguntó: «¿Es esta la habitación del chico?».

—Tenemos que irnos —le dije a Holmes, y por un segundo parecía que iba a empezar a protestar—. *Ya* —añadí, tirando de ella hacia la ventana, y juro que vi como el picaporte empezaba a girarse. Sin pararme a esperar, bajé por el exterior del edificio y después salté el tramo que me faltaba.

En el momento en que los pies tocaron el suelo, el miedo se liberó en forma de euforia.

Oí que la ventana se cerraba con un golpe. Holmes aterrizó detrás de mí y le di la vuelta por el brazo.

—¿Te han visto? —pregunté entre jadeos.

—Pues claro que no.

—Holmes —dije—, ¡eso ha sido brillante!

Ese atisbo de sonrisa de nuevo.

—Sí, ¿verdad? Sobre todo para ser el primer intento.

—¿El primer...? No habías hecho esto nunca.

Se encogió de hombros, pero los ojos le brillaban.

—¿Nos hemos colado en el escenario de un crimen para robar pruebas, algo que podría hacernos parecer incluso más culpables que ahora, y no lo habías hecho nunca? —Si mi voz sonó un poco estridente, fue porque me sentía un poco así.

Holmes ya había dejado atrás el tema.

—Tenemos que ir a mi laboratorio sin levantar sospechas de por qué estamos juntos —contestó mientras sacaba los zapatos de la mochila—. ¿Quieres que nos separemos y nos encontremos allí en veinte minutos? Edificio de ciencias, aula 442. —Me lanzó mis deportivas con un movimiento curvo y elegante por debajo del hombro—. Y ve por el camino largo, ¿vale? Quiero llegar la primera.

* * *

El aula 442 de ciencias era un cuarto de suministros.

Uno grande, pero, aun así, lo era.

Cuando entré, Holmes ya estaba inclinada sobre su juego de química. Era auténtico, de la clase que yo solo había visto en las películas: varios vasos de precipitados, unos altos y otros más bien gordos, humo que salía de las extrañas sustancias verdes que contenían, mecheros Bunsen encendidos como si fueran una fila de luces en un escenario... Este arreglo tenía el honor de ocupar el centro de la estancia y Holmes había amarrado un par de lámparas de escritorio a una estantería cercana para tener luz. Dicha estantería estaba llena de libros de texto con un aspecto maltratado, desde *El origen de las especies*, de Darwin, y *Anatomía de Gray*, hasta tomos enormes con nombres como *La historia del barro* y *Baritsu y tú*.^{*} Había todo un estante dedicado a los venenos y, abajo del todo, localicé la famosa biografía del doctor Watson, la que mi madre me había dicho que era demasiado escandalosa para leer; por lo que me la leí de inmediato. Por lo visto, el doctor era muy muy... popular entre las chicas.

Al lado se situaba la única literatura de ficción de toda la estantería: la bonita colección con tapas en piel de las historias que había escrito el doctor Watson sobre Sherlock Holmes. Toda la serie, desde *Estudio en escarlata* a *El último saludo de Sherlock Holmes*. Tenían los lomos rotos, como si los hubieran leído millones de veces.

Si albergaba alguna duda sobre mi rol en esta investigación —y, para ser sincero, las tenía del tamaño del *Titanic* desde que nos colamos en la habitación de Dobson—, ver esos libros usados me hizo sentir mejor. Ese era mi sitio, pensé, con ella; tan seguro como que todos pertenecemos a algún lugar.

Por muy raro que fuera *ese* lugar.

Había muchas más cosas apiñadas en aquel espacio y cualquiera de ellas la habría convertido en la «sospechosa número 1 de cualquier asesinato de la historia». Una de las paredes estaba cubierta de diagramas de pistolas, tapados por un juego colgante de esqueletos de pájaros gigantes (un buitre me miraba intencionadamente; el agujero del ojo negro como una bala).

El barato sofá de dos plazas que había pegado a una de las paredes estaba salpicado de lo que debía ser sangre, que habría chorreado, muy probablemente, de las fustas que colgaban encima de él. Había estantes hundidos llenos de muestras de tierra, de sangre, lo que parecía un tarro con dientes y, a su lado, el estuche de un violín, el único reducto de cordura.

Tenía la esperanza de que no hubiera llevado a nadie más de visita al laboratorio, de lo contrario, acabaría en la cárcel sin dudar.

—Watson —dijo señalando el sofá con unas pinzas—, siéntate. —Hice una mueca—. La sangre está seca —añadió como si eso ayudara.

Una muestra de lo cansado que estaba fue que la obedecí.

—¿Cómo va... lo que sea que estás haciendo? ¿Y qué has encontrado, por cierto?

—Doce minutos —respondió mientras seguía ocupada con su tabla química.

Me quedé esperando, impaciente.

—No me gusta hacer hipótesis antes de tener información —dijo por fin—, pero lo que *he encontrado* sugiere que nuestro asesino no ha dejado nada al azar. Ha utilizado al menos dos, quizá tres, métodos de envenenamiento.

—¿Envenenamiento? —pregunté, incapaz de ocultar el alivio en mi voz. No sabía nada sobre venenos, así que no había forma de que me acusaran de matar a Dobson.

Pero a Holmes sí.

Tragué saliva.

—Pensaba que ibas a segundo. Todavía no has dado química.

—Aquí no —dijo, poniendo una probeta a la luz—. Pero me dieron clases particulares cuando era pequeña.

Claro. Me acordé otra vez de lo que había dicho mi madre, que los Holmes inician a sus hijos en las artes deductivas desde que son niños. Me pregunté qué más habría aprendido Holmes en su inmensa y solitaria mansión de Sussex.

Se aclaró la garganta.

—A defenderme, a moverme en silencio por una habitación, a localizar todas las salidas posibles de un sitio a los pocos segundos de entrar en él; a memorizar planos enteros de las ciudades, empezando por Londres, incluidos los nombres de todos los negocios de todas las calles y la forma más rápida de llegar a cualquiera de ellos. En resumen, a ser siempre consciente de lo que hace y piensa todo el mundo. A partir de ahí, puedes deducir el porqué de las cosas que hacen. —Durante un instante, sus ojos se oscurecieron, pero su rostro se serenó tan rápidamente que determiné que me lo había imaginado—. Y me enseñaron el resto de asignaturas que uno aprende en el colegio, por supuesto. ¿Te parece bien la respuesta?

No tenía idea de cómo tratar estas conversaciones en las que me extraía las preguntas de la mente.

—Me parece increíble —reconocí con sinceridad—, pero no sé si me gustaría saber en todo momento lo que piensa la gente. De dónde vienen, qué quieren... ¿Qué misterio tiene eso?

Se encogió de hombros con un desinterés que no terminé de creerme.

—Supongo que habrá pocas personas que aguanten el escrutinio, pero el negocio de mi familia nunca ha consistido en mantener el misterio, sino en resolverlo.

Quería hacerle más preguntas, pero estaba agotado. Me descubrí reprimiendo un bostezo.

—¿Qué hora es?

—Las ocho —respondió, y dejó caer una gota de una sustancia clara en una lámina—. En cualquier momento se extenderá por el campus un mensaje diciendo que las clases se han suspendido por el asesinato. Estoy segura de que podemos saltarnos la asistencia psicológica opcional.

—Despiértame dentro de dos horas. —Tuve que enroscarme para entrar bien en el sofá. Mientras me subía la chaqueta hasta la barbilla, divisé los ojos claros y meditabundos de Holmes durante un brevísimo instante antes de que ella apartara la vista.

* * *

Me desperté con un sabor rancio en la boca y el sudor enfriándose en la frente. En el bolsillo, mi móvil exhaló las tres notas que implicaban que estaba muriendo. Durante un segundo terrible no supe dónde estaba. Levanté la vista hacia los extremos plisados de las fustas de montar de Holmes y lo recordé. No deberían haberme hecho sentir tan reconfortado como lo hicieron.

—Eso no ha parado de sonar desde hace una hora —dijo Holmes desde detrás del juego de química. Tenía un aspecto más desaliñado que antes: se había remangado la chaqueta hasta los codos y el pelo era una tela de araña encrespada debido al calor en aquel reducido espacio.

—¿Y no me has despertado? ¿Qué hora es?

—Llevas reloj.

—¿Qué hora es, Holmes?

Me miró impasiblemente.

—¿Las siete?

Maldije mientras sacaba el teléfono del bolsillo. Faltaban cinco minutos para el mediodía. Tenía un mensaje de la escuela que decía que las clases se cancelaban y que habría un servicio de terapia de duelo disponible en la enfermería. También tenía trece llamadas perdidas: diez eran de mi padre, al menos otras dos eran de Inglaterra —«Número desconocido», decía el identificador de llamadas— y una era de un número local que no reconocí. Escuché el mensaje del contestador.

«Soy el detective Shepard y necesito que James Watson...».

En su mesa de laboratorio, Holmes escudriñó el fondo de un matraz de Erlenmeyer.

—Precipitado amarillo —anunció, más para sí misma que para mi beneficio—. Excelente, absolutamente perfecto. —Tarareando de forma poco melódica, vertió la solución en un tubo de ensayo, lo tapó y se lo metió en el bolsillo.

Escuché el final del mensaje de Shepard con un nudo en el estómago.

—¿Hay algún baño cerca? —le pregunté a Holmes, amodorrado—. Necesito lavarme la cara.

Señaló sin mediar palabra el fregadero de la esquina y me eché agua fría.

—Según el detective —dije—, han hablado con todos. Al parecer, mi padre teme que me haya colgado de la rama de un árbol y van a hacer una reunión en mi cuarto dentro de treinta minutos. ¿Qué voy a decirle?

Era una pregunta retórica y bastante confusa, la verdad, pero Holmes se acercó al sofá para sentarse en el brazo gastado.

—¿A tu padre? —preguntó, y asentí. Giró las manos sobre el regazo y me di cuenta de que unas cicatrices arrugaban el suave interior de uno de los codos. «Yo he oído que se lo pincha en el brazo», había dicho la pelirroja.

—Llevo sin verlo desde los doce.

—¿Quieres decirme por qué? —preguntó. Estaba claro que sabía que esto era lo que hacían los amigos (mostrar interés por la vida del otro, ofrecerse a escuchar cuando el otro estaba molesto) y que iba a fingirlo lo mejor que pudiera. También resultaba evidente que prefería verter varios litros de agua sobre un cable con corriente.

Claro que, por otro lado, puede que lo hiciera por diversión... ¡A saber!

—Dímelo tú —dije—, estoy seguro de que ya has hecho alguna deducción; que has leído ciertas partes invisibles de mi pasado en mi dedo meñique.

—No es un truco de magia, ¿sabes?

—Ya —respondí—, pero así podría ser más fácil. Para los dos.

—¿Más fácil? —Holmes suspiró y me tiró la chaqueta—. Vámonos o llegaremos tarde.

Un viento cortante se colaba por el patio interior, pero el cielo, en lo alto, estaba despiadadamente despejado. Por todas partes, los estudiantes se juntaban en grupos de dos o tres para protegerse del frío. Mientras pasábamos por delante, me di cuenta de que unos cuantos lloraban abiertamente; varios alumnos de primer curso, que lo más probable era que no conocieran a Dobson, se abrazaban.

Pero cuando nos vieron a Holmes y a mí, todos se detuvieron. Dejaron de hablar, de llorar, de contar historias tristes. Se volvieron, de uno en uno, para mirarnos y, a continuación, empezaron los murmullos.

Holmes me introdujo su pequeña mano pálida por el recodo del brazo y me impulsó hacia delante.

—Presta atención —dijo velozmente—. Tus padres son ingleses, pero a ti te criaron en Estados Unidos; eso lo sé por lo que mi familia me ha contado de la tuya. No tienes un acento muy marcado, pero pones énfasis en tus frases de una forma típica de Londres. Y te encanta Londres, me di cuenta por la expresión que pusiste la primera vez que me escuchaste hablar; era como si te hubieras sentido en casa por un segundo. Por lo que has debido de vivir allí, y durante un período de tu vida en el que eras particularmente impresionable. Si le añadimos el hecho de que antes dijiste «baño» y no «aseo» (además de otras ocasiones en las que has evitado utilizar cualquier tipo de jerga, para evitar decidir entre comportarte como un inglés o un estadounidense), entonces debiste mudarte a Londres con unos once o doce años. ¿Estoy en lo cierto?

Asentí confusamente.

Resultaba difícil escuchar hablar a Holmes. Descubrir que todas mis insignificantes palabras y acciones eran una ventana al pasado, si uno sabía mirar bien. Pero habría sido aún más complicado atravesar el patio en silencio, mientras el resto de la escuela jugaba a ser juez, jurado y verdugo. «Ella lo sabía», pensé, por eso se había guardado sus deducciones para este paseo: dos pájaros terribles de un tiro.

—La chaqueta no ha sido siempre tuya. Está hecha en los setenta, a juzgar por el corte y el color marrón particularmente feo del cuero, y aunque te queda bien de talla, resulta un pelín grande en los hombros. Diría que la compraste de segunda mano, *vintage*, pero el resto de la ropa que llevas se hizo durante los últimos dos años, así que o la heredaste o fue un regalo. —Metió la mano en el bolsillo de mi chaqueta para darle la vuelta—. Manchas de rotulador —comentó con satisfacción—. Las vi antes, en el sofá. Dudo que llevaras contigo unas pinturas de cera a todas partes el año pasado. No, es más probable que ocurriera en tu casa cuando estabas creciendo y que tu hermana pequeña o tú os la pusierais, en algún momento, para jugar a ser profesores de plástica.

—No te he contado que tuviera una hermana pequeña —anuncié.

Me dirigió una mirada de compasión.

—No hacía falta.

—Vale, sí, era de mi padre. —Que te diseccionaran no era agradable—. ¿Y qué?

—La llevas puesta —señaló—. Eso basta para decirme que no lo odias. No, no es tan sencillo como sentir odio. Esto supone adentrarse en la psicología y, lo lamento, *detesto* la psicología; pero imagino que te pones la chaqueta porque, en el fondo, en algún sitio, lo echas de menos. Te marchaste a Londres con doce años, pero tu padre vive aquí. Además, lo llamas así: «mi padre», no dices «papá». La simple mención de su nombre hace que te tenses y, puesto que hemos establecido que no te pegaba, puedo decir con seguridad que lo que sientes es un temor que ha ido aumentando a causa de un silencio prolongado. El último ejemplo, desde luego, es tu reloj.

Ya casi estábamos en Michener Hall y Holmes se detuvo extendiendo la mano. No me quedaba otra opción: desabroché el cierre y se lo di.

—Fue una de las primeras cosas en las que me fijé cuando te conocí —dijo examinándolo—. Es mucho más caro que el resto de cosas que llevas. Tiene una esfera ridículamente grande. Y la inscripción del reverso... Sí, aquí está: «Para Jamie, por su decimosexto cumpleaños, con cariño JW, AW, MW y RW».

Los ojos le brillaron con aquel descubrimiento —no, más bien con la confirmación de lo que había inferido— y entonces entendí cómo sería odiarla.

—Sigue —dije para que acabara de una vez.

Se puso a señalarlo con los dedos.

—Aquí está el odiado apodo infantil, de manera que ya no te conoce. Un regalo muy caro para un adolescente, ¿no? Siente una culpabilidad que viene de lejos. Pero la clave está en los nombres. No se limitó a darte un regalo en su nombre; se aseguró de que sabías que era de toda la familia. De su *nueva* familia. Mi tía mencionó que tu madre se llama Grace. Así que la A es de..., digamos que es de Anna, por lo que MW y RW serían tus hermanastros. Incluso su regalo de cumpleaños es un torpe intento para que los quieras. No habéis hablado en años porque es bastante probable que engañara a tu madre con... ¿Anna? ¿Alice? Y cuando tus padres se divorciaron, él se quedó en Estados Unidos para empezar una nueva familia, abandonándoos, al menos a tus ojos, a ti y a tu hermana.

»Pero tu madre no está resentida: no insistió en que guardaras en la caja ese regalo francamente ridículo hasta que fueras mayor. Este reloj vale al menos tres mil dólares. No, dejó que te lo pusieras. Se llevan bien, aunque estén divorciados; a lo mejor ella se siente aliviada de que él haya seguido adelante, porque ella ya lo había conseguido antes de que el matrimonio terminara. De cualquier modo, le molesta que no te lleves mejor con él: un chico necesita a su padre, etcétera, etcétera. Así que tu madrastra debe de ser más joven, pero no lo suficiente como para que tu madre lo desapruebe.

—Abigail —dije—. Se llama Abigail.

Holmes se encogió de hombros; era una pequeña concesión. El resto de los detalles habían sido exactos, de diez, perfectos.

El viento frío me agrietó el rostro y a ella le revolvió el pelo, ocultándole los ojos.

—Mira, lo siento —dijo, en una voz tan baja que apenas la oí—. No tengo la intención de que... duela. Solo son las cosas que he observado.

—Lo sé. Lo has hecho bien —repuse, y lo decía en serio. No la odiaba tanto como odiaba que me recordaran lo que había hecho mi padre y cómo parecía que yo no podía superarlo. Y detestaba el miedo que sentía en el estómago al mirar hacia las puertas pesadas de madera de Michener Hall y pensar en las personas que me esperaban dentro: mi padre, el detective... «No soy culpable», me recordé a mí mismo.

Me pregunté por qué me sentía así.

Holmes volvió a cogerme del brazo.

—También te pones la chaqueta porque piensas que te pareces a James Dean —añadió mientras entrábamos—. Los ojos vale, pero la mandíbula, en absoluto, y, aunque eres guapo, no eres un artista atormentado, sino más bien un bibliotecario fibroso. —Se quedó pensativa un segundo—. Creo que eso tampoco está nada mal.

Nadie en el mundo entero podría soportar a esta chica.

—Eres lo peor —dije, e incluso entonces ya la había perdonado.

—No lo soy. —El alivio se le reflejaba en la cara—. ¿Por qué lo dices? Quiero ejemplos. Hazme una lista detallada.

—¿Jamie? —preguntó una voz indecisa detrás de mí—. ¿Eres tú?

Me volví para mirar a mi padre.

Capítulo 3

Toda la vida me habían dicho que era el vivo retrato de mi padre y, tras años separados, me di cuenta de que aquello nunca había sido más cierto. El pelo, oscuro y rebelde —aunque el suyo empezaba a clarear en las sienes—; los ojos, oscuros y una cierta testarudez alrededor de la mandíbula. «Los Watson podemos ser tercos», me había dicho cuando yo era pequeño, «pero lo atenuamos con amor por la aventura».

Bueno, pues aquí estaba mi aventura: un capullo misógino muerto, yo, el principal sospechoso, y mi padre desaparecido esperando para estar presente en mi interrogatorio. El detective Shepard merodeaba unos pasos por detrás. Alguien debía de haberle informado sobre mi historia familiar y había decidido darnos unos minutos.

Al fondo, la señora Dunham armaba un escándalo con una tetera eléctrica. Una serie de tazas mal emparejadas esperaban en fila sobre la mesa de la recepción.

—Estoy haciendo té —dijo de forma innecesaria—. Con tantos ingleses, me pareció lo correcto.

Para ser sincero, no estaba muy alejada de la verdad.

—Gracias —dijimos mi padre y yo a la vez. A mi lado, Holmes contuvo la risa.

Los ojos de mi padre se toparon con ella, claramente buscando algo que decir, lo que fuera.

—Bueno, Jamie, ¿no vas a presentarme a tu novia?

La mano de Holmes se tensó sobre mi brazo, por el horror, supuse. No me atrevía a mirarla.

—Esta es Charlotte Holmes —dije en voz baja—, y no es mi novia.

No estaba muy seguro de qué reacción esperar. Mi madre habría apretado los labios y se habría quedado en silencio, guardando la munición para soltármela en privado: «¿No es algo pálida?» y «Parece bastante antipática, ¿no te parece?» y, por último, «¿Sabes? Al final solo te dará problemas».

Mi padre estaba encantado.

—¡Charlotte! ¡Maravilloso! —dijo y, para mi asombro y el de Holmes, le estrujó los huesos con un fuerte abrazo. Holmes incluso gimió. Nunca hubiera pensado que podía hacer ese sonido—. ¿Sabes? Le enviaba a mi hijo todos los recortes del periódico que había sobre ti. Hiciste un trabajo excelente con los diamantes Jameson... ¡y tan joven! Te acuerdas de la historia, ¿verdad, Jamie? Había estado escuchando a escondidas la información que Scotland Yard le daba a su hermano Milo. ¡Desde detrás de un sofá en la biblioteca!, ¿no es así como sucedió? Y después les escribió una carta detallada, con ceras, diciéndoles dónde estaba el botín. ¡Sensacional!

Dicho esto, la soltó y ella se tambaleó un poco sobre los pies.

—Nunca he tenido ninguna caja de ceras —dijo, pero no dio la impresión de que él la oyera. Emitiendo un chasquido con la lengua, la señora Dunham le colocó en las manos una taza de té a Holmes.

—Espera un segundo. —El detective Shepard se aclaró la garganta—. ¿Quieres decir que tú eres *esa* Holmes? Lo que te convierte a ti en...

—Sí, sí —dijo mi padre agitando la mano—, ese Watson. Vayamos a sentarnos y aclaremos todo este lío. ¿Dónde está tu cuarto, Jamie? En el piso de arriba, supongo. —Se alejó a zancadas hacia la escalera con el detective pegado a sus talones.

—¿Tenía diez años? —preguntó Shepard, y la risa de mi padre resonó por las escaleras.

Holmes apretó la taza de té con incredulidad.

—Me ha dado un abrazo.

—Ya —respondí mientras echaba a andar para seguirlos.

—Creo que tu padre podría gustarme —dijo con tristeza.

Me volví y la guie escaleras arriba.

—No te sientas mal —le dije—. Le gusta a todo el mundo menos a mí.

* * *

Lo primero que estableció el detective fue que tanto Holmes como yo teníamos coartadas para la noche anterior, cortesía de nuestros compañeros de cuarto. Lo segundo que determinó fue que esas coartadas daban igual.

—Estamos estudiando varias opciones —dijo desde la silla de mi escritorio, donde estaba sentado— basadas en las pruebas forenses. Y no restringimos el lapsus de tiempo solo a la noche anterior. Quiero oír toda la historia de lo que pasó entre vosotros dos y Lee Dobson y, después, quiero escuchar exactamente por qué, a pesar de todos los informes que aseguran lo contrario, los dos parecéis uña y carne. —Miró a Holmes con los ojos entrecerrados y después a mí—. Mi plan no era interrogaros a los dos juntos y no creo que pueda hacerlo. Señorita Holmes, puesto que no hay ningún padre presente...

—Échele un vistazo a su correo electrónico —replicó ella con soltura—. Encontrará un mensaje de mis padres dándole permiso al señor Watson, aquí presente, para que actúe como mi tutor.

Mientras Shepard buscaba el móvil, mi padre sacó una libreta y un bolígrafo del bolsillo interior de su chaqueta.

—No hace falta que tome notas —dijo el detective, desconcertado.

—Oh, no; son para mí. —Sonrió—. Soy aficionado a los crímenes.

Shepard me miró en busca de ayuda, pero yo me encogí de hombros y me senté en la cama. No era el cuidador de mi padre.

Holmes no tardó mucho en contarle su versión de la historia: cómo había llegado aquí en primero y Dobson había ido detrás de ella casi desde el principio; como era comprensible, dejó a un lado la parte en la que él la llamaba drogata, pero vi que se tiraba de las mangas mientras detallaba lo que él le había dicho. Holmes no había ido nunca al colegio, así que le dijo al detective que no estaba segura de cómo tratar esos abusos. Aseguró que otros habían sido testigos de ello —Lena y su propio hermano— por si Shepard quería corroborar sus palabras.

—Es importante que sepa que no quería que lo mataran —había dureza en su voz—. Quería que parara, por supuesto, pero, para ser sincera, me encontraba bien. Sus acciones no influían mucho en mi vida.

Me acordé de la cautela que había mostrado la primera vez que me acerqué a ella en el patio interior. «¿Quién te envía? ¿Ha sido Dobson?». Pero entonces me llegó el turno de contar algunas medias verdades, así que supuse que no podía culparla.

Sí, era verdad que había pegado a Dobson porque estaba diciendo porquerías sobre una chica, una amiga de la familia, y porque nadie decía nada para que se callara. Sí, había formas mejores de resolver los problemas; sí, si tuviera que volver a hacerlo, utilizaría las palabras en lugar de los puños (mentira). Holmes y yo nos habíamos peleado, y delante de mucha gente, pero le conté al detective que había ido a buscarla al día siguiente para asegurarme de que no me

guardaba rencor (mentira).

Mientras hablaba, vi que mi padre se esforzaba por reprimir su clara aprobación. Cuando describí el gancho de derechas que le había soltado a Dobson en la barbilla, se puso a tomar apuntes conteniendo una sonrisa. La verdad es que con modelos de conducta como él, era increíble que yo no estuviera ya en la cárcel.

El detective, por su parte, se limitó a hacernos preguntas simples y a jugar con la grabadora que había traído; le habíamos dado permiso para que registrara nuestras declaraciones. Después de contarle que me había escabullido de los dormitorios esa mañana para ver si Holmes estaba bien (una mentira a medias) y que nos habíamos ocultado en su laboratorio para evitar a nuestros compañeros (una verdad con carácter retroactivo), terminé mi relato.

Shepard hizo como que revisaba sus propias notas.

—Creo que eso es todo —dijo, y alargué el brazo para recoger mi chaqueta.

Levantó la mano antes de que pudiera ponerme de pie.

—Salvo por la parte en la que, cuando encontramos el cuerpo de Dobson, sujetaba el ejemplar de la biblioteca de *Las aventuras de Sherlock Holmes*, con un marcapáginas en una historia en particular. O por la parte en la que te acostaste con él, con Dobson. —El detective estaba enfrente de Holmes, pero tenía los ojos fijos en mí. Mi padre dejó de escribir.

Nada podría haberme preparado para aquello.

Me quedé completamente helado y después me invadió el calor y pensé que iba a vomitar en la alfombra. Entonces, Dobson había dicho la verdad. El gruñón de Dobson, con su cuello ancho, al que una vez había escuchado presumir de haberse hecho una paja en la ducha compartida. Lo mataría. Iría tras él y lo estrangularía con mis propias manos, incluso si tenía que resucitarlo para hacerlo.

Sentí que Holmes se quedaba inmóvil a mi lado.

—Sí, lo hice —dijo.

A través del rugido de la sangre que me resultaba tan familiar, oí que el detective decía:

—¿Hay alguna razón por la que decidieras guardarte el secreto? No hablo solo de mí. Parece que incluso aquí tu amigo no tenía ni idea.

Metí los puños debajo de las rodillas. ¿Respiraba? No podía asegurarlo. Me daba igual.

—Porque en ese momento abusaba bastante de la oxicodona —dijo con frialdad— y, si hubiera salido a la luz, me habrían expulsado. La pregunta que debería hacerme es si el acto sexual fue consentido. Y, considerando mi estado, no lo fue. —Hizo una pausa—. ¿Tiene alguna otra pregunta?

Su voz se entrecortó con la última palabra.

Y entonces tuve que marcharme de la habitación.

* * *

Caminé por el pasillo, ofendido y temblando. Si por entonces no tenía ya la reputación de ser un capullo violento, sin duda ahora la tendría: Peter abrió la puerta vestido con una bata y el neceser de la ducha en la mano, pero después de verme durante un instante dándole puñetazos a la pared, volvió a meterse en su cuarto con la cabeza agachada. Oí que echaba el cerrojo al cerrar la puerta.

«Estupendo», pensé. La primera persona que me mirara mal se llevaría la paliza que se merecía Dobson.

En cuanto a Holmes..., me dolía mucho pensar en ella. El hecho de que tomara drogas duras no era una gran sorpresa, por supuesto; incluso sin los rumores, conocía la larga historia de los Holmes con la cocaína y la rehabilitación. Según los relatos de mi trastatarabuelo, Sherlock Holmes siempre recurría a una solución al siete por ciento cuando no se encargaba de ningún caso. Aseguraba que necesitaba aquella estimulación y el doctor Watson solo había hecho someros esfuerzos para refrenarlo. La oxiconona únicamente era el veneno particular de Charlotte Holmes. Los viejos hábitos se mantenían en su familia, por lo visto.

Pero no dejaba de *imaginármelo*: Holmes estirada en el andrajoso sofá del laboratorio, un brazo inerte sobre la cara, la bolsa de plástico vacía a su lado. Esa imagen servía para que se me revolciera el estómago; los ojos de ella brillando por una fiebre falsa, la frente sudorosa. Y después estaba Dobson, en la puerta, soltando obscenidades por la boca. ¿Cómo habría ocurrido? ¿La retuvo?

En ese momento reparé en mi respiración, tan fuerte y rápida como si hubiera estado corriendo. Pensé en ello durante medio segundo más: la cara de Dobson, la bolsa vacía. Y entonces volví a hundir el puño en la pared de hormigón.

Mi padre salió al pasillo.

—Jamie —dijo en voz baja, y me llevó al borde de las lágrimas.

Por norma general, yo no lloro. No sale nada bueno de pelearse, lo reconozco, pero ¿de llorar? Durante un instante puedes sentir un pequeño alivio, pero para mí eso siempre ha venido acompañado por oleadas de vergüenza e impotencia. Odio sentirme indefenso. Haría cualquier cosa por evitarlo.

Supongo que Holmes y yo teníamos eso en común.

Me quedé medio esperando a que mi padre me abrazara, como había hecho con ella, pero en su lugar, me puso una mano en el hombro.

—Es un sentimiento terrible, ¿verdad? —preguntó—. El de que no hay nada en el mundo que puedas hacer para que las cosas mejoren.

—Yo no lo he matado, papá —contesté mientras me frotaba furiosamente la cara—. Dios, ojalá lo hubiera hecho.

—No debes culparla por esto, ¿sabes? —dijo—. Imagino que ella ya se estará encargando de ello.

Di un paso atrás.

—Nunca culparía a Holmes por esto, no es culpa suya.

Mi padre sonrió, aunque con tristeza, al oírme.

—Eres un buen hombre, Jamie Watson. Tu madre te ha criado bien.

No podía meterme en ese territorio, ahora no, y mi padre debió de vérmelo reflejado en la cara. Esperé a que insistiera en que me despidiera del campus para irme a casa con él (sería una sugerencia razonable, después de todo lo que había pasado), pero no lo hizo.

—Acércate a cenar el domingo que viene —dijo, sin embargo—. Y trae a Charlotte. Estoy seguro de que te sigue gustando el pastel de carne. —No me hizo ninguna pregunta a la que pudiera responder que no y, de todos modos, antes de que encontrara una forma de protestar, dijo —: Estaremos los tres solos. —Ni madrastra ni hermanastros, quiso decir, y me sorprendí a mí mismo asintiendo.

El detective Shepard salió al pasillo, acompañado de una pálida Holmes. Su serenidad era tan frágil como la cáscara de un huevo, pero seguía intacta. Sentí admiración por su compostura y aun así, quería estar a millones de kilómetros de allí.

—El domingo que viene, entonces —dijo mi padre, y le dirigió una mirada al detective para indicarle que el interrogatorio había terminado.

Shepard se quedó allí de pie, incómodo, durante unos segundos.

—Que ninguno de los dos salga de la ciudad sin decírmelo. Hablaremos de nuevo dentro de poco. —Siguió a mi padre escaleras abajo.

Holmes y yo nos miramos.

—Has llorado —dijo, con una voz más ronca de lo habitual. Levantó una mano a tientas para tocarme el rostro—. ¿Por qué?

Quería gritarle. No podía apagar mis sentimientos como si fuera una máquina y, por mucho que ella fingiera ser una —con su aspecto inmaculado y la precisión con la que hablaba—, yo sabía que ella tampoco era capaz. Sus emociones debían de agitarse en alguna parte bajo la superficie, y quería exigirle que las sacara para examinarlas. Como si estuviera en mi derecho.

Pero en vez de eso, cubrí su mano fría con la mía.

—No te voy a obligar a hablar de ello —dije.

—Sí —dijo, retirándola—, no lo hagas.

—Está bien. —Respiré hondo para tranquilizarme—. ¿Le has dado lo que sea que llevabas en el bolsillo? ¿El vial?

—Sí.

Era como hablarle a una pared.

—¿Vas a decirme qué era?

Lo consideró un instante. Bueno, me consideró a mí.

—Watson —dijo—, parece que nos han tendido una trampa.

* * *

La señora Dunham no iba a dejar que nos fuéramos sin la promesa de que pasaríamos primero por la enfermería. Me sangraban los nudillos de haber golpeado la pared y tenía los dedos magullados e hinchados. Holmes le prometió que iríamos y se sentó pacientemente mientras la enfermera me examinaba.

—Te estás convirtiendo en un paciente habitual —dijo chasqueando la lengua, y me dio unas vendas y una bolsa con hielo.

Holmes entró en el comedor para hacernos unos sándwiches mientras yo esperaba en la puerta. Me sorprendió que se acordara de que teníamos que comer, puesto que yo había estado demasiado molesto para darme cuenta de que me moría de hambre. Los dos estábamos, creo, lo bastante abrumados con nuestro remolino interior como para prestar atención a lo que ocurría fuera. Las miradas y murmullos del patio interior no me molestaron cuando lo cruzamos esa vez. ¿Cómo iban a hacerlo? Tenía muchas más cosas por las que preocuparme. Arriba, en el aula 442 de ciencias, Holmes sacó un llavero y entramos.

—¿Cómo conseguiste engañarlos para que te dieran un laboratorio? —pregunté, agradecido de que habláramos de un tema intrascendente.

—Mis padres lo pusieron como condición para que me aceptaran —respondió. A nuestro alrededor, el laboratorio era tan extraño y se encontraba tan a oscuras como lo habíamos dejado—. Sherringford estaba bastante impaciente por tenerme como alumna, así que aceptaron. El trabajo que realizo aquí aparece en mi historial como estudios independientes.

Sonreí con suficiencia.

—¿De qué? ¿De asesinatos? —Arrugó la nariz y me miró.

Durante aquellos pocos minutos, me había olvidado de Dobson, pero la presencia del maltrecho sofá me lo recordó de golpe. Vi que me veía recordarlo y, con un impulso de energía, cerró dando un portazo.

—No ocurrió aquí —dijo con total naturalidad—. Fue en Stevenson. Sí, por lo general, cuando tomo calmantes, me coloco de oxicodona aquí, así que aquello fue una excepción. Sí, fue inmensamente triste; sí, incluso yo me pongo triste. No, preferiría no contarte los detalles, no quiero que los sepas. Yo no lo maté y tampoco contraté a nadie para que lo hiciera. No tuve nada que ver con su muerte. Como ya te había dicho antes, puedo defenderme sola, así que deja de mirarme como si fuera alguien por quien sentir lástima.

—No siento lástima por ti —contesté, aturdido. Se volvió hacia la pared, pero aun así vi que cerraba los ojos y contaba hacia atrás desde diez en silencio.

—No —apuntó sin volverse—, solo has decidido sentir todo aquello que yo no puedo o que no siento. Es abrumador. Somos amigos desde hace menos de un día. —Hizo una pausa—. Aunque supongo que ninguno de los dos es muy normal.

Antes de esto, nunca nadie había considerado que nada en mí estuviera fuera de lo normal. Si bien estaba seguro de que ese no había sido su caso.

Tras un largo minuto, me senté en el asqueroso sofá.

—Aquí tienes la comida —dije recogiendo los sándwiches de donde ella los había dejado caer al suelo—. La gente normal come así que, durante estos cinco minutos, vamos a ser normales. Después de eso, eres libre de contarme quién nos está incriminando por asesinato.

Se dejó caer a mi lado.

—Todavía no sé quién es —comentó—. No tengo suficientes datos.

—Normal —le advertí—. Inténtalo al menos.

Engullí el sándwich, aunque solo era pan de molde con *pastrami* y lechuga, y sin ningún condimento. Era la clase de sándwich que solo habría preparado una pija con un chef privado y el apetito de un colibrí, así que no tendría que haberme sorprendido. Por su parte, Holmes daba un mordisco o dos con desgana con los ojos fijos a media distancia.

—¿De qué suele hablar la gente normal? —me preguntó.

—¿De fútbol? —aventuré. Puso los ojos en blanco—. Vale, está bien. ¿Has visto esa nueva película de policías?

—La ficción es una pérdida de tiempo —respondió, sacando un trozo de lechuga del sándwich y mordisqueándolo por el extremo. Como un caracol; comía como un caracol—. Me interesan mucho más los hechos reales.

—¿Cómo qué?

—Hubo una serie de asesinatos realmente fascinantes en Glasgow la semana pasada. Tres chicas, cada una estrangulada con su pelo. —Sonrió para sí—. Ingenioso. Sinceramente, ni dejé el laboratorio mientras se desarrollaba, estaba fascinada. Le pasé algunos consejos a mi contacto de Scotland Yard y quiso que volara allí para investigar. Entonces ocurrió esto.

—Qué inoportuno —dije.

Ella, por supuesto, ignoró el sarcasmo.

—¿Sí, verdad?

—Vale, lo de tener una comida normal ha sido un lamentable fracaso —contesté—, así que sigamos con el tema. ¿Por qué nos están tendiendo una trampa?

—Haces las preguntas equivocadas —replicó, arrojando el sándwich al suelo mientras se

levantaba. Lo recogí y lo tiré a la basura—. Todavía no estamos en el *quién* o el *porqué*, Watson, sino en resolver el *cómo*. No puedes teorizar antes de tener los datos, de lo contrario le harás perder el tiempo a todo el mundo.

—No lo entiendo —dije, porque era verdad.

Juro que estuvo a punto de ponerse a patear impaciente con un pie.

—Hecho número uno: Lee Dobson me estuvo atormentando durante un año entero antes de abusar de mí el 26 de septiembre. Hecho número dos: Dobson y tú tuvisteis un altercado el 3 de octubre. Hecho número tres: Dobson fue asesinado el martes, 11 de octubre, una fecha lo bastante cerca de los dos incidentes como para relacionarlos. Cuando lleguen los informes de toxicología, mostrarán que Dobson fue víctima de un envenenamiento gradual por arsénico, que empezó la noche que le pegaste, y que las dosis fueron aumentando en cantidad hasta la noche en que murió. Estoy segura de que su compañero de cuarto y la enfermera declararán que padeció dolores de cabeza relacionados, náuseas, etcétera.

—Por Dios. —La miré fijamente—. ¿Arsénico? No me digas que tienes acceso al arsénico.

—Watson —dijo pacientemente—, estamos en el edificio de ciencias y tengo llaves.

Me cubrí la cabeza con las manos.

—Estaba abrazado a una copia de las historias de tu trastatarabuelo. También descubrirán que, anoche, Dobson fue víctima de una mordedura de serpiente, puede que incluso al poco de morir, cuando la sangre seguía caliente. ¿Recuerdas la escama que encontré en el suelo de su habitación? —Inclinándose, sacó un libro del final de la estantería y me lo lanzó. Me sorprendió ver que se trataba de *Las aventuras de Sherlock Holmes*—. ¿No? ¿Y qué hay del vaso de leche en la mesilla? ¿O del respiradero sobre la cabeza? ¡Vamos, Watson, piensa!

Parpadeé y bajé la mirada hacia el libro que tenía en las manos sin poder creerme lo que insinuaba Holmes.

—No puede ser verdad.

—Oh, sí que puede. Están recreando *La banda de lunares*.

La banda de lunares es una de las historias más conocidas de mi trastatarabuelo. Sin duda es la más aterradora y también la que está más plagada de errores conceptuales. Como en muchas de sus otras historias, *La banda de lunares* empieza en el número 221B de Baker Street con una mujer alterada pidiendo ayuda. Su hermana había muerto dos años antes en mitad de la noche en extrañas circunstancias y, ahora, el evidentemente malvado padrastro de Helen Stoner, la cliente de Holmes, había trasladado a la joven a esa misma habitación semanas antes de su boda. Durante sus investigaciones, Sherlock Holmes y el doctor Watson descubren que la cama de ese dormitorio está atornillada al suelo y que, a su lado, la cuerda de una campana desciende desde un respiradero en lo alto que da al estudio del padrastro, situado en la puerta de al lado. Allí, Holmes encuentra un platito con leche, una correa, una caja fuerte y, durante la operación de vigilancia que realizan, una víbora india de los pantanos —*la banda de lunares* del título—, que el padrastro emplea para matar a sus hijastras controlándola con un silbato y guardándola en la caja fuerte cuando ha terminado.

John H. Watson pudo haber sido muchas cosas —médico, escritor y, según la mayoría, un hombre bueno y respetable—, pero estaba claro que no era un zoólogo. No existe nada parecido a las víboras de los pantanos. Y la idea de que Sherlock Holmes dedujera su existencia de un platito con leche es ridícula: las serpientes no tienen ningún interés por la leche y tampoco oyen nada que no sean vibraciones, por lo que no escucharían el silbato. Pero sí que respiran, de manera que una serpiente no habría sobrevivido metida en una caja fuerte.

Cuando era pequeño, a mi padre y a mí nos gustaba especular sobre qué habría ocurrido realmente en ese caso para que el doctor Watson tuviera que inventarse tantas cosas. Mi teoría favorita sigue siendo que ese día se quedó dormido en Baker Street, no vio a la clienta, se perdió toda la investigación y no le prestó atención a Sherlock Holmes cuando este se lo pormenorizó después.

Eso suena, al menos, como algo que yo habría hecho.

—Sea quien sea, se está mofando de nosotros —dijo Holmes, paseándose por el laboratorio como un gato enjaulado—. El arsénico habría terminado con Dobson por sí solo. La serpiente es una mera floritura ridícula, colocada allí para enviar un mensaje. Como es lógico, nuestro culpable no pudo encontrar una víbora de los pantanos porque tu tatarabuelo se las

inventó. —La miré con los ojos en blanco por su claro desdén—. Pero en serio, Watson, ¿por qué tenía Dobson un vaso de leche? No había ninguna mininevera en su cuarto; tendría que habérselo llevado del comedor después de la cena. Y aunque supongo que es posible que Lee Dobson descubriera su pasión por la música *folk*, en el contexto de todo lo demás, tener una flauta de émbolo es muy extraño. La presencia de estos elementos es lo suficientemente verosímil como para que la policía no los considere significativos, de manera que, al dejarlos allí, el asesino debía de saber que nosotros llevaríamos a cabo nuestra propia investigación.

—Están jugando con nosotros —indiqué—. Pero ¿por qué querría el asesino que sepamos que va a por nosotros?

—Justo a por *nosotros*. —Arqueó una ceja—. Dobson me persiguió durante todo el año pasado y no le ocurrió nada. Entonces apareces tú y comienza esto. Empezaremos investigando a las personas que llegaron a la zona a partir de verano, o a aquellos que tengan un particular interés en acabar con nosotros dos.

¿Por qué iría alguien detrás de mí? Detrás de Holmes lo entendía: era claramente más lista, más rápida y más valiente que... Tenía que haber alguien al otro lado de esa ecuación para que funcionara. A lo mejor yo era un mero daño colateral, quizás se había producido algún error, porque no importaba cuánto deseara yo que mi vida fuera interesante, simplemente no lo era. No había ninguna razón para que alguien me convirtiera en un objetivo.

Pero si Holmes se daba cuenta del papel poco importante que yo representaba realmente en todo eso, me mandaría a hacer las maletas, de vuelta a los deberes de química, a los chistes guarros de Tom y al resto de adornos de mi exilio americano. De vuelta a soñar con ella por las noches mientras ella seguía adelante, indiferente, con su vida. Pero esa vez sería peor, porque sabría lo que me estaba perdiendo.

Decidí mantener la boca cerrada.

Holmes dejó de pasearse y se apoyó contra la pared. Recordé que no había dormido nada la noche anterior. No tenía ni idea de cómo lograba seguir en pie.

—La policía no nos dejará ayudar, Shepard es una indicación de ello —dijo—. Idiotas. Imagino que no les gusta que me ponga a manipular su escenario del crimen.

—Además, somos los sospechosos principales —le recordé—. Eso supone un impedimento para nuestra relación laboral.

Se encogió de hombros, como si eso no viniera al caso.

—Eso es todo entonces.

—¿Todo el qué?

—Eso es todo lo que tengo que contarte. Pensaré en nuestro próximo movimiento.

Me estaba echando. Fuera lo que fuera para lo que me necesitaba, mi tiempo y nuestra

investigación habían terminado por hoy. Me levanté, preguntándome si me había confundido al pensar que empezaba a significar algo para ella.

Porque daba la impresión de que Holmes ya se había olvidado de mí. Bajó el estuche del violín de la estantería y sacó un instrumento tan atemperado y pulido que casi parecía estar vivo. Recordé haber escuchado un especial de la BBC 4 en mi cocina el verano pasado. Estaba tan cabreado por tener que mudarme, que mi madre hacía todo lo que se le ocurría para animarme. Ese día, preparaba rollitos de canela caseros, extendiendo la masa en largas tiras que colgaban del borde de nuestra diminuta encimera y yo salí a rastras de mi cuarto, atraído por el olor del azúcar. Me miró, con las manos manchadas de harina y un rizo castaño asomándole por un lado de la cara y, antes de que ninguno de los dos hablara, el presentador de la radio anunció un programa sobre la historia del Stradivarius. Por detrás de su voz, se escuchaba la famosa grabación de Sherlock Holmes interpretando un *concerto* de Mendelssohn con su Stradivarius para el rey Eduardo VII. La música sonaba aguda y aún parecía tremendamente viva a través de las interferencias. Me acerqué y mi madre apretó los labios, pero no cambió de emisora, de manera que nos pasamos la tarde así: cubriendo de glaseado los rollitos que había hecho a medida que se enfriaban y escuchando hablar al locutor sobre la forma del violín, la densidad de su madera, cómo Antonio Stradivari había almacenado sus instrumentos bajo los canales de Venecia...

El color azúcar moreno del violín de Holmes me recordó todo aquello, de golpe, y me quedé allí de pie, absorto, contemplando cómo repasaba una escala antes de ponerse a tocar. El arco resaltaba sobre el pelo oscuro; tenía los ojos cerrados. La canción me resultaba familiar y desconocida a la vez, una melodía folclórica marcada por las irrupciones de una disonancia maravillosa. Aunque me mantenía a pocos centímetros, la distancia que nos separaba se extendió, como los cien años que había entre Sherlock Holmes tocando para el rey y yo oyéndolo; tan remotos, tan lejanos.

Debí de quedarme escuchando un buen rato antes de que dejara de tocar, y me di cuenta de que estaba inmóvil, con la mano sobre el pomo, como un idiota.

—Watson—dijo mientras dejaba caer el violín hacia su costado—. Nos vemos mañana.

Me dio la espalda y empezó a tocar de nuevo.

Capítulo 4

Después de ignorar las llamadas un día más, la señora Dunham se acercó a mi habitación y me dijo educadamente que si tenía que volver a hablar con la histérica de mi madre una vez más, se prendería fuego a sí misma en público. De forma que, ese jueves, tuve que sufrir el histrionismo de mi madre y las miles de preguntas de mi hermana Shelby («¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Significa eso que puedes volver a casa?») en una llamada que se prolongó durante horas. No le conté a ninguna de las dos que mi padre me había invitado a cenar a su casa; aún no había decidido si iba a ir o no.

Las cosas se arreglaron entre Tom y yo, o mejor dicho, su naturaleza bondadosa superó sus sospechas y, tras pasar un día en un incómodo silencio, se acercó a mi mesa mientras yo escribía. Había estado anotando todo lo que recordaba desde el asesinato de Dobson: horas y fechas, nombres de venenos, las cosas de Dobson que Holmes había enumerado con las manos. Estaba pensando en escribir una historia sobre ello y, cuando Tom se asomó por encima de mi hombro, fue bastante fácil experimentar con él.

O probar con la versión que no hiciera que nos expulsaran ni a Holmes ni a mí.

Sherringford había emitido un comunicado en el que se refería a la muerte de Lee Dobson como un accidente; un «accidente con una serpiente» que resultó mucho más extraño que aterrador. Era un intento para asegurarles a los padres que el campus era seguro, pero los estudiantes seguían marchándose a casa en tropel. Nuestro pabellón, en concreto, producía una sensación de vacío; durante dos días seguidos, no hubo cola para las duchas ni música retumbando tras las puertas cerradas.

Y con aquel silencio llegaron los periodistas.

Un día, no había nadie. Al siguiente, estaban por todas partes, reptando por el patio interior con las cámaras, los *flashes* y sus voces estridentes. Se quedaban al acecho después de las clases, y nos colocaban sus manos compasivas sobre los hombros y los objetivos en la cara. La mayoría de los alumnos los ignoraban; otros no. Un día, durante la comida, vi que la pelirroja de mi clase de francés lloraba con delicadeza frente a una cámara. Había primeros planos suyos en su página web si los necesitaban, dijo entre sollozos. Supongo que no podía culparla por utilizar a la prensa; después de todo, la prensa también se estaba aprovechando de ella.

Aquel mismo reportero me cogió simpatía.

Me seguía de una clase a otra, murmurando palabras amables antes de pasar a preguntas como: «¿Piensas realmente que la muerte de Lee Dobson fue un accidente?» y «¿Es verdad que tienes una serpiente en tu cuarto?». Por el logo del equipo del cámara, supe que eran de la BBC. Lo habría sabido de cualquier modo por el acento engolado del reportero y su barbilla altanera, la mismísima imagen de un gilipollas de Oxbridge mayorcito. Le habían enviado al otro lado del charco para que consiguiera trapos sucios de los Holmes; estaba seguro por la forma en la que desviaba las conversaciones continuamente hacia Charlotte. Había conseguido mi horario de algún modo y, durante varios días, me estuvo esperando entre clases con el operador de cámara elevándose siempre tras él.

Lo peor fue la tarde que pensé que me había librado de él. Los dos estaban hablando con un lugareño en las escaleras del edificio de ciencias cuando salí por la puerta principal.

—Sí, tío —le estaba diciendo—, yo también he oído esas historias. Tengo un montón de...

eh... amigos que dicen que Charlotte Holmes es la cabeza de esta secta de mierda y que James Watson es algo así como su pequeño secuaz malhumorado...

Pasé por delante de ellos a toda prisa, con la cabeza gacha, pero el reportero se me echó encima, gritando mi nombre y alargando el brazo para tirar del mío.

Me giré rápidamente, preparado para derribarle de un golpe. El operador de cámara se puso delante con entusiasmo y me plantó el objetivo en la cara.

—¡Ven lo que les digo! —soltó el lugareño. Esta vez le eché un buen vistazo: de unos treinta años, con rasgos faciales pequeños y mezquinos y una mata de pelo rubio. Tom me había dicho que era el camello del campus y yo le había visto rondando por la zona de noche.

Al parecer, él tenía más credibilidad que yo esos días.

—Dejadme en paz —dije en voz baja mientras me subía el cuello. Permitieron que me marchara, aunque todos sabíamos que volverían al día siguiente.

Pero no volvieron. Evidentemente, los periodistas habían molestado a suficientes alumnos como para que los padres empezaran a quejarse, de manera que Sherringford cerró su campus al público de forma oficial.

Al preguntar a Holmes si sentía alivio, sonrió con educación.

—Mi hermano tiene un acuerdo con la prensa —dijo—. Nunca me han molestado.

Los ánimos estaban bajos, así que no fue ninguna sorpresa que, a pesar de toda la conmoción, la escuela decidiera seguir adelante con el baile de bienvenida el fin de semana. Las banderolas verdes y blancas del colegio ondeaban desde la capilla a la biblioteca; el comedor anunció que servirían filete y salmón para cenar. En los días previos al baile, las chicas fueron en tropel al pueblo y volvieron con vestidos largos en bolsas de plástico cerradas. Los habían encargado meses antes, en Nueva York, Boston y uno incluso en París (según Cassidy y Ashton, que se pusieron a cotillear sin descanso en las clases de francés). Pero no solo se preparaban las chicas. Tom iría con Lena y debió de obligar a sus padres a que le enviaran su traje desde Chicago, porque no se me ocurría otra forma de que le hubiera echado mano a una chaqueta y un chaleco azul claro.

Podría haber sido un derroche de tiempo y dinero, pero por una vez lo entendía: mejor centrarse en el boato que en la muerte.

Cuando se lo dije a Holmes, lanzó la cabeza hacia atrás con una de sus escasas risas.

—Para ser un chico eres tremendamente melodramático.

La verdad es que no podía discutirlo. Tenía muchos datos en los que basarse porque pasé cada momento que tenía libre en el aula 442 de ciencias.

Comíamos y cenábamos allí, o mejor dicho, yo comía con el hambre voraz de siempre, mientras ella hacía deducciones sobre mi día. «Has tomado cereales Captain Crunch para desayunar», decía, «y has probado una nueva crema de afeitarse que no te ha gustado», todo mientras esparcía la comida por el plato para disimular el hecho de que no estaba comiendo. Le daba la lata por eso, por la forma en la que picoteaba la comida, y entonces ella engullía una o dos patatas fritas; diez minutos después, volvía a darle el coñazo. Una noche mencioné que mi canción favorita era «Heart-Shaped Box», de Nirvana, y una hora más tarde, jugueteando con su violín, tocó las primeras notas de «Smells Like Teen Spirit». Creo que no se dio cuenta de que lo había hecho; cuando descubrió mi mirada, dio un buen salto y pasó directamente a la «Allemanda» de Bach (me aprendí los nombres de todo lo que tocaba; a ella le gustaba que le preguntara y a mí me gustaba escuchar).

La forma en la que nos comportábamos el uno con el otro no habría tenido sentido para nadie

más si hubiera intentado explicárselo. Yo acostumbraba a volar cualquier declaración ridícula que ella hiciera por encima de la red con un efecto *liftado*, por lo que aumentábamos el ritmo y nos adentrábamos de esa forma en feroces discusiones sobre temas como los escarabajos, las obras de teatro navideñas y el color de ojos del doctor Watson. Nos peleábamos por los posibles sospechosos: ella estaba segura de que nuestro asesino tenía conexión con Sherringford, pero yo no podía imaginarme por qué él o ella no había actuado el año anterior. Aún no entendía la razón por la que me había convertido en un objetivo. Cuando encontré un nido de botes de pastillas escondido en el estuche de su violín, mantuvimos una guerra sin cuartel sobre el hecho de que siguiera abusando de la oxicodona. «No es asunto tuyo», me dijo, furiosa, y se enfadó incluso más cuando insistí en que en realidad sí lo era. ¿Cómo no iba a serlo? Era su amigo. Quizás por eso las peores peleas que tuvimos no eran sobre nada en particular. Después de conversar una noche sobre la forma en la que siempre se despatarraba en el sofá, haciendo que yo tuviera que sentarme en el suelo, salí en estampida del laboratorio para descubrir, a la mañana siguiente, que había traído una silla plegable. «Es para ti», dijo con un gesto vago de la mano; era lo único que cabía en el pequeño espacio que teníamos.

Pero no nos pinchábamos siempre así, la mayoría de las veces era al contrario. En lugar de gritarle, me quedaba cautivado por su mirada hipnótica y el imparable tren que era su razonamiento lógico hasta que la dejaba hacerme cosas como arrancarme un pelo de nariz para un experimento (para ser justos, prometió que me haría los deberes de química durante un mes a cambio). Me enseñó a forzar una cerradura básica y cuando por fin conseguí colocar las horquillas en la posición correcta, escuché el clic delator y me dejé caer sobre el sofá con alivio, me puso una venda en los ojos y me hizo repetirlo. Más tarde, después de que Holmes me contara que no le

habían dejado comerse ninguna cuando era pequeña, le compré una bolsa de golosinas llena hasta arriba en la tienda del centro de estudiantes y la coloqué delante de ella, como si fuera una ofrenda para un rey. Absorta en sus pensamientos, se había negado a probar ninguna y había puesto los ojos en blanco ante la sola mención de ello. Cuando volví a entrar tras contestar una llamada de mi madre, la encontré intentando morder, sin éxito alguno, un caramelo duro.

Con todo el tiempo que pasaba en el aula 442 de ciencias, el mundo exterior empezó a parecer más y más extraño. A veces, quedarme el día entero en el laboratorio de Holmes me hacía sentir como si estuviéramos en un búnker con provisiones al que nos habíamos mudado antes de que ocurriera un apocalipsis nuclear. Cuando Tom me escribió para preguntarme a quién llevaría al baile, me descubrí parpadeando con fuerza bajo la luz tenue del laboratorio e intentando recordarme a mí mismo que podía salir al mundo e ir al baile.

Pero no tenía pareja y me dije que no la quería. Cuando pensaba en el baile, no paraba de imaginar que se celebraría en un Sherringford distinto: uno en el que pasar la tarde con la chica más fascinante que conocía estuviera relacionado con bolas de discoteca y música de mierda, y no con mecheros Bunsen y manchas de sangre. Uno en el que mezclarse con un mar de compañeros no supusiera una auténtica tortura. No había forma de olvidar que yo era sospechoso de asesinato si gente a la que ni siquiera conocía dejaba de hablar cada vez que entraba en un aula. La habitación de Dobson seguía acordonada con la cinta amarilla de la policía y su antiguo compañero de habitación aún intentaba ponerme la zancadilla por los pasillos. Todos mis profesores intentaban no tener trato conmigo o me ignoraban, salvo por el silencioso señor Wheatley, mi profesor de escritura creativa, que me llevó aparte para decirme que estaría encantado de escucharme si alguna vez lo necesitaba. Aunque le di las gracias, no le tomé la

palabra (solo se ofrecía porque era un buen tío). Aun así, era bueno tener a alguien que reconocía sensatamente lo que me estaba ocurriendo.

Porque la verdad es que estaba aterrado. No dejaba de pensar que me despertaría muerto. Alguien ahí fuera iba a por Holmes y a por mí, y no teníamos ni idea de quién era. Bueno, para ser más exactos, yo no tenía ni idea. Presentía que Holmes sí lo sabía, pero ocultaba sus sospechas con la petulante languidez de un gato sobre un cojín.

—Me niego a teorizar antes de tener los datos —fue su respuesta.

—Pues entonces vamos a recopilar datos —dije—. ¿Por dónde empezamos?

Colocó el arco sobre el violín, pensativa.

—La enfermería —contestó por fin.

Su plan era ver si Dobson, en los últimos estertores del envenenamiento por arsénico, había intentado pedir ayuda por los síntomas antes de morir. De primeras me sorprendió un poco que este fuera nuestro próximo movimiento. Holmes había realizado las pruebas y había confirmado la presencia del veneno ella sola... ¿Por qué necesitaba encontrar más pruebas de qué lo había matado? Ya sabíamos que había sido eso.

Pero cuanto más pensaba en ello, más sentido tenía. El detective Shepard había desestimado completamente la afirmación de Holmes de que nos estaban tendiendo una trampa. Cada vez que salía del edificio de ciencias, veía al policía de paisano que se encontraba apostado junto a la puerta principal. Le pillé registrando el contenedor de basura que había en el exterior de la residencia, y Holmes me dijo que se había despertado una mañana y había encontrado a un equipo, subido a una escalera, examinando la ventana de su dormitorio desde fuera. Me di cuenta de que estaba mucho más alterada de lo que parecía. Por sus historias y las llamadas que seguía recibiendo regularmente de su contacto en Scotland Yard, supe que Holmes no estaba acostumbrada a trabajar fuera de la ley y que, aunque no lo decía en voz alta, quería que volviéramos a ganarnos el favor de la policía. Así que conseguir que la enfermera del colegio corroborara nuestras pruebas sería un buen primer paso.

—Le gustas —dijo Holmes sin emoción mientras nos dirigíamos a la enfermería, una pequeña ampliación de Harris Hall con algunas camas para pasar la noche y una farmacia. Todas las veces que había estado allí (manos destrozadas, nariz rota), me había tratado la misma enfermera y siempre me había parecido muy profesional conmigo.

—Creo que le caigo bien y punto —respondí—. Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Finjo que estoy enfermo de algo, me gano su simpatía y su atención y, mientras está ocupada, te pones a hurgar en los expedientes?

Holmes me guiñó un ojo.

—Eso es —dijo, y abrió la puerta.

La sala de espera estaba vacía. La enfermera se encontraba en el mostrador de la entrada, terminando un sudoku.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó sin levantar la vista.

—He vuelto —dije a modo de disculpa y levantando las manos—. Me duelen otra vez y estoy preocupado por si tengo algo roto.

—Pobrecillo. —Había un deje en su voz que resultaba extrañamente atractivo—. ¿Y tu novia ha venido a dar apoyo moral?

Le lancé una mirada a Holmes, que se las ingenió para esbozar una sonrisa triste.

—No sé si puedo mirar —murmuró—. Estoy tan preocupada por él. Creo que tendré que esperar aquí.

La enfermera le puso una mano tranquilizadora sobre el brazo.

—No le haré nada malo, te lo prometo. Ahora no puedes dejarlo solo. Vamos, vamos. —Nos guio hasta la consulta, donde me palpó las manos (que, en verdad, me dolían), dijo que se me estaban curando bien, me dio unos comprimidos de paracetamol y nos despachó. La visita entera nos llevó unos cinco minutos.

—Vaya —dijo Holmes mirando la puerta que teníamos detrás con el ceño fruncido—, normalmente funciona mejor que esta vez.

Sonreí con suficiencia.

—A lo mejor deberías trabajar tu papel de novia preocupada. ¿Entonces ya está? ¿Nos vamos sin el informe?

—No —dijo—, me colaré a medianoche y conseguiré lo que necesito. Claro que lo de tener que desactivar las cámaras de seguridad de nuevo será un coñazo.

—¿Por qué no te has colado desde un principio?

Sonrió fugazmente.

—Parecías ansioso por participar, así que pensé que podría incluirte.

—Esto... ¿gracias?

—Pero esta noche entraré yo sola. Eres tan discreto como un elefante cojo. ¡Nos vemos luego!

Me dio unas palmaditas en el hombro y salió disparada por el camino, dejándome atrás, lo que me hizo sentirme encantado e insultado a la vez. Los efectos secundarios de juntarse con Charlotte Holmes.

Cuando llegué a su laboratorio al día siguiente después de las clases, el detective Shepard salía por la puerta. No sabía que podía interrogarnos sin la presencia de un tutor, pero debía de haber encontrado la forma de hablar con Holmes.

—Jamie —dijo sin ganas—. Os veré a ti y a Charlotte el domingo por la noche en casa de tu padre. Hablaremos entonces. —Y dicho eso, me miró con compasión y recorrió rápidamente el pasillo.

—Espere, ¿viene usted? —le grité, pero no me contestó.

Dentro, en el sofá, Holmes estaba envuelta en un torrente de mantas. Parecía una de esas muñecas rusas: como si fuera la Holmes más pequeña de todo el conjunto.

Las palabras que había intercambiado con Shepard, fueran cuales fueran, la habían puesto de mal humor.

—¿Por qué le has dejado entrar? ¿De qué iba eso exactamente?

—De nada.

—De nada —repetí—. Pensaba que le estabas dando los informes de Dobson de la enfermería.

—Ya los tenía, como es evidente —dijo—. Me ha reprendido por colarme ilegalmente y se ha marchado.

—De manera que Dobson sí que fue a la enfermería para que le curaran los síntomas.

—Fue a la enfermería varias veces —dijo—. La mayoría de ellas por heridas relacionadas con el *rugby*, según Shepard. Me ha dicho que han analizado pelo para el arsénico y que ha dado positivo, por lo que no necesitan ninguna de mis pruebas. Después me ha pedido que identifique todos los frasquitos de veneno de mi estantería. Y, a continuación, se ha marchado diciendo, con una voz que creo que se pensaba que era amenazadora, que nos vería pronto. Aficionado...

—Espera, rebobina. Has dejado entrar al detective y le ha echado un vistazo a tu estantería de los venenos.

—Sí.

—De los venenos.

—Sí.

—¿Y hay arsénico en esa estantería?

—Sí.

—Y quiere volver a interrogarnos el domingo —añadí. Me estaba mareando.

—Sí —dijo, pronunciando la palabra como si yo fuera idiota.

Me quedé mirándola un buen rato. Debía de saber algo que no me estaba contando.

—Vale. Tenemos que hacer una lista de posibles sospechosos. Hay que encontrar algo que podamos darles. Cualquier cosa que te haga, nos haga, parecer menos culpables.

Me alejé para pegar una hoja de papel de estraza en un lado de la estantería y escribí «sospechosos» en lo alto.

—Watson, no tienes ningún sospechoso.

Le lancé una mirada asesina. Se llevó un cigarrillo a los labios y le dio una buena calada. Habíamos llegado a un acuerdo tácito: si ella dejaba los botes de pastillas, yo dejaría de buscarlos. Así es como interpretaba la nueva y constante presencia de un Lucky Strike encendido en la mano, como si estuviera probando una droga que no la mataría... o al menos no tan deprisa.

Pero todo aquel humo hacía que el laboratorio sin ventilación empezara a recordar a algún cuarto trasero tóxico del infierno, lo que me acercaba cada vez más a mi límite. Y aun así, Holmes permanecía sentada, fumando y sin contarme nada.

—¿Qué hay de la persona que sacó el ejemplar de *Las aventuras de Sherlock Holmes* de la biblioteca? Tiene que haber algún registro.

—Corrección: ese ejemplar en particular era nuevo y no había salido ni una sola vez de la biblioteca. Alguien se lo llevó directamente de la estantería —dijo Holmes—. Actualmente, la base de datos de la biblioteca lo tiene anotado como «perdido» y, puesto que la copia física está en posesión de la policía, no tengo forma de examinarlo.

—¿Y los enemigos? Podemos hacer una lista de los enemigos de Dobson.

—Adelante. Anota a todas las chicas del colegio. —Sus ojos se ensombrecieron—. Aunque puedo decirte que, por las investigaciones que llevé a cabo el año pasado, sé que soy la única que tuvo un... encontronazo con él.

Tragué.

—Entonces podríamos enumerar a nuestros enemigos.

—Tú no tienes ningún enemigo.

—Tengo exnovias —repliqué—: inglesas, estadounidenses, escocesas... Me imagino a Fiona con algún tipo de botiquín para los venenos con diseño de tela escocesa... —Claro que era difícil pensar en ella haciendo algo que no fuera dejarme delante de toda la clase.

Holmes enarcó una ceja.

—No —contestó, y exhaló.

Me contuve para no quitarle el cigarrillo de la mano y aplastarlo contra el suelo.

—No consigo dormir —le dije—, porque me preocupa que tú o yo, o alguna señora inocente de la cafetería, la palmemos ahora que hemos conseguido un club de fans asesinos. Así que échame una mano, ¿vale?

Entrecerró los ojos, concentrada.

—El marqués de Abergavenny —dijo finalmente—. A los nueve le prendí fuego a sus establos.

—Vale —concordé, y después añadí con un hilo de voz—: ¿Puedes deletrearlo?
Me ignoró.

—Creo que puedes añadir a Kristof Demarchelier, el químico. Hablo del francés, no del danés. Y a la condesa Van Landingham..., a Tracy nunca le gustó. Tampoco le gustaba mi hermano Milo, si vamos al caso, pero claro, él le rompió el corazón. Oh, y la directora del colegio Innsbruck de Lucerna, porque le ganó muchas veces al ajedrez, y Quentin Wilde, el campeón de *ping-pong*. Y supongo que podrías añadir a Basil y Thom, sus compañeros de equipo. Thom con «h», desde luego. Aunque no recuerdo sus apellidos... Qué extraño.

—¿Eso es todo? ¿No se te olvida ningún lord o algún parlamentario? ¿Un monarca o dos, quizás?

Dio una calada que le provocó un ataque de tos. Cuando recuperó la compostura, dijo:

—Bueno, está August Moriarty. —Como si ese no fuera el primer nombre que tendría que haber dicho.

—¿Qué hacías —pregunté lentamente— buscándote problemas con un Moriarty?

El profesor James Moriarty era el mayor enemigo de Sherlock Holmes. En cierto sentido, era tan celebrísimo como el mismísimo Gran Detective. Moriarty fue el primer cerebro criminal de Londres que, como todo el mundo sabe, murió tras enfrentarse con Sherlock Holmes en las cataratas de Reichenbach, en Suiza. Después de esa pelea, Sherlock fingió su propia muerte para perseguir al resto de los agentes de incógnito de Moriarty. Incluso el doctor Watson se pensó que Sherlock había desaparecido para siempre. Aunque la historia oficial dice algo diferente, sé de buena tinta que cuando Holmes volvió tan fresco a su consulta tres años más tarde, mi tatarabuelo le dio un buen puñetazo en la mandíbula a su antiguo compañero.

Como ya he dicho, no he tenido los mejores modelos de conducta a seguir.

Pero claro, Charlotte Holmes tampoco.

Apagó el cigarrillo en el cenicero con un gesto delicado pero agresivo de la mano.

—Es irrelevante.

Había un dolor ahogado en su voz, pero yo no podía dejar pasar el tema.

—El profesor Moriarty sigue teniendo fans, Holmes; seguidores. ¿Sabías que algunos asesinos en serie ingleses aún lo consideran su gran inspiración? Y nunca recuperaron todas las obras de arte que robó, por no hablar de que el resto de su familia intenta activamente estar a la altura de su legado. —Tracé una raya bajo su nombre: August. Nunca había oído hablar de August Moriarty—. Es decir, sé que han pasado más de cien años, pero...

—Preferiría creer que no todos estamos tan despiadadamente atados a nuestro pasado —me interrumpió Holmes.

Se puso en pie apartando las mantas. Debajo llevaba puesta una minifalda de tablas, enrollada por la cintura para que pareciera más corta aún, y tenía la camisa blanca desabrochada hasta el cuarto botón.

¿Se había vestido así para el detective? ¿O era para otra cosa? ¿A qué jugaba?

Me aclaré la garganta, incómodo. En uno de sus volátiles cambios de humor, me sonrió fugazmente y sacó a rastras una caja de debajo del sofá.

Dentro había una colección de pelucas. Docenas de ellas, guardadas en suaves redecillas y ordenadas por color. Holmes extrajo un espejo de mano de la caja y se miró durante medio segundo antes de alisarse el pelo para hacerse un moño.

—Esta conversación se ha acabado entonces, ¿no? —señalé, pero bien podría habérselo dicho a la pared. No sirvió de nada; me había vencido. No quería seguir hablando de August

Moriarty y no lo hizo, y yo no podía decir nada que le hiciera cambiar de opinión.

Ver cómo se transformaba ayudó a suavizar el golpe. Lo hizo con la serena eficiencia con la que un violinista afina su instrumento. Se colocó un gorro de malla sobre el pelo, seguido de la peluca —de pelo largo, rubio y rizado en las puntas— y se aplicó el maquillaje con manos expertas, manteniendo el espejo en equilibrio entre las rodillas. Yo no estaba al corriente de los motivos por los que lo hacía, pero el rostro que me miró brillaba, tenía ojos de corderito, las mejillas rosadas y la boca emborronada con un pringoso brillo de labios. Se roció con perfume y, después, sin muestra alguna de pudor, sacó un par de injertos de plástico de una bolsa y los introdujo, de uno en uno, en el sujetador.

Me di la vuelta, las mejillas me ardían.

—¿Jamie? —preguntó una voz alegre con acento estadounidense mientras se colocaba frente a mí—. ¿Estás bien?

Era como una lolita de libro, llena de curvas donde solía haber líneas rectas. Antes no me había fijado en que Holmes tenía una postura perfecta, pero ahora, al verla indolentemente de pie vestida con, madre mía, calcetines altos, me di cuenta de que esta había desaparecido. La peluca rubia y el maquillaje resaltaban sus ojos grises, dotándolos de una simpatía que yo no creía que pudieran tener. Y la mirada que me dirigían esos ojos era *inmoral*.

—Soy Hailey —dijo, su pronunciación era relajada y californiana—. Soy una posible estudiante, ¿para el año que viene? Mi madre está en el pueblo, pero yo quería, ya sabes, ver el campus. ¿Hay alguna fiesta esta noche? —Me puso un dedo en el pecho—. ¿Querías llevarme?

Nunca me habían dejado tan frío.

Di un paso atrás y choqué con la mesa del laboratorio. Los matraces resonaron unos contra otros; uno se estrelló en el suelo y se hizo añicos. Y entonces, ahí estaba Holmes de nuevo, debajo de todo aquel falso envoltorio, seria, misteriosa y... satisfecha.

—Genial —dijo con su habitual voz ronca mientras guardaba rápidamente varias cosas en una mochila—. Si odias a Hailey, entonces servirá para lo que me propongo.

—¿Qué es...?

—Ten paciencia —indicó—. Te prometo que te lo contaré todo más tarde. —Le echó un vistazo a la lista de sospechosos, al nombre que había al final: August Moriarty—. Todo, Watson. Pero ahora no.

—Esto es totalmente injusto —declaré.

—Ya. —Holmes sonrió para sí—. Podemos seguir hablando esta noche durante la partida de póker. Iré vestida de mí misma.

—No va a ir nadie, todos piensan que somos unos asesinos.

—Vendrá todo el mundo —dijo acertadamente—, porque todos piensan que lo somos.

—Bueno, tendrás suerte si me ves allí.

—Sí —afirmó sin rodeos—, la tendré.

—Vale —dije, lanzando los brazos al aire, porque me había ganado; jaque mate.

Ya estaba junto a la puerta y, con aquellos cinco pasos, había dejado de ser Holmes.

Con un coqueto movimiento del hombro, Hailey dijo:

—Adiós, Jamie.

Y entonces me quedé solo, con nada que hacer salvo barrer los pedazos del matraz que había en el suelo.

* * *

No estaba seguro de si se debía a nuestra fama dudosa o a la simple emoción que producía el fin de semana del baile, pero Holmes tuvo razón con respecto a la multitud. Cuando llegué a Stevenson a las siete y media, la cocina del sótano ya estaba rebosante de gente. Algunos chicos de primero habían ocupado la sala común para jugar por satélite al póker descubierto de cinco cartas y tuve que pasar a empujones entre un grupo de chicas que estaba riéndose para llegar a la puerta de la cocina. En lugar de quedarse callados ante mi presencia, como hacia todo el mundo, se rieron incluso más alto. Apreté los dientes y al fin conseguí llegar hasta la mesa de cartas que había al fondo.

Holmes no estaba por ninguna parte, pero Lena atraía la atención con un sombrero de copa disparatado. La había visto por ahí, pero no le había prestado mucha atención antes. No cabía duda de que era hermosa, del modo en que había escuchado a Tom recrearse hablando con entusiasmo sobre ella de madrugada: pelo largo y liso, ojos oscuros, piel morena. Esta noche estaba sonrojada, por la emoción y por algo más —probablemente el vodka—, y tenía apilada la montaña de fichas en una pirámide ordenada. Cuando me reconoció, me hizo un gesto con la mano.

El chico que estaba sentado a su lado no era Tom y no parecía contento de verme.

—Hola, asesino —soltó.

Lo ignoré.

—Hola, Jamie —dijo Lena, ignorándolo también—. ¿Quieres jugar? Nos hemos quedado sin sillas, pero puedo meterte en la partida si quieres jugar de pie.

—En realidad puede quedarse con mi sitio. Necesito otra bebida. —La chica que tenía al otro lado, creo que su nombre era Mariella, se puso en pie y se bamboleó hasta la barra, en la que distinguí una botella de casi dos litros de vodka marca Vodka y un zumo de piña con aspecto dudoso. La chica de primero que me había pedido que la acompañara al baile ejercía de barman. También evité mirarla a los ojos... ¿Había alguien con quien no lo hiciera?

—Me alegro de que Mariella se haya marchado —me dijo Lena con complicidad—. Al menos cincuenta dólares de este botín son suyos. O bueno, lo eran, ¡ups!

Si se parecía en algo al resto de alumnos de Sherringford que yo conocía, Mariella no echaría en falta su dinero. Pensé en los treinta y cinco dólares que me quedaban en la cuenta y que no podía permitirme perder y rechacé la oferta de Lena de meterme en la partida diciéndole que no sabía jugar.

—Aunque intentaré pillarlo —mentí. En realidad solo quería quedarme el sitio hasta que llegara Holmes, puesto que no conocía a nadie más de los que estaban allí.

—¡Ay, por Dios! —dijo Lena llevándose una mano al pecho—. ¿Tú también eres inglés? Charlotte y tú sois tan adorables, me encanta.

En Inglaterra me consideraban estadounidense; aquí, al contrario.

—En realidad nací aquí —confesé.

—¿Vas a jugar o no? —preguntó el tío situado al otro lado de Lena.

—No —respondió ella echando la silla hacia atrás—. Qué más da, vosotros jugad. Quiero hablar con Jamie. —Se metió las fichas en los bolsillos del vestido y me llevó aparte. No me molesté en corregirla por lo de mi nombre; prácticamente acababa de dejar de pedirle a la gente que me llamara James.

—Solo quiero que sepas —dijo, articulando bien cada palabra— que no creo que Charlotte y tú matarais a Lee. ¡Mírate! Eres adorable, y ahora te estás poniendo rojo, eso resulta incluso más

encantador. Es como si te hubieran inventado para que ella supere todo el rollo ese de August. Me niego en rotundo a creer que habéis hecho un Bonnie y Clyde con Lee. —Frunció el ceño—. De todos modos era un cretino.

—¿August? —Mi voz se aferró a ese nombre y me estremecí—. Esto, no conozco a ningún August, ¿quién es?

—Espera —dijo—. Voy a tomarme otro chupito.

Puede que mentir se me diera fatal, pero Lena estaba borracha.

—Oh, ya sabes: August, el chico de Inglaterra. Estaba bastante alterada cuando entró aquí el año pasado. Bueno, no lo verbalizaba, pero oí que hablaba sobre él por teléfono. Ya sabes, a través de la puerta. Entonces su hermano vino de visita y se comportaron todo el rato como si fueran agentes de la CIA. Como no dejaba de escuchar su nombre, que es bastante raro, me lo aprendí. En fin, Milo se marchó, pero antes de hacerlo estuvo todo el rato diciendo: «Aj, me encargaré de esto», y, después, ella se mostró mucho más contenta. —Se llevó una mano a la boca—. ¡Mierda! Oh, joder. Creo que no tendría que habértelo contado. Código de chicas.

Quería preguntarle qué era lo que *realmente* me había contado, a excepción quizá de uno de los ataques con drones de Milo.

—No pasa nada —dije, tirando del sensato e imaginario lugar de mi cabeza en el que no habían matado brutalmente a nadie al final del pasillo y mi única amiga se dignaba a contarme los acontecimientos más básicos de su vida—. Lo sé todo: fracaso amoroso; una tragedia, la verdad. Y el incendio de aquella casa... con todos los..., los cachorrillos.

—¡Exacto! —Me apretó el brazo con la mano—. Vais a ir juntos al baile, ¿verdad? Encargué un vestido en París (ya sabes, vamos allí todos los veranos, mi familia y yo), pero no me quedaba bien y aquí nadie hace arreglos. O bueno, no lo hacen bien. Charlotte tiene un vestido negro precioso y le pregunté si podía dejármelo. Tom fliparía al verme..., pero me dijo que no, así que pensé que tenía pareja.

Seguro que Holmes reservaba ese vestido para alguna gala noruega en la que ganaba al ministro de Asuntos Exteriores al ajedrez, robaba un tratado franco-yugoslavo y se metía de improviso en la cesta de la ropa del hotel para escapar por el conducto de la lavandería. Me pregunté cómo era; debía de ser bastante espectacular si Lena lo quería con tanto ahínco. Un vestido largo, supuse. Negro y ajustado, algo que se pondría una chica Bond. Pero Lena se equivocaba con lo de que Holmes tenía pareja. El único chico al que tendría en cuenta para que la acompañara era...

Interrumpí esa línea de razonamiento. Bueno, ¿y dónde estaba Holmes? Era más de medianoche.

—Ya —contesté estirando el cuello para mirar por encima de la multitud—. Esto..., no. No. Creo que Holmes no va a bailes. ¿Te importa si salgo y la busco? Puedo tirar el vaso si has terminado. —Lena empezaba a parecer algo mareada. Mientras le quitaba el vaso de la mano, se me ocurrió una cosa.

—Mmm... ¿Lena? —dije—. ¿Por qué empezó Holmes a organizar estas noches de póker? No da la impresión de que le gusten... —Estuve a punto de corregirme y añadir «nadie» antes de contenerme... las multitudes. ¿No es un poco raro que ella sea la anfitriona?

—Oh —respondió Lena, sorprendida—. Sus padres no le dan dinero para los gastos ni nada parecido. Y Charlotte gasta bastante. Creo que compra muchas cosas por internet, siempre hay algún paquete para ella en la recepción. —Tosí para esconder la risa. Estaba seguro de que esos paquetes contenían algo más siniestro que ropa de diseñador. La verdad es que Lena era la

compañera de habitación perfecta para Holmes, tenía que reconocerlo—. Bueno, qué te voy a contar, siempre sabe cuándo miente la gente, así que supongo que tiene sentido que juegue al póker por dinero. Yo creo que es gracioso.

Tom se acercó sigilosamente por detrás de Lena y la envolvió en sus brazos.

—Nena, estás borracha —dijo inclinándose para darle un beso en la mejilla.

—Para, cariño. Tengo que jugar al póker. Charlotte no está aquí y me estoy forrando. Creo que voy a comprarme un bolso de Prada.

—Será mejor que nos lo repartamos antes de que te quedes sin él. —Tom volvió a besarla y ella arrugó la nariz—. Puesto que soy tu musa y todo lo demás.

—Su musa del póker —dije, tan serio como me fue posible.

—Te apuesto lo que quieras a que Charlotte es la suya —le susurró Tom en un aparte.

—Ay por Dios, son *tan monos*. —Lena me acarició la mejilla, volvió al juego y colocó las fichas a puñados sobre la mesa. Cuando apartó la vista, Tom birló algunas y se las metió rápidamente en el bolsillo.

Tiré la bebida de Lena a la basura y me marché en busca de Holmes.

Dado que ya estaba en Stevenson, me acerqué sigilosamente a su habitación. No me resultó nada complicado pasar por delante de la celadora: estaba en la recepción, dormida sobre los brazos que le hacían de almohada. Localicé enseguida la puerta de Holmes en la primera planta. Lena la había recubierto con flores de papel y había una tarjeta con su nombre escrito con trazos ondulados y tinta morada. El nombre de Holmes estaba garabateado apresuradamente con tinta negra debajo. La puerta estaba abierta —era culpa de Lena, estaba seguro—, de manera que entré.

A diferencia de la habitación que compartíamos Tom y yo, que podría haber ganado premios por su desorden, la de ellas estaba tan limpia y ordenada como solo podía estarlo un dormitorio de chicas. El lado de Lena era un derroche de color, cojines grandes y tapices brillantes, y el portátil cerrado sobre la mesa estaba cubierto de pegatinas. Tenía fotos de un joven Cary Grant colgadas en el corcho y colocadas entre las letras de varias canciones que había copiado en notas adhesivas. Se había dejado las llaves en la mesa. Más o menos lo que me esperaba.

Estaba mucho más interesado en el lado de Holmes, pero daba la impresión de que había eliminado toda su presencia de la habitación, reservando sus brillantes rarezas para el aula 442. Su mesa estaba limpia y despejada, salvo por un reloj digital, y el corcho que tenía encima solo contaba con un pósit azulón en el que se leía: «t quiero, reina, bsos, Lena», y que se había arrugado un poco por el paso del tiempo; el hecho de que Holmes lo hubiera dejado allí puesto durante tantos meses resultaba sorprendentemente enternecedor. En la estantería que había sobre la cama, todos los libros de texto estaban ordenados en fila y, en la cama, había una colcha azul oscura... bajo la cual dormía Charlotte Holmes, con la peluca torcida y el rímel empezando a corrérsele por debajo de los ojos.

Cerré la puerta con delicadeza detrás de mí.

—Holmes —susurré, y antes de que pudiera repetirlo, se sentó como si fuera una bala.

—Watson —graznó, y alargó el brazo a ciegas hacia el reloj—. Solo quería reposar unos minutos.

—No pasa nada —dije mientras me sentaba al borde de su cama—. Probablemente todavía estás recuperando horas de sueño. No es sano que estés tres días sin dormir, empezarás a tener alucinaciones.

—Ya, pero las alucinaciones siempre resultan fascinantes. —Amontonó los cojines detrás de la espalda—. ¿Y bien? —preguntó, como si su voz quisiera decir: «¿Qué haces aquí?».

—Bueno —empecé—, ¿qué tal ha ido? ¿Has averiguado algo? ¿A por quién ibas?
Soltó un suspiro y se quitó la peluca y el gorro de malla.

—Watson —dijo otra vez—, ¿en serio?

—Yo también soy sospechoso por asesinato —le recordé—, y pensaba que éramos socios en esto. ¿Te disfrizas con todas esas ridiculeces y no me cuentas cómo ha ido? ¡Desembucha!

—No he averiguado nada, nada en absoluto. He debido de hablar con al menos quince alumnos de primer curso (por estadística es más frecuente que los asesinos sean hombres; además, Hailey no funciona con las chicas porque normalmente quieren ahogarla en el río más cercano) y ninguno ha mostrado el más mínimo indicio de ser el responsable. —Lo dijo todo a gran velocidad, como si quisiera sacárselo de dentro—. Y me muero de hambre. Y eso no me ocurre nunca... ¡Comí *ayer!*

—Algo tienes que haber descubierto —respondí, ignorando la última parte. En mi corta experiencia con ella, Holmes había tratado a su cuerpo como si fuera, en los mejores casos, un inconveniente, y en los peores, un apéndice que intentaba destruir activamente.

—No —respondió de mala manera—. Ha sido una completa pérdida de tiempo y he gastado lo que me quedaba de mi perfume Algodón de azúcar eterno para nada. Así que tendré que encargarme más, y solo lo venden en el eBay japonés, y no es nada barato para ser algo que huele tan mal. Y, oh, Dios, qué humillación cuando lleguen los paquetes por correo... —Metió una mano bajo la almohada y sacó tres carteras—. Estaba tan enfadada que les he mangado estas tres de los bolsillos, lo que debería bastar para cubrir los costes, pero no el daño emocional.

—Holmes —dije con calma mientras le quitaba una. La cartera en sí valía más que el piso de mi madre y estaba llena de billetes—. No puedes hacer eso. Tenemos que devolverlas.

Levantó una ceja y me miró.

—Son de los tíos que intentaron emborracharme para aprovecharse de mí.

—En ese caso... —Saqué cinco billetes de veinte dólares y los lancé sobre la cama—. Eso será más que suficiente para el perfume. ¿Sabes qué haremos con el resto?

—¿Devolverlo para apaciguar tu repentino sentido de la ética?

—No. El llavero de Lena tiene la llave de un coche. Vamos a tomarnos un desayuno nocturno. Y después le daremos el resto del dinero, no sé, a una organización benéfica.

* * *

—Yo quiero tostadas —le dijo Holmes al camarero mientras le devolvía el menú—. Dos rebanadas, integrales. Sin mantequilla ni mermelada.

—No, ella tomará el especial de tortitas pequeñas, con los huevos fritos y... beicon en lugar de salchichas. —La miré fija y ferozmente—. A no ser que haya cualquier otra cosa en el menú que le apetezca más y que no esté en la columna de los «acompañamientos».

Resopló.

—Vale, entonces él tomará lo mismo que yo, claro que él prefiere la salchicha y no el beicon, y por favor, siga sirviéndole descafeinado en lugar de café normal. Es un error suyo como camarero, pero trabaja a mi favor. Se pone muy irritable cuando no duerme.

El camarero anotó la comanda.

—Felices bodas de oro... —masculló, y avanzó hasta la mesa de al lado.

—Ignórale. No ha tenido novia en los últimos tres años —dijo Holmes—. ¿Has visto sus zapatos? Cordones *blancos*... Se delata solo con eso.

No pude evitarlo; empecé a reírme disimuladamente. Holmes me honró con una de sus sonrisas fugaces. Se había limpiado gran parte del rímel que tenía bajo los ojos y se había quitado la peluca, pero seguía tan emperifollada como un árbol de Navidad. Además, ver la fina capa del personaje por encima de la persona auténtica resultaba desconcertante.

—Hay al menos cincuenta personas en esta cafetería desayunando a las dos de la madrugada —dijo, bebiendo un sorbo de agua—. Todos tienen menos de veinte años, y cuarenta y ocho de ellos no se lo han tomado por la mañana, incluido Will Tillman, el alumno de primero que está al otro lado, que nunca aparece a la hora del desayuno y que, de hecho, es bastante probable que esté aquí para comprar drogas. ¿Por qué narices es tan popular este sitio? No lo entiendo.

—Eso es porque eres como un robot —dijo con cariño, y ella puso los ojos en blanco—. ¿Entonces tú eres la única que puede ir de incógnito o yo también podré disfrazarme la próxima vez?

—¿Se te ocurre algún disfraz? —preguntó, luchando claramente consigo misma por tomarme en serio.

—¿No puedo ir de Hailey para sacarle información a las alumnas nuevas?

Resopló.

—Incluso aunque hubiese terminado de perseguir a alumnos inocentes de catorce años, no eres lo bastante guapo para ponerte calcetines altos.

—Oye, en realidad finjo muy bien ser un jugador de *rugby* estúpido.

—Eso no es verdad, gracias a Dios —dijo—. Deberías decirle a tu psicólogo que el *rugby* no hace nada para aliviar tus problemas para controlar la ira.

—No tengo un psicólogo, es el orientador escolar.

Reprimió una sonrisa.

—Da igual. Deberías probar con el boxeo, la esgrima...

—¿La esgrima? ¿De qué siglo te has escapado?

—... o con resolver crímenes.

—¿Me está recetando su compañía, doctora?

—Detective, soy como un libro abierto para usted.

Levantó el vaso y brindamos.

Me sentía embargado por una sensación de bienestar. La cafetería era acogedora y la iluminaba una luz cálida, alguien en la cocina nos estaba preparando unas tortitas y Charlotte Holmes estaba sentada enfrente de mí.

Me sentía lo suficientemente a gusto como para preguntarle algo que me rondaba desde hacía tiempo.

—Vale, tengo una pregunta. Avísame si está fuera de tono.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—Mis padres... —Tardé un minuto en dar con las palabras adecuadas—. Bueno, mi abuelo vendió de una forma muy notoria sus derechos heredados de las historias de Sherlock Holmes para pagar sus deudas de juego. Ya no somos importantes; o al menos ya no somos objeto del interés público. Puede que la prensa nos saque a relucir de vez en cuando, pero mi padre se dedica a las ventas transatlánticas, que es mucho más aburrido de lo que parece, y mi madre trabaja en un banco. Sin embargo, la familia Holmes... Quiero decir, habéis sido asesores de Scotland Yard durante generaciones. Así que, ¿por qué no nos ayudan? ¿Dónde están?

—En Londres —dijo. Antes de que pudiera protestar por su contestación escueta, alzó una mano—. En Londres, y allí seguirán estando. No van a interferir.

—¿Pero por qué no? —le pregunté—. ¿Se lo has dicho tú?

—No. —Holmes se desplomó contra el respaldo de nuestro reservado rascándose el recodo del brazo izquierdo—. ¿Recuerdas cuando te conté que mi educación se desarrolló en casa hasta que vine a Sherringford? ¿En algún momento te resultó extraño que este fuera el primer sitio al que viniera?

—La verdad es que no —le respondí—. Di por hecho que tu familia había puesto patas arriba tu habitación en busca de drogas, habían descubierto tu adicción y te habían enviado a Estados Unidos como penitencia. Cuando Lena me contó anoche que tus padres habían cerrado el grifo, más o menos me lo confirmó.

Holmes se me quedó mirando. Después empezó a reírse, un sonido extraño y sorprendentemente molesto. El camarero nos trajo la comida y estoy seguro de que éramos un buen espectáculo: Holmes riéndose con las manos en la boca y yo mirándola desde el otro lado de la mesa.

—Dime que la parte divertida no es que he resuelto un misterio por mi cuenta —dije mientras atacaba una salchicha.

Se las apañó para serenarse.

—No —respondió—. Me río porque fui una idiota al pensar que no lo descubrirías. Tienes toda la razón, desde luego.

—¿Y te cerraron el grifo porque pensaron que usarías el dinero para comprar drogas?

—No —dijo otra vez—. Me repudiaron porque no soy digna de ser su hija. —Metió un dedo en el agua, haciendo sonar los cubitos de hielo—. A sus ojos, mis vicios interfieren en mis estudios.

La miré, tan delgada, angulosa y triste, tan sorprendida cada vez que se reía, y me pregunté cómo habría sido realmente crecer en el hogar de los Holmes. Cortinas largas de terciopelo, pensé, y bibliotecas llenas de libros raros. Una pelea silenciosa que se desarrolla siempre en la habitación de al lado. Charlotte y su hermano, obligados a deambular por la casa con los ojos vendados, escuchando tras las puertas para practicar, recibiendo broncas por cualquier vínculo emocional que no fuera el que había entre ellos. Sonaba a película, pero debía de haber sido un infierno.

—Come —dije, acercándole el plato. Para apaciguarme, le dio un mordisco al beicon—. ¿Acaso querías ser detective?

—Esa nunca fue la cuestión. Llevo resolviendo crímenes desde que era una niña. Lo hago bien. Me enorgullezco de lo bien que lo hago, ¿entiendes? —Asentí rápidamente. Sus ojos brillaban con intensidad—. Pero soy la hija pequeña. Milo siempre ha hecho todo lo que mis padres querían. No puedo decir que no le haya salido bien..., es uno de los hombres más poderosos del mundo y solo tiene veinticuatro años. Pero yo... —Esbozó una especie de sonrisa enigmática y complacida—. No me interesa hacer nada que no quiera hacer.

—De modo que te enviaron a Estados Unidos para bajarte los humos.

Holmes se encogió de hombros.

—El *Mail* se puso las botas con todo aquello. ¿Vas a buscarlo?

—No —dije, y era verdad. Siempre había tenido miedo de cargarme las fantasías que tenía sobre ella buscando la realidad en internet—. A no ser que... ¿Quieres que lo haga?

—No tendría sentido. Milo hizo que eliminaran cada palabra del escándalo que terminó en internet. Y no quiero que lo sepas todo; todavía no. —Su sonrisa se desvaneció—. En fin, fue terrible. Publicaron mi segundo nombre.

Estaba intentando cambiar de tema, así que la dejé.

—¿Es Regina? ¿Mildred? ¿Hulga?

—No es ninguno de esos. Y, contestando a la primera pregunta, tengo que resolver este lío yo sola. Estoy segura de que si llamara a mi familia y les dijera: «Vale, están a punto de meterme en la cárcel, ¿me ayudáis?», lo harían. Porque ya no creen que pueda hacerlo sin ellos.

—Yo creo que sí puedes —dije—. Aunque quizá eso solo sea un engaño necesario. De lo contrario, me vería obligado a creer que este domingo, el detective Shepard dirá que, tras una rigurosa investigación, está claro que somos los asesinos más culpables del mundo.

—Eso no es lo que dirá. —Pegó otro bocado—. ¿Cómo sabías que quería beicon? ¿Eso también lo has deducido?

—Lo supuse —dije, y vi que la sonrisa volvía a su rostro—. Prueba las tortitas, están buenas. Mi padre solía traerme aquí cuando estaba en primaria.

—Lo sé —repuso—. Has pedido sin mirar el menú.

Permanecimos sentados en un silencio agradable durante un buen rato. Yo ya me había terminado mi comida, de manera que observé a Holmes mientras partía sus tortitas en trozos diminutos y los mojaba en una bañera de sirope de arce antes de metérselos en la boca. Tener un sitio en el que no había prisas resultaba agradable; no me había sentido cómodo en ningún rincón de Sherringford que no fuera el laboratorio de Holmes. Aun así, para cuando terminó de comer, eran cerca de las tres de la mañana.

—¿Y ahora qué? —pregunté—. Hemos descartado a los nuevos alumnos, algo es algo.

—Licencias para animales exóticos —respondió—. Primero los particulares, después los zoos. Puedes empezar a investigar por la mañana para ver quién de por aquí tiene una serpiente mortal. Sin duda alguna tendrá que haber desaparecido. Seguramente la policía ya habrá mirado, pero claro, yo soy capaz de ver cosas que ellos no ven. Y todo el mundo está como loco preparándose para el baile de mañana, así que deberíamos tener, relativamente, bastante libertad de movimiento.

Me gustó que tuviéramos un plan concreto. Sentí que podía relajarme un poco más.

Holmes se aclaró la garganta.

—Watson —dijo con una voz graciosa—, no ibas a pedirme que fuera al baile contigo, ¿verdad?

—No —respondí, quizás demasiado deprisa. Intenté imaginarme a Holmes bajo una bola de discoteca, dando saltos al son de una canción del Top 40. Resultaba más fácil pensar en una ballena o en Gandhi bailando. Pero entonces fantaseé con la idea de una canción lenta, una que no fuera una auténtica mierda, y con las luces bajas y con lo que sería tenerla entre mis brazos... y me bebí el vaso de agua de un trago—. ¿Querías que te lo pidiera? Porque me dio la impresión de que no era así.

—Watson —volvió a decir. No sabía si aquello era una advertencia o una expresión de cariño. Claro que, con ella, nunca estaba seguro.

No quería tocar este tema sin tener preparada una armadura de cuerpo entero y encontrarme a una buena distancia. Ya me había advertido sobre ello la primera vez que hablamos.

—Bueno —dije cogiendo las llaves de Lena—, deberíamos irnos antes de que la celadora de tu residencia se despierte de su siesta eterna.

Le sostuve la puerta. El aparcamiento estaba casi vacío. Entrecerré los ojos para que se acostumbraran a la luz y, justo entonces, en el extremo del *parking*, una berlina negra arrancó el motor.

Mantuvo las luces apagadas a medida que aceleraba por el aparcamiento.

—¿Holmes? —dije, paralizado—. ¿Eso es porque nos ha visto?

Pero ella ya corría hacia el coche de Lena.

—¡Vamos! —gritó.

Forcejeé torpemente para abrir el coche, dar marcha atrás y sacarnos del *parking*. Holmes casi se volvió loca por la impaciencia pero, para mi gran alivio, no dijo nada. No había conducido mucho por Londres; lo cierto es que había llevado el coche de mi madre por un aparcamiento... una vez.

Pero mi vida dictó que la primera noche que pisara una carretera, terminaría en una persecución de coches. No era como en las películas, pensé tristemente mientras entrábamos en la calle vacía. El turismo solo estaba a un par de faros de distancia, acelerando hacia la ciudad. Pegarse a su culo resultaba casi imposible. Una serie de farolas descomponían la oscuridad y, delante de nosotros, el coche se saltó un semáforo en rojo y después otro, alejándonos de Sherringford y llevándonos hacia la costa.

Holmes se había sacado unos prismáticos plegables de Dios sabe dónde. Se inclinó hacia delante y se puso a mirar a través del parabrisas.

—El conductor está solo. Lleva un abrigo negro y un gorro del mismo color, que le cubre las orejas. Sobresale algo de pelo rubio. No puedo verle la cara. Hay..., hay una caja en el asiento delantero, como en la que mi antiguo camello solía llevar su...

—¿Un camello? —pregunté secamente.

Me lanzó una mirada desde detrás de los prismáticos.

—Sí.

Pensé en el hombre con cara chupada que había hablado con el periodista de la BBC: «Charlotte Holmes es la cabeza de esta secta de mierda y James Watson es algo así como su esclavo».

—Creo que sé de quién se trata. Pero si es un camello, ¿por qué demonios huye de nosotros?

—Watson —dijo con voz de alarma mientras me abalanzaba sobre él. Sobrepasábamos los ciento diez kilómetros por hora; ciento treinta.

—No irás a decirme que vaya más despacio, ¿no? —pregunté aferrándome al volante.

—No. —Noté en su voz que sonreía—. Iba a decirte que aceleraras.

Pasamos volando por delante de tierras de labranza oscuras, líneas de árboles y antiguos indicios de la civilización: una tienda de pesca y un motel cutre. Mi cerebro iba tan deprisa como el coche. Si la policía nos paraba y nos arrastraba de vuelta al colegio, nos expulsarían por habernos escapado a deshora. Si el coche que teníamos delante se detenía o incluso frenaba...

Moriríamos.

Agarré bien el volante. No iba a abandonar; no cuando por fin estábamos tan cerca de averiguar algo concreto. «Danos una pista», pensé, «una de verdad. Déjanos acercarnos un pelín más».

En la siguiente intersección, giró bruscamente a la derecha, intentando pillarnos por sorpresa... Y entonces perdió el control. Bajo las brillantes farolas, el coche derrapó por el centro de la carretera para finalmente estrellarse y detenerse en el exterior de una gasolinera cerrada.

Di un frenazo y fuimos detrás de él derrapando. Los prismáticos de Holmes salieron volando y chocaron contra el parabrisas con un chasquido seco.

Nos detuvimos, tras las sacudidas, a sesenta centímetros de la berlina.

Si antes no lo sabía, ahora ya no tenía dudas: no era como Charlotte Holmes y nunca lo sería. Porque mientras yo seguía desabrochándome el cinturón con dedos temblorosos e intentando acordarme de respirar, ella se había soltado, había salido del coche y tiraba violentamente de la puerta del turismo negro...

... mientras él se escapaba por la puerta del copiloto.

—¡Holmes! —grité saliendo a tropezones—. ¡Holmes!

Estábamos en medio de la nada. Los árboles se apiñaban alrededor de la carretera de doble sentido, densos por la maleza, y vi a Holmes perseguir al sospechoso hacia el bosque completamente oscuro y gritarle para que se detuviera.

Salí disparado detrás de ellos.

Parecía una pesadilla. Las ramas me daban latigazos según avanzaba, lo que me producía unas dolorosas ronchas en la cara y los brazos. Más de una vez, el pie se me quedó enganchado en la raíz de un árbol y terminé en el suelo, y cuando me levantaba, estaban mucho más lejos de mí. De repente me acordé de que había estado en un bosque como ese cuando era pequeño, jugando a las tinieblas en la oscuridad. Me había escondido en un tronco quemado, y recordé la mano que se había acercado para atraparme, un destello blanco entre toda aquella oscuridad.

Me había puesto gritar hasta quedarme sin voz, y esa noche no parecía que fuera a ser muy distinto.

Holmes me siguió sacando más y más ventaja. No se tropezaba, no se caía, se deslizaba como un gato a través de la noche.

Y entonces la perdí de vista.

—¡Vuelve! —grité, parándome de un resbalón—. ¡Déjalo! —Aún podía oírle, vagamente, atravesando los arbustos. No conseguiríamos atraparlo. Además, ¿qué haríamos con él? No tenía ningún arma y no sabía cómo amenazar a alguien solo con el puño.

A lo lejos oí unas sirenas.

—¡Holmes! —volví a gritar—. ¡Han llamado a la policía!

—Por Dios, Watson —replicó su voz a escasos metros de mí—. Estoy justo aquí.

Se había detenido para tomar aire. Bajo aquella luz tenue, tenía un aspecto horrible, magullada y triste, tal y como yo me sentía, pero vi que le brillaban los ojos por la emoción de la cacería.

—Tenemos que volver al coche, ya —indiqué.

Cuando regresamos a la carretera, los policías aún no habían llegado, aunque las sirenas se oían cada vez más y más alto. Nos encontrábamos a kilómetros de distancia de la civilización.

Mientras yo arrancaba el coche de Lena, Holmes registraba a toda velocidad el vehículo del camello, haciendo fotos con el móvil y tocando todo, cuidadosamente, a través del tejido de su camisa para no dejar huellas.

—Venga —siseé.

Cuando volvió a montarse, se guardó algo pequeño en el bolsillo.

—Da la vuelta hasta la parte de atrás de la gasolinera. Aparca al lado de la camioneta del propietario, apaga el motor y agáchate.

Hice lo que me dijo y fue justo a tiempo. Unas luces rojas y azules inundaron el interior del vehículo a través de la luna trasera. Contuve el aliento mientras el coche policial rodeaba la gasolinera, aminorando detrás de nosotros. Una puerta se abrió y se cerró. Unos pasos se acercaron silenciosamente hacia nuestro cristal trasero.

Si iluminaba el interior con una linterna, o incluso si echaba un vistazo dentro, nos vería. Me

estaban entrando ganas de vomitar.

Y a continuación, se oyó el ruido sordo de algo grande cayendo sobre el metal, como si hubiera depositado una bolsa sobre el maletero del coche.

—Tengo que sacar los guantes —explicó el policía, la voz se oía amortiguada—. Sé que están por aquí.

—Bueno, pues date prisa —respondió el otro agente.

—¡Joder, tío! Tengo las manos congeladas, dame un segundo.

—Tenemos un accidente con un solo coche y a un borracho merodeando por los bosques, Taylor. Será mejor que nos pongamos a ello.

Taylor debió de encontrar los guantes, porque volvieron a oírse las pisadas. Esta vez retrocediendo. El coche patrulla volvió a la carretera y los agentes salieron para echarle otra ojeada a la berlina.

Holmes me lanzó una mirada de malsana satisfacción. Había estado en lo cierto: no nos habían encontrado. Agazapado bajo el volante, me restregué la cara con las manos. De un modo u otro, ese año iba a acabar conmigo.

Oía al par de policías hablar mientras examinaban el coche negro, aunque no lograba distinguir sus palabras. Transcurrió una hora eterna mientras discutían sobre algo. Sus linternas seguían encendidas; yo luchaba por mantener los ojos abiertos. Holmes se había hecho un ovillo a los pies del asiento y seguía, de algún modo, alerta. Nuestra salvaje persecución no había sido lo que se dice discreta y, si alguien había avisado a la policía, sabrían que había otro coche. ¿Y si retrocedían sobre sus pasos en nuestra búsqueda? Hundí las manos en el asiento intentando controlar los nervios.

Entonces, al fin, ¡al fin!, lo oímos. ¡El inconfundible graznido de una grúa llevándose el vehículo! El coche policial la siguió.

Cuando cerré los ojos, aún veía las luces de la linterna parpadeando en la oscuridad.

Pasó otra media hora hasta que Holmes me indicó que el camino estaba despejado.

—Deberíamos esperar más tiempo —dijo; su voz sonaba más ronca de lo habitual—, pero la gasolinera abrirá en cualquier momento y no quiero que nos pillen aquí atrás.

Me crujieron todas las articulaciones del cuerpo al volver a colocarme en el asiento del conductor. Vi mi cara de reojo en el espejo retrovisor; tenía marcas aquí y allí a causa de los afilados extremos de las ramas.

—Madre mía —dije, afectado. Holmes se crujió el cuello—. Todo esto por el camello del campus cuando seguro que es algún friki paranoico que probablemente salió huyendo porque empezamos a perseguirle.

—No es un camello, es algo peor —señaló.

Se me iba a salir el corazón del pecho.

—¿El qué?

—No tiene sentido. Si está probando la mercancía, como sugiere el polvo que había desperdigado por el asiento del conductor, ¿por qué está en tan buena forma física? ¿Por qué llevaba zapatos de cuatrocientos dólares y corría como un velocista olímpico? No se parece en lo más mínimo a ningún camello que yo haya conocido nunca. Me quedaría anonadada si fuera Lucas, el lugareño que trapichea en el colegio.

—¿Por qué?

Holmes torció el gesto.

—Corría como uno de los hombres de mi hermano.

—¿Le viste el rostro?

Negó con la cabeza.

—Entonces, ¿cómo...? No, espera. ¿Tu hermano *tiene* hombres?

—Varios miles, según el último recuento. Es la explicación más racional. Hace que me sigan uno o dos la mayor parte del tiempo. Supongo que nos hemos encontrado con uno y le ha embargado el pánico.

Traté de asimilarlo.

—¿Todo eso era porque tu hermano estaba intentado ver cómo estabas? Tu hermano; que es un *buen* tío. No tiene ningún sentido.

—Es probable que Milo quisiera evaluarte, descubrir dónde residen realmente tus lealtades. Mis amigos..., bueno, la verdad es que nunca antes había tenido uno.

—Ah —dije.

Me observó durante un instante, con los ojos inyectados en sangre.

—No quiero que mi hermano te siga, no te lo mereces. No has hecho nada malo.

—¿Y tú sí? —respondí en voz baja. «Mis vicios interfieren en mis estudios».

Nos miramos. Se mordió el labio, respiró hondo, estuvo a punto de decir algo y después se giró.

—¿Qué has encontrado? —pregunté finalmente—. ¿Qué te has guardado en el bolsillo?

Mantuvo la vista alejada de mí.

—Volvamos —dijo. Intenté no fijarme en el contorno cuadrado de lo que llevaba en la chaqueta y arranqué.

No hablamos. En su lugar, encendí la radio mientras Holmes miraba por la ventana en silencio. Las farolas que dejábamos atrás le bañaban el rostro, inexpresivo y resplandeciente.

Me resultaría imposible decirle qué se le pasaba por la cabeza, no tenía ni idea. Pero empezaba a darme cuenta de que aquello me gustaba, vivir en la ignorancia. Confiaba en ella a pesar de eso. Si ella fuera un lugar dentro de sí misma, podría haberme perdido en él, con los ojos tapados, y haber empezado a maldecir por no tener las indicaciones adecuadas; pero creo que, aun así, ninguna otra persona había visto tanto de aquel sitio como yo.

Capítulo 5

Pasé la noche del baile poniéndome al día con los deberes.

Después de que Tom me dijera lo consternado que se sentía por mi decisión —lo que nos llevó varias horas—, empezó a arreglarse. Por el rabillo del ojo, vi que se acicalaba en el espejo. Consiguió ponerse su traje azul cielo por pura fuerza de voluntad; creo que yo me habría parecido al primo trastornado de Buddy Holly con él. Tras preguntarme de nuevo si quería ir («Mariella no tiene pareja, ¡y ni siquiera piensa que seas un asesino!»), salió finalmente por la puerta en busca de Lena, dejándome solo con la tarea de escribir un poema para la clase del señor Wheatley. Me cambié las lentillas por las gafas de montura de carey en un intento de que me entraran ganas de trabajar.

Con el bolígrafo planeando sobre la hoja, me pregunté, y no por primera vez, qué estaba haciendo.

En primer lugar, los bailes solían gustarme, es decir, me gustaba llevar a las chicas a los bailes. Bueno, supongo que lo que me gustaba eran las chicas. Me gustaba que me miraran con timidez en clase, el olor a flores que desprendía su pelo y lo que se sentía al pasear con ellas a lo largo del Támesis una tarde nubosa, mientras hablabas de los profesores que odiaban, de lo que estaban leyendo y de lo que harían al terminar el colegio. Pero en mi cabeza, todos esos recuerdos habían empezado a mezclarse. No sabría decir si los del puesto de pescado frito la noche que nevó éramos Kate y yo, o Fiona; si Anna era alérgica a las fresas; si Maisie era a la que mi hermana había cogido tanto cariño. Incluso Rose Milton, la chica de mis sueños, con su pelo suavemente rizado y la lista interminable de terribles novios... Creo que no habría abandonado mi dormitorio esa noche en Sherringford, incluso aunque ella me hubiera pedido que fuera su pareja.

Incluso aunque me lo hubiera pedido Holmes.

Me pregunté si estaba empezando a pegarme su misantropía.

La había dejado sola en el aula 442 de ciencias, tras un día largo y agotador. La espectacularmente maliciosa guerra de mensajes de texto que había empezado con su hermano ni siquiera fue lo peor. No me enseñó el primer mensaje que le había enviado, pero vi las respuestas de él: «No, no encontraste a mi espía», insistía él. «Como es obvio sigue suelto. Puedo decirte, por ejemplo, que en este instante vas toda vestida de negro y que Jamie Watson está enfadado contigo. Tengo ojos vigilándote justo ahora.»

—¡Eso no es espiar; son las deducciones chapuceras y erróneas de un aficionado! —contestó ella, furiosa.

Iba vestida, desde luego, toda de negro.

—¿Podemos hacer alguna investigación de verdad, por favor? —le pregunté por fin, intentando dejar el enfado al margen de mi voz.

Habíamos malgastado la tarde localizando a todos los propietarios de serpientes de cascabel de Connecticut. Incluso después de ampliar la búsqueda a Massachusetts, y más tarde a Rhode Island, no llegamos a ninguna parte. Nadie había perdido a su serpiente, o al menos nadie que quisiera confesármelo a mí, a pesar de que me había hecho pasar por un risueño periodista novato que estaba haciendo una investigación sobre animales letales y los propietarios que (¡cielos!) aun así los adoraban.

Holmes, que seguía echando chispas por la conversación con su hermano, se sentó y me vio trabajar.

Taché el último nombre de la lista.

—A lo mejor deberíamos empezar a llamar a los zoos...

—Esto es insoportablemente aburrido —soltó Holmes—. ¿Sabes? Si tuviera a mis contactos de Scotland Yard, conseguiría cerrar el caso. Por Dios, en Inglaterra, incluso *mi nombre* nos abriría las puertas. Pero no, estoy aquí sentada mientras tú tratas de determinar por teléfono si estos idiotas cabeza de chorlito con jaguares como mascotas te están mintiendo, tarea para la que no estás preparado en absoluto.

Se arrojó sobre el sofá, abrazando el violín contra el pecho como si fuera un oso de peluche.

—Muy bien —contesté, poniéndome en pie—. ¿Qué es lo que sacaste anoche de aquel vehículo? Lo que no quieres enseñarme.

Me miró fijamente sin alterarse lo más mínimo.

Lancé los brazos al aire.

—Perfecto. Iré a hacer las maletas, ya sabes, para la cárcel.

Cuando se dio cuenta de que estaba esperando su respuesta, cogió el arco y empezó a tocar un concierto de Dvořák con tanta violencia que literalmente me echó de la habitación. No habíamos conseguido ninguna pista, ninguna información real y al día siguiente tendríamos que dar explicaciones por lo que fuera que hubiera descubierto el detective Shepard para acusarnos.

Y, si no me detenían, seguía teniendo deberes.

Lo que me dejaba en mi habitación frente a la hoja en blanco de mi diario. Intenté apartarlo todo de mi mente y me puse a trabajar. La tarea del señor Wheatley para la clase del lunes era que compusiéramos un poema que nos resultara difícil de escribir. La premisa no era de mucha ayuda, puesto que me costaba un horror escribir todos los poemas. Eran como espejos que colocabas frente a un agujero negro o unos cuadros surrealistas, y a mí me gustaban las cosas que tenían sentido, como las historias: causa y efecto. Tras una hora o dos de angustiosos tachones, me derrumbé sobre el escritorio.

Llamaron a la puerta.

—¿Jamie? —oí que decía la señora Dunham—. Te he traído una taza de té y unas galletas.

La dejé pasar. Parecía un poco excéntrica, como siempre, con las gafas torcidas y el pelo encrespado, pero las galletas llevaban trocitos de chocolate y todavía estaban calientes.

—Eres el único que se ha quedado en la residencia esta noche —dijo mientras me ofrecía la taza humeante—, así que pensé en venir a saludarte. Sé que las cosas no han sido fáciles para ti últimamente.

—Gracias —dije, avergonzado—. Tenía que terminar unos deberes, escribir un poema.

Emitió un sonido de comprensión.

—¿Y cómo va?

—Fatal. —Me había traído un té inglés y el vapor me empañaba las gafas. En ese instante no estaba seguro de quién encarnaba mejor los clichés, si ella o yo—. ¿Algún consejo?

Suspiró, pensativa.

—A mí siempre me ha gustado ese poema de Galway Kinnell: «Espera, de momento. Sospecha de todo, si debes. Pero confía en las horas. ¿No te han llevado a todas partes hasta ahora?». —Tenía una voz bonita para recitar poesía, grave y lenta—. ¿No te hace sentir mejor?

—La verdad es que sí —dije, y deseé que fuera cierto.

Detrás de ella, en la puerta, apareció una chica.

—¿Estás listo, Watson? —Era Holmes, que, con su extraña y fantástica voz, más ronca incluso de lo normal, entró en mi cuarto.

Parpadeé rápidamente. Se había hecho algo en el pelo. En lugar de caerle suelto y brillante, lo llevaba en unos rizos alborotados. Su vestido no era en absoluto como lo había imaginado. De hecho, parecía el cielo nocturno. Ahora entendía por qué Lena ansiaba tenerlo: el diseño hacía que los ojos se me fueran hacia ciertas partes que había intentado evitar a toda costa.

—Estás muy guapa —le dije, y era verdad. Lo más alarmante de todo es que parecía una chica. Hailey estaba hecha de plástico y sueños eróticos, y, en el día a día, Holmes era toda líneas rectas, pero esto... fuera lo que fuera, era algo completamente distinto. Y no estaba seguro de si me gustaba. Por la forma en la que cambiaba el peso de un pie a otro, daba la impresión de que Holmes tampoco lo sabía. ¿Qué tramaba?

—Hola, Charlotte —dijo la señora Dunham—. Jamie no me dijo que vendrías.

—Seguro que se le olvidó —respondió—. Tenemos algo de prisa, el baile ya va por la mitad.

—Claro, sí... Y yo... oh... —Llevaba puestas las gafas y unos pantalones de chándal.

Con un suspiro elocuente, Holmes empezó a rebuscar en los cajones.

—Tirantes —musitó—. O suspensores, como dicen aquí. Sé que tienes un par de esas ridiculeces... Aquí están. —Me los lanzó y siguió buscando.

—Entonces, ¿quieres que me los ponga o no?

—Oh, sí, es tu rollo, con la chaqueta de cuero y la... Sí, eso es, una corbata negra y estrecha y tu camisa elegante y los pantalones que llevabas el cuarto día de clase pero que no te has vuelto a poner desde entonces. Los oscuros, eso es. Calcetines y los zapatos de vestir.

La señora Dunham se apartó a toda prisa del camino de Holmes, que me enterró bajo una pila de mi propia ropa.

Bajé la mirada.

—Estás intentando convertirme en un hípster.

—No me hace falta intentarlo. —Holmes se dio unos golpecitos sobre la muñeca, donde iría el reloj—. El tiempo vuela, Watson.

—La verdad es que no puedes estar aquí mientras él se cambia —dijo la señora Dunham.

Holmes se cubrió los ojos con la mano.

—Contaré hacia atrás desde cien.

—Gracias por la advertencia —solté mientras revisaba la ropa que me había dado.

—Noventa y nueve, noventa y ocho...

Salíamos por la puerta cuando quedaban tres segundos.

Desde el otro lado del patio vi que el centro de estudiantes estaba muy bien iluminado para el baile. Cada vez que las puertas se abrían, oía un trozo de una canción que no lograba identificar del todo. Un chico y una chica se habían sentado en un banco, cogidos de la mano; él le susurraba cosas al oído. Y, en las proximidades, un grupo de chicas que tiritaban se admiraban los vestidos las unas a las otras.

—¿Vas a contarme por qué estamos aquí? —le pregunté a Holmes mientras mantenía abierta la puerta.

Se detuvo en el umbral.

—Todavía no —dijo, y entramos.

Sherringford era un colegio lo suficientemente pequeño como para todos cupiéramos en el salón de baile del centro de estudiantes; al parecer, la escuela se rompía mucho más la cabeza y lo hacía todo a mayor escala para el baile de promoción. Tom estaba seguro de que este año se

celebraría en un yate. La temática tenía algo que ver con Las Vegas; lo primero que vi según entrábamos fue una fila de mesas de *blackjack*, con verdaderos crupieres de casino al frente, vestidos con libreas verdes y blancas. Holmes se acercó disimuladamente solo para terminar quejándose, ofendida, cuando vio que jugaban con dinero del Monopoly. A mí me interesaba más la fuente de chocolate que burbujeaba en la esquina, rodeada de gente sujetando pinchos de malvaviscos. Por lo demás, estaban los típicos adornos: la mesa del ponche, las luces estroboscópicas, un DJ. Los profesores con aspecto de aburridos ejercían de «supervisores», lo que significaba que, más que otra cosa, charlaban en pareja. En la pista de baile, las chicas se balanceaban con vestidos del color de los arreglos de Navidad. Habíamos ganado el partido de fútbol, así que el estado de ánimo general era triunfante. Mientras lo asimilaba todo, Cassidy y Ashton, de mi clase de francés, nos rozaron al pasar. Cassidy estaba preciosa, pero Ashton parecía uno de los Thundercats... * Nunca había visto un moreno tan radioactivo como el suyo.

En lo que más me fijé fue en la cantidad de alumnos que se habían ido a casa. No debíamos de ser más de cien en la pista de baile. Aun así, todo el mundo parecía estar pasándolo bien: ninguno pensaba en el asesinato, en su seguridad o en nada que no fuera la canción de ABBA que acababa de empezar.

Tenía la inquietante sensación de que me encontraba con un pie dentro de una novela y el otro en un centro comercial. Puede que yo perteneciera a este sitio, pero Holmes no, desde luego. Me volví para preguntarle cuál era exactamente el plan y la pillé siguiendo la letra de «Dancing Queen».

—Madre mía —solté. Ella se sobresaltó—. ¡Por Dios! Querías venir para...

—Aquí hay unas oportunidades excelentes de observación y deducción —dijo de forma apresurada—. ¡Mira que conjunto de especímenes! Todos con la guardia baja, un buen puñado estará probablemente borracho (la chica que está a tu lado lleva una petaca con licor de melocotón metido en su diminuto bolso) y quizás el camello esté aquí, en alguna parte; además...

—... Y para bailar —Estaba intentando con todas mis fuerzas no reírme—. ¿Vamos?

—Sí —respondió, y ciertamente me arrastró hasta la pista.

Holmes, para tener todas esas habilidades tan extrañas e innumerables, demostró ser una bailarina terrible. Pero lo que le faltaba de habilidosa lo compensaba con un pasotismo absoluto. Bajo las luces caleidoscópicas, el pelo se le tiñó de azul, después de rojo, otra vez de azul —la música estaba tan alta que la cabeza me retumbaba al compás—, y lanzó los brazos al aire cuando llegó el estribillo, echando la cabeza hacia atrás para corearlo. También se sabía la letra de la siguiente, y la de después, y las cantó todas con los ojos cerrados, arrastrando los pies como un abuelo. Durante unos gloriosos doce minutos, giré a su alrededor, y cuando me cogió de la mano y me dijo «Dame una vuelta», la hice girar mientras se reía.

Pusieron una canción lenta, una balada empalagosa interpretada por un grupo de chicos ingleses que le gustaban a mi hermana pequeña. A nuestro alrededor, los alumnos se deslizaron los unos en los brazos de los otros. Al otro lado de la estancia, vi que Tom, resplandeciente con su traje ridículo, recostaba a Lena en su brazo mientras esta soltaba una risita.

Holmes y yo nos quedamos allí parados, en medio de la pista, intentando no cruzar las miradas.

Me esforcé por ocultar el pavor que sentía. Por el rabillo del ojo, vi que las mejillas de Holmes seguían rojas de haber bailado antes.

—Esto... —empecé a decir.

Alguien me dio unos golpecitos en el hombro. La chica de pelo rubio y fino que me había

invitado al baile estaba allí de pie, con un vestido rojo pasión.

—Hola —saludó tímidamente—. Creía que no te dejaban venir.

Vi que Holmes catalogaba rápidamente mi reacción. Un instante después, la chica también se volvió para mirarla.

—Ay, Dios, lo siento. Me he interpuesto en tu camino. —Apareció una pequeña línea entre sus cejas y, durante un segundo, pensé que se iba a echar a llorar. Estaba seguro de que Holmes también lo había notado, su cerebro era como una trampa para osos: nada escapaba con vida.

Esto tenía que ser una pesadilla. Bajaría la vista y estaría desnudo, y la pista de baile se habría convertido en la clase de matemáticas, y entonces me despertaría.

Pero no fue así.

—Nosotros no..., yo no... Necesito tomar algo —conseguí decir, y salí pitando con mi cobardía habitual.

La cuestión era que no sabía si quería bailar lento con ella, con Holmes. O a lo mejor me resultaba muy fácil imaginármelo: qué sentiría al colocar las manos al final de su espalda, al notar su cálida respiración entrecortada en el cuello, su delicada risa mientras el grupo de pop masculino cantaba «*I wanna kiss you, girl*», cómo dejaría caer las manos sobre su cintura para acercarla incluso más a mí.

Pero si miraba de soslayo, veía a la chica rubia en mis brazos con la misma facilidad y, sinceramente, no era justo para ninguno de los tres. Me conocía a mí mismo bastante bien; me dejaba llevar por el momento sin pensar mucho en lo que vendría después. Pero con Holmes lo único en lo que pensaba era en el después: silenciosas excursiones en coche al amanecer, conversaciones ágiles, colarnos en habitaciones cerradas para robar pruebas para nuestro pequeño laboratorio... Quería esas cosas. Quería que los dos nos complicáramos la vida juntos, que fuéramos difíciles, apasionantes y claramente brillantes. El sexo era, normalmente, una clase de complicación. Y no había nada en Charlotte Holmes que fuera normal.

Ni siquiera la forma en la que le quedaba el vestido.

No, no iba a pensar en eso. Nuestro historial demostraba que éramos demasiado volátiles para sobrevivir a ese cambio radical. Justo esa mañana me había echado de su laboratorio utilizando el violín como arma. Al día siguiente podríamos estar compartiendo celda. ¿Y esta noche?

Esta noche iba a beberme un ponche.

El señor Wheatley, mi profesor de escritura creativa, se encargaba de la mesa de los refrescos junto a una mujer de su misma edad, más o menos atractiva. Parecía mortalmente aburrido, pero se le iluminó un poco el rostro cuando avancé hasta el principio de la cola. No era muy larga. Los pobres que no teníamos a nadie con quien bailar agarrados no éramos muchos.

—Jamie —dijo el señor Wheatley, aunque apenas oía su voz por encima de la música—. ¿Qué vas a tomar?

—¿Qué tal está el ponche? —pregunté.

—Asqueroso. —Se inclinó sobre la mujer que tenía al lado—. Este es uno de mis mejores alumnos —dijo, señalándome—. Jamie, esta es mi amiga Penélope. Ha venido a hacerme compañía esta noche.

Ni siquiera sabía que al señor Wheatley le gustaran mis escritos. Todo lo que le había entregado, sobre todo mis poemas, me los había devuelto cubiertos de tinta verde. Pero había puesto mucho empeño en revisarlos para mejorarlos, y me alegraba saber que mi trabajo estaba dando sus frutos.

—Encantado de conocerla. —Penélope y yo nos estrechamos la mano. Se daba un aire a la media de profesoras de plástica, con el pelo rizado y un vestido suelto. Era un buen contrapeso para el señor Wheatley, pensé, que siempre llevaba la camisa abrochada hasta el botón del cuello.

—Es una amiga de New Haven que escribe —explicó—. Es poeta; da clases en Yale. Podrías querer a alguien como Jamie en tu taller para alumnos de primer curso en un futuro no muy lejano, Penélope.

—Ah, ¿es este el alumno del que me hablabas? —le preguntó al señor Wheatley, que se quedó un poco pálido—. ¿El de la investigación por asesinato? ¿El descendiente del doctor Watson? ¿Entonces tú también escribes sobre misterios, Jamie?

—En realidad no —mentí según procesaba el resto de cosas que había dicho. Había oído hablar sobre las sospechas que tenía de mí la policía—. ¿Ha seguido la cobertura que han hecho los medios?

El señor Wheatley se tiró del cuello de la camisa.

—Oh, la prensa ya ha pasado página —respondió ella—. Pero Ted está muy al tanto. ¿Sabe algunos detalles que aún no han llegado a la prensa!

Mientras intentaba encontrarle el sentido a todo aquello, apareció Holmes, portando un par de malvaviscos bañados en chocolate y ensartados en los pinchos de la *fondue*. Una ofrenda de paz, pensé. Parecía que ya me había perdonado por mi torpeza anterior, así que cogí el mío y le di las gracias con una sonrisa.

—Hola —le dijo a los adultos, y yo hice una ronda de presentaciones.

—Penélope me estaba contando que el señor Wheatley está al corriente de todas las historias de Dobson —dije, dejándome un poco en evidencia. Deseé que hubiéramos establecido alguna señal para esta clase de situación, o que Holmes hubiera tenido realmente telepatía. Había altas probabilidades de que hubiera deducido lo que yo pensaba solo con mirarme, pero no quería arriesgarme.

—¿Ah, sí? —preguntó sin mostrar emoción alguna en el rostro.

—Ajá... —El señor Wheatley carraspeó—. Debería hacer otra ronda por la habitación. ¿Penélope?

Ella nos sonrió educadamente —su atención ya estaba puesta en otra cosa—, y los dos se alejaron sigilosamente.

—Has metido la pata hasta el fondo, ¿sabes? —Holmes vagó hasta la pista de baile. Pues sí que servía de mucho su ofrenda de paz. Saqué la segunda nube del pincho y la mordí con odio.

* * *

Deambulé por el salón de baile durante un rato y finalmente me derrumbé en una mesa vacía. La fiesta estaba a punto de acabarse y el DJ había puesto una larga lista de canciones lentas para cerrar la noche. La pista estaba llena de parejas que harían oficial su relación en las redes sociales a la mañana siguiente. Me sorprendió bastante, y luego algo menos, ver a Cassidy y a Ashton balanceándose juntos, tan cerca que sus frentes se tocaban. Randall, el compañero de cuarto de Dobson, bailó todas las canciones de la lista con la chica rubia y pequeña de primero. Tenía las manos un poco abajo y agarraba la tela de su vestido rojo. En sus brazos gigantes, la joven parecía tan pequeña e insignificante como un pastelito.

Sentí que me mareaba un poco.

—Esto... —Lena se dejó caer a mi lado—. Jamie, pareces, no sé, un pobre infeliz.

—¿Dónde está Tom?

—Jugando al póker —Apretó los labios—. Ve a hablar con ella.

—Está bailando con Randall —dije poniéndoselo difícil a propósito.

—Oh, venga ya. Charlotte está sentada fuera, sola. Los dos os ponéis *tristes* el uno sin el otro. Salta a la vista que hay, no sé, un espacio vacío a tu lado. —Sonaba poético, para ser Lena. Se incorporó y me tendió la mano.

—¿Me estás pidiendo que baile contigo? —pregunté.

Enarcó una ceja. Dejé que me levantara y me arrastró por todo el salón de baile hasta la puerta principal, donde me empujó sin muchos miramientos hacia el viento nocturno.

—Adiós —canturreó Lena, y desapareció.

Holmes estaba sentada en un banco junto a la entrada, con la mirada fija en un bosquecillo que había más allá del oscuro patio interior. Me di cuenta de que era donde me había encarado con Dobson. Aquella fue la última vez que hablamos antes de que muriera.

Estaba tiritando. Me quité la chaqueta y se la eché sobre los hombros.

—Gracias —dijo sin mirarme.

Tenía un pequeño cuaderno abierto sobre las piernas y deslizaba los dedos por las páginas.

—¿Eso es lo que te llevaste anoche del coche?

Holmes asintió.

—¿Y lo has traído? —Me senté a su lado con precaución, de la forma en la que te sentarías junto a una bomba. Tenía algunas preguntas y no quería que guardara el cuaderno antes de haber tenido la oportunidad de hacérselas.

Para mi sorpresa no lo cerró.

—No pensé que lo conseguiría —dijo, y siguió hablando con una voz extraña (¿estaba Holmes nerviosa?)—. Jugué varias rondas de póker, pero no me distraía lo suficiente. Éramos Tom, una de las supervisoras (la enfermera), y yo. Tom se ha pasado la partida mirándole el culo a Lena desde el otro lado de la sala, qué cantoso. Todo el mundo lo es. Por ejemplo, la enfermera del colegio. Quiere ser médico. Echa de menos a su novio, que es rubio y lleva un pendiente, con el que lleva saliendo desde el instituto, y al que le gusta mucho menos ella que él a ella.

—¿Cómo lo...?

Holmes, más o menos aliviada, esbozó una sonrisa. Mejor hacer deducciones, supuse, que contestar a mis preguntas.

—No podía apartar los ojos de la pista de baile, además, se le llenaron de lágrimas cuando sonó «I Luv U Girl». ¿Por qué reaccionaría alguien de esa manera? Y sobre todo con esa canción. La nostalgia es la única respuesta. Es bastante atractiva, pero tampoco es un bombón; eso significa que no era tan guapa como para haber sido popular en el instituto y, por lo tanto, echarlo de menos. Y cada vez que algún chico rubio y alto pasaba por su lado, lo perseguía de una manera espeluznante con la mirada. Lleva puesta una pulsera de diamantes en la muñeca izquierda que solo podría haber escogido un hombre, pero no uno al que le importe lo suficiente como para prestarle atención a sus gustos personales. Y quiere ser médico porque intentó diagnosticar la razón por la que me temblaron las manos tres veces a lo largo de la partida.

—¿Por qué te temblaban las manos?

—Por el agotamiento. No he dormido nada desde que me despertaste de aquella siesta. Al principio pensé que era neumonía y después supuse que se debía a una enfermedad mental, la muy cerda. Además, tuve que fingir que me caía bien todo el rato por si había que volver a

interrogarla. Así que la desplumé. Fue muy satisfactorio, incluso aunque solo se tratara de dinero del Monopoly.

No pude evitarlo, me puse a reír.

—Eres una persona horrible.

Aquello la descolocó completamente.

Se irguió y se llevó las manos a la boca. Bajé la vista instintivamente hacia donde habían estado, hacia las páginas del cuaderno que habían tapado.

Y entonces lo entendí; por qué estaba nerviosa.

Sobre las piernas tenía el diario de un loco. Las hojas estaban escritas a mano, repletas de las mismas cinco palabras que se repetían una y otra vez. En cada ocasión tenían un estilo claramente distinto, como si hubieran puesto a un grupo de colegiales a copiar una frase de la pizarra en el mismo cuaderno. Por aquí, las austeras mayúsculas en negro de un general militar; por allí, las letras redondas de una alumna de instituto; más allá, los elegantes trazos rectos de un caballero victoriano.

Todas las frases decían lo mismo:

Charlotte Holmes es una asesina

Le quité el cuaderno de las piernas. No intentó detenerme, me observaba en medio de un doloroso silencio mientras yo pasaba las páginas, una detrás de otra, cada una de ellas cubierta con esas cinco palabras.

Mientras las contemplaba desconcertado, las puertas se abrieron de golpe. El baile había terminado.

—Holmes —dije; mi voz se ahogaba prácticamente entre el ruido de los alumnos que pasaban en tropel—, ¿qué narices es esto?

—Tengo uno igual en casa —murmuró—. El mío es verde. Es el cuaderno de un falsificador. A mí me hicieron utilizarlo hasta que conseguí imitar la letra de casi todo el mundo: de personas reales, arquetipos, personajes que me había inventado. Te dan una frase con la que puedas trabajar, una que contenga la mayor parte del alfabeto. Pero esto..., esto es terrible. —Alargó el brazo para tocar las palabras—. Utiliza muchas letras iguales.

—Dice que eres una asesina, ¡una asesina! Y lo tenía el camello. No puede estar trabajando para tu hermano. Es algo más, alguna especie de maníaco que escribe locuras a ciegas. Seguro que ni es camello. Tiene que ser el responsable de lo de Dobson, de habernos tendido esta trampa... Dios, y le dejamos escapar...

—¿Cómo sabemos que lo escribió él? No tenemos ni idea. Pudo habérselo llevado; a lo mejor alguien se lo dio.

—¿Por qué has tardado tanto en enseñármelo? —exigí saber.

Algo se apagó tras sus ojos.

—Holmes...

—¿Sabes que lo empolvé en busca de huellas? Eso hice; está limpio. ¿Sabes que el profesor Moriarty llevaba una libreta de memorandos roja? Eso hacía; yo la he visto. Mi padre la guarda en un cajón. ¿Sabías que puedes comprar este modelo en particular que tengo en la mano en setenta y dos tiendas *online* diferentes, por no hablar de la cantidad de librerías y tiendas de regalo que hay? Puedes hacerlo. Busqué la matrícula del sedán negro; no existe. Robaron el coche en la esquina de una calle de Brooklyn hace cinco años. ¿Por qué ha reaparecido ahora? Watson, no hay ningún patrón. No puedo resolver esto, no sé. ¿Sabes lo que se siente cuando no sabes algo?

Lo sabía. Ella se ocupaba de que fuera así.

—De todas formas, me lo podrías haber enseñado —contesté, poniéndome en pie.

Al otro lado del patio, una chica se rio escandalosa y prolongadamente mientras un chico la cogía por la cintura y se la echaba al hombro.

—¿Y si hubiera puesto «Jamie Watson es un asesino»? ¿Me lo habrías enseñado?

Apretó la mandíbula, evitando mirarme a los ojos.

—¿No te preocuparía que, por un instante, llegara a creérmelo?

Se produjo un temblor desconcertante en su voz. Contemplé sus hombros estrechos y las líneas oscuras del vestido debajo de mi chaqueta. Justo la noche anterior había estado seguro de que la conocía mejor que cualquier otra persona del mundo.

¿Qué había hecho Charlotte Holmes en realidad para que la enviaran a Estados Unidos?

—Tú no mataste a Dobson —dije.

—No —susurró—, no maté a Dobson.

—Entonces tú... —Tragué saliva—. ¿Sigue August Moriarty con vida?

Dicho eso, se levantó y salió corriendo hacia el patio interior.

Recogí el cuaderno y la seguí, abriéndome paso entre los grupos de chicas chillonas y los chicos que las rondaban como si fueran moscas negras con trajes. La voz de alguna supervisora nos gritó que volviéramos a nuestros dormitorios —el toque de queda esa noche era dentro de diez minutos—, pero Holmes seguía atravesando la multitud, no en dirección a Stevenson Hall, sino hacia el edificio de ciencias. Como si aquello fuera su refugio, su habitación del pánico.

El sitio en el que podía esconderse de mí.

La llamé con voz ronca mientras atajaba por el pequeño conjunto de árboles que había en medio del patio interior, y aunque la gente se giraba para mirarla, siguió adelante. Aceleré bruscamente y, de una embestida, la cogí del brazo y le di la vuelta.

Se zafó de mi mano con un golpe.

—No vuelvas a tocarme *nunca* sin que te dé mi consentimiento explícito.

—A ver —dije—, no digo que tú le mataras, sino que alguien quiere que yo me lo crea, que el mundo se lo crea. ¿Por qué no puedes decirme simplemente si está muerto? ¿Está August muerto o no?

—Has creído que sí —dijo—. Vi que lo pensabas, que yo lo había matado.

—¿Por qué no puedes *decirme* simplemente...?

Yo debía de haber dado un paso al frente y ella, un paso atrás. La estaba empujando cada vez más hacia el interior de los árboles, como si cada paso me acercara más y más a la respuesta. Estaba tan abstraído intentando *averiguarlo* que no presté atención a lo que Holmes tenía escrito por toda la cara. Me había acostumbrado tanto a su valentía que no fui capaz de reconocer su miedo.

Y tenía miedo, miedo de mí.

Dobson también se le había venido encima.

Holmes dio otro paso atrás y se tropezó con el cuerpo de la pequeña alumna de primero.

Capítulo 6

Se habían deshecho de ella allí, sobre la hierba oscura, como si se les hubiera ocurrido después. Estaba tumbada bocarriba, con el vestido rojo extendido a su alrededor como si fuera sangre.

«Dios», pensé. «Ha vuelto a empezar».

Estaba tan acostumbrado a que Holmes tomara el mando que me quedé parado y esperé sus órdenes. Pero no me dio ninguna. Tenía los ojos fijos en algún sitio por encima de mi hombro y las manos le temblaban. «Por el agotamiento», recordé que me había dicho, aunque ahora me parecía que podía ser algo más. Angustia, quizá; incertidumbre. Fuera lo que fuera, no sabía controlarlo.

Así que todo dependía de mí.

Con cuidado, me arrodillé al lado de la chica de primero. Tenía los ojos entrecerrados, como si se estuviera quedando dormida. «No se merecía esto», pensé. «Ni ella ni ninguno de nosotros».

Me di cuenta de que ni siquiera sabía su nombre.

Preparándome a mí mismo para lo peor, coloqué los dedos sobre su garganta. Ahí estaba: tenía pulso.

—Está viva —dije, inclinándome sobre ella para oír su respiración. Expulsaba el aire con unos chirridos agonizantes—. Pero le cuesta respirar. Tenemos que pedir ayuda.

Holmes asintió, pero no dio señales de que fuera a moverse.

—Oye —le dije con delicadeza—, tengo que encargarme de vigilarla. ¿Puedes llamar a una ambulancia?

Cerró los ojos un instante y ordenó sus ideas. Un instante bastante largo. Debajo de mí, un escalofrío recorrió el cuerpo de la chica.

Tendría que conseguir la ayuda de otra persona, entonces.

—¡Eh! —le grité a unas chicas que atravesaban el patio de vuelta a sus dormitorios—. ¡Ha habido un accidente! ¡Alguien está herido! ¡Llamad a emergencias!

Se acercaron corriendo. Una de ellas sacó el teléfono de su bolso y marcó. La otra vio junto a quién estaba arrodillado y empezó a chillar.

—Elizabeth —dijo entre sollozos. Se interpuso entre la chica del suelo y yo, como si quisiera protegerla—. ¡Es mi compañera de cuarto! ¡Elizabeth! ¿Qué le has hecho?

—Yo no le he hecho nada —dije, espantado. No me había percatado de lo que podía parecer esto: la oscuridad, el cuerpo, nosotros dos—. Me la he encontrado así. Estaba bailando con Randall y, después..., la vimos aquí. Charlotte y yo estábamos... solo estábamos de paseo.

Habíamos empezado a atraer a una multitud. Detrás de mí oí murmullos, murmullos de enfado. El sonido de los pies que corrían hacia nosotros.

La compañera de habitación de Elizabeth se volvió hacia mí con el rostro cubierto de lágrimas.

—Asesino —bramó—. *Asesinos*.

A nuestra espalda, los murmullos empezaron a convertirse en un rugido de enfado.

Creo que fue esa palabra la que lo desencadenó. Por cómo se la habían aplicado a Holmes — y a mí — las semanas posteriores a la muerte de Dobson; cómo estaba escrita miles de veces en el cuaderno que tenía en el bolsillo, cada trazo del bolígrafo condenadamente preciso; cómo, en alguna parte de mi interior, yo sabía que existía la posibilidad de que fuera verdad: que habían

enviado aquí a Holmes por matar a un Moriarty. Y ella había conseguido leerme el pensamiento de una sola mirada.

Daba igual la razón, Holmes reaccionó como si le hubieran soltado una descarga eléctrica.

Se arrodilló junto a Elizabeth.

—Tienes que ir a buscar a un adulto —le dijo a la compañera de cuarto de Elizabeth, que se puso rígida—. A ver, piensa lo que quieras sobre mis motivos, pero sea como sea, esta multitud se asegurará de que no le hago daño a tu amiga, ¿vale? Así que ve a buscar ayuda y déjame trabajar. Estoy entrenada para esta clase de situaciones.

—¿La RCP? —preguntó la chica con inseguridad.

La sonrisa de Holmes era triste.

—Algo parecido.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté.

—Necesito que le mantengas la boca abierta y que no se mueva. —Inclinó la cabeza de Elizabeth hacia atrás—. ¿Lo ves? Ahí dentro, en su garganta.

La piel del cuello de Elizabeth estaba elevada y accidentada, la señal inconfundible de que un objeto se alojaba en él. Con suavidad, tiré de su barbilla hacia abajo hasta que sus labios se separaron.

Esa chica me había pedido que la acompañara al baile. Puede que incluso hubiera querido algo como esto: que le colocara las almohadillas de los dedos sobre los labios, la respiración pesada, los dos juntos en la oscuridad. Se me revolvió el estómago. Nada de esto..., nada de esto tendría que haber salido así.

—Su cuerpo está en estado de *shock* —dijo Holmes tranquilamente mientras introducía los dedos en forma de pinza por el hueco de la garganta de Elizabeth. Cerré los ojos para no verlo. La chica se agitaba y gorjeaba bajo mis manos.

—Buena chica —murmuró Holmes—, buena chica.

Y cuando volví a abrir los ojos, Holmes sujetaba un resplandeciente diamante azul a la luz de la luna.

Relucía porque estaba cubierto de la sangre de Elizabeth.

Contuve una arcada. Detrás de mí, alguien vomitó sobre el césped.

—Es *El carbunclo azul* —masculló Holmes.

—Lo sé —dije mientras Elizabeth cogía una brusca bocanada de aire.

—Tú. —Holmes le lanzó el diamante a un chico de la multitud—. Quédatelo. Es de plástico, así que no te molestes en robarlo, pero asegúrate de que la policía lo vea. Puesto que todos tenéis tantas ganas de que yo sea la sospechosa, preferiría no encargarme de custodiarlo. ¿Dónde está Randall? Tú, ve a buscarlo. ¿No ves que a esta chica la ha maltratado un jugador de rugby? Fíjate en las pisadas, en su *vestido*. Los vi bailando juntos. *Ve a buscarlo*. Necesito saber si fue consentido. Hablo del sexo, idiota, no del diamante de imitación que tenía en el gaznate... Sí, pues claro que ha mantenido relaciones sexuales, o por lo menos le han dado un morreo bastante enérgico. Mira las marcas del suelo, ¿estás ciego? ¿Y dónde demonios están las supervisoras? ¿Y la maldita enfermera?

—Ya voy —dijo una voz preocupada. Era la primera vez que veía a la enfermera Bryony fuera de la enfermería. El vestido de fiesta era tan ajustado que parecía que se lo habían pintado sobre la piel. Me sonrió tranquilizadamente, pero aparté la vista. No merecía el consuelo de nadie.

—Ocúpese de ella, ¿quiere? —le dijo Holmes a la enfermera mientras se enderezaba—.

¿Dónde está la ambulancia? —Se protegió los ojos con las manos aunque no había luz.

—Holmes.

—Ahora no, Watson. —Le arrebató el teléfono de las manos a otro chico, marcando el número de emergencias mientras él protestaba—. Vale, pues habla tú —le dijo según se lo devolvía—. Haz algo de utilidad.

—¡Holmes! —insistí.

Había visto, durante un segundo, al final de la multitud, la mata de pelo rubia del traficante de drogas.

Holmes siguió mi mirada y soltó un ruidito de sorpresa.

—Pensé que no volveríamos a verlo.

—Ya bueno... —Me puse en pie—. ¿Y ahora qué?

—No le mires directamente. —Pero ya era demasiado tarde para eso. Mientras Holmes hablaba, se dio la vuelta de una forma que debió de parecerle discreta y empezó a mezclarse con la oscuridad.

—Vamos a tener que perseguirlo otra vez —dije. Por Dios, las piernas me dolían solo de pensarlo.

Esa sonrisa impredecible...

—¡En sus marcas!

El camello miró hacia atrás y salió a la carrera.

Entonces echamos a correr a través de la muchedumbre. Algunos se apartaron de nuestro camino; otros intentaron detenernos, creyendo que estábamos huyendo del escenario del crimen. Y era verdad, pero no por lo que ellos pensaban. Ahí estaba él: recorriendo a toda pastilla la llana extensión verde y directo a Stevenson Hall. Muchas de las chicas novatas vivían allí: Holmes, Elizabeth... Y no se me ocurría ninguna razón por la que él quisiera dirigirse allí excepto para ocasionar más problemas. Las personas culpables huían, así que él debía de serlo. Me esforcé por correr más rápido, pero ya había llegado al límite. Las sirenas gimieron —eran la ridícula banda sonora de mi vida— y, delante de mí, las luces rojas y azules se reflejaron, de una forma extrañamente hermosa, en el vestido de Holmes. Era más rápida que yo, más pequeña, más esbelta y estaba empezando a ganarle terreno al camello cuando tres coches policiales y una ambulancia se salieron de la carretera y pararon a nuestro lado sobre la hierba del patio interior.

—¡Ayuda! ¡Aquí! —exclamó Holmes cuando un grupo de policías se bajaron de los coches. Los paramédicos ya estaban descargando una camilla de la ambulancia.

—¿Esa es Charlotte Holmes? —Sonaba como el detective Shepard. Desvié la mirada y vi a un hombre, solo, vestido de paisano—. ¡Alto! ¿Qué hacéis? ¡James! ¡Jamie Watson!

Ninguno de los dos aminoramos la marcha en lo más mínimo, así que Shepard echó a correr detrás de nosotros.

Los policías, confusos, empezaron a seguirle, maldiciendo y respirando con dificultad. Delante, el camello giró por la esquina de Stevenson Hall y desapareció de nuestra vista.

—¡Los túneles de acceso! —gritó Holmes—. Hay una entrada, ahí... Es esa puerta de la que solo se ve la mitad, tiene un código de acceso...

Quitó de en medio la maraña de hiedra del edificio mientras ella introducía el código.

—Tienes unos dos segundos y medio antes de que empiece la brutalidad policial —dije.

Me miró con ferocidad.

—Solo me hacía falta uno.

La cerradura se abrió con un chasquido y Holmes tiró de mí para que entrara. La puerta se

cerró de golpe a nuestra espalda.

* * *

Cuando Holmes me había hablado por primera vez del sistema de túneles de la escuela, me había costado imaginármelo. ¿Una red de pasadizos por debajo del campus que conectan los edificios de Sherringford bajo tierra? Me puse a investigar para saber más.

Y con investigar me refiero a que me giré, sentado en la silla del escritorio, y le pregunté a Tom, mi fuente personal de información inútil, de qué iba todo aquello.

Según las leyendas, los túneles se construyeron a finales del siglo XIX, por la época en la que Sherringford aún era un colegio de monjas. Cuando la nieve se alzaba varios centímetros por encima del suelo, las monjas utilizaban estos pasajes climatizados para ir desde sus celdas a las oraciones del amanecer y las vísperas. Hoy en día, según Tom, los túneles los utilizaban los trabajadores de mantenimiento que atendían nuestras residencias y estaban llenos de calderas y cuartos de suministros. Las puertas de entrada a los túneles solo eran accesibles mediante un código, que cambiaba todos los meses. Le dije a Tom lo decepcionado que me sentía porque los contrabandistas no los habían usado para ocultar su alcohol destilado ilegalmente ni habían servido de refugio antiaéreo durante la Guerra Fría ni para nada igualmente interesante, y él me sonrió. «Mejor que eso», me dijo. Los códigos cambiaban tan a menudo porque los alumnos sobornaban constantemente a los conserjes para que se los dieran; los túneles de acceso eran uno de los pocos sitios privados del campus en los que podías enrollarte con alguien.

Sabía que Holmes los utilizaba para practicar la esgrima.

—Son el único sitio lo bastante largo y apartado de la escuela —había dicho con brillantes puntitos sonrosados en las mejillas—, y si sigues riéndote así de mí, juro que le diré a tu padre que quieres comer con él semanalmente para hablar de tus *sentimientos*.

Esta noche, el túnel que teníamos delante estaba vacío. A nuestro hombre no se le veía por ninguna parte. Mientras bajaba sigilosamente por el pasillo detrás de ella, las luces que teníamos encima parpadearon. Los zapatos de Holmes resonaban sobre el suelo como si un insecto hiciera chocar sus patas. Se me erizó el pelo de la nuca.

—Se habrá escondido en alguna parte —dijo con un hilo de voz.

—¿Lo intentamos con las puertas?

Negó con la cabeza y alzó un dedo. Delante de nosotros se oían unos pasos, paulatinos. Estábamos pasando de una persecución a un acoso lento y deliberado, por lo que avancé detrás de Holmes, que se escabullía hacia delante sin apartar la vista del suelo.

Iba siguiendo el rastro que el camello había dejado en el suelo de linóleo, un vestigio que yo no distinguía de la suciedad que habían provocado los trabajadores de esa semana y las líneas desiguales de las carretillas y los carritos. «¿Qué está rastreando?», me pregunté forzando la vista para verlo; y entonces lo recordé: «¿Por qué llevaba zapatos de cuatrocientos dólares?», había preguntado Holmes la otra noche. Volví a mirar y distinguí la pisada estrecha de un zapato de vestir.

En silencio, seguimos el rastro a través de los pasillos laberínticos. Los gritos de la policía procedentes del exterior se convirtieron en un eco amortiguado. Sabía que no tardarían mucho en conseguir el código y que enseguida nos pisarían los talones. Holmes lo sabía también. Recorría los pasillos como un perro de caza. En ese momento nos encontrábamos bajo el patio interior. Los muros de hormigón estaban manchados de humedad y había un olor en el ambiente que me

recordaba a los entrenamientos de *rugby*: barro y tierra mojada. Mi mente vagó hasta Highcombe School y su campo de *rugby*, el pelo reluciente de Rose Milton sentada en las gradas, sus manos juntas, mis botas de *rugby* clavándose en el césped y la sensación de que, por una vez, estaba haciendo lo que todo el mundo esperaba de mí y me estaba saliendo *bien*...

Holmes me colocó una mano sobre el pecho.

—Allí —articuló sin voz.

La puerta del final del pasillo, donde terminaban las pisadas.

Detrás de nosotros, el inconfundible sonido de una puerta de metal cerrándose de golpe y la voz del detective bramando el nombre de Holmes.

—Después de ti —me dijo con la sonrisa de un cazador que se acerca a su presa.

Era imposible que Holmes supiera lo que íbamos a encontrar detrás de esa puerta. Imposible.

Entré, con Holmes pegada a los talones. Dejó que la puerta se cerrara detrás de ella, cortando el ligero suministro de la única luz que teníamos. Me puse a buscar a tientas un interruptor, un cable, cualquier cosa que me ayudara a ver mejor, pero lo único que encontré fueron estanterías, filas de estantes y los fríos bloques de hormigón de la pared posterior. Saqué el teléfono, lo encendí y utilicé su luz tenue para recorrer la habitación.

Estábamos solos.

De alguna forma, yo sabía desde el momento en el que habíamos entrado en la habitación que nuestro hombre no estaría allí. A lo mejor me había puesto a escuchar, de forma inconsciente, por si oía su respiración al otro lado de la puerta, o algún movimiento; quizás conocía de sobra cómo funcionaba nuestra suerte. Puede que, en el fondo, me sintiera aliviado por no tener que enfrentarme a él. Fuera como fuera, allí solo estábamos Holmes y yo, y a mí no me sorprendía ni lo más mínimo. No me sorprendía, pero tampoco me sentía precisamente tranquilo.

Estábamos solos en la guarida del asesino.

Había fotografías de Dobson, de antes y después de que nos peleáramos; alguien se las había hecho desde el otro extremo del patio interior, con una de esas cámaras que usan los *paparazzi* y que son tan precisas que se le veían los cardenales que yo le había hecho. Encontramos también un mapa del sistema de túneles; un anteproyecto de Michener Hall y Stevenson Hall; el horario de Dobson, con algunas clases marcadas con subrayador y otras tachadas; pequeñas anotaciones escritas junto a ellas con la letra indescifrable e irritada de Holmes; y, por Dios, imágenes de Elizabeth tiradas por el suelo y un amplio informe con su nombre encima. Me agaché para recogerlo, pero me detuve; Holmes me había enseñado muy bien que no debía dejar huellas.

—Holmes —dije—. Esa es tu letra.

—Lo sé.

A través del tejido del vestido, levantó una camiseta de la pila de ropa que había sobre el colchón desnudo en el suelo. La reconocí... y ella también.

—Eso es tuyo —indiqué.

Asintió.

—Es una imitación de la que tengo.

—¿Es esto tu..., tu...?

—¿Mi guarida? —Aún sostenía la camiseta entre los dedos—. Está claro que alguien quiere que lo pienses, ¿no?

Quería hacerle varias preguntas, preguntas sobre las que realmente no deseaba saber la respuesta, preguntas que tendría que retrasar porque, mientras permanecíamos allí parados, la policía derribaba puertas a diestro y siniestro por el pasillo. Al cabo de un minuto darían con

nosotros.

Y en ningún momento dejaron de gritar el nombre de Holmes.

* * *

Nos llevaron a la comisaría, con las expresas bendiciones de Sherringford.

—Menos mal que protegían a los menores... Aunque me imagino que encontrar la guarida de un asesino como las que salen en televisión cambia las cosas —dijo Holmes sentada a mi lado en la parte trasera del coche patrulla. Llevaba puestas las esposas con un desdén elegante y alzó las dos manos para colocarse el pelo detrás de la oreja—. Todo va a ir bien, Watson. ¿Confías en mí?

No respondí nada, no quería mentir.

El detective Shepard carraspeó en el asiento delantero.

—Normalmente no prevengo a la gente después de haberles leído sus derechos, pero vosotros sois unos críos, así que: no digáis nada que os incrimine. —Se detuvo—. Claro que ninguno de los dos soléis escucharme.

Cuando llegamos a la comisaría, Shepard nos separó. A mí me introdujeron en una sala de interrogatorios pobremente iluminada, con un espejo que sabía, por las películas, que en realidad era un vidrio polarizado. Había una silla, un vaso de agua, una hoja de papel y un lápiz. Para cuando confesara, supuse.

La verdad es que todo era como en las películas, salvo porque no te muestran los tiempos de espera. Y tuve que esperar un montón. Durante al menos dos horas, permanecí sentado en aquella silla desesperadamente incómoda, dando cabezadas y despertándome, a la espera de que alguien entrara y me interrogara sobre lo que había pasado.

¿Qué podía decirles de todos modos? Verá, agente, para empezar, este capullo murió después de que le diera un puñetazo, pero *no* por ese motivo. Lo envenenaron y también le mordió una serpiente. Una serpiente que, por lo visto, apareció de la nada, porque nadie que viva en la costa este ha perdido una. Después, un camello nos siguió hasta el área de servicio y huyó de nosotros a través de un bosque. Asistí a un baile y pensé en besar a mi mejor amiga, pero no lo hice, y otra chica quería que bailara con ella y que, a lo mejor, la besara a ella en su lugar, pero entonces alguien le introdujo un diamante de plástico por la garganta, así que nadie besó a nadie; aunque quizás ella y Randall sí lo hicieron. En una habitación bajo la escuela, encontré un montón de pruebas de que mi mejor amiga, a la que no besé, es una asesina psicópata. Y supongo que ahora usted me está interrogando a raíz de toda esta locura de crímenes que no he cometido, pero hay alguien que quiere que usted lo crea, y han hecho un trabajo tan bueno que incluso yo mismo estoy casi convencido de que los he llevado a cabo.

«No está mal», pensé, amodorrado, y empecé a escribirlo.

Sobre mi cabeza, se encendió un altavoz con un crujido. Parpadeé y levanté la mirada hacia los dos que había enfundados en lo alto de la esquina. No los había visto, pero ya no podía pasarlos por alto: estaban reproduciendo la voz de Holmes.

—Me tiré todo el año pasado comprándole a un alumno de último curso llamado Aaron Davis —decía.

—¡Eh! —exclamé—. ¡Vuestro equipo de sonido no funciona bien!

Nadie respondió. Nada salvo la voz de Holmes hablando sin parar.

—Me enviaba los paquetes a mi cuarto y yo dejaba el dinero en su casillero. Era así, muy directo, cuando se trataba de pastillas. Pero el pasado mes de mayo, yo quería algo más fuerte, y

me llevó a esa habitación subterránea para... tomármela delante de él. Quería asegurarse de que no se lo compraba solo para delatarlo.

Después, la voz de Shepard.

—Así que ese camello, al que te dio por perseguir...

—Nunca antes le había visto. De hecho, todavía no he conseguido verle la cara con claridad y, por esa única razón, pensé que trabajaba para... —Escuché que se cortaba antes de decir «Milo» o «mi hermano» o quizá incluso «Moriarty»—. No lo sé. No sé en qué estaba pensando.

«No ha sido tu mejor excusa», pensé con una punzada de dolor, y después recordé que no estaba de su lado; esta noche no.

—Encontramos tus huellas allí, Charlotte.

—Aaron trapicheaba *fuera* de esa estancia. ¿Por qué no me escucha? Si ha encontrado mis huellas allí, en cualquier parte, estoy segura de que ha sido en el interior de la puerta o en la pared, pero no en ninguna de las cosas que colgaban de ella e imitaban el comportamiento de un asesino en serie, y que tienen, al menos, varios de meses de antigüedad.

—¿Entonces esa es la razón por la que estabas allí abajo? ¿Intentabas destruir aquello que se te olvidó tocar con los guantes puestos? Las personas inocentes no suelen dar tantas explicaciones como tú.

—Me está preguntando por qué me encontró en ese cuarto, al que fui directamente a sabiendas de que me estaban siguiendo; esa estancia que solo conocen los estudiantes más desgraciados que tienen motivos para ello. Ese rincón que decidí decorar como si fuera el director artístico de una cadena de televisión, para así poder destruir los *informes en papel* que había dejado allí escritos con mi propia letra. —Resopló—. No quiero insultar su inteligencia, detective Shepard, al recordarle quién es mi familia. No lo digo para aprovecharme de mi sangre, sino por mi *entrenamiento*. No soy una idiota. Y ni maté a Lee Dobson ni ataqué a Elizabeth Hartwell. Estoy segura de que cuando ella pueda hablar, le dirá precisamente eso.

—Ha sufrido una lesión cerebral traumática —dijo Shepard con seriedad—. Todavía no sabemos cuánto recuerda. Pero con todo tu entrenamiento, estoy convencido de que cuando la apaleaste con esa rama sabías que ese sería el resultado.

—Vale. Llame a mis padres, a Scotland Yard. Tengo contactos allí que le dirán que yo *ayudo* a la gente.

—Tendrías que habernos llamado a nosotros, Charlotte. —El sonido de una silla echándose para atrás. Y, a continuación, un último golpe—. Por cierto, ¿cuál era el papel de Jamie Watson en todo esto? ¿Es tu cómplice? Está claro que no es el cerebro de la operación.

—¿Eh! —volví a gritar. *No quería* escuchar aquello—. ¿Eh! ¿Hay alguien?

—No hace falta que satisfaga mi vanidad —soltó Holmes—, descubrirá que eso ya lo hago muy bien yo sola.

—Tu cómplice —repitió el detective alzando más la voz—, hasta que necesitaras un chivo expiatorio; alguien que se quedara y pagara el pato de todo esto cuando tus papis ricos te sacaran a escondidas del país en un avión privado.

En ese instante, me vi con la espantosa obligación de pensar en algo que me esforzaba desesperadamente en no creer.

Pensé: «La policía ha montado esto, esta extraña y accidental escucha a escondidas, para que cuando Holmes admitiera que me había estado utilizando todo este tiempo, yo me volviera loco y confesara que todo era obra suya». Había visto *Ley y orden*. Sabía cómo funcionaba esto, cómo separaban a los sospechosos y conseguían que se delataran el uno al otro. Pero se equivocaban,

no había nada que contar.

A no ser que... ¿Y si la policía tenía razón?

¿Y si realmente mató al cabrón de Lee Dobson y, para divertirse, decidió arrastrarme con ella mientras fingíamos que estábamos resolviendo el crimen que ella había cometido? ¿Y si Holmes se mostraba tan inquieta cuando alguien la llamaba asesina porque, en realidad, lo era? ¿Y si, en el intervalo comprendido entre su marcha apresurada de la mesa de ponche en la que estábamos el señor Wheatley y yo y el momento en que la encontré en el banco, golpeó a Elizabeth Hartwell en la cabeza y le introdujo la joya de plástico por la garganta? ¿Y si verdaderamente se había librado de Dobson en un acto de venganza a sangre fría? ¿Y si, Dios mío...? ¿Y si nuestra amistad solo era una morbosa nota al pie de página de su nauseabunda representación de estas historias? Holmes y Watson, juntos de nuevo interpretando *El carbuncho azul* en el oscuro patio interior de Sherringford. Solo que, en lugar de esconder la gema robada en el buche de un ganso, se lo introdujimos a una chica por la garganta para que muriera asfixiada.

—Jamie Watson —respondió Holmes sin alterarse— es mucho más listo de lo que usted se cree. Ni es mi cómplice ni lo es de nadie. Y no es culpable de nada.

«No es culpable», había dicho. No, «no somos culpables».

No conseguí sentirme mejor. Ni siquiera cuando la puerta se abrió y entró mi ojeroso padre, que me miró una vez a la cara y dijo: «Muy bien, nos vamos a casa».

* * *

Según salíamos, mi padre me contó que ni a Holmes ni a mí nos habían acusado de ningún delito. La policía no tenía pruebas suficientes para retenernos, de momento todo era circunstancial, de manera que lo mejor que podían hacer era interrogarnos.

—Es bueno que a ti te dejaran para otro momento —dijo; después me miró con dureza y añadió, como si impartiera una gran sabiduría, que me acordara siempre de solicitar un abogado.

Normalmente odiaba que mi padre no se comportara como un padre. La mayoría de los días lo hubiera cambiado a él y a su entusiasmo por la figura autoritaria más aburrida del edificio, pero, esa noche, me alegraba de que me ahorrara una buena charla y lágrimas.

«Mi padre ha venido a buscarme a la comisaría en mitad de la noche», pensé, «y, más que nada, parece emocionado».

—Traeré el coche —dijo en la entrada—. Cuando llegemos a casa, tienes que dormir. Solo he podido conseguirte un día de indulto. Quieren volver a interrogarte después de la cena. Y Shepard mantiene la visita del domingo por la noche.

Me balanceé un poco sobre los pies sin pensar en nada en concreto. Hasta que la sentí acercarse a mí sin hacer ruido, como un gato. Me negué a darle la vuelta.

Cuando mi padre acercó el coche, Holmes abrió la puerta del acompañante y se subió sin mediar palabra. Cabreado, me monté en la parte de atrás y aparté la pequeña avalancha de juguetes y envoltorios de chucherías que pertenecían, sin duda, a los hermanastros que nunca había conocido. Intenté luchar contra el sentimiento de ser un personaje secundario en mi propia vida.

Mientras íbamos en el coche, mi padre mantuvo una cháchara incesante a la que Holmes respondía con monosílabos. Yo no pude articular palabra alguna. Mi cerebro había vuelto a la vida, frenético y nervioso. Cuando nos detuvimos en una gasolinera a las afueras del pueblo, incliné la cabeza sobre el frío cristal de la ventanilla e intenté controlar la respiración. En unas

horas, me detendrían por un crimen que no había cometido. Ojalá nunca hubiera vuelto a Estados Unidos. Ojalá hubiera matado a Dobson aunque solo fuera para tener algo que confesar; sería una forma de que todo esto acabara. Volví a pensar en mi patética fantasía: nosotros dos a bordo de un tren fuera de control. A lo mejor esto era lo que sentías cuando se estrellaba.

Sin abrir la boca, Holmes alargó el brazo hacia atrás, buscando a tientas mi mano y, cuando la encontró, la agarró con fuerza entre la suya. Pensé en retirarla. Me recordé a mí mismo que a lo mejor estaba sosteniendo la mano de una asesina, pero decidí que estaba demasiado cansado como para que me importara. Los tres recorrimos el resto del viaje en silencio.

La verdad es que había estado tan distraído con lo ocurrido en la comisaría que había olvidado sentir temor por todo lo demás. Entonces apareció: la casa de mi infancia en el campo; y, de pronto, lo recordé todo: aprender a montar en bici bajando la calle, mi padre agarrando el asiento incluso cuando le había dicho que lo soltara... Al final lo hizo con una carcajada que sonó como un grito y avancé unos buenos noventa centímetros antes de tropezarme con un bache y volar de cabeza por encima del manillar.

Hoy, a pesar del frío, había una bicicleta tumbada de lado en el patio. No era mía. Ví que mi padre se percataba y desviaba los ojos hacia el espejo retrovisor para mirarme. Me fijé en su preocupación, en su propia dosis de temor. Era la primera vez que sentía pena por él.

—Abbie se ha llevado a los niños a casa de su madre durante el fin de semana —dijo con una alegría falsa mientras aparcábamos en el garaje—. Así que tendremos la casa para nosotros solos. He hecho un pastel de carne que meteré al horno para cenar, pero lo que necesitáis ahora mismo es descansar.

Holmes entró en la casa dando tumbos y se dirigió al sofá del salón. Sin quitarse los zapatos ni decirnos una sola palabra a ninguno de los dos, se tumbó con el vestido de fiesta puesto y se quedó dormida al instante.

—Tenemos una habitación de invitados —dijo mi padre mientras yo me hacía un ovillo en el sillón que había junto al sofá de Holmes.

—Lo sé —le respondí—, yo he vivido aquí.

No tuvo nada que añadir ante eso.

La realidad era que, por muchas y variadas razones contradictorias, no quería perder de vista a Holmes. Incluso mientras me sumía en un sueño tranquilo, mantuve la oreja puesta por si acaso se escapaba y me dejaba allí solo.

* * *

Cuando me desperté, volvía a estar oscuro, con esa clase de penumbra típica de las tardes de otoño. El reloj de la pared marcaba las seis y siete minutos. Me había tirado todo el día durmiendo y, a juzgar por la forma del sofá, lo mismo le había ocurrido a Holmes.

Se escuchó un crujido que provenía de la cocina, la cual estaba tan bien iluminada como yo recordaba y seguía teniendo las mismas sillas y mesa. Pero le habían dado una capa de blanco a los muebles oscuros y las paredes estaban pintadas de un azul apagado. Un gallo de cerámica presidía el fregadero. Las incorporaciones de Abigail, pensé. Cuando mi padre se ofreció a hacerme un *tour* por el resto de la casa, rehusé.

Holmes se había subido a uno de los taburetes de la encimera y allí se quedó sentada, balanceando las piernas mientras recorría con la mirada la habitación. Ví como encajaba en su cabeza la historia de la casa, de mi infancia, de la misma forma en que un soldado monta un arma

a oscuras. Al menos uno de nosotros sabía comportarse como una persona normal..., aunque, para que conste, esa quizá fuera la primera vez que era ella y no yo.

—Hola —le dije.

—Hola —respondió—. ¿Has dormido bien?

—Sí, no he dormido mal.

Evitábamos mirarnos a los ojos.

—Bueno —dijo mi padre mientras el horno se calentaba—. Pongámonos manos a la obra. El tal Shepard llegará en... —Echó un vistazo a su reloj—... una hora. ¿Qué vais a ofrecerle que pruebe vuestra inocencia?

—Nada —respondió Holmes—. Bueno, el hecho de que no hemos matado a nadie, para empezar.

—No has matado a nadie —repetí. Era la primera vez que ella lo admitía.

Enarcó una ceja.

—No hemos atacado a ninguna persona de este colegio y nunca hemos matado a nadie.

Advertí que escogía las palabras con cuidado.

—Y esa... Esa guarida estilo asesino en serie ¿no era vuestra?

—Mía no. —Inesperadamente, me sonrió—. Tuya tampoco, ¿verdad? Es de mala educación no compartir estas cosas.

Le hice una mueca y ella me golpeó en el brazo. ¡Madre mía! No podía seguir enfadado con ella, ni siguiera aunque resultara ser una asesina despiadada. Estaba involucrado hasta el fondo.

—Vale —contestó mi padre, confundido—. De alguna forma, daba todo eso por hecho. ¿Tenéis alguna prueba concreta que os exculpe?

—Los suficientes testigos como para que quede demostrado que no fuimos los que atacamos a Elizabeth; la propia Elizabeth, cuando despierte. Pero bueno, eso es irrelevante. Dentro de una hora y quince minutos tendré las influencias necesarias para limpiar nuestros nombres y conseguir que Shepard nos incluya en la investigación.

Yo no sabía nada de aquello.

—¿Qué?

Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y se quedó callada. Juro que, delante de nosotros, los ojos de mi padre brillaron.

Lo miré fijamente.

—¿No deberías estar, no sé, preocupado?

Pero ya estaba sacando una botella de champán de la nevera.

—Creo que tendríamos que brindar. Una pequeña copa no le hará daño a nadie a estas alturas.

El corcho salió disparado y el vapor se deslizó fuera con un borboteo. Holmes y yo nos miramos, sorprendidos. Ella no se imaginaba que mi padre fuera a creerla. Muy pocas personas tenían la habilidad de asombrarla, pero por lo visto mi padre era una de ellas. Me dio igual. Me tomé una copa de champán —la última, probablemente, como un hombre libre— sorbiendo la espuma del borde de la propia copa.

Como Holmes era Holmes, observó a mi padre con detenimiento y decidió investigar.

—Oh, está delicioso, muchas gracias. Pero ¡díganos qué estamos celebrando! Es imposible que usted confíe tanto en mí, tiene que haber algo más. —Se recostó sobre una mano, tirando de las infinitas reservas de encanto que mantenía ocultas solo para este propósito—. Ese pastel huele estupendamente —añadió—. No recuerdo la última vez que tomé una comida casera rica.

Si mi padre se percató del numerito —y, sinceramente, cómo no iba a hacerlo—, no le

importó.

—Es una receta de la abuela de Jamie. No había tenido la oportunidad de hacerla en mucho tiempo. —Sonrió ampliamente—. Me alegro de que esto haya funcionado entre vosotros, me preocupaba que no fuera a ser así.

—¿Qué es lo que ha funcionado? —Fuera donde fuera a parar esta conversación, estaba seguro de que no sería nada bueno—. Si estás a punto de confesarme que mataste a Dobson para que consiguiera práctica como detective, te juro que...

Me cortó con un movimiento de la mano.

—Jamie, no seas tan melodramático. Por supuesto que no.

—Por supuesto que no —repitió Holmes en voz baja. La maquinaria de su cabeza empezaba a cobrar vida—. Empezó antes que eso.

—Así es —dijo mi padre, encantado—. Continúa.

Holmes me examinó como si fuera un caballo. Me moví, incómodo, en mi asiento.

—Y el deporte. Tiene que ver con el *rugby*.

—Excelente. —Mi padre levantó la copa hacia Holmes—. Lo siento, Jamie, pero todavía no me creo que te lo tragaras. ¿Una beca por el rugby? Sí, eres un jugador perfectamente aceptable, no cabe duda, y, desde luego, eres lo bastante bueno para tu equipo, pero tienes que admitir que la idea era un poco inverosímil. —Bebió un sorbo, meditabundo—. No, fue un plan que trazamos borrachos el verano pasado.

—¿Trazamos?

—Usted y mi tío —le dijo Holmes a mi padre, ignorándome por completo.

—¿Qué? —solté débilmente. Por aquel entonces, aún estaba intentado procesar el hecho de que, en realidad, no era un buen jugador de *rugby* y que nadie se lo había dicho a nuestro pobre capitán—. Espera, tienes que resolver *este* misterio. No el de Dobson, Elizabeth y el traficante, sino este. Y vas a hacerlo ahora mismo. —Reprimí una risa medio histérica—. Y eso que ni siquiera sabía que había un misterio... Dios, ¿qué pude haber hecho en una vida pasada para terminar con alguien como tú?

—Continúa —dijo felizmente mi padre. Al menos uno de nosotros estaba disfrutando—. Dime por qué lo sabes.

Holmes empezó a contar las deducciones con los dedos.

—Nació en Edimburgo, como el resto de su familia, pero usted tiene un deje de Oxbridge. Cuando abrió el armario para coger estas copas de champán, vi una taza, en el estante de arriba, con el blasón de Balliol College. Por lo tanto: Oxford.

Mi padre extendió las manos esperando a que Holmes siguiera hablando.

—Me ha abrazado con una sorprendente familiaridad cuando nos hemos visto, pero no ha abrazado a su hijo. Incluso con su difícil relación —la sonrisa de mi padre tembló un instante—, si usted fuera tan dado a los abrazos, hubiera intentado darle uno a él. No, usted sentía que me conocía. Por lo tanto debía de haber oído hablar de mí, pero no en los periódicos (en ese caso, se habría compadecido de mí cortésmente y no habría habido abrazo), sino a través de alguien que me ensalzó y, además, con cariño. Lo primero descarta a mis padres y lo segundo, a la mayoría de mis parientes. Mi hermano Milo no cree en los amigos y, de cualquier modo, usted no tiene motivos para charlar con un genio de la informática regordete y reservado que solo abandona su piso de Berlín bajo una coacción extrema. Mi tía Araminta es bastante agradable, lo que significa que es hostil para los estándares de la sociedad. Mi prima Margaret tiene doce años y mi tía abuela Agatha murió, y ese es el *tour de monde* de los efusivos miembros de mi familia.

»Salvo, claro está, mi querido tío Leander, alumno de Balliol College en el 89, el que me regaló el violín y el primer Holmes de la historia en organizar una fiesta por propia voluntad. Por supuesto, son amigos. —Observó a mi padre un segundo—. Oh, y compañeros de piso. Durante al menos un año, pero no más de tres.

Me serví otra copa de champán y me la bebí de un trago.

Mi padre, inteligentemente, guardó la botella.

—Eres tan lista como él, Charlotte, y muchísimo más rápida. Aunque Leander, bendito sea, es lo bastante descuidado como para resolver un crimen y olvidarse de decírselo a su cliente durante meses. Vino a la fiesta de tu séptimo cumpleaños —me explicó mi padre—, ¿no te acuerdas? —Habíamos celebrado mi séptimo cumpleaños en uno de esos parques de atracciones de carretera con una pista de karts y media docena de maquinitas recreativas—. Te regaló un conejo. Un bicho gigante, con unas grandes orejas caídas. Tu madre, ya sabes cómo es, lo mandó de inmediato a algún hogar en el campo.

—Harold —dije, atando cabos. Ese era el nombre del conejo. Me pareció recordar a un hombre altísimo con el pelo peinado hacia atrás y una sonrisa perezosa.

—Compartí piso con él antes de conocer a tu madre —dijo— durante mis días de soltero, antes de que me lanzaran el anzuelo y me marchara a Londres. Leander se había establecido como detective privado y yo... Bueno, yo estaba muy aburrido. Nos presentaron en un *pub*, en un evento para alumnos; estoy seguro de que os habéis fijado en lo que le gusta a la gente presentarle un Holmes a un Watson. Estaba tratando de ligar con el barman y creo que al final se lo llevó a casa. Leander sabía ser encantador cuando la situación lo requería. —Levantó una ceja en dirección a Holmes, que no se ruborizó, pero dio la impresión de que le habría gustado hacerlo.

—¿Y seguís siendo amigos? —pregunté.

—Sí, claro —respondió mi padre—. Los dos somos un desastre de personas. Somos como una pera y una manzana. Bueno, más bien somos como peras y machetes. —Estudió mi rostro un segundo—. Pensé que te vendría bien un poco de acción, Jamie. Ese colegio de Londres resultaba demasiado caro para la puñetera fábrica de pijos que era, e incluso con lo que yo pudiera contribuir, no podíamos permitirnos que siguieras allí. Le conté a Leander mis frustraciones y él mencionó que acababan de enviar a Charlotte, sin amigos y sola, a una hora de distancia de mi casa. ¿De verdad pensabas que era una coincidencia? ¿Que los dos terminarais aquí, en Estados Unidos, en el mismo internado?

Estaba harto de todos esos ridículos bombazos y preguntas retóricas.

—Sí —dije con énfasis—. Y tu pastel huele como si se estuviera quemando.

Holmes olfateó el ambiente.

—En realidad huele bastante bien —comentó, y lo sacó para que se enfriara. La miré con el ceño fruncido y ella hizo un gesto de resignación.

—La matrícula..., bueno, Leander se ofreció a pagarla. Cuando le dije que no, me comentó que, de lo contrario, se compraría otro Stradivarius. Intenté explicarle que tendría que mandar a un pueblo entero a Sherringford para acercarse al precio de un Stradivarius, pero se mantuvo firme y yo cedí. De manera que Leander realizó algún juego de manos con la junta directiva y te ofrecieron una «beca». ¿No te preguntaste por qué no perdiste la beca cuando te apartaron temporalmente del equipo de rugby? —Sonrió—. Esa es la razón. Todo resultó bastante divertido. Creo que él lo disfrutó muchísimo.

—Sí —dije, pensando en el violento resentimiento que sentía porque me hubieran mandado lejos de casa y por haber tenido que dejar Londres, a mis amigos, a mi hermana pequeña—. Qué

divertido.

—Bueno, entonces —mi padre juntó las manos—, ¿os habéis conocido! ¡Sois amigos! ¡Habéis dado con un asesinato! No podría haber pedido nada más. Venga, vamos a comer antes de que llegue el detective.

El teléfono de Holmes vibró.

—Perdón, tengo que contestar.

Salió por la puerta de atrás y la vi a través del cristal, paseándose con su vestido y hablando deprisa con alguien.

—¿Quién la estará llamando? —me pregunté en voz alta—. Debe de ser su hermano.

Mi padre siguió partiendo el pastel en rodajas.

—Espero que no estés muy enfadado conmigo.

—No —dije—, estoy furioso.

—No obstante, parecía haber funcionado bastante bien; eso tendrás que reconocérmelo.

Me ofreció un plato repleto de comida y deseé, con todas mis fuerzas, no estar muriéndome de hambre.

—¿Bien? ¿Qué ha salido bien? —Me atraganté—. Por Dios, no tengo que reconocerte nada.

—Jamie, por favor, no seas así. —Evitaba mirarme a los ojos—. ¿No te alegras de haber conocido a Charlotte? Es encantadora, ¿verdad?

—¿Podrías, por favor, dejar de pasar por alto la cuestión? Esto no tiene que ver con Holmes, sino con los hilos que moviste para traerme aquí. Dios, ¡ni siquiera me conoces! ¡Llevo años sin verte! ¿Por qué no logras entender que estar aburrido no es una excusa para llegar a mi vida y jodérmela solo por diversión?

—Esa boca —me previno.

—No puedes hacer eso. —Me escuché a mí mismo levantando la voz—. No puedes desviar todas las respuestas que no te gustan. Estoy metido en un lío terrible que tú, por lo que sea, has decidido que es *fascinante*.

Dejó el cuchillo con manos temblorosas. Me sorprendió ver que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Tienes razón, Jamie. Ya no te conozco. Que Dios me ayude por querer que eso cambie.

Sonó el timbre.

—Llega pronto —dijo mi padre, y le sirvió apresuradamente algo de pastel a Holmes en un plato—. Iré a abrir.

Cuando dejó la habitación, solté una bocanada irregular de aire que no sabía que me había estado aguantando.

Holmes volvió a entrar.

—Vaya, desde fuera, eso ha sonado bastante cruel —dijo, mirándome. Era una observación, no un intento de mostrar compasión, así que no tenía que contestarle.

—Siéntate —repliqué, en su lugar, apartando un taburete—. ¿Quién te ha llamado?

Mi padre entró con el detective Shepard detrás de él. Holmes leyó algo en sus rostros que a mí se me escapó; lo supe porque se puso recta como un palo cuando su postura siempre era impecable.

—Jamie, Charlotte. —Me di cuenta de que Shepard tenía unos círculos oscuros debajo de los ojos—. Me gustaría llevaros de vuelta a la comisaría, ahora.

—¿De qué nos acusa? —le pregunté.

—Me gustaría llevaros de vuelta a la comisaría —repitió; evidentemente no iba a contestar.

—Tendrá que esperar a mi abogado —dijo Holmes con tranquilidad—. Nos representará a los dos, pero puesto que sus oficinas están en Nueva York, tardará varias horas en llegar. ¿Le importa si le llamo?

El detective negó con la cabeza y ella realizó la llamada allí mismo.

Sentí una oleada de alivio. El peor resultado posible estaba ocurriendo y, ¡por fin!, podía dejar de temerlo.

Mi padre, en consonancia con su comportamiento habitual, eligió ese momento para empezar a preocuparse.

—¿Le importa si mientras tanto comen? —preguntó; había súplica en su voz—. No sé cuánto tiempo estarán en... en la comisaría, y la cena está sobre la mesa. Está usted invitado, por supuesto.

Shepard titubeó. Se fijó en la escuálida silueta de Holmes y en el plato humeante que yo tenía frente a mí, y vi que cedía.

—Está bien. Puesto que de todos modos tendremos que esperar a su abogado, pueden comer. Pero daos prisa. —Dejó su bolsa en el suelo y se sentó.

Me esforcé con el pastel, aunque terminé apartándolo tras unos pocos bocados. El escrutinio de Shepard me hacía sentir tan incómodo que no podía comer. Por su parte, Holmes decidió desarrollar un apetito voraz. Despacio y meticulosamente, quitó las zanahorias de la corteza de una en una y, a continuación, las partió en cuartos y después otra vez por la mitad. Tras pinchar cada trozo con el tenedor, los mojó en el puré de patata y se los llevó a la boca. Masticó cada pedazo diecisiete veces y después repitió el proceso. Desde el otro lado de la mesa, mi padre la observaba agarrado fuertemente a la mesa con una mano.

Me pregunté si seguiría pasándose bien.

Reinaba el silencio. Pasados veinte minutos, Holmes ni siquiera había empezado con la carne y el detective empezó a moverse con inquietud en la silla. Aproveché la oportunidad para examinarlo, para intentar hacer alguna deducción a lo Holmes. Tenía treinta y muchos, decidí. Afeitado, pero con la ropa arrugada. Claramente no había pasado por su casa para cambiarse o ducharse desde que interrogara a Holmes la noche anterior. Llevaba una alianza en la mano izquierda. No supe asegurar si tenía hijos propios o no, pero la decisión de dejarnos cenar me hizo pensar que sí los tenía. Lo que no podía explicar era la reticencia que irradiaba, la forma en que su postura y su ceño fruncido transmitían inquietud. Al igual que mi padre, el detective había perdido el entusiasmo.

—Entiendo por qué lo hiciste; entiendo lo que le hiciste a Dobson —dijo, despacio, mientras observaba cómo comía Holmes. Ella no levantó la mirada—. Todos los testimonios que me llegan de él dicen que ese crío era un cabrón y que estaba obsesionado contigo. Pero lo que no comprendo es por qué no comunicaste estos abusos al colegio para que pararan. Y tampoco entiendo por qué atacaríais los dos a Elizabeth Hartwell. Bryony Downs, la enfermera de Sherringford, me dijo que tú, Charlotte, te habías comportado de forma errática durante toda la noche en el baile...

—Vaya forma de hacer amigos —le dije a Holmes.

—... y que después los dos habíais perseguido a otro chico por unos túneles subterráneos de los que yo *nunca* había oído hablar y en los que os encontramos, simplemente *esperándonos*, dentro de un cuarto sacado directamente de una serie de policías. Descubrí esto dentro. —Sacó de la bolsa unos pantalones y una camisa negra y los sacudió para que ella los inspeccionara—. ¿Son tuyos?

Era la ropa que había sobre el colchón.

Holmes levantó la vista desinteresadamente.

—Sí —respondió—. Aunque si las ha examinado, habrá visto que nunca se las ha puesto nadie.

Shepard asintió. No le había dicho nada que no supiera ya.

—Las he examinado, Charlotte. He hecho muchas llamadas esta mañana y una de ellas ha sido a tu madre.

Mi padre se inclinó hacia delante.

—¿Y?

Shepard se frotó la sien, pensativo, y después sacó de la bolsa una carpeta que desplegó sobre la mesa.

—Jamie, ¿te importaría señalarme a ese supuesto traficante?

Aparté el plato. Los doce hombres que tenía delante eran igualmente rubios y feos. Sus edades oscilaban desde unos años más que yo hasta los cuarenta. Uno de ellos tenía una cicatriz en la ceja. Otro sonreía, sin dientes. El tercero de la fila de arriba era el más parecido a lo que yo recordaba. Me estrujé los sesos.

—Él —dije con más confianza de la que sentía.

—Ese hombre se ha entregado esta mañana —indicó mientras le daba unos golpecitos a la foto—. Dijo que llevaba años trapicheando con Charlotte. Me ha dado un registro, escrito a mano por ella, de las transacciones que había realizado para él. Dijo que lo sentía, que se había dado cuenta de sus errores y que, ahora, solo quería que los chicos estuvieran a salvo de ella. —Shepard cerró los ojos durante un doloroso momento—. Los documentos son impecables, Charlotte. Coinciden a la perfección con la muestra de tu letra que conseguí de tu profesor de biología.

—¿Cómo se llama? —preguntó Holmes mostrando una pizca de interés.

Shepard levantó una ceja.

—Dijo que era John Smith.

Sin mediar palabra, Holmes se marchó de la habitación y regresó un segundo después con el pequeño cuaderno rojo. Lo hojeó sobre la mesa hasta que llegó a una página casi al final. «CHARLOTTE HOLMES ES UNA ASESINA», se leía con su caligrafía alargada.

—Usted verá si me cree o no, pero encontramos esto en el coche de John Smith —dijo, y siguió cenando.

—Vamos a investigar a los alumnos con los que Charlotte traficó —nos informó el detective—. Entonces sabremos la verdad.

—John Smith falsificó esos registros —dije mientras la miraba—. Todos esos y los que había en ese cuarto...

—Vamos a ver —me interrumpió Shepard—. Una de las llamadas que he realizado esta mañana ha sido a Scotland Yard. Allí todo el mundo pone la mano en el fuego por ti, Charlotte. Bueno, puede que a alguno no le gustes mucho, y no se han sorprendido de que estés implicada en un crimen, pero todos sin excepción han jurado y perjurado que nunca harías daño a nadie; aunque quizá sí lo fastidiarías hasta morir.

Una de las comisuras de la boca de Holmes se elevó, pero ella permaneció en silencio. El detective se frotó los ojos.

—También me han asegurado que, si lo hubieras hecho, ni siquiera aparecerías en mi lista de sospechosos. —Se volvió hacia mi padre—. Por lo visto es así de buena. Después hablé con el

departamento de policía de Filadelfia sobre Aaron Davis, el antiguo camello de Sherringford, y al parecer el crío está en la cárcel de allí por traficar con oxycodona en la Universidad de Pensilvania. Tengo un colega allí que me debe un favor y le hizo unas preguntas a Aaron. Dijo que se acordaba de Charlotte y confirmó su historia: le vendía drogas en ese cuarto el año pasado. También aseguró que Charlotte no tenía ni tantos amigos ni la paciencia suficiente como para ponerse a traficar ella sola. Sin embargo, llevaremos a cabo una investigación, como he dicho. Aaron es un presidiario, así que su palabra no vale nada, pero, claro... —Shepard se encogió de hombros de forma expresiva—:..., un chaval ha muerto, una chica está en el hospital y vosotros dos parecéis la mejor opción. Charlotte tiene un laboratorio privado de química en el que guarda un montón de venenos y tú... —Me señaló—:... Tú podrías haberte colado fácilmente en la habitación de Lee Dobson por la noche. Además, tonteabas con Elizabeth Hartwell. Da la impresión, ni más ni menos, de que vosotros dos estáis metidos en alguna especie de pacto entre amantes que ha salido mal. Alguien podría estar esforzándose al máximo para tenderos una trampa, lanzando un anzuelo para ver quién pica, pero la respuesta más *lógica* es que Charlotte Holmes no es ni la mitad de buena de lo que todo el mundo se piensa que es. Puede que no me guste, pero hasta que tenga una respuesta mejor...

Holmes levantó la vista y, un segundo después, sonó el teléfono de Shepard.

—Esperad. —Se lo acercó a la oreja—. Shepard. Más despacio. ¿Que ella qué? No. No, está bien. Sí. ¿Está...? Vale. Sí, iré allí en cuanto pueda. —Mirándonos a todos con algo parecido al alivio, añadió—: Tengo que zanjar un asunto aquí primero.

—Este pastel está buenísimo —le dijo Holmes a mi padre. Él la miró con impotencia—. ¿Hay más?

* * *

Alguien había intentado matar a Lena.

Así es como Shepard nos lo resumió. Ajena a la ausencia de Holmes, Lena se había pasado el día posterior al baile metida en la cama, leyendo revistas y dando buena cuenta de una caja de galletas de su casa. Tenía la música tan alta que, cuando llamaron a la puerta, al principio no supo si se lo había imaginado. Pero al levantarse por fin para comprobarlo, ahí estaba, en el umbral de la puerta: un paquete y, dentro de él, un joyero de marfil con una tapa deslizante.

Aunque desenvolvió el joyero, no lo abrió. Con una compañera de habitación como la que tenía, se había acostumbrado a ver toda clase de cosas y, en las ocasiones anteriores en las que había llegado algún paquete misterioso, siempre había sido para Holmes («Compro muchas cosas por internet», le dijo Holmes al detective Shepard sin ni siquiera pestañear). De manera que lo dejó sobre la mesa de su compañera y se echó la siesta.

Se despertó veinte minutos después, con un hombre ataviado con un pasamontañas inclinándose sobre ella y poniéndole una mano sobre la garganta, como si estuviera a punto de comprobarle el pulso o estrangularla. Lena gritó, el hombre huyó. Llamó de inmediato a la policía y les entregó el misterioso joyero. Mientras hablábamos, lo estaban examinando en la comisaría.

Había algo terriblemente familiar en todo eso, pero me costaba averiguar qué era.

—¿Cuándo ha ocurrido? —quiso saber Holmes. Le temblaban las manos; no sabía que se preocupaba tanto por Lena—. ¿Ahora mismo? He hablado con ella hace menos de veinte minutos.

El detective sacó una libreta.

—¿Sobre qué?

La boca de Holmes se contrajo nerviosamente.

—Me había tirado ponche encima en el baile y quería saber si seguía enfadada con ella. Le dije que ya se me había pasado y que llevaríamos mi vestido a la tintorería. Todo está en orden.

Así que la que había llamado antes había sido Lena. Era la primera vez que veía a Holmes contestar una llamada de su compañera. Siempre las desviaba (las suyas y las de todos), directamente al contestador para filtrarlas cuando tuviera tiempo.

—¿Sabe ella que estuviste en la comisaría? ¿Sabía dónde habías estado hoy? —preguntó el detective.

—No —respondió Holmes—. En realidad, la única persona con la que hablo es Jamie. Dudo que alguien del colegio sepa que no he estado allí hoy, a no ser que lo vieran a usted metiéndonos en el coche patrulla; claro que estaba oscuro.

Mi padre tomaba notas sentado en una silla en la esquina.

—Oscuro... —murmuró para sí mismo.

—¿Pero Lena está bien? —preguntó Holmes. El labio inferior le tembló—. Lo siento, es que... Va a sonar fatal, pero... creo que ese hombre estaba allí para hacerme daño a mí, no a Lena. Y ese joyero tan extraño... Jamie, ¿no te suena de algo a ti también?

No estaba actuando como ella misma, sino como una persona *normal*. Como si tuviera otras reacciones que no fueran movilizarse de forma rápida y extremista al escuchar que se había perdido un crimen en su propio dormitorio. Como si no fuera...

Até cabos en un abrir y cerrar de ojos.

¡Oh, esa chica era brillante! Como un cometa a toda velocidad que no puedes ver desintegrarse sin quemarte las retinas de inmediato. Como un lago bioluminiscente. Era una detective erudita de dieciséis años capaz de adivinar la historia de tu vida con solo una mirada, que modernizaba pequeñas cajas talladas con muelles venenosos sorpresa un sábado por la mañana temprano mientras los demás, yo incluido, dormíamos en nuestras camas.

Se había tendido una trampa a sí misma para convertirse en el objetivo de un crimen falso y dejarnos libres de culpa en el de verdad. Y había utilizado a Lena, y a algún tipo misterioso, para hacerlo.

—Culverton Smith —dije, uniendo las piezas en voz alta por el bien de Shepard—. Es de una de las historias de Holmes. Nos están tendiendo una trampa. Por Dios, dígame a sus agentes que se pongan guantes cuando manipulen el joyero, unos bien gordos.

Hay que decir en su favor que me tomó en serio.

—Voy a llamarles, pero quiero una explicación en cuanto vuelva.

Salió al exterior.

—Eres un genio —le dije a Holmes.

Al otro lado de la mesa, Holmes pasó de una preocupación falsa a una satisfacción realmente auténtica.

—Es una historia bastante buena, ¿sabes? *El detective moribundo*. Una lástima que el doctor Watson embadurnara lo que debería haber sido un ejercicio de lógica con todas esas porquerías sensibleras sobre su compañero.

El detective moribundo siempre me había resultado la historia de Sherlock Holmes más difícil de leer, y no porque no estuviera brillantemente escrita. Es 1890 y el doctor Watson, que vive con su mujer alejado de Baker Street, acude urgentemente al lado de Sherlock Holmes, que está postrado en cama. El detective ha contraído una rara enfermedad altamente contagiosa de la que, como le explica al doctor Watson, solo puede curarle Culverton Smith, un especialista en

enfermedades tropicales que vivía en los alrededores. ¿La trampa? Smith odia a Holmes porque lo acusó, con acierto, de matar a alguien. Su víctima estaba infectada y murió por la misma enfermedad. Sin embargo, Holmes insiste en que Watson traiga a Smith porque él es su única esperanza. Mientras Holmes recita del tirón una serie de órdenes aparentemente ridículas sobre cómo tiene que comportarse Watson para traer al especialista, el doctor levanta distraídamente una pequeña caja de marfil que descansaba en la mesa. Sin venir a cuento, Holmes insiste en que Watson la suelte y no vuelva a tocarla.

Watson piensa todo el tiempo que su mejor amigo se está muriendo. Leerlo es desgarrador y esa sensación va aumentando a medida que vemos a Watson siguiendo las instrucciones de Holmes —que son el claro producto de una mente con alucinaciones— al pie de la letra. No estamos seguros de si es por confianza, afecto o costumbre, pero, de cualquier modo, la última de estas descabelladas órdenes lleva a Watson a esconderse en el armario, como preparación para la llegada de Smith. El especialista aparece. La luz de la lámpara de gas es tenue. Holmes, postrado en el diván, suda a causa de la agonía febril. Smith empieza a deleitarse porque piensa que el detective y él están solos. ¿Y esa cajita de marfil? La había enviado él mismo, cargada de un muelle de metal infectado, con la esperanza

de pillar a Holmes desprevenido. Después de que Smith le

confiese todo a Holmes, al que considera hombre muerto, Holmes le pide que suba la intensidad del quinqué. Es una señal: de pronto irrumpen el inspector Morton, de Scotland Yard, que ha estado esperando en la puerta, y Watson, que ha sido testigo de toda la conversación desde el armario. Smith termina en prisión.

¿Y Holmes? No estaba enfermo en absoluto. Había fingido los síntomas. Se mató de hambre a sí mismo durante tres días hasta quedarse en los huesos y después se aplicó una capa convincente de maquillaje para así dar la impresión de que se encontraba al borde la muerte. Y en cuanto a la caja, bueno... No suponía ningún peligro. Le recuerda a Watson que siempre examina a fondo el correo que recibe.

Charlotte Holmes había desmenuzado *El detective moribundo* en detalles y los había reorganizado para crear su propia narración, incluyendo a Lena en su plan para que vendiera la historia. Me pregunté quién sería el hombre del pasamontañas. ¿Tom? Parecía improbable. Aun así, era justo la clase de historia en la que nuestro asesino obsesionado con Sherlock se habría fijado y habría utilizado contra nosotros.

Lo que no conseguía olvidar, y me alejaba incluso de esta demostración de los poderes de Charlotte Holmes, era el recuerdo de lo mucho que había confiado mi trastatarabuelo en los de su Holmes. «Ostras», recordé; entre las instrucciones que le había dado al doctor Watson, Sherlock Holmes se había puesto a vociferar, sumido en sus «alucinaciones», sobre ostras.

Y, aun así, su compañero había seguido sus órdenes al pie de la letra.

Pensé en el interrogatorio de la comisaría con los altavoces activados; en el pequeño cuaderno que aún permanecía abierto sobre la mesa, entre nosotros; en cómo mis propias dudas sobre la inocencia de Holmes iban a la par de las que tenía sobre que pudiera sacarnos de este lío.

Pues bien, ella *acababa* de hacerlo y daba igual lo que mi cabeza quisiera decirme acerca de lo primero porque, en mi interior, sabía que no era una asesina.

—Perdona que no confiara en ti —le dije a Holmes en voz baja.

Sacudió la cabeza.

—Necesitaba que tu expresión de *shock* fuera auténtica para poder venderlo.

—No me refiero a los detalles, no me hace falta oírlos. —Alargué el brazo para colocar mi mano sobre la suya—. Lo que quería decir es que no volveré a dudar de ti.

Vi que me estudiaba: los pliegues de mi rostro, la inclinación de mi cabeza, la forma en la que estaba sentado en la silla, el calor de mis dedos y la onda de mi pelo. Lo asimiló todo, tras deducirlo de lo que había visto, y al final, dio con algo que ni ella se esperaba.

—Eso no es verdad —dijo, del todo sorprendida—, ¿a que no?

A mi lado, mi padre se aclaró la garganta. Ni siquiera me molesté en mirarlo.

Cuando Shepard volvió de hablar con su equipo, lo pusimos en antecedentes sobre la historia de Culverton Smith y él nos dijo lo que nosotros ya sabíamos. Habían descubierto un muelle dentro de la caja de marfil listo para saltar cuando la abrieran. Dicho muelle se encontraba cubierto por una enfermedad tropical infecciosa; en el laboratorio de la policía no estaban seguros de su procedencia exacta, pero creían que venía de Asia. Las muestras de esta clase de infección estaban muy bien controladas y, de momento, la búsqueda de científicos locales que hubieran solicitado tener acceso a ellas había sido completamente nula.

Le pregunté a Holmes, mucho más tarde, cómo había conseguido echar mano de la muestra y me contestó algo sobre Milo, una exnovia que trabajaba en el Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades, y «el poder de la improvisación».

—Esto ha hecho volar por los aires mi lista de sospechosos —dijo Shepard—, así que volvemos a la primera opción: alguien está haciendo todo lo posible por tenderos una trampa. Habrá que hablar sobre quién querría ir a por vosotros y yo tendré que notificarle a la comisaría que no me hace falta un par de celdas, al menos no esta noche.

Vamos, que el plan sí que había consistido en detenernos.

—Déjenos ayudarle —señaló Holmes—. Soy informadora oficial de Scotland Yard y Watson y yo —me sentía halagado de que volviéramos a utilizar los apellidos— somos expertos en el *modus operandi* del asesino. ¿Las historias de Sherlock Holmes? ¡Somos la elección obvia! Por no mencionar que podemos interrogar extraoficialmente a cualquier persona de Sherringford sin levantar sospechas, o que usted ganará a una química excelente y a un pugilista relativamente intrépido con el trato. Y no somos lo que se dice una ganga, somos productos de lujo.

—No, rotundamente no —contestó él.

Holmes se encogió de hombros; se esperaba esa respuesta.

—Entonces llevaré a cabo mi propia investigación y me encargaré del culpable como yo considere conveniente, una vez lo haya atrapado, ya sea hombre o mujer.

—¿De verdad piensas que amenazar con tomarte la justicia por tu mano hará que quiera aceptaros en el caso? —exigió Shepard—. Eres una *cría*. No sé lo desesperada que está la policía al otro lado del charco, pero aquí seguimos las normas. ¿No te vale con que ya no seáis sospechosos? No veo ninguna razón para ponerlos a Jamie y a ti en la línea de fuego.

—¿En serio? Entonces tal vez debería volver a llamar a Scotland Yard y preguntarles sobre lo que sucedió después de que tuviera esta misma conversación con la inspectora Green. Si se muestra reacia a hablar con usted, dígame que sabe todo lo referente al congelador, al gancho de carnicero y a cómo la encontré dos minutos antes de que el asesino volviera. Sinceramente, habría llegado antes si ella no se hubiera mostrado tan estúpida con todo aquello. Justo el año anterior, había recuperado unas joyas por valor de tres millones de libras y le había cedido a ella todo el mérito. —Bostezó—. Eso sí, hágalo por la mañana, ahora mismo estoy hecha polvo.

—Pero...

—Señor Watson, ha sido una cena deliciosa. ¿Le importaría llevarnos ya a casa?

Sin esperar una respuesta, Holmes entró en el garaje con el vestido arrastrándose por detrás de ella.

En su despliegue de talento para el dramatismo, se había olvidado de mi chaqueta y su teléfono. Los recogí e intenté no sentirme como su ayudante de cámara.

—Esa chica es todo un personaje —dijo Shepard, a medio camino entre la admiración y la desesperación.

—Así son los Holmes. —Mi padre se rio y cogió las llaves del coche—. ¿Y sabe qué? Es una de las agradables.

Capítulo 7

Shepard tardó menos de un día en aceptar los términos de Holmes.

—Tenéis hasta las vacaciones de Acción de Gracias —nos dijo a través del manos libres de mi móvil. Se había pasado toda la mañana husmeando en la habitación de Holmes y Lena, y no había dado con nada. No me sorprendía. Como es lógico, Holmes había sido concienzuda—. Es poco menos de un mes. Intercambiaremos información, ¿me habéis entendido? *Intercambiar*. La inspectora Green me previno sobre lo de que te gusta jugar a los magos para así poder hacer la gran revelación al final. Eso aquí no funciona. —Una pausa, larga e incómoda—. La única razón por la que permito este arreglo a lo Enciclopedia Brown* es porque no quiero que haya más niños heridos. Vosotros dos incluidos. Así que, Jamie, necesito que no la pierdas de vista. He oído que eres peleón, no me parece mal.

—¿De verdad piensa que no sé cuidar de mí misma? —preguntó Holmes, acurrucada en el sofá como un gato sin huesos—. Le hago saber que soy experta en *singlestick** y en *baritsu*.

—Sí, y a veces un par de puños es mucho más útil, aunque resulte menos dramático — repliqué—. La vigilaré, detective. ¿Nos va a absolver públicamente?

—No, es una idea terrible —intervino Holmes—. Podría llevar al asesino a redoblar sus esfuerzos si piensa que tiene que volver a convencer a la policía de que somos culpables. No, cuénteselo a la escuela, en privado, pero no permita que nadie haga ningún comunicado.

—Está bien. —Más chasquidos—. Os enviaré lo que tenemos hasta ahora sobre la serpiente.

—Y un ejemplar de *Las aventuras de Sherlock Holmes* —añadí.

—Vale. Deberíais saber que hemos encontrado en un cubo de basura que había en el exterior de Stevenson Hall el pasamontañas que utilizó el intruso, pero no hemos conseguido sacar ninguna huella.

—Esa gente es demasiado buena para eso —dijo Holmes, y yo tosí—. Pero sí, mándenlos de la serpiente. Y quiero acceso a las fichas personales de los estudiantes y empleados de Sherringford, incluida cualquier información que haya sobre inmigración de la Unión Europea.

—¡Perdería mi trabajo!

—Lo va a perder igualmente cuando descubran que nos permite colaborar.

Se escuchó una interferencia.

—Hecho —dijo finalmente—. Charlotte, Jamie..., limitaos a mantener la boca cerrada.

—Sí, sí —le aseguró Holmes—, gracias. —Y le colgó.

Era la hora de la comida del lunes. Me había escondido en el laboratorio de Holmes con la intención de acabar el poema para la clase del señor Wheatley que tenía esa tarde. Ya iba bastante mal, pero encima vi que Holmes terminaba los problemas de matemáticas en los diez minutos que le sobraron entre finalizar un experimento espumoso y maloliente y coger el violín para darle un repaso rápido a la *Sonata Kreutzer* de Beethoven como si se tratara de *Estrellita, ¿dónde estás?*

Dejó caer el arco.

—Tengo que esperar a que se acaben las clases para investigar... ¡Dos horas! —dijo—. ¿Crees que si le prendo fuego al edificio de matemáticas...?

—No.

—Pero...

—Aun así, no. ¿Por qué no me ayudas con el poema?

—pregunté en un intento de arruinarle los planes—. Tiene que ser uno «que me cueste escribir», signifique lo que signifique eso.

—¿Qué tienes de momento?

—«El», o tal vez «un». No estoy seguro.

—No se me dan bien las palabras. —Se sentó a mi lado—. Son imprecisas, tienen demasiadas capas de significado. Además, la gente las usa para mentir. ¿Alguna vez has oído a alguien mintiéndote con un violín? Bueno, supongo que se podría hacer, pero requeriría mucha más habilidad.

—Hablando de mentir —dije—. ¿Quién hizo de hombre enmascarado la otra noche?

—Uno de los ligues intermitentes de Lena. Sabía que necesitaba un seguro y Lena estaba dispuesta a seguirme la corriente. Teníamos el trabajo preliminar preparado desde hace una semana. Solo faltaba que le diera luz verde. Lena le había dicho a ese chico que le encantan las películas de miedo, que asustarse la excitaba un poco, le había preguntado si tenía un pasamontañas... Ese tipo de cosas. Todo lo que tuvo que hacer fue mencionar que el domingo por la noche yo no estaría en el dormitorio. Él no se extrañó de nada cuando ella gritó y lo echó fuera de la habitación, y yo le dije a Lena que, después, tirara un pasamontañas nuevo que me había llevado del trastero del gimnasio al cubo de basura que había fuera. La verdad es que es algo bueno que esté tan majara significa que puede salirse con la suya siempre.

—¿Y cómo está, después del «susto»?

—Oh, está bien —dijo con despreocupación—. Creo que está contando los días que quedan para que le llegue su bolso nuevo por correo.

Bajé el bolígrafo.

—Ya sabía yo que la habías sobornado... ¿Con qué dinero?

Se mordió el labio.

—No quería dinero. Y, para ser sincera, eso me pone nerviosa.

—¿El hecho de que le gustes lo suficiente como para ayudarte gratis? ¿Eso te pone nerviosa?

—Prefiero tratar con transacciones cuantificables —explicó—. Pero me dijo que había ganado una fortuna jugando al póker y me recordó que su paga es asombrosa. Después me hizo sentarme frente al ordenador para que la ayudara a elegir algo llamado *minaudière*; es como un sapo enjovado.

—Ah —solté, y me pregunté qué significaría que Holmes no se hubiera ofrecido nunca a pagarme.

—Tengo un colchón financiero, ¿sabes? —comentó sin mirarme—. Hasta hace poco, se... hundía bastante. Pero estoy... Estoy intentando tensar los muelles.

—¿Ves? Y luego dices que se te dan mal las palabras... Eso me lo quedo. —Lo garabateé en la hoja.

Vagó hasta la estantería y se encendió un cigarrillo. Con la punta del zapato, le dio unos golpecitos a su ejemplar de *El archivo de Sherlock Holmes* antes de agacharse para cogerlo. Me di cuenta de que ya estaba perdida en su hilo de pensamientos y me pareció un momento tan bueno como cualquier otro para hacer lo que había estado evitando.

Los pasillos del hospital se encontraban vacíos cuando llegué con un ramo de flores. No fue difícil dar con la sección correcta. La tenían vigilada como si fuera Fort Knox.* Por suerte, el detective Shepard había dispuesto de los medios oportunos para incluir mi nombre en la lista de visitas y, tras mostrarle el carné de identidad a dos policías distintos, me permitieron pasar a la

habitación.

Me habían dicho que estaba despierta, pero tenía los ojos cerrados cuando entré. Mostraba un aspecto espantoso. Tenía el cabello rubio pegado a la frente por el sudor y los brazos cubiertos de tubos y esparadrapo. Aunque resulte extraño, abrazaba una pizarra blanca sobre el pecho como si fuera un oso de peluche. Coloqué las flores en la mesa que había junto a la cama lo más silenciosamente que pude y me debatí entre dejarle o no una nota. ¿Sería para eso la pizarra?

Mientras estaba de pie, Elizabeth abrió un ojo y después el otro.

—Hola —saludé—. Espero que no te importe que haya venido.

Negó con la cabeza, aunque no me quedó claro si quería decir «No, no me importa» o «No, lárgate».

—¿Puedo sentarme?

Asintió.

—¿Cuánto tardarás en recuperar la voz? —pregunté. Cuando el detective Shepard mencionó que Elizabeth no había conseguido hablar con la policía, no se me ocurrió pensar que lo decía literalmente.

Despacio, dolorida, sacó un rotulador de los pliegues de la manta y garabateó algo en la pizarra. Me asomé por encima y vi lo que había escrito: «No lo sé».

No era mi intención interrogarla, no había venido para eso. Además, Shepard nos había dicho que los padres de Elizabeth le habían solicitado a la policía unos días más de cortesía para ella. Habían alegado que su hija ya había pasado por suficientes tragos como para que la obligaran a revivirlo todo.

—Lo siento —le dije, mirándome las manos. Había venido a pedir perdón. Por eso no había traído a Holmes. Disculparse era de esa clase de cosas que le producían urticaria.

Más garabatos: «¿Por qué?».

—Por lo que te ha pasado. No te merecías nada de lo que ha ocurrido. Lo siento.

«No me acuerdo de todo, pero el detective me dijo que tú me encontraste y que buscaste ayuda. Gracias».

Sus ojos cansados se encontraron con los míos. Cansados y tiernos. No me merecía esa dulzura.

—Espero que te mejores pronto —le deseé mientras me levantaba para irme.

De nuevo los garabatos.

«El detective les dijo a mis padres “carbunclo azul”. Se pensaba que estaba dormida. ¿Una explicación?».

Volví a sentarme.

—¿Te sabes la historia?

Negó con la cabeza. Borró la pizarra con el camisón del hospital que llevaba puesto y escribió: «Habla rápido. Mis padres han ido a por comida. No me cuentan nada, pero necesito saberlo». Subrayó las tres últimas palabras con rabia.

Entendí cómo se sentía, sabía cómo iba lo de que no te contaran nada.

—Es una historia de Sherlock Holmes —le expliqué— sobre la desaparición de un diamante excepcional: un carbunclo azul. Un policía lo encuentra en la garganta de un ganso de Navidad muerto que hay en la calle. Holmes y Watson siguen el rastro del ganso hasta su criador y, de ahí, hasta el hermano del criador, que le había robado la gema a una condesa y la había escondido en el buche de uno de los gansos.

Era la versión rápida y descuidada, la aburrida: todo hechos y nada de estilo. Dejaba de lado

los detalles que hacían que me encantara la historia. Pero las estrategias de Sherlock Holmes y las observaciones del doctor Watson no tenían cabida en una habitación de hospital bajo vigilancia.

Aun así, Elizabeth me escuchó con atención. Cuando concluí, levantó la pizarra.

«Vamos, que yo soy el ganso».

Titubeé y ella enarcó una ceja, retándome.

—Supongo que sí —dije.

«Vaya mierda».

—Sí. —Era imposible que no lo fuera—. ¿Qué recuerdas de aquella noche?

«No mucho: verte a ti, enrollarme con Randall... Me enseñaron lo que tenía en la garganta».

—¿Lo reconociste?

«No». Su mirada me suplicaba. «¿Sabes tú algo de él?».

—La policía está intentando solucionar esto tan rápido como puede. —Respiré hondo—. ¿Fue Randall el que te hizo esto? ¿Lo recuerdas?

Sacudió la cabeza y se sonrojó un poco.

«No recuerdo su cara, pero sí lo que dijo: “Dale a Charlotte Holmes recuerdos de mi parte”. No me imagino a Randall diciendo eso».

Se escuchó algo de alboroto al otro lado de la puerta.

—¿A quién han dejado entrar a ver a mi hija? ¿Un amigo? ¿Cómo se llama?

No oí la respuesta del policía. Con premura, Elizabeth borró la pizarra y empezó a escribir otra cosa.

Su madre irrumpió en la habitación con los brazos llenos de comida china.

—No me lo digas —dijo con gravedad en la voz—. Eres Jamie Watson, el que la encontró.

Puede que sus palabras fueran «el que la *encontró*», pero claramente quería decir «el que la *atacó*». Elizabeth fijó sus ojos en los míos.

—No —dije tendiéndole la mano—. Soy Gary, Gary Snyder. —Era un poeta que estábamos estudiando en clase del señor Wheatley y al que yo odiaba con todas mis fuerzas.

—¿Y qué estás haciendo aquí exactamente, Gary Snyder?

Elizabeth agarró a su madre por la manga. Levantó la pizarra blanca: había un juego de tres en raya a la mitad.

Charlotte Holmes se habría sentido orgullosa.

Su madre se relajó.

—Es que hemos estado tan preocupados, cariño —dijo, y rompió a llorar sobre la cama de su hija.

Me tomé aquello como una señal para irme. «Creo que tengo alguna pista», le escribí a Holmes en el ascensor.

Por alguna razón, no me sorprendió encontrar al detective Shepard esperándome en el sofá del aula 442 de ciencias.

—La próxima vez avisadme cuando tengáis algo planeado —dije mientras colgaba la chaqueta—. ¿Que sus padres se habían marchado oportunamente? Oh, y Elizabeth no pudo hablar con el detective pero *conmigo* habló sin ningún problema. ¿Qué hiciste? ¿Esperar a que saliera por la puerta para mandar que cerraran la cafetería del hospital? —Esas dos últimas preguntas iban dirigidas a Holmes, que le dio golpecitos al esqueleto de su buitre, al fondo de la habitación, hasta que empezó a dar vueltas.

—Para que conste, apenas esperé a que te marcharas, y después hice que el restaurante La

cocina del Emperador ofreciera comida para llevar gratis a todos los familiares de los pacientes de la UCI. Le pasaré la cuenta a Milo. Le dije que iría hoy o mañana —le comentó a Shepard—. Debería confiar en mí más a menudo, ¿sabe? Soy la mayor *experta* del mundo en Jamie Watson.

—A ver, no me importa interrogarla, pero la próxima vez quiero estar al tanto. De lo contrario, me construiré mi propio tablero de ajedrez y os dejaré que me mováis por él.

—Deja de ser tan dramático y dinos lo que ha pasado —pidió Shepard, con un tono de voz como si quisiera marcharse del aula 442 cuanto antes. No podía culparlo... Holmes había iluminado desde detrás el tarro de los dientes como anticipación, probablemente, a la visita del detective. En lugar de colgar bombillas de colores, ella debía preferir eso, pensé.

Los puse al día y Shepard soltó un gruñido en voz baja.

—«Dale a Charlotte Holmes recuerdos de mi parte» —repitió sacudiendo la cabeza—. Tengo que hablar con John Smith de nuevo. Se niega a confesar que fue el atacante, solo admite lo de traficar con drogas. Además, únicamente me da información que quiere que use en tu contra, Charlotte.

Holmes llevó un dedo hasta la nariz del esqueleto y lo dejó quieto en su órbita.

—Si nuestro atacante no consigue lo que quiere sucederá alguna otra cosa —advirtió—. Alguien más saldrá herido.

—¿Y qué quiere? —pregunté—. Que nos encierren y tiren la llave. No tengo muy claro cómo va a conseguir eso, a no ser que Shepard nos encarcele por puro teatro.

—No. —Holmes frunció el ceño—. Necesito tener acceso ilimitado al campus, no pudirme en una celda. Hay que descubrir la conexión entre el hombre que usted tiene retenido y el hombre que dice ser. Tengo que pensar en un plan.

—*Tenemos* que pensar en un plan —la corrigió Shepard.

Y eso hicimos.

Holmes y yo empezamos por desandar nuestros pasos por los túneles de acceso y volver al trastero acordonado por la policía. Las pisadas de John Smith terminaban en la puerta, literalmente de golpe. Pero Holmes se negaba a rendirse. Esa noche cubrimos lo que parecieron kilómetros de terreno: ella lideraba la marcha y yo bostezaba clandestinamente detrás de la mano.

Cuando volvimos al laboratorio, nos quedamos despiertos hasta muy tarde examinando el ejemplar de *Las aventuras de Sherlock Holmes* de la biblioteca del colegio. Era una edición escolar de los relatos que estaba nuevita. El marcapáginas que el asesino había colocado dentro era uno de los de Sherringford —que estaban en el mostrador de información—, y no tenía ninguna huella salvo las del bibliotecario. Claro que eso era de esperar. Además, el señor Jones no tenía ninguna relación concebible ni conmigo ni con Holmes. El libro en sí no contaba con absolutamente nada que lo hiciera especial: lomo intacto, páginas intactas. Su única singularidad era que el asesino lo había introducido entre las manos frías de Dobson. Al amanecer, cuando Holmes empezó a examinarlo página por página con una lupa, me acurruqué en el suelo y me dormí.

Las siguientes noches acabé aún más cansado después de revisar todas las imágenes que la BBC América había grabado tras el asesinato de Dobson y que había subido a internet. La policía había solicitado todo el material que no estuviera en su página web y había horas y horas a las que enfrentarse. Las repasé fotograma a fotograma en busca de una imagen clara del rostro del camello. Necesita saber si el hombre que Shepard tenía detenido era el mismo al que había visto merodeando por Sherringford. Me llevó horas. Di con muchísimas cabezas parlantes que especulaban sobre la vida en los internados, sobre cómo los niños ricos consideraban los

asesinatos otro juego más. En varias entrevistas, nuestros compañeros nos ponían a caer de un burro a Holmes y a mí, y se echaban a llorar para dar espectáculo. Comí muchos gusanitos de queso con sabor a jalapeño. Y no vi ni un solo pelo del hombre al que estábamos buscando. Después de quedarme dormido tres días seguidos en la clase de francés, *monsieur* Cann me sugirió alegremente que a lo mejor preferiría apuntarme a español, *n'est-ce pas?*,* y decidí dar por concluida la búsqueda en solitario porque era un sinsentido.

Mientras yo había estado encadenado al portátil, Holmes se había encargado del trabajo preliminar revisando las grabaciones de seguridad más cercanas al colegio. Sherringford no tenía cámaras propias, así que realizó un barrido de los negocios cuyos escaparates daban al campus y consiguió toda la información sobre sus sistemas de seguridad. A continuación, según me dijo, fue tan sencillo como piratear el alimentador de datos utilizando un código Spring que su hermano le había enseñado, el cual, por supuesto, había modificado ella misma utilizando el diferencial no-sé-qué y algo más que sonaba a lenguaje de cálculo, y había empezado a ponerme bizco.

Me dio un golpecito en el hombro con el zapato y lo atrapé eficientemente con las manos.

—¿Qué? —pregunté.

—Puesto que ya no te importan los mecanismos más complejos de esta noche —sacudió el pie para liberarlo—, ¿quieres encargarte de la comida para picar?

—La comida también es algo complejo —argumenté—. ¿Qué te parecen unas deliciosas palomitas?

Más vídeos, más ganchitos de queso en la penumbra del aula 442 de ciencias, otro largo y monótono fin de semana perdido y, aun así, ni rastro del hombre al que buscábamos. ¿Se habría hecho invisible? ¿Acaso existía realmente? Me quedé dormido con la cabeza sobre una bolsa de palomitas y me desperté, asqueado y cabreado, a la luz tenue del ordenador de Holmes. Mi reloj marcaba las 2.21 de la mañana, pero ella seguía con los ojos bien abiertos.

No había más que hacer, salvo pedirle a Shepard que me dejara hablar con su prisionero. Estaba seguro de que recordaría su aflautada y repulsiva voz, incluso aunque no pudiera ubicar al cien por cien su rostro. Shepard le dio largas al asunto durante días, pero cuando quedó claro que ni él ni nosotros estábamos haciendo ningún progreso, accedió a que uno de los dos visitara al prisionero. Holmes, con la boca pequeña, estuvo de acuerdo en que debía ser yo; después de todo, era el que mejor lo había visto.

La noche antes de que fuera a verlo a la cárcel, se ahorcó.

* * *

Tardamos otros tres días en convencer a Shepard de que nos dejara entrar a la morgue.

—¿Formáis parte del club de medicina forense? —preguntó la forense, no muy convencida.

Cambié el peso de un pie a otro.

—El detective Shepard es nuestro asesor —afirmé. Era verdad; bueno, más o menos. Ese semestre podía considerarse el conjunto de clases particulares más insólito que nadie haya tenido nunca.

—Pensaba que en el colegio os dedicabais a los clubs de debate y retórica —nos miró a través de las gafas y parpadeó—, no a la ciencia forense.

—Vaya, eso no lo había oído nunca —dije con cara seria.

Aunque era sábado, Holmes se había puesto el uniforme del colegio, con el lazo planchado y perfecto. En alguna parte, había encontrado unas gafas con la montura negra que le estrechaban

los rasgos faciales y se había maquillado las cejas para que parecieran más anchas. Por lo general, Holmes parecía un arma cargada. Ese día, sin embargo, parecía el concepto que tienen de una empollona en las películas para adolescentes: si se quitaba las gafas y se soltaba el pelo, la elegirían reina del baile de inmediato.

Tenía el aspecto, en resumen, de la clase de chica en la que confiaban los adultos.

—¿Puedo ser sincera? —le preguntó con acento estadounidense a la forense. Sonaba entusiasta, alegre—. Sobre todo quería venir porque he oído que tienen un microscopio increíble. He metido algunas muestras de la clase de biología en el bolso, ¿podría echarles un vistazo? Estoy trabajando en un proyecto que quiero presentar al concurso nacional de Intel; es sobre la investigación del cáncer.

El rostro de la forense se relajó ligeramente.

—Está bien —dijo, y se rio con timidez—. Por un momento he creído que queríais ver un *cuerpo*.

Holmes también se rio, como una niña buena.

—Dios, no sé si podría vivir con ello. ¿Cómo consiguen llegar a soportarlo? Debe de ser usted tan valiente...

—Práctica —dijo la forense. Era evidente que no le demostraban esta clase de brillante admiración todos los días—. Práctica y paciencia.

—¿Dan... dan miedo? ¿Sigues pensando que son personas? ¿O cambia la percepción dependiendo del cuerpo? —Holmes meneó la cabeza—. Ay, pensar en todo esto me mantendría despierta toda la noche.

La forense frunció los labios, pensativa.

—Es posible. Esas preguntas que me estás haciendo son importantes, Charlotte. Pienso en ellas todo el día.

Asentí para ocultar el hecho de que me parecía una mentirosa de mierda.

Como siempre, a Holmes se le daba esto mejor que a mí.

—Guau —dijo—. Yo... Guau. Y este sitio lo lleva usted solita, ¡es impresionante! ¿A cuántas personas disecciona al día?

—En realidad depende. Ahora mismo solo tengo un cuerpo. —La forense se acercó a la pared con los cajones de la morgue—. ¿Os atrevéis?

Bingo.

Holmes me miró con los ojos como platos.

—Ay, por Dios —dijo; una imitación perfecta de la chica brillante y equilibrada que nunca había sido—. Puede... ¡Sí! Vale, sí, yo sí.

Nos enfundamos unos guantes y unas mascarillas, y la forense puso su mejor voz de adivina cuando anunció: «¡John Smith!», y tiró del cajón de la pared con una floritura.

No describiré su rostro. Digamos solamente que la muerte por ahorcamiento le había dejado hinchado, magullado y desfigurado hasta el punto de que no podía reconocerlo. Pero la altura parecía la correcta, así como la espalda. Me fijé un segundo en la garganta, deseando escuchar su voz para estar seguro.

—¿Puedo? —preguntó Holmes mientras alargaba la mano hacia el antebrazo del cadáver.

Una fina línea se dibujó entre las cejas de la forense.

—Supongo —respondió.

Holmes lo giró con rapidez. El hombre tenía un tatuaje cerca de la muñeca con forma de brújula y debajo la palabra «navegante».

Holmes me miró. «¿Te suena?», me preguntaban sus ojos. Negué con la cabeza y dije en voz alta:

—Es la clase de tatuaje que puedes esconder bajo unos guantes largos. —Cuando la forense me miró inquisitivamente, tosí—. Esto..., estoy pensando en hacerme uno.

—El navegante —se dijo Holmes a sí misma, mientras le levantaba el brazo para examinarle las uñas. Comprobó los dedos uno a uno y le levantó la barbilla para mirarle las venas del cuello. Después agachó la cabeza para echarle un vistazo a los orificios de la nariz del hombre—. Moriarty significa «en buen estado para navegar».

La forense nos miró furiosa.

—Etimología —dije—. Es muy popular... entre los jóvenes.

Nuestro periodo de gracia había concluido, y Holmes también fue consciente de ello.

—Trabajos manuales —dijo, deduciéndolo a toda velocidad. Sacó una hoja de papel doblada y un tampón de tinta y le cogió las huellas al hombre mientras la forense farfullaba—. Fíjate en los callos, en el estado de los tobillos. Es todo músculo, pero no porque vaya al gimnasio. Son los músculos de un hombre trabajador. ¿Ves la quemadura de cuerda del brazo?

—No es un camello —dije—. No es él.

—No es él —repitió Holmes con su auténtica voz ronca y salvaje—. Jamie... Es un Moriarty.

—Fuera. —La forense sacudió la cabeza en dirección a la puerta—. ¡Ya!

Al día siguiente me salté todas las clases —mis notas estaban empeorando y eran más bajas de lo que lo habían sido nunca— para pensar, para convertir mis nociones en un proyecto sin que Holmes me observara por encima del hombro. Tiré de las fuentes a las que nos había dado acceso Shepard y de los ficheros que habíamos preparado nosotros: listados de pasajeros de los vuelos; árboles familiares; los Moriarty, con sus antecedentes penales, y listas de los pseudónimos conocidos. Qité las fustas de la pared y coloqué toda esta información en su sitio, después empecé con la ardua y larga tarea de relacionarlo todo entre sí. Necesitaba saber qué Moriarty había entrado en el país y cuándo. Si John Smith no era un miembro de la familia, sin duda estaba en su plantilla. El truco radicaba en averiguar quién le había contratado.

En mi cabeza, sabía que existía una alta probabilidad de que estuviera exagerando demasiado con todo esto. La respuesta más sencilla siempre es la correcta, y la idea de que la familia Moriarty al completo fuera detrás de Holmes y de mí era un salto complicado e importante desde mi posición. Incluso aunque en el pasado se hubiera producido un conflicto entre Holmes y esa familia, probablemente fue algo pequeño y contenido que no se parecía en nada a la creciente conspiración que yo estaba trazando en la pared.

Pero no dejaba de pensar en que el asesino de Sherringford insistía en recrear las historias de Sherlock Holmes. Aquellos males pasados que Sherlock y el doctor Watson habían enmendado estaban entrando en nuestro presente a la fuerza y alguien estaba utilizando los detalles de esas buenas acciones para hacernos daño a nosotros y a nuestros conocidos. Claro que el asesino quizá buscara una venganza personal contra Holmes, pero me daba la impresión de que era algo que iba más allá, algo más antiguo, algo que se remontaba más de un siglo atrás.

De cualquier modo, no podía ignorar la forma en que la palabra «Moriarty» me ponía los pelos de punta.

Me centré en cuatro miembros; los cuatro Moriarty cuyo paradero no lo dictaba un trabajo respetable y que habían sido lo bastante descuidados como para que sus negocios más turbios terminaran saliendo a la luz pública. Quienquiera que nos estuviera haciendo esto era chapucero, de eso no cabía ninguna duda, y yo pretendía aprovecharme de ello.

Hadrian y Phillipa eran un par de hermanos dedicados al coleccionismo de arte que empleaban su fortuna, según los rumores, para comprar favores a los dictadores de los países que pensaban saquear. Lucien era el hermano mayor de August, un asesor que trabajaba para los miembros más corruptos del Parlamento británico. Leí un perfil suyo en el *Guardian* que insinuaba claramente que Lucien Moriarty sabía dónde dejar caer su dinero para limpiar el nombre de prácticamente cualquier persona.

Y por último estaba el hermano pequeño de Lucien, August.

Con él no tuve que hojear los informes de Shepard. Fue tan fácil como introducir el nombre de August en Google y darle a un botón.

El primer artículo que apareció era de la universidad de Oxford. August había presentado un complejo teorema en una conferencia universitaria en Düsseldorf. El periodista se había ocupado especialmente de mencionar su edad: había realizado un doctorado en matemáticas puras a los veinte años. Debía de ser un genio para hacer ese trabajo siendo tan joven. El artículo describía su disertación (fractales, números imaginarios) con términos sencillos y aun así no fui capaz de entenderlo.

Pero era de hacía dos años. Necesitaba información más reciente para saber si seguía en Oxford, si se había graduado o le había atropellado un coche o se había mudado a, no sé, Connecticut...

El resto de resultados de la búsqueda estaban asociados con revistas para académicos y concursos para conseguir becas de investigación, y tenían fecha del mismo año. Ni una sola palabra sobre su vida personal o sobre si había salido con Charlotte Holmes. Solo un listado de sus logros: August, ganador de una prestigiosa beca en el Institut Zalen; August, publicado en *Mathematics Today* por el estudio de los vectores espaciales y el cosmos; August, enviado en avión al círculo ártico para colaborar con unos científicos que estudian algo llamado «fractales de hielo».

Después de eso, nada. No se había escrito ni una sola palabra sobre August Moriarty en los últimos dos años.

De todos modos, pegué los resultados en la pared.

A las tres en punto, Holmes abrió la puerta del aula 442 tarareando algo en voz baja.

—Hola, Watson —dijo antes incluso de verme—, has llegado pronto. —Y entonces se detuvo y miró fijamente la pared.

Me di cuenta, demasiado tarde, de que básicamente había recreado la guarida del asesino que habíamos encontrado en los túneles de acceso.

—Oh —dijo.

Esperé a que explotara.

Suspiró y dejó la mochila en el suelo.

—Es un buen comienzo. He venido a decirte que Milo ha comprobado las huellas de John Smith en algunas de las bases de datos más... inusuales. Ha sido empleado doméstico durante los últimos cinco años.

—¿Empleado doméstico?

—Un criado, Watson. Era el conductor de Phillipa Moriarty hasta que desapareció hace cuatro meses. Ahí está nuestro vínculo con la familia, solucionado. La cuestión es si lo estaba haciendo todo solo o...

—Tú no lo crees, así que... ¿Phillipa, tal vez?

Contemplamos la pared, uno al lado del otro.

—¿Alguna vez has oído hablar del rey de las ratas? —Alargó el brazo y tocó la esquina de la foto de Hadrian—. Los Moriarty... Todas sus repugnantes colas están unidas entre sí. No intentemos separarlas todavía. Empecemos por averiguar quién entró en el país y cuándo.

Bajo sus órdenes, los manifiestos marítimos acabaron en la pared, así como los buques de mercancías que habían viajado de Inglaterra a Boston y los nombres de los marineros que los manejaban. («En buen estado para navegar», murmuró mientras los pegaba con celo). Revisamos las listas de las pistas de aterrizaje y los aviones privados; los helicópteros, los botes de remos. Repasamos los registros de Nueva Inglaterra y también de Inglaterra. Moriarty era un apellido tremendamente popular, pero las cosas se pusieron incluso peor cuando empezamos a buscar sus alias conocidos. Nuestro montón de papeles creció, día tras día, hasta tragarse la pared.

Phillipa habló en la inauguración de una galería en Glasgow. A Lucien lo fotografiaron con el primer ministro británico. Hadrian apareció en un programa de televisión alemán para hablar sobre la Esfinge. ¿Cómo podrían haber sido ellos? ¿Se ocupaban de sus negocios en Europa y volaban a Connecticut por la noche para arruinaros la vida? Parecía absurdo, incluso para nuestros estándares. Pasaba cada minuto que tenía en el aula 442 trabajando como un loco; incluso me estaba creciendo la barba áspera, lo que, en secreto, me parecía alucinante. Y ella trabajaba a mi lado con una ira que no había visto nunca. Casi todo lo demás se iba por la borda.

Sobre todo para Holmes.

Había dejado de pelearse conmigo sobre August Moriarty. Cada vez que intentaba averiguar algo, cualquier cosa, sobre lo que había ocurrido entre ellos, me miraba inclinando la cabeza, cansada, como si fuera una mosca de la que no podía librarse. Estaba relativamente seguro de que ni comía ni dormía. Pero no era solo su actitud. De algún modo, tenía los ojos vidriosos y secos a la vez, y cuando se rascaba distraídamente el cuero cabelludo, repasando su millonésimo manifiesto de pasajeros, su pelo emitía un sonido crepitante que no se suponía que debería hacer. Seguí reprimiendo el impulso de preguntarle si estaba bien, de tocarle la frente para ver si tenía fiebre..., de cuidarla.

Le traía comida, pero se quedaba intacta en el plato sin que importaran mis intentos de que se alimentara. Cuando la pillé comiéndose una almendra durante veinte minutos, empecé a preguntarme si habría alguna clase de guía watsoniana para el cuidado y custodia de los Holmes.

Le envié un correo electrónico a mi padre a ese respecto (asunto: Necesito tu ayuda; posdata: Todavía no te he perdonado y no voy a hacerlo), y él me respondió que sí, que a lo largo de los años había escrito una serie de sugerencias en su diario y que haría todo lo posible para adaptarlas y enviármelas.

La lista que me llegó al día siguiente tenía doce páginas de longitud a un solo espacio.

Las sugerencias iban desde lo obvio («8. En su conjunto, la coacción funciona mejor que una petición directa») a lo irrelevante («39. No permitas bajo ninguna circunstancia que Holmes te haga la cena, a no ser que te guste el caldo frío sin sazonar»), pasando por lo absurdo («87. Esconde todas las armas de fuego antes de organizarle a algún Holmes una fiesta sorpresa de cumpleaños»), hasta llegar, finalmente, a lo útil («1. Busca a menudo opiáceos y deshazte de ellos según sea necesario; las represalias no tendrán lugar a menudo, pero serán rápidas y duras cuando lo hagan... No le cojas mucho cariño a tus espejos ni a tus vasos; 2. Durante tus registros, empieza siempre buscando en los tacones huecos de las botas de Holmes; 102. No tengas ningún reparo en echarle a Holmes drogas en el té si no ha dormido; 41. Prepárate para recibir cumplidos cada dos o tres años; 74. (subrayada dos veces) Le pase lo que le pase, recuerda que no es *culpa tuya* y que seguramente no habrías podido impedirlo, a pesar de tus esfuerzos»). Me

pregunté si debería añadir algún inciso para cuando la Holmes en cuestión fuera una chica y su Watson fuera un chico al que le gustan las chicas: «No es culpa tuya si te preocupas mucho por ella, si quieres cosas imposibles. Dan igual tus esfuerzos, no podría haberse impedido».

Tuve que hacer uso de la regla número 9 («A veces, por tu propio bien, debes dejar que los Holmes sigan sus propias estrategias, incluso aunque vuelvas y descubras que se han prendido fuego a sí mismos») cuando la vida real empezó a intervenir. El equipo de *rugby* había pedido permiso para que volviera a unirme a ellos en la que habría sido mi última semana de expulsión temporal y el colegio se lo había concedido. Holmes había insistido en que fuera. Varios amigos de Dobson estaban en el equipo y decidió que yo debía preguntarles, de forma indirecta, por sus últimas semanas de vida: si se veía con alguien fuera de lo común, dejaba el campus a altas horas de la noche, cogía llamadas extrañas; si algún hombre rubio le había vendido drogas, qué le había dicho él... Esa clase de cosas. Concluí que podría apañármelas bien.

Holmes discrepó.

—Mientes fatal —dijo, encaramada a su mesa de laboratorio. Me planté delante de ella, como un escolar que va a recitar la lección—. Para ser más concreta, puedo leerte los pensamientos como si los llevaras impresos en la frente con letras mayúsculas. En serio, a veces piensas tan alto que te oigo desde la habitación de al lado. No conseguirás acercarte a tus compañeros de equipo mostrando ingenuidad y tenemos que solucionarlo.

—Lamento mucho oír lo de tu desafortunada telepatía —solté.

—¿Ves? Te sientes frustrado y piensas que estoy siendo una borde.

—Oh, buen trabajo —repliqué—. Un trabajo de detective realmente bueno. ¿Por qué tenemos que hacer esto ahora?

Se pasó una mano por el pelo.

—Watson —dijo—, hemos topado con un muro de ladrillo. No hemos descubierto nada nuevo. Vamos a ponerte en forma, ¿vale?

—Vale.

Me desinflé con la nota de súplica de su voz. Sonrió.

—Comencemos por lo básico: cómo reconocer que otros están mintiéndote, para que empieces a controlar tus propios hábitos.

Me guió paso por paso: dónde mira alguien cuando recuerda algo y cuándo se lo está inventando; qué postura adopta una persona honesta y una que miente, cómo colocan los hombros (caídos), las manos (detrás de la espalda, para ocultar los nervios); si prefieren estar de pie o sentados (de pie, probablemente con los pies inquietos). Todo esto lo recitó del tirón como si lo estuviera leyendo de un libro.

—¿Con cuántos años te aprendiste todo esto?

—Cinco —respondió—. Mi madre estaba enfadada con Milo porque se metía conmigo. No dejaba de decirme que Papá Noel era real.

—Perdona, pero ¿era? —pregunté—. Querrás decir que *no* era real, ¿no?

—No. —Deslizó un dedo por la agenda que tenía sobre las piernas y suspiró—. Es verdad, ya son las ocho y estás irascible porque tienes deberes de historia para mañana (lo sé por tus pies, deja de arrastrarlos), así que prueba una o dos veces y habremos terminado por hoy.

Me metí las manos en los bolsillos para que no me temblaran.

—¿Quieres que intente mentirte?

Entonces vi que Holmes se aguantaba la risa.

—Dios mío, no, eso no tendría ningún sentido. No, haré una serie de afirmaciones y tienes que

decirme cuáles son verdad. Pulgar para arriba, verdad, y para abajo, mentira.

—Se me da bastante bien interpretarte, ¿sabes? —le dije.

—Puede que eso sea verdad —respondió, animada—. Pero ¿sabías que mi padre trabajó para el Ministerio de Defensa durante catorce años antes de que el Kremlin se enterara de uno de sus planes e intentara matarlo? ¿O que, de pequeña, tenía una gata que se llamaba Ratona? Es blanca y negra y muy quisquillosa, y, una vez, un niño que tenía de vecino intentó ahogarla en un cubo. Mi madre la odia. Milo se unió al MI5 a los diecisiete. No, eso es mentira, Milo dirige la empresa de seguridad privada más importante del mundo. O, bueno, no, en realidad es un *enfant terrible* que prepara una OPA hostil contra Google. Está desempleado. Es un completo gilipollas. Durante años fue mi persona favorita del mundo.

Sostuve la mano en alto entre nosotros como un estúpido; no había movido el pulgar ni una sola vez. Había pasado demasiado tiempo imaginando cómo sería su vida antes de que yo apareciera, así que me tragué todos estos hechos —incluso los que se contradecían— como si fueran agua.

—Presta atención a mi cara, Watson, no a mis palabras. Escucha mi tono de voz. ¿Cómo estoy sentada? ¿Adónde estoy mirando? —Chasqueó los dedos—. Tengo tres batas. No me gustan las armas, desvalorizan las confrontaciones. La primera vez que probé la cocaína tenía doce años y a veces tomo oxicodona cuando me siento abatida. Cuando te conocí, lo primero que pensé fue que mis padres lo habían preparado. No, pensé que eras *atractivo*. —Sonriendo, levanté el pulgar y ella volvió a colocarlo hacia abajo—. No, pensé: «Por fin puedo darle a una persona lo que quiere de mí». Sé actuar ante el público. Me gustaste. Creí que eras otro capullo machista que se pensaba que no sabía cuidar de mí misma.

—Todo es verdad —dije en voz baja antes de que ella siguiera hablando—. Todo. En algún momento u otro, incluso lo del negocio de tu hermano. Ha hecho y ha sido todas esas cosas. Y también pensabas todo eso de mí.

—Explícame tus métodos.

Holmes sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió.

—En alguna parte de ese cerebro tuyo, has decidido que debía saber más cosas sobre ti, pero no quieres decírmelas directamente. No, hacerlo fácil no es lo tuyo, eres Charlotte Holmes. Tienes que actuar de soslayo, y este es el enfoque más indirecto que se te podría haber ocurrido.

Soltó una larga exhalación de humo con la cabeza inclinada hacia un lado. Me aguanté la tos.

—Está bien —dijo por fin y me arriesgué a esbozar una sonrisa. De mala gana, me la devolvió—. Pero ninguna de esas deducciones era *metódica*, Watson. Era todo psicología y *odio* la psicología.

—No pasa nada —le dije—. A mí tampoco me gusta perder en los juegos.

Al día siguiente, me sometió a otra sesión, pero esta vez con otro sujeto. No tendría que haberme sorprendido que trajera a Lena.

Nos encontramos en el patio interior después de las clases, tiritando y zapateando con las botas. Lena llevaba el pelo en una trenza que le bajaba por la espalda y un gorro con una flor tejida que le colgaba sobre una ceja. Nos dijo que había quedado con Tom en el pueblo esa noche, así que no podía quedarse hasta muy tarde. Resultaba extraño verla junto a Holmes, que llevaba un abrigo largo y negro y había metido las manos en la tira de piel que estaba sujeta al cuello. Cuando el viento nos dejó helados, Lena se pegó a su compañera de cuarto con una familiaridad casi asombrosa. Me pregunté de qué hablarían entre ellas; no lograba imaginármelo.

Durante dos horas, hasta que las puntas de los dedos se me pusieron literalmente azules por el

frío, intenté interpretar las señales de Lena; y en el proceso la conocí a fondo..., no me hacía ninguna falta saber todas esas cosas sobre su vida sexual. Para cuando concluimos, estaba tan cansado a causa de los escalofríos que lo único que quería era meterme en la cama con una taza de algo caliente. Por suerte, cuando estuve diez minutos seguidos sin malinterpretar ninguna de las afirmaciones de Lena, Holmes puso punto y final y nos refugiamos en el vestíbulo de Stevenson Hall en busca de calor.

—Vosotros dos estáis tramando algo, lo noto. ¿Cómo van vuestros asuntos? —preguntó Lena mientras se desenrollaba la bufanda del cuello.

—Están a punto de mejorar. —Holmes le metió disimuladamente a Lena un fajo de billetes en el bolsillo del abrigo—. Organiza la noche de póker mañana como siempre, ¿vale? No quiero que nadie note un cambio en mi comportamiento.

Lena se sacó el dinero del bolsillo y se lo plantó a Holmes en la mano.

—Quédatelo —dijo—. Creo que me gusta lo de ser tu conejillo de indias.

Holmes se quedó paralizada.

—Pero...

—Uf, no te pongas pesada. Somos amigas. Además, digamos que no, no me hace falta el dinero. —Se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla—. Gracias, Jamie. Ha sido muy divertido, pero la que quiere *hacerte* preguntas inapropiadas soy yo. A lo mejor podríamos quedar para comer *pizza* en el pueblo alguna vez.

—Has quedado *con Tom* para tomar *pizza* esta noche —dijo Holmes.

—Claro —dije ignorándola—, por mí encantado.

Holmes había puesto la clase de mirada con el ceño fruncido que tienen los niños cuando les quitan su juguete favorito.

—Ya está bien por hoy —anunció, y me arrastró por el codo.

Cuando llegué al entrenamiento al día siguiente, Kline estaba escudriñando el campo de *rugby*, con las manos en las caderas como si fuera Napoleón, pero más alto y estúpido. Estaba enfadado y tenía sus razones: el récord se mantenía hasta ahora en un predecible 0-7.

—¡Empezaremos con diez! ¡Que parezca que estáis vivos!

Era verdad, el equipo parecía muerto. Nuestro apertura estaba, de hecho, durmiendo en su lado, en el centro del campo. Larson, nuestro número 8, se acercó a él trotando y le dio una patada en la parte baja de la espalda. Sin un atisbo de interés, el entrenador Q alzó la mirada desde su silla de director y volvió a bajarla a su ejemplar de *Men's Health*.

—Hemos bajado a catorce jugadores, muchos alumnos se han marchado a casa. No creo que el colegio te hubiera dejado volver si ese no hubiese sido el caso. —Kline me miró de arriba abajo—. Bueno, ¿te has mantenido en forma?

—He corrido ocho kilómetros todos los días —mentí—. Pero haré lo que haga falta, me alegra estar de vuelta en el equipo. —Otra mentira; la había soltado con facilidad. Había estado practicando—. ¿Dónde está Randall? No he hablado con él desde que Elizabeth..., ya sabes..., y quería asegurarme de que todo va bien entre nosotros.

Kline lo señaló.

—Se está preparando para entrenar con los defensores. Si quieres hablar con él, date prisa. —Se colocó las manos alrededor de la boca—. ¡Empezamos en cinco minutos!

Cuando lo alcancé, Randall tenía la cara más roja de lo habitual. No sabía si era por el ejercicio o por el cabreo.

—Oh, genial, el gilipollas ha vuelto —dijo, y me empujó de camino a los banquillos.

Un poco por ambos motivos, entonces.

—Randall, espera. —Redució levemente la velocidad y lo alcanzé—. Verás, quería decirte que siento lo de Dobson. No lo conocía muy bien, pero sé que era tu amigo.

—Tienes unos problemas, tío... Lo que hiciste fue una cagada. ¿Ir a por él por decir lo que pensaba? Solo estaba bromeando y vas tú y te lanzas sobre él. Y después aparece muerto. Una cagada —repitió, y sacó una botella de agua de su bolsa.

Conté hacia atrás desde cinco.

—Charlotte Holmes es como mi hermana, ¿vale? Y él dijo la cosa más horrenda que se le podría haber ocurrido. Pero yo no lo maté, lo prometo.

—¿Entonces por qué la policía no deja de detenerte? ¿Por qué fuiste *tú* el que encontró a Elizabeth?

—Sitio equivocado, momento equivocado —dije.

—Y una mierda —replicó—. Te he visto con ese detective como un millón de veces. Te llevaron a la comisaría después de que hirieran a Lizzie. ¿Por qué sospecha de ti si eres tan inocente?

—Por la misma razón que tú lo harías si fueras uno de ellos. —Solté las palabras con amargura. El miedo a terminar con un mono naranja no había desaparecido del todo (en realidad, una parte sobrevivía en los márgenes de todo lo que hacía) y tiré de la autenticidad de ese sentimiento y lo mantuve por detrás de mis palabras.

Randall me miró detenidamente.

—No sé, tío.

—Piensa lo que quieras —repuse—, pero deberías saber que me siento como una mierda por todo esto. He oído rumores de que Dobson se ahorcó y no puedo dormir pensando que de algún modo yo lo conduje a eso.

Era mentira, por supuesto, pero estaba tendiéndole una trampa. Holmes me lo había enseñado: la gente prefiere corregirte a contestar una pregunta directa. Randall no fue una excepción a la regla.

—Tronco, no eras *tan* importante para él —dijo—. No, yo he oído que lo envenenaron, pero no sé cuál de las dos es verdad.

—¿Lo envenenaron? ¿Con la comida del comedor?

—Quizás. —Randall se encogió de hombros—. Pero supongo que entonces habría más personas enfermas. No sé, se había estado zampando unas galletas que le envió su hermana y que tenían un aspecto asqueroso. Tal vez fue eso. O la proteína en polvo tan extraña que se tomaba... Esa cosa no tenía buen color. Dijo que venía de Alemania y que era cara, pero no me lo creí. A lo mejor tu amiguita le echó algo.

—¡Al césped! —exclamó Kline.

—Bueno, nos vemos —dijo Randall.

El veneno había desaparecido de su voz. Me alegré al menos por eso.

—¿Todo bien? —preguntó Kline.

—Sí —respondí—. Ah, por cierto, ha dicho algo de ¿proteínas en polvo? ¿Conoce... conoce alguna marca buena? —Me agaché para abrocharme una de las botas y que así no me viera la cara. No estaba seguro de si podría salirme con la mía con esa pregunta: llevaba jerséis de punto trenzado, leía novelas de Vonnegut* y mi mejor amigo era una chica. Tenía tantas probabilidades de desarrollar bíceps gigantes como de construir una colonia en la luna.

—Habla con la enfermera Bryony —dijo—. Tiene no sé qué sustancia por prescripción que le

llega de Europa.

Metí la mano en la bolsa de deporte, aparentemente para coger la botella de agua, y le envié un mensaje urgente a Holmes. Solo esperaba que su teléfono estuviera encendido esta vez y no metido en formaldehído o desmontado con las piezas sobre la mesa del laboratorio.

El entrenamiento transcurrió a velocidad de tortuga, sobre todo cuando empezamos a ensayar jugadas. Cuando Kline anunció la última, apreté los dientes y esperé mi oportunidad. Entonces me lancé por los aires para recoger un pase en la posición más disparatada del mundo y aterricé como un saltador que va a entrar al agua. Me dejé caer como un peso muerto. La cabeza me golpeó una, dos, tres veces contra el suelo helado.

Nadie podía decir que no daba la vida por el juego.

Oí que Kline gritaba: «¡Eso es, Watson! ¡Watson!» y que el resto del equipo rugía.

Y todo se volvió negro.

Cuando me desperté, parpadeé a causa de las luces fluorescentes que tenía encima. El rostro cubierto de lágrimas de Holmes se cernía sobre el mío. Parecía verdaderamente afectada y, por un segundo, pensé que se había producido otro asesinato. Me esforcé por incorporarme sobre los codos.

—Oh, pequeño —dijo sorbiendo por la nariz y empujándome para que volviera a tumbarme en la cama con un poco más de fuerza de la necesaria—. ¡Pensaba que no ibas a despertarte!

Fui incapaz de comprenderla al principio, pero claro, me había dado un *golpe* en la cabeza.

—¿Dónde estoy? —intenté preguntar, pero sonó como un ladrido.

Holmes rompió a llorar y se llevó una mano a la boca. Tenía las uñas pintadas de un rojo intenso y olía a Algodón de azúcar eterno. Entonces me di cuenta de que llevaba puesto un jersey de lunares y un *lazo* en el pelo.

Al parecer, había estado trabajando en su papel de novia preocupada.

Pensé que iba a vomitar, pero podría haber sido la conmoción cerebral; estaba completamente seguro de que sufría una. Todo estaba desenfocado, como si se duplicara, y la única solución que se me ocurrió fue dormir. Cerré los ojos, contento de haber cumplido con la parte que me correspondía de nuestro plan improvisado. La herida que me había hecho me mantendría en la enfermería durante al menos un día entero. Tiempo de sobra para que Holmes fisgoneara.

En alguna parte al otro lado de la habitación, una voz dijo: «Oh, sois de lo que no hay», y volví a abrir los ojos de golpe. Desde el pequeño puesto de suministros, la enfermera Bryony esbozó una sonrisa radiante.

—¿Sabes que no se ha apartado de tu lado en las últimas tres horas? Perdiste el conocimiento durante un rato y, después ibas y venías entre la consciencia y los sueños, pero ha estado todo el rato sentada sujetándote la mano con preocupación. Pobrecilla.

Tenía acento estadounidense, pero las cadencias eran ligera e indudablemente inglesas. No sé cómo no me había dado cuenta antes... ¿O me lo estaba imaginando? En esta ocasión, si ignoraba los halos que rodeaban las luces y el leve zumbido de mi cabeza, casi podía prestar atención a las cosas.

—¿Cuánto tiempo tendrá que quedarse aquí? —preguntó Holmes mientras colocaba la mano sobre mi mejilla—. Tenemos una reserva en el pueblo para cenar mañana. Llevamos dos meses saliendo juntos.

Notaba sus dedos fríos y suaves sobre el rostro, y me descubrí a mí mismo inclinando la cabeza en busca de sus caricias. Pero entonces me detuve.

—Perdona —le susurré, muerto de vergüenza.

—¿Por qué te disculpas? —preguntó; tenía la voz especialmente ronca. Con la otra mano, me apartó el pelo de la cara.

La enfermera se aclaró la garganta e interrumpió mi confusión.

—Lo vigilaré de cerca. No está lo suficientemente mal como para mandarlo al hospital, pero aun así no quiero arriesgarme. Puede que tengáis que cambiar vuestros planes, solo para estar seguros.

Holmes me sonrió. No era Hailey, era algo mucho más capcioso; era Charlotte Holmes sin sus aristas, bien peinada y aseada, entrañable y muy cariñosa. Sabía que al día siguiente todo desaparecería: la suavidad con la que me acariciaba, el brillo de su completa atención, los lazos, el perfume. Todo volvería a la caja de disfraces y ella volvería a ser la Holmes de verdad.

Porque nada de esto era real, aunque lo que me dijera sonara con su voz auténtica.

—¿Lo oyes? Vas a ponerte bien —apuntó.

No debería haberlo deseado tanto como lo hice.

Estaba empezando a desconectar, lo notaba, y sabía que me despertaría de vuelta en nuestra antigua vida. Las luces parpadearon; les gustaban los secretos que les contaba, pero, en silencio, me recordé a mí mismo que los secretos son mejores cuando uno se los guarda. Después empezaron a apagarse, de una en una, como si fueran velas.

—Buenas noches —le dije a Holmes, llevándome su mano hasta el pecho y, a continuación, me sumí en los sueños.

* * *

—Watson —siseó—. Watson, despierta, tengo que irme. El toque de queda es dentro de diez minutos.

La habitación estaba oscura, pero vi que entraba luz por debajo de la puerta, donde se encontraba el escritorio de la enfermera. Gracias a Dios parecía que se me había aclarado la mente lo suficiente como para formar frases coherentes.

—¿Has encontrado algo? —pregunté, o al menos lo intenté. Tenía la boca como una zapatilla.

Holmes me ofreció un vaso de agua y me miró con impaciencia. No me había equivocado... Volvía a ser ella misma, así que sofoqué un pinchazo de desesperada culpabilidad.

Después de tragar, repetí la pregunta.

—Salió a fumar y aproveché para forzar la cerradura del armario de las medicinas. Hay reservas de proteína en polvo junto al resto de recetas, para Gabriel Tinker según las etiquetas, pero los botes están vacíos. Probé un poco del polvo que encontré en el armario y me pareció bastante inofensivo.

Tinker era el apertura del equipo de *rugby*, el que se había dormido en el campo.

—¿Que lo *probaste*? ¿Por qué no te lo llevaste al laboratorio y lo analizaste allí?

Parecía ofendida de que lo preguntara siquiera.

—Eficacia.

—Claro, genial... Estás chalada. —Me incorporé, despacio, hasta sentarme. Holmes me colocó una almohada detrás de la espalda—. Vale, vayamos por partes: la enfermera es inglesa, por eso marcamos su expediente desde el principio, ¿verdad?

—Nació allí, pero se mudó aquí cuando era adolescente. O eso fue lo que me dijo cuando la presioné tras soltar unas cuantas lágrimas por la nostalgia. Todavía me escuece la cara. Se me había olvidado lo incómodo que es todo el numerito de lloriquear.

—Ni polvo ni Inglaterra. Dos fallos, por lo tanto —dije—. A no ser que le hicieras daño de algún modo cuando eras pequeña; si he calculado bien su edad, tendrá... ¿veintidós?

—Veintitrés. —Holmes se puso en pie—. Si ella es, en efecto, nuestra culpable, no nos diría la verdad de todas formas, así que apenas importa. Tal como están las cosas, sé que oculta algo, pero podría ser solo la clase de reticencia que se muestra con los alumnos. Intentaré localizar una muestra real de ese polvo mañana, porque lo que he probado sabía más a polvo que a proteínas.

—¿No deberíamos centrarnos en alguien de quién tengamos motivos claros para sospechar? Como, no sé... ¿August Moriarty?

—No, creo que no —dijo, con total naturalidad—. Me marchó a escribir el trabajo sobre *Macbeth*. Ten cuidado esta noche. Y a lo mejor deberías ducharte, hueles fatal.

Cuando se marchó, me di cuenta de que me moría de hambre. Devoré un paquete de galletas saladas que encontré junto a la cama, cogí un vasito lleno de lo que parecía paracetamol y me lo bebí con el agua que quedaba. Sin embargo, según devolvía cuidadosamente el vaso a la mesa —la percepción de las distancias era un pequeño problema después de la conmoción cerebral— comprendí lo que había hecho. La mujer que me estaba cuidando podría ser una envenenadora obsesionada conmigo y con Holmes, y yo me había quedado a su cargo por la noche y me había tomado las pastillas que me había dado sin pensarlo dos veces.

La luz de la habitación contigua se apagó. Me quedé mirando la puerta, deseando que permaneciera cerrada y que la enfermera recogiera sus cosas y se marchara. Ansié que este sentimiento solo fuera la paranoia resultante del golpe en la cabeza y me obligué a recordar a los Moriarty que compartían espacio en nuestra pared. Deseé que Bryony solo fuera una mujer corriente que había aceptado un trabajo en Sherringford por el sueldo, por el maravilloso campus y porque no le importaba cuidar de adolescentes con gripe, y no porque nos hubiera seguido a Holmes y a mí a través del océano para tendernos una trampa bajo las órdenes de los Moriarty.

El pomo giró y se abrió la puerta.

—Me marchó —dijo la enfermera Bryony en voz baja—. ¿Necesitas algo?

—No, gracias. —«Vete», pensé. «Vete a casa».

Sin embargo, oí que dejaba el bolso. Entró en la habitación sin hacer ruido. Olía ligeramente a flores, el olor de una chica bonita y corriente. Tragué con dificultad. La habitación estaba empezando a balancearse, como un barco, y deseé con todas mis fuerzas que Holmes siguiera en ella.

—Casi no tienes agua. —Me rellenó el vaso en el lavabo, sacó otro paquete de galletas saladas del armario que tenía encima y colocó ambas cosas junto a mi cama—. Listo. Cómetelas despacio, me sorprende que no tengas náuseas.

Me pregunté si Dobson las había tenido antes de morir. Nunca había sufrido una conmoción cerebral, ¿eran las náuseas un síntoma? ¿Acaso lo eran del envenenamiento por arsénico?

«Ya está», pensé. «Holmes ya puede ir pensando en el próximo plan».

En medio de la penumbra, Bryony era una silueta oscura, salvo por el pelo brillante que le cayó por el rostro cuando se inclinó sobre mí. Poseía un magnetismo extraño y atrayente. En mi confusión, pensé que iba a besarme o a darme un tortazo, creí que cogería la almohada y me asfixiaría con ella.

Pero, en lugar de eso, me colocó una mano fría sobre la frente.

—Descansa un poco, Jamie, así podrás volver a ver a esa novia tuya mañana —susurró; noté su aliento cálido en la cara—. La otra enfermera llegará a primera hora de la mañana. —Recogió sus cosas y se marchó.

Ni siquiera intenté dormirme, me quedé despierto escuchando el silencioso sonido de mi corazón, preguntándome a cada instante si estaba a punto de dejar de respirar. Había descuidado mi vida, lo sabía, pero si me moría esa noche, me pondría furioso. Me debatí un millar de veces entre escribirle a Holmes o no. Si me equivocaba, quedaría como un idiota.

Al amanecer, tiré el vaso de agua al suelo ante la necesidad de escuchar cómo se rompía algo. Era de plástico, así que rebotó. Cuando la enfermera diurna entró —una mujer mayor que pronunciaba las vocales como en el medio oeste—, me encontré temblando por el esfuerzo de mantenerme despierto.

Pero lavó y rellenó el mismo vaso, y me dio unas pastillas que eran iguales a las que me había tomado antes. Hizo un chiste sobre que parecía que me habían estado persiguiendo por el infierno y se adueñó de mí la sensación de que me estaba perdiendo algo, algo importante.

* * *

Cuando por fin me dieron el alta, era la hora de cenar, pero la señora Dunham insistió en acompañarme a mi cuarto.

—Ahora métete en la cama —dijo, y esperó con los brazos cruzados hasta que le hice caso—. Ya he hablado con Tom y te traerá algo del comedor. Quiero que me llames si necesitas algo o si empiezas a encontrarte mal, y te llevaremos directamente al hospital.

—Sí, señora Dunham —respondí con tristeza. Olía fatal porque no me había duchado desde antes del entrenamiento de *rugby*, me moría de hambre, estaba hecho polvo a causa de mi vigilia nocturna y solo quería que me dejaran en paz.

Se movió afanosamente por la habitación, reuniendo más almohadas para la cama y recogiendo la ropa de Tom del suelo.

—He conseguido un permiso especial para las visitas fuera de horario por si quieres ver a Charlotte.

—Gracias, la verdad es que no necesito nada más —indiqué, porque era una mujer verdaderamente dulce y no daba señales de querer irse.

—Me encanta que seáis amigos —comentó—. Esas historias eran mis favoritas cuando era joven.

Sonreí con los labios apretados. La forma en la que se me contrajo el estómago con esa frase fue terrible. Solía agradarme mucho que la gente hablara de los relatos de Sherlock Holmes, pero ahora, cada vez que alguien lo mencionaba, no podía evitar convertirlos en sospechosos.

—Las mías también.

Tom regresó haciendo malabarismos con un sándwich, un par de manzanas y una taza de chocolate caliente.

—Aquí tienes —dijo mientras lo depositaba todo sobre la mesa con una floritura—. He oído que te diste un buen porrazo en el entrenamiento. Aunque, según Randall, fue una recepción del pase increíble.

Me lancé sobre el sándwich.

—¿Tú qué tal? ¿Qué tal las cosas con Lena?

—Lena está bien. ¿Sabes por qué le paga Charlotte? Ahora mismo está revolcándose en dinero.

—Por el póker —dije, con la boca llena. Quería dejar de lado la investigación el tiempo suficiente para al menos poder terminarme la cena.

—Bueno, ¿seguís siendo Charlotte y tú los sospechosos principales? —preguntó mientras daba la vuelta a una silla.

Me encogí de hombros; me dolió.

—¿Podemos hablar de otra cosa? ¿Qué me he perdido en clase de historia? El resto de los deberes los tengo.

Puso cara larga.

—La verdad es que nada —respondió, y esperó, como si confiara en que yo fuera a ceder y contarle todas mis aventuras. Me hubiese gustado que supiera lo estresantes y humillantes que eran en realidad. Sin embargo, no era mi trabajo instruirle en esos asuntos, así que dejé que la conversación se apagara mientras devoraba una de las manzanas que me había traído. Finalmente, Tom me dio por imposible.

Holmes se dejó caer una hora después. Por suerte, había tenido la oportunidad de ducharme.

—¿Qué tal está el paciente? —preguntó mientras se sentaba en el borde de mi cama.

Siempre desconfiaba del buen humor de Holmes.

—¿Han matado a alguien más? —pregunté medio en broma.

Me sonrió.

—Mejor aún, prueba de nuevo.

Sin darse la vuelta, Tom se quitó uno de los cascos y después el otro. No sabía por qué, pero su torpe intento de espiarnos me sacó de quicio. A lo mejor fue porque estaba hartado de contribuir a la máquina de los cotilleos. Enarqué una ceja en su dirección para avisar a Holmes, pero ella ya se había percatado y sacó rápidamente su teléfono.

—Tengo una cita —proclamó mientras escribía un mensaje con frenesí. Mi móvil estaba entre los dos y se encendió silenciosamente sobre la cama. Estiré el cuello para ver la pantalla: «Al parecer el hermano de Wheatley cría serpientes en Nueva Jersey».

—¿Y dónde has encontrado a ese tipo? ¿En una web de anuncios clasificados? ¿En las cloacas? —«¿Le falta alguna?», le contesté por mensaje.

«Shepard lo está comprobando».

—Ja, ja, eres tan gracioso. Oye, había pensado que mañana podrías ayudarme a escribirle un poema. Quizás se lo podrías enseñar al señor Wheatley después de clase, para que te dé su opinión. —«Interrógalo».

—¿Poemas de amor? Parece algo serio. —«¿Por qué no lo haces tú?».

—Oh, bueno, sí, puede ser; es encantador. —«Porque tú eres su alumno. A mí no me conoce». Comenzó a balancear las piernas por el borde de la cama. A escondidas, sacó una chocolatina del bolsillo del abrigo y la deslizó sobre la mesa. Era una Cadbury Flake; debía de haberla comprado por internet. No sé cómo se había enterado de que eran mis favoritas—. Que te mejores —dijo con una sonrisa torcida, y después salió velozmente de la habitación.

Tom volvió a ponerse los auriculares con un suspiro.

«¿Entonces no encontraste nada sobre la enfermera Bryony?», le escribí a Holmes en un mensaje.

«No. Aula 442 de ciencias a la hora de comer». Oí que sus pasos se alejaban por el pasillo. «Idearemos un plan para Wheatley».

* * *

Me quedé merodeando junto a la mesa del señor Wheatley después de clase, mientras le decía

adiós con la mano a un entrometido Tom para que se marchara a la siguiente lección. Yo disponía de una hora libre al final del día, por lo que no tenía ninguna prisa.

Wheatley estaba hablando con una de las mejores poetas de nuestra clase, una chica tímida y pequeña que escribía exclusivamente sobre estar en contacto con la naturaleza de su Míchigan natal. Mientras yo esperaba, le recomendó varios libros con voz tranquila y palabras dispersas, y ella los anotó. Nuestros cuadernos eran idénticos. Metí el mío en la cartera con discreción, sintiéndome poco original, e intenté centrarme en recordar la estrategia que Holmes y yo habíamos conseguido sacar adelante durante la hora de la comida.

Finalmente, se volvió hacia mí.

—Ah, señor Watson —me dijo—. ¿Qué puedo hacer por *usted*?

Arrastré los pies.

—Quería hablarle de mis poemas —contesté—. Estoy teniendo problemas para componerlos. Son mucho más difíciles que las historias. Me preguntaba si tendría algún libro que pudiera prestarme para ampliar mis conocimientos.

Asintió pensativamente.

—Tengo algo en el despacho que podría dejarte, ven conmigo.

El despacho de Wheatley era la clase de caverna rodeada de libros en la que, en otras circunstancias, me hubiera gustado perderme. En el escritorio había una lámpara de latón con tulipa que enfocaba una pila de hojas con nuestros manuscritos y reconocí mi último relato corto en lo más alto. En la esquina del despacho, una bola del mundo apoyada sobre el suelo estaba dada la vuelta de forma que una Europa cubierta de polvo miraba hacia fuera. Me senté con cautela en una silla y examiné más detenidamente a mi alrededor.

No tenía tanta capacidad para la observación como Holmes, lo sabía, pero siempre me había gustado catalogar los detalles de los sitios y de sus ocupantes para utilizarlos como material en mis historias. A lo mejor ese interés consistía más en fantasear con mi entorno que en deducir cosas de él, pero, aun así, me estimuló para observar con atención los autores de los libros que había en las estanterías del profesor Wheatley (Kafka, Rumi, algunos escritores de misterio escandinavos), la clase de alfombra que había en el suelo (parecía tejida a mano y era de estilo rústico), el café que bebía (se lo había traído de casa en un termo de acero inoxidable). Había estado demasiado confuso y, sinceramente, asustado, como para hacer lo mismo con la enfermera Bryony cuando estuve convaleciente, y esta vez estaba decidido a conseguir más novedades que compartir gracias a mis esfuerzos.

Wheatley se puso a canturrear para sí mismo mientras recorría una de las estanterías con el dedo. Aunque era un profesor nervioso —se paseaba, gesticulaba y empezaba cada frase dos o tres veces—, ahora, en el despacho, parecía estar a gusto y me pregunté si sería la confianza de un hombre que sabía que me tenía en sus manos. O puede que solo le cayera bien y se sintiera más cómodo manteniendo una conversación en privado. No podía saberlo a ciencia cierta. ¡Ojalá Holmes hubiera estado ahí!

—Los encontré —anunció, sacando unos cuantos libros de la estantería para dárme los—. Hay uno sobre temas para escribir, por si acaso quieres practicar, y una colección de ensayos escritos por poetas contemporáneos que te pueden resultar útiles al pensar en el impulso que te lleva a componer un poema.

—Gracias. —Los guardé en mi cartera.

—Tus obras de ficción son buenas, como te dije en el baile —señaló—. Claras, ingeniosas y muy entretenidas. Algunas de las tramas son un poco disparatadas, pero no me importa que

intenten satisfacer los deseos. Creo que, a lo mejor, lo llevas en la sangre. Cuando era pequeño, leí todas las historias de tu tátara-tátara-lo que sea abuelo. ¡Espléndidas! Y las adaptaciones cinematográficas de los treinta son muy buenas también.

Siempre había odiado que esas películas retrataran al doctor Watson como si fuera un completo inepto y a Sherlock Holmes como si fuera un autómatas. Pero vi mi oportunidad y la aproveché.

—Son geniales, ¿verdad? Mi favorita es la de la serpiente: *La banda de lunares*.

—Conozco esa historia. —El señor Wheatley se encogió de hombros—. Pero odio las serpientes. Mi hermano las cría en su granja y yo, bueno, le obligo a que sea él quien me visite. No puedo con ellas. Cuando oí lo que le había pasado al tal Dobson, me tiré días sin dormir.

Su aflicción parecía auténtica, pero no podía estar seguro.

—¿Le mordió una serpiente? —pregunté con inocencia.

—Después de morir —respondió—. Me sorprende que no lo sepas, ¿la policía no te lo contó?

—¿Se lo contaron a usted?

Se retorció un poco en su silla. Resultaba extraño ver a un adulto actuar de una forma tan errática.

—Me gusta estar al tanto de las noticias. Tengo un amigo en el cuerpo, ya sabes.

Me di cuenta de que mentía, pero eso no significaba que supiera cuál era la verdad.

—Eso me recuerda —dije, probando con una táctica diferente— que quería saber cómo escribir sobre nuestras vidas, sobre todo cuando las cosas se complican y se vuelven... inverosímiles. ¿Puede uno escribir acerca de ellas incluso así? Usted habla mucho sobre que tenemos que escribir basándonos en nuestras experiencias, pero cuando ocurren cosas terribles...

—Puedes hablar conmigo, si lo necesitas —me interrumpió—. Quizás eso te ayude a organizar tus pensamientos. Incluso podrías escribirme alguna historia sobre ello, para subir la nota. Después de todo, te has saltado casi una semana de clases.

Me miré las manos y me pregunté qué intentaría sacarme. Si le seguía el juego, quizá fuera de utilidad.

Además, los puntos extras no me vendrían mal.

—Claro, podría intentarlo —accedí.

Sacó un bloc de notas de debajo de la pila de papeles que tenía sobre el escritorio y se lo colocó en equilibrio sobre la rodilla.

—Entonces —dijo mientras levantaba una o dos páginas y deslizaba un trozo de cartón por debajo—, ¿qué te está resultando tan difícil de creer?

—Bueno —empecé a decir—, es un poco extraño que mi mejor amiga sea una Holmes. La verdad es que nunca esperé que sucediera.

—Mmm... —murmuró mientras hacía una anotación—. Cuéntame más cosas sobre tu relación con Charlotte Holmes.

Aunque yo lo había guiado hasta este tema, su tono de voz me resultó repulsivo y apreté los dientes.

—Como he dicho, es mi mejor amiga.

—Y aun con esas, fuisteis juntos al baile. Los sentimientos de ella podrían ser más complejos, es importante tener en cuenta estas cosas —dijo, adoptando su papel de profesor—. Para el desarrollo del personaje.

Si alguien tenía sentimientos más complejos, ese era yo. Y no eran de su jodida incumbencia.

—Estamos hablando de Charlotte Holmes. Creo que tiene relaciones complicadas incluso con

los esqueletos de su laboratorio. Nada es sencillo para ella.

Pensaba que había evitado bien la pregunta, pero sus ojos se iluminaron.

—Tiene esqueletos en su despacho —dijo, escribiéndolo—. Qué interesante...

—En su laboratorio —le corregí, y recordé, demasiado tarde, que Holmes me había enseñado lo fácil que es conseguir que la gente te corrija.

—¿Dónde está el laboratorio? —preguntó sin mirarme.

—No lo recuerdo —mentí—. No deja que nadie entre.

—Muy reservada, bien —concluyó—. Y tiene un aspecto un tanto gótico, ¿no? ¿Crees que es simulado?

—Holmes se viste como quiere y yo también. —Fruncí el ceño—. No es ni una representante de la muerte ni un dibujo animado. A mí siempre me ha parecido muy londinense, eso es todo. Y no entiendo cómo todo esto va a ayudarme a escribir mi historia.

—Desarrollo del personaje —repitió—. Cuéntame, cuando investiga, ¿se comporta como su famoso antepasado?

—¿Como Sherlock? —pregunté—. No lo sé, digamos que no lo he conocido exactamente en carne y hueso.

El señor Wheatley se rio y luego se detuvo abruptamente.

—No, hablo en serio, ¿lo hace?

Continué durante un buen rato. Dejé que me sonsacara las cosas poco a poco y me fijé cuidadosamente en la dirección en la que llevaba la conversación. Le dije que me estaba costando escribir la historia de la muerte de Dobson y de la investigación que estaba realizando la policía sobre mi vida, pero el señor Wheatley no quería hablar en absoluto de Dobson. Lo tomé como una señal de que ya conocía todos los detalles existentes del caso de ese «pobre chico» y su asesinato. Y, aunque todo el mundo en el campus sabía ya que Holmes y yo habíamos encontrado a Elizabeth inconsciente en el patio interior, tampoco me preguntó por eso. ¿Pero por Holmes? El señor Wheatley quería saberlo todo sobre ella: su infancia, su hermano mayor (cuyo nombre ya conocía), las circunstancias de su llegada a Sherringford... Por suerte, mis propios conocimientos sobre ella eran tan escasos que pude pecar de ignorancia. Pero verlo escribir todo aquel dossier sobre ella resultaba extraordinariamente condenatorio. ¿Para qué querría toda esa información, si no para utilizarla en nuestra contra?

Eso me preguntaba, hasta que arrancó de la libreta la hoja en la que había escrito y me la tendió. Me quedé mirándola un momento, sin comprender nada.

—Toma. A veces decir las cosas en alto ayuda antes de

empezar a darle forma a tu escrito. Pero, como he dicho antes, todo suena muy complicado, Jamie. —Se inclinó para garabatear algo más en la parte superior de la hoja—. Si prefieres hablar con otra persona, este es el nombre de la orientadora del colegio. Es muy atenta y no debería darte vergüenza concertar una cita con ella. La mayoría de la gente lo hace con el tiempo.

Doblé la hoja y me la guardé en el bolsillo; me sentía claramente avergonzado. Después de todo, solo había intentado ayudarme, aunque es verdad que de una forma un poco torpe. El señor Wheatley era un buen hombre que, además, se preocupaba por mí y, aun así, me había imaginado que venía en mi busca y me había preguntado si habría sido él quien había depositado aquella serpiente de cascabel sobre la figura convulsa de Dobson.

¿En esto consistía lo de ser detective? ¿Cómo era posible llegar a intimar con alguien? No me extrañaba que Holmes mostrara tanta determinación por mantenerse alejada.

Cuando salí del despacho de Wheatley, me dirigí directamente al aula 442 de ciencias. A

Holmes le había bastado con estar una hora sola para dismantelar el laboratorio. La moqueta era una explosión de ficheros abiertos y sus hojas estaban esparcidas como la nieve. Había algo de color verde claro haciendo espuma sobre un mechero Bunsen y toda la habitación olía a cilantro. En mitad de todo este caos, Holmes estaba tirada en el suelo con el uniforme, como si fuera un pájaro blanco y negro, fumándose un cigarrillo y leyendo *La historia del barro*; era tan gigantesco que tenía que apoyarlo contra sus rodillas. Sobre ella, los esqueletos de los buitres se columpiaban perezosamente de sus cuerdas. Durante una de nuestras maratónicas sesiones de búsqueda, había decidido llamarlos Julian y George. Ese día, como el cráneo de Julian tenía un pequeño cuchillo clavado, parecía que le habían apuñalado. Me estremecí.

—Qué buena pinta tiene tu libro —dije, trazando un camino a través de la habitación—. ¿Cómo se llama la segunda parte? ¿*Los gusanos y tú*?

—No te burles, no sé nada sobre los suelos estadounidenses. Y la idea de rastrear a una víctima de asesinato por el contenido de sus suelas no es ninguna exageración. —Pasó la página y me di cuenta de que estaba increíblemente tensa—. Pareces decepcionado. No sospechas de Wheatley, entonces.

—No —respondí—, ni de la enfermera Bryony. O a lo mejor recelo de los dos porque tenemos a un camello desaparecido y quiero sospechar de alguien en concreto. Estoy tan confundido que no sé ni lo que pienso.

—Eso es porque te preocupas —dijo—. Prácticamente por todo el mundo. Y es algo extraordinario, de veras, pero, en este caso, nubla tu juicio. Por eso yo intento evitar los sentimientos.

—Eso es muy cruel —repuse, herido. ¿Acaso durante todo ese tiempo yo no había sido más que la persona que le llevaba la mochila?

—He dicho que *intento* evitarlo, a ver si estás al tanto. —Cerró el libro y me miró fijamente con los ojos como platos—. Confía en mí, si Milo estuviera involucrado en un complot de asesinato, me resultaría muy difícil ayudarlo. No es crueldad si salva vidas.

Estaba buscando pelea, pero yo me retiré. Pensé en la chocolatina que había sobre mi mesa, en la vez en la que se había inclinado para enderezarme las gafas en medio de una conversación. Lo de preocuparse por alguien se le daba o mucho mejor o mucho peor de lo que se pensaba.

—Wheatley está consiguiendo información sobre nosotros dos en alguna parte, y no cabe duda de que a ti no te quita ojo de encima.

—¿Eso te sorprende? —preguntó.

Me mordí la lengua para no decirle que ella no era el centro del universo.

—Pues sí. O no... No lo sé. También parece tenerle auténtico pavor a las serpientes —dije, deseoso de defenderlo—. Y daba la impresión de que se preocupa de verdad por lo que me está pasando.

—Sospecharía menos de él si se mostrara indiferente —señaló Holmes—. ¿Intentó ahondar en, *oh*, tus apasionantes traumas?

—No. —Hice una pausa—. Bueno, un poco. Me dijo que visitara a una psicóloga.

—Psicología —bufó—. No sirve de nada.

Lancé los brazos al aire.

—¿Qué hay del resto de nombres de la lista? Ya sabes, los que no pertenecen a la realeza romana o son estrellas del pop: los Moriarty. ¿Qué pasa con August? ¿De verdad está muerto?

—No tengo nada que decir. —Holmes le dio una calada al cigarrillo, entrecerrando los ojos—. Sinceramente, que le den por culo a todo esto, no hay nada que sea *correcto*. Tenemos los

datos y acceso a la información, pero no hemos hecho ningún progreso, y hoy me he fumado al menos veinte de estas mierdas y estoy desarrollando una dependencia odiosa. Ya lo verás, estaremos en medio de un jodido campo observando en primera línea un asesinato de lo más fascinante y tendré que salir corriendo justo a la mitad, porque o me hará falta un Lucky Strike en ese instante o seré yo la que mate a alguien. —Hundió el cigarrillo en el brazo del sofá para apagarlo y, acto seguido, encendió otro. La había visto salirse por la tangente antes, pero no con tanta frustración o enfado como ahora.

—Pues deja de fumar.

—¿De verdad quieres que vuelva a la alternativa? —soltó de golpe.

—A lo mejor deberíamos tomarnos la noche libre —propuse—. Ir a comer tortitas, hacer planes para mañana.

Podría haberme culpado a mí mismo por haberla alterado desde un principio, pero Holmes estaba deseosa de discutir conmigo desde que había atravesado la puerta. La mirada que me dirigió entonces era la que reservaba para las cucarachas con la zapatilla en la mano.

—Esto es a lo que me *dedico*. ¿Quieres que pare? ¿Crees que puedes hablar de ello como si fuera un *juego*?

La acidez de su tono de voz consumió lo que quedaba de mi paciencia.

—Lo que digo es que deberías tomarte una noche libre, no que tengas que dejarlo por completo.

—No puedes seguir el ritmo, entonces.

—¡No! Por Dios, si estamos tan atascados, ¿por qué no llamamos a tus padres...?

—Me niego a involucrarlos.

—¿No crees que mantener la cabeza fría debería ser prioritario, por una vez, para así demostrarle a tu familia lo que vales?

Se incorporó, tan orgullosa y erguida como una reina antigua. Su rostro perfectamente inexpresivo. El único destello que vi de Holmes estaba en la ira que iba oscureciendo sus ojos.

—Sí —dijo con voz plana—. No había pensado en eso. Yo, por supuesto, no tengo ningún interés personal en este asunto... dado que todo esto es un ejercicio para complacer a mis *padres*.

—Holmes...

—Así que sí, tómate la noche libre. Mientras tanto, yo localizaré a la persona que mató a mi violador, intentó matar a *tu* amiguita y después casi hace que nos detengan por ello. Es posible que hasta avance más deprisa sin ti, ya que has demostrado ser un completo inútil.

Era la primera vez que me decía algo tan cruel. La palabra «inútil» se quedó flotando entre los dos, como una piedra de molino que cuelga de un trozo de hilo.

—¿Cómo voy a ayudarte —rugí— cuando te guardas tanta información para ti misma? Hay un Moriarty recubriendo toda la pared del que te niegas a hablar. No me has contado nada sobre tu relación con él.

—¿Con él? ¿Te refieres a la *naturaleza* de nuestra relación? —preguntó—. ¿Esto es sobre el caso o sobre tus celos?

Se llevó la mano a la boca, como si quisiera evitar que salieran las palabras. Pero era demasiado tarde.

—Vale, muy bien.

No había nada más que decir. Me puse el abrigo, sin saber muy bien adónde ir, pero seguro de que me dirigiría a cualquier otro sitio que no fuera este infierno.

—Watson. —Holmes se puso en pie.

—Estoy bien.

—Sé que puedo ser bastante burra...

—Lo eres —dije—. ¿Y por qué no me llamas Jamie como todo el mundo, puesto que soy demasiado *inútil* para ser tu Watson?

Holmes abrió la boca y la cerró de golpe. Yo di un portazo tan fuerte que, detrás de mí, oí el satisfactorio sonido de un matraz estrellándose contra el suelo.

Capítulo 8

Paseé rápidamente por el exterior de Michener Hall, soplándome las manos para mantenerlas calientes. Para cuando irrumpí por la puerta principal, ya casi había recuperado el control de mí mismo. La señora Dunham estaba detrás del mostrador de recepción —¿se iba a casa alguna vez?—, pero pasé directamente por delante de ella sin mediar palabra; no quería poner a prueba la compostura que tanto me había costado recuperar.

Normalmente, mi cuarto estaba vacío la hora antes de cenar, pero, ese día Tom se encontraba viendo un vídeo en el ordenador mientras se comía una chocolatina. En la pantalla, una chica bailaba una coreografía de cabaré al ritmo de una canción en francés. Reconocí algunas de las palabras: *déjalo, déjalo todo*. Mordiéndose el labio, se bajó un tirante y, luego, el otro.

—¿Estás bien? —preguntó Tom mientras lo pausaba. La chica del vídeo se detuvo obedientemente.

—Sí —dije—. He tenido un mal día.

—No parece tener muchos que sean buenos —comentó. Había una mancha de chocolate en el chaleco de punto a rombos y me di cuenta de que el envoltorio que había sobre su mesa era de la chocolatina que Holmes me había dado. No tendría que haber sido más que una tontería —Tom y yo siempre nos dábamos permiso para asaltar la despensa del otro dentro de unos límites razonables—, pero me lo tomé como un puñetazo en el estómago.

—No sé por qué te sorprende, a fin de cuentas —repliqué, y deseé que se marchara.

Desde que había llegado a Sherringford, había sobrevivido en un estado de soledad constante, sin estar nunca solo. La privacidad era una ilusión en los internados. Siempre había otra persona en la habitación y, si ese no era el caso, alguna podía entrar en cualquier momento. Ser el amigo de Holmes quizá había borrado los márgenes de esa soledad, pero no se había disipado del todo. A lo más, nuestra amistad me hacía sentir como si formara parte de algo importante, algo ambicioso; como si, con ella, me hubieran dado acceso a un mundo cuyas corrientes invisibles corrían paralelas a las nuestras. Sin embargo, en el peor momento de nuestra amistad, ni siquiera estaba seguro de que fuera su amigo... A lo mejor era su cámara de resonancia humana o un cable que transportaba su maravillosa luz.

No me percaté de que estaba pensando en voz alta hasta que Tom carraspeó.

—Yo tuve un amigo así una vez —indicó.

—¿Ah, sí? —pregunté con indiferencia. Pero Tom tenía una expresión pensativa en el rostro y no quería ser cruel con él.

—Andrew —dijo—. Era la única persona con la que mantenía el contacto después de verme a Sherringford, y el verano pasado quedábamos a todas horas. Era el mejor jugador de fútbol del estado, siempre sacaba buenas notas y te juro que se salía con la suya siempre por eso. Como el noventa y nueve por ciento del tiempo era tan bueno, podía pasarse toda la noche por el pueblo, irse de fiesta y volver al amanecer, y sus padres se tragaban que había estado estudiando. Yo me sentía... invencible cuando estaba con él.

—¿Y qué pasó? —pregunté.

—La poli nos pilló bebiendo en el lago y me cayó todo el marrón a mí. —Tom sonrió con autodesprecio—. Su familia es muy importante; tienen dinero y nosotros no, ya no, así que

consiguieron que retiraran los cargos. Pero yo estuve castigado durante meses. La peor parte de todo fue que dejó de hablarme cuando en realidad tendría que haber sido yo el que lo mandara a la mierda.

—Lo siento. —Me costaba imaginar a Tom en el bando contrario de alguien. Era la clase de tío que podía ponerse un traje azul celeste para el baile de bienvenida y aun así ir acompañado de una de las chicas más atractivas de la escuela.

—No merece la pena ser el compinche de nadie —dijo—. Apuesto a que solo te quiere para que le hagas el trabajo sucio. Andrew hacía eso conmigo.

—A veces —respondí, ocultando lo cerca que había estado de dar en el clavo.

Me miró con complicidad.

—O sea que ni siquiera te deja hacer eso.

—No —espeté—. Confió en mí para que le sonsacara información al señor Wheatley. Y me provoqué una maldita conmoción cerebral porque nadie investigaba a la enfermera escolar. Yo no lo llamaría a eso nada.

Tom me miró como si le hubiera golpeado.

—Que tú ¿qué?

—Vale, fue una estupidez y era imposible planearlo bien, podría haberme roto un brazo o torcido un tobillo, pero tampoco había otra forma de fingir que tenía que quedarme el día entero en la enfermería, ¿no? ¿Cómo si no podría haberse colado Holmes sin forzar la entrada? La puerta tiene una alarma, guardan las medicinas de todo el mundo allí.

—No..., yo...

Estaba buscando las palabras, pero no salía ninguna. ¿De verdad pensaba Tom que yo era tan inútil que no podía ayudarla en nada?

—No sabía que eras tan idiota —dijo por fin.

—Gracias, imbécil.

—No hay de qué —repuso—. He quedado con Lena para cenar, así que tengo que marcharme. Después me iré a hacer un trabajo a la biblioteca, pero podemos hablar más sobre tus decisiones vitales esta noche, si quieres.

Tom y Lena. Nuestros equivalentes en la sombra..., o a lo mejor Holmes y yo éramos las sombras y ellos eran la versión feliz y equilibrada.

—No te preocupes, estoy bien —le aseguré.

Tras meter varios libros en la cartera, se marchó. No obstante, debió de golpear el teclado cuando salió, porque el vídeo que estaba viendo se reanudó. La chica de la pantalla empezó a menearse y quitarse la ropa de nuevo. Me dejé caer sobre la silla de Tom y cerré la ventana; después me quedé allí sentado unos minutos, mirando fijamente las notas que Tom había colgado sobre su escritorio y el pequeño espejo que había colocado allí.

Fue entonces cuando lo noté.

Su mesa y la mía estaban una enfrente de la otra, lo que significaba que la mayoría de las noches hacíamos nuestros deberes dándonos la espalda. El único espejo que había en nuestra habitación estaba colgado torpemente a la derecha de mi silla y mi mesa ocultaba la mitad inferior. Si me sentaba en la cama en mitad de la noche, veía mi reflejo y me asustaba al pensar que había entrado alguien. Eso era, más o menos, lo único para lo que valía el espejo.

No le hacía mucho caso. Me preocupaba un poco la ropa que me ponía los fines de semana, pero nuestro uniforme escolar era exactamente eso, un uniforme, por lo que mi aspecto cuando lo llevaba puesto era siempre el mismo. Tom, por otra parte, se aplicaba toda clase de productos en

el pelo y, en lugar de inclinarse torpemente sobre mi mesa para echárselos o hacerlo en el baño (algo que declaraba que era «embarazoso», como si fuera a disipar las dudas de que su mata de pelo estilo estrella del pop no crecía así), había clavado un espejo de 13 x 18 cm sobre su escritorio.

Con todo esto quiero decir que, cuando miré hacia el espejo de Tom en lo alto, me quedé en el ángulo correcto para ver que había un hueco entre mi propio espejo y la pared. Un hueco pequeño, de un centímetro.

Y, en ese centímetro de oscuridad, distinguí el brillo de un reflejo.

Había algo ahí atrás.

Me acerqué, me puse de rodillas y bloqueé la luz superior con las manos. Aun así no pude averiguar qué era. Después de estirar una percha de mi armario, la introduje en el hueco y la agité para intentar sacar lo que sea que había allí detrás. No conseguí darle a nada, ni siquiera cuando la deslicé de arriba abajo. Al mirar de nuevo, volví a ver el brillo que reflejaba aquel objeto.

¿Era una lente?

Respiré hondo y traté de reagrupar mis pensamientos. Mi móvil sonó sobre la cama y lo cogí, pensando que quizá fuera Holmes. Habría sido un alivio. Los dos nos habíamos portado fatal el uno con el otro, nos habíamos exaltado, nos habíamos perdido —no lograba imaginarme cómo se sentiría una persona tan inteligente como Charlotte Holmes al estar perdida— y nos habían derrotado y me negaba a creer que ella pensara lo que había dicho. Tenía que ser ella. Vendría de inmediato y todo se solucionaría.

Pero el mensaje era de mi madre, y en él me preguntaba si me había olvidado de nuestra llamada semanal. Intentaría contactar conmigo más tarde, decía, y me mandaba varios besos.

Volví a mirar hacia el hueco. La luz seguía brillando.

Alguien había estado en mi cuarto. Alguien había puesto esa cosa ahí.

De repente, en un arranque de ira, separé la mesa de la pared de un tirón, lo que provocó que los libros de texto se desperdigaran. Me coloqué en el espacio que había despejado, agarré el espejo con las dos manos y tiré. Se negaba a ceder. Fijé los pies firmemente en el suelo, intentando recordar lo que el entrenador Q nos había enseñado sobre cómo derribar a un oponente corpulento, y tiré con más y más fuerza. Se oyó un ligero crujido, como si los pernos empezaran a separarse del yeso, pero siguió sin moverse. Jadeando, me miré en el reflejo. Tenía las pupilas dilatadas y el rostro sudoroso y enrojecido. Ofrecía el mismo aspecto que al terminar los partidos de *rugby*; parecía un neandertal.

Muy bien, pues sería un neandertal. Con un gruñido, cogí el libro de química de la mesa y lo estrellé contra el espejo.

No se rompió con el primer intento ni con el segundo. Alrededor del décimo, dejé de contar y, en su lugar, me fijé en que la grieta crecía desde el centro del espejo hacia los extremos. Afuera, en el pasillo, alguien gritó: «¿Qué narices está pasando?», pero lo ignoré; no me resultó muy difícil. Puede que el espejo estuviera construido a conciencia, pero como todas las cosas de cristal, al final cedió. Se produjo un gran estruendo al hacerse añicos y di un brinco atrás, levantando el libro para cubrirme la cara. No habían saltado tantos pedazos hacia fuera como hacia el suelo, pero algunos salieron volando y se me clavaron en las manos. Estaba tan furioso que ni los sentí.

Porque cuando me volví para mirar, vi una lente pequeña y redonda, del tamaño de la uña del pulgar, con un cable que iba hasta un aparato inalámbrico. Lo habían pegado a la pared con un poco de celo.

¿Pero cómo podía grabar algo la cámara a través del espejo? Me agaché y recogí con cuidado uno de los fragmentos más grandes —no sé muy bien porque me molesté, ya tenía las manos cubiertas de sangre— y le di la vuelta. Los dos lados parecían ser de cristal: era un espejo polarizado.

Lo que ocurrió después solo puede describirse como producto de un estado de fuga disociativa. Sabía lo que era llegar a perder los estribos por todas las ocasiones en las que me había cabreado, pero esa vez el sentimiento estaba multiplicado por el miedo paralizante y la intromisión. Alguien me había visto vistiéndome. Alguien me había observado mientras dormía. Y aunque no logré encontrar ningún micrófono en la cámara, estaba seguro de que ese alguien también había estado grabando cada palabra que había dicho.

Por lo que también debía de haber algún aparato de grabación.

Tiré los libros de la estantería, vacié los cajones de la mesa, revisé todos los bolsillos de todos los pantalones vaqueros que tenía en el armario. Cogí mi navaja suiza y abrí el colchón, sin preocuparme por la fianza que tendría que pagar, y repasé cada centímetro con los dedos ensangrentados. Me puse a cuatro patas y levanté la moqueta de nuestro cuarto centímetro a centímetro, utilizando la navaja para ayudarme según avanzaba. Rajé las cortinas y después miré por el agujero de la barra de la que colgaban. Además, ignoré tercamente el ruido proveniente del pasillo, que se había elevado hasta llegar al límite: un puño golpeaba la puerta y una voz que parecía la de la señora Dunham exclamaba: «¡Jamie! ¡Jamie! ¡Sé que estás ahí dentro!», pero yo ya había situado la silla de Tom debajo del pomo y había echado el cerrojo. Bajar el sonido del mundo exterior al mínimo me resultó fácil gracias a los gritos de pánico de mi cabeza.

Cuando por fin acabé con todo, había descubierto dos micrófonos electrónicos, cada uno del tamaño y forma de la uña del pulgar. Uno estaba pegado en el lado del cabecero que daba a la pared, el otro lo localicé debajo de la silla. Los sostuve en las manos y los manché de sangre. Sus datos debían de enviarse al transmisor de forma inalámbrica porque, que yo viera, no estaban unidos a nada con ningún cable. Los dejé en línea sobre la mesa, junto con la cámara, a la que le había arrancado el cable. Después los metí en un almohadón. Si seguían retransmitiendo, el espía que estuviera al otro lado ahora tendría que contemplar una pantalla negra.

Oí un zumbido. ¿Sería por la pérdida de sangre? No, no era muy probable.

Parecía como si una bestia herida y aullando hubiera destrozado mi habitación con sus garras. Todas mis pertenencias estaban en el suelo —buena parte de ellas tenían rastros de color rojo por la sangre de las manos—, y eso que aún no había rebuscado entre las cosas de Tom. Había sido capaz de controlarme, de esperar a que regresara, pero seguía estando el problema de los micrófonos ocultos... ¿Qué podía hacer con ellos? Pensé, mareado, que debía llamar a la detective; debía llamar a Holmes. Y ahora que me percataba de ello, seguían oyéndose gritos en el pasillo, ¿serían producto de mi imaginación?

Mi nombre: «Jamie, Jamie, Jamie».

—¡Largaos! —vociferé, y me dejé caer en la silla. Empezaba a sentir los cortes de las manos, los cristales que me había ido clavando más y más en la piel con cada objeto nuevo que revolví o descartaba. Debería ir a la enfermería, pensé, pero no quería avisar a nadie —esto es, a nadie que no se hubiera enterado ya del estruendo— y la enfermera Bryony seguía compartiendo espacio con el señor Wheatley en mi lista de personas a evitar.

Busqué unas pinzas en la bolsa de aseo, me metí una camiseta entre los dientes y empecé con la tarea de sacarme los cristales. Aquello no era muy higiénico, pero tampoco es que hubiera tomado buenas decisiones aquel día. «No parece tener muchos que sean buenos», había dicho

Tom, y tenía razón. Casi atravieso la tela con los dientes intentando no gritar, pero no conseguí evitar las lágrimas. No eran tanto por la tristeza o el dolor, sino por la aceptación de lo imposible; un profundo pozo lleno de cosas que no estaban bien se había puesto a borbotear de pronto. Me pregunté distraídamente si los transmisores de la mesa estarían recogiendo el sonido; otra humillación más que sumar al resto. Contuve las ganas de aplastar los micrófonos como si fueran insectos; después de todo, iba a necesitarlos como pruebas.

Lo que no lograba entender era por qué los habían puesto en mi habitación. ¿Quién era yo, al fin y al cabo? Yo no era el fuera de serie. Yo era Jamie Watson, aspirante a escritor, jugador de *rugby* mediocre y autor del diario más aburrido de al menos cinco estados juntos. Ni siquiera era capaz de conseguir que la gente me llamara James. Si me consideraban importante, solo era porque servía de intermediario: era la única vía de acceso para llegar hasta Holmes.

¿Qué información había soltado, inconscientemente, en esta habitación? ¿Qué cosas había revelado?

Con una creciente sensación de pánico, me di cuenta de que habían sido bastantes incluso ese mismo día: el señor Wheatley, la conmoción cerebral fingida, el registro que habíamos hecho de las cosas de Bryony... Lo había dicho todo en voz alta. Me había pasado la semana entera después del asesinato hablándole a Tom de nuestras sospechas y descubrimientos, de lo que habíamos encontrado en la habitación de Dobson... Incluso me había quejado de August Moriarty. Por favor, ¿podría haber sido más estúpido?

A esas alturas, estaba seguro de que sabían que había localizado los micrófonos. Tenía que ir al aula 442 de ciencias, peinar el laboratorio y ver si Holmes podía rastrear la señal. Si no era capaz, sabía que Milo podría hacerlo y que solo estaba a una llamada de teléfono de distancia.

La camisa que llevaba puesta estaba hecha una pena, toda cubierta de sangre y de fragmentos de cristal. Me la quité y la sacudí antes de rasgarla y convertirla en vendajes para las manos. Los nudos que me había hecho aguantarían, aunque no mucho tiempo. A lo mejor podríamos volver a robarle las llaves del coche a Lena e ir al hospital. «*Podríamos*», no dejaba de pensar en plural. Sabía que Holmes me perdonaría, tenía que hacerlo. Estar el uno sin el otro aumentaba nuestra probabilidad de morir, literalmente.

Me puse una camisa limpia y cuando abrí la puerta de golpe, me tropecé con la señora Dunham. Se había derrumbado contra la pared que había junto a la puerta, con las piernas estiradas. Por el aspecto de su rostro, estaba claro que lloraba.

—Jamie —dijo con voz ronca. Me arrodillé a su lado—. ¿Qué te has hecho? ¡Mírate las manos! Y la cara... ¿Te has hecho daño? Salían unos ruidos aterradores del cuarto.

—No era mi intención asustarla —le aseguré—. Estoy bien, todo va bien.

Aquella frase estaba empezando a carecer de sentido.

Se inclinó para mirar el interior de la habitación y se retiró, espantada.

—Pero, *Jamie*, ¿qué has hecho?

—Tengo que irme —dije—, pero se lo explicaré más tarde, se lo prometo. Tengo que ir a buscar a Holmes.

Me cogió de la mano para que no me marchara y contuve un grito de dolor.

—Supongo que eso significa que no te has enterado —dijo, y sus ojos se empañaron por las lágrimas—. Oh, *Jamie*, no quería ser yo la que te lo dijera, pero ha habido un accidente. Un accidente realmente horrible.

* * *

La señora Dunham me explicó que había ocurrido hacía apenas diez minutos —¿solo habían pasado diez minutos desde que había encontrado esa cámara? Para mí podrían haber sido segundos o años— y me indicó que estaban evacuando el campus edificio a edificio. Michener Hall estaba vacío salvo por nosotros dos. Se pensaba que había destrozado mi habitación al enterarme de las noticias, porque la señora Dunham, a diferencia del resto, sabía dónde estaba la guarida principal de Holmes.

Según me dijo, se creía que la causa había sido una explosión de gas.

Eché a correr por el campus como alma que lleva el diablo. Estaba empezando a nevar y los copitos que caían se me quedaban adheridos en los brazos desnudos y en las vendas de las manos. Se me habían olvidado el abrigo y el móvil. El corazón me palpitaba más y más fuerte a medida que me acercaba al patio interior.

Desde ese lado del campus, distinguí claramente que el edificio de ciencias se había convertido en unas ruinas humeantes.

¡Mi móvil! ¿Dónde estaría? ¿Y si Holmes estaba intentando llamarme? ¿Y si estaba atrapada en alguna parte del edificio? Ese fue el peor escenario que me permití imaginarme: que los huesos de Julian y George, que nunca lograrían alzar el vuelo, se habían derrumbado sobre ella, pero que, debajo, se encontraba sana y salva, quizás un poco sucia a causa del humo, pero bien al fin y al cabo. Claro que, al pensar eso, no le estaba otorgando suficiente reconocimiento. Holmes era una maga. Estaría fuera, entera, sana e ilesa, fumándose un cigarrillo mientras contemplaba cómo ardía todo. Y lo más importante, estaría viva, aún furiosa conmigo, pero le concedería ese deseo al universo —por mí podía no volver a dirigirme la palabra nunca si quería—, si al final ella continuaba con vida.

Todo eso me desapareció automáticamente de la cabeza cuando lo vi. No era posible. La esquina noroeste del edificio de ciencias había desaparecido; ese era el rincón en el que estaba el cuarto de suministros de Holmes. Varios fragmentos destruidos de granito habían caído con fuerza al suelo emitiendo un ruido sordo. A través del humo, divisé los muros interiores del edificio, destrozados y apilados como las páginas de un libro viejo quemado con una cerilla. Aquí y allí, varias secciones de las paredes fragmentadas aún ardían lentamente.

En algún lugar a lo lejos se oyeron unas sirenas. Unos agentes de policía uniformados estaban acordonando la zona y hacían retroceder a los pocos espectadores presentes hasta una multitud ataviada con abrigos. A través de un megáfono, una voz ordenó a los estudiantes que quedaban que se presentaran ante la asociación de estudiantes para recibir más instrucciones. Un agente había instalado un foco de pie que iluminaba claramente la entrada del edificio. Se llevaría a cabo una búsqueda exhaustiva, estaba diciendo. Los bomberos sacarían a los supervivientes.

Supervivientes.

Dejé atrás al agente, y también a otro que agitaba un par de bengalas de plástico y después pasé por delante de un bombero vestido de amarillo que me agarró del brazo; para entonces ya había varios camiones de bomberos detrás de mí, proyectando sus luces. La mirada que le dirigí al bombero debió de ser como la de un perro salvaje, porque aflojó la mano durante el medio segundo que tardé en librarme de él. Salí corriendo hacia la puerta principal y me derribaron en el acto.

Me llevaron a la fuerza hacia los vehículos de emergencia, donde designaron a un agente para que fuera mi canguro, y me obligaron a sentarme en el extremo del camión de bomberos bajo su atenta vigilancia. No querían detenerme, dijeron, pero lo harían si intentaba salir disparado de

nuevo. De manera que me quedé allí sentado como un idiota mientras las luces rojas lo teñían todo como si fueran llamas. En algún momento, el agente, en un arranque de compasión, me colocó un vaso con algo caliente entre las manos vendadas. Intentó convencerme de que me pusiera su chaqueta, pero darle lástima me apetecía casi menos que ser objeto de sus atenciones. Creo que insulté a su madre, pero no lo recuerdo. Después de eso, se mantuvo alejado de mí.

Me pregunté cómo sería el funeral de Holmes. Me entraron ganas de vomitar durante un rato y después no sentí absolutamente nada.

Alguien debía de haberme sacado la cartera del bolsillo o haber hecho alguna llamada, porque mi padre apareció repentinamente a mi lado. Me condujo hasta el coche, donde la calefacción estaba puesta al máximo, y mencionó algo sobre llevarme al hospital. Las manos... Me había olvidado de las manos. Aquellas palabras que dijo fueron las primeras que asimilé en mi cabeza.

—No. —Sentí que mi cuerpo revivía debido al pánico—. No, papá, alguien viene a por nosotros y no puedo ir al hospital. Tengo que dar con Holmes, ¿no lo ves? No te lo puedo contar hasta que sepa que nos encontramos a salvo, pero está pasando algo *muy* peligroso y la necesito. La necesito a mi lado, ¿vale?

Solo soy capaz de imaginarme mi aspecto: medio loco a causa del horror y la pena que sentía, cubierto con mi propia sangre y vociferando desde el asiento del copiloto.

Pero mi padre hizo una cosa increíble. Detuvo el coche y, lentamente, como si tuviera miedo de que fuera a salir en desbandada, alargó el brazo y me puso la mano detrás de la nuca.

—Vale —dijo—. De momento, vayamos a casa.

Volvió a arrancar y encendió los faros. Y ahí estaba ella, de pie, envuelta en el brillo blanco que desprendían las luces.

Tenía la piel negra por el humo de la explosión y el pelo salpicado por copitos de nieve. El violín le colgaba de los dedos. Abrió la boca y vi que pronunciaba mi nombre.

Salí del coche en un suspiro y, un segundo después, la tenía entre mis brazos.

Holmes siempre era Holmes, incluso después de un susto tan terrible como aquel. Con la máxima delicadeza posible, me rodeó con un brazo para colocar su Stradivarius sobre el capó del coche, que ronroneaba suavemente, y hasta que no estuvo sano y salvo, no permitió que la abrazara; e incluso entonces mantuvo las palmas de las manos sobre mi pecho como si estuviera en guardia. Era menuda y estaba helada, pero su postura, como siempre, era perfecta.

—Estás viva —susurré, hundiendo su cabeza en mi pecho—. Lo siento mucho.

Por primera vez, no me reprendió por afirmar lo obvio, si no que soltó un suspiro largo y tembloroso.

—Solo he salvado el Stradivarius, y tuve que volver dentro a por él. Watson, estaba en el baño, si no hubiera ido... La bomba estaba en el laboratorio.

Me reí sin emoción.

—Dicen que ha sido una explosión de gas.

Se movió un poco para mirarme a la cara.

—Era una bomba casera, en el laboratorio. Había metralla incrustada en las paredes. Watson —no dejaba de repetir mi nombre—, doy por sentado que tienes este aspecto tan terrible porque encontraste los aparatos de escucha de tu cuarto y no porque te hayas metido en una pelea de artes marciales mixtas.

—Lo dices por los cortes de las manos —supuse, aprovechando la oportunidad para sentirme como una persona normal—. ¿Y qué más ves?

—Tienes cristales clavados por todas partes, como un puercoespín. Una cámara detrás del espejo. Y después buscaste los micrófonos, por supuesto, lo que te hizo sentirte personalmente agraviado y también levantó tus sospechas. Cuando no confías en alguien, el ojo izquierdo se contrae de forma espasmódica por el rabillo; ahora mismo está sucediendo cada tres segundos. Por la cantidad de barro de los zapatos, se tardarían segundos en averiguar tu itinerario desde Michener...

Volví a acercarla a mí y empezó a golpearme en el pecho con los puños, sin resultado.

—Estás haciendo esto para que me calle —se quejó.

—Sí —dije, y empezó a llorar. Me aparté—. Perdona, no quería...

—No es por ti. Esto es horroroso —dijo a través de las lágrimas—. No siento ninguna tristeza, ¿por qué estoy llorando?

Mi padre nos metió debajo de una manta vieja en el asiento de atrás y yo insistí en que envolviéramos el Stradivarius en otra. Rodeé a Holmes con el brazo y ella siguió llorando en silencio todo el camino.

* * *

Abbie, la mujer de mi padre, había preparado la habitación de invitados. Cuando llegamos, Holmes inspeccionó los micrófonos que me había llevado de mi cuarto, los declaró inutilizables y se metió directamente en la cama. Mientras mi padre llamaba al colegio, mi madrastra me llevó aparte para preguntarme dónde tenía que poner el colchón hinchable.

—¿Mantenéis relaciones sexuales? —preguntó Abbie, y al instante se mostró avergonzada—. Lo siento. No estoy acostumbrada a los adolescentes y no me creo que lo primero que le haya dicho en mi vida al hijo de James sea... La verdad es que no sé muy bien cómo... ¿Os estáis acostando?

—No —le aseguré. Por extraño que parezca, esta estaba resultando ser la mejor manera de conocernos: sin haberlo planeado y sin expectativas. No tenía energía suficiente para odiarla. Sinceramente, no podía sentir nada salvo un alivio relativo. Aunque Holmes estaba a salvo, se encontraba en estado de *shock*, y aunque nos estaban cuidando, solo sería durante una noche. Pero Abbie tenía un rostro sincero y encantador, con un rastro de pecas alrededor de la nariz, y yo me sentía exhausto. Decidí dejarme de rollos y empezar a cogerle simpatía.

—Entonces te pondré con Charlotte —dijo—, así que no empecéis esta noche. A acostaros, me refiero. Y tienes la nariz azul, no tendrás hipotermia, ¿verdad? Ve a darte un baño caliente.

Me quité los vendajes caseros sobre el lavabo del baño del piso de arriba. Tuve que meterme en la bañera con las manos apoyadas a los lados para no sangrar dentro del agua. Después me puse un chándal viejo de mi padre y dejé que Abbie me guiara hasta la mesa de la cocina del piso de abajo. Allí, me dio un analgésico, me limpió las heridas de las manos con un antiséptico y, empleando un par de pinzas que había esterilizado, extrajo el resto de esquirlas de vidrio que tenía bajo la piel. Luego prosiguió la labor en el cuero cabelludo. Tuve que mantener la boca bien cerrada para no gritar.

Mi padre apareció en mitad del proceso. Lo habían mantenido en espera un buen rato porque las llamadas de los padres asustados estaban colapsando las líneas de teléfono de Sherringford. Al final, el colegio había decidido enviar un correo electrónico de forma masiva que nos leyó en voz alta a los dos. No había habido ninguna víctima por el «escape de gas», gracias a Dios, aunque el profesor de física se encontraba en el laboratorio y había sufrido «heridas leves». No

obstante, Sherringford permanecería cerrado durante el resto del semestre.

«Ya era hora», pensé.

Mi padre siguió leyendo algo sobre los cambios de fechas de los exámenes finales y sobre los trabajos incompletos, pero no le presté mucha atención porque no me importaba. Había muchas más cosas en las que pensar. La carta informaba de que, tras la explosión, se había evacuado a los alumnos a un hotel Days Inn cercano, bajo la supervisión de los delegados de las residencias y las celadoras, hasta que los padres fueran a recogerlos. Sherringford traería al día siguiente un equipo especializado desde Boston para que revisara el campus en busca de otras «fugas» potenciales y, tras conseguir su visto bueno, se acompañaría a los alumnos a las residencias, por parejas de compañeros de dormitorio, para que recogieran sus cosas; nos darían diez minutos a cada uno para hacer las maletas. Adjuntaban el horario de cada habitación.

Mi padre apartó el móvil y me miró fijamente a los ojos.

—Charlotte está aquí, a salvo, y he tenido mucha paciencia. Pero ahora necesito que me des una explicación de por qué tienes quince cortes graves y por qué un edificio de ciencias ha explotado por los aires; de lo contrario, te llevaré al hospital.

Las manos de Abbie se detuvieron entre mi pelo.

Intenté resumirlo de la mejor manera posible: mi pelea con Holmes, los micrófonos ocultos de la habitación y el espejo roto, la bomba casera, nuestras sospechas sobre el señor Wheatley, la enfermera Bryony y los Moriarty, lo que yo le había contado a Tom en nuestro cuarto...

Mi padre había sacado su ubicua libreta y fue anotando lo ocurrido a medida que se lo contaba. Cuando llegué a la parte de August Moriarty —lo de que los registros sobre él se terminaban de repente, que Milo había mandado eliminar cosas del *Daily Mail* y que Charlotte no me las contaba—, mi padre resopló, descontento.

—Jamie... «Número quince: si esperas que Holmes te revele toda la puñetera información sobre algo, puedes tardar años en descubrirla».

Lancé las manos al aire.

—Prensa amarilla, papá; ¡el *Daily Mail*! ¿Acaso ha sido alguna vez una fuente fidedigna de información? Y de cualquier modo, no podría dar con ella aunque quisiera.

—Todavía tienes mucho que aprender —dijo mi padre con tristeza—. ¿No recuerdas las historias que solía contarte sobre Charlotte?

—Sí —respondí—, no soy idiota.

—Pues ya que no eres idiota, habrás deducido, por supuesto, que estoy pendiente de Charlotte desde que era una niña pequeña y que, a lo mejor, tengo uno o dos archivadores arriba, en mi despacho, que podrían ponerte al día sobre algunos de estos temas.

Las respuestas habían estado allí todo este tiempo.

¡Todo este tiempo! En la casa en la que me crie.

Abrí la boca para preguntarle por el archivador, pero me miró y dijo:

—¿Sabes? Si no hubieras estado tan injustamente enfadado conmigo, podrías haberlo tenido delante desde hace semanas.

Aquello zanjó el asunto. Porque quizás yo sintiera la necesidad imperiosa de saber la verdad sobre Charlotte Holmes, incluso puede que hubiera estado obsesionado con ella durante un buen puñado de noches horribles, pero estaba muchísimo más molesto con mi padre.

—No lo quiero.

Me miró como si le hubiera golpeado.

—¿Qué?

—Ya me has oído —respondí—. Esto es asunto nuestro y confío en ella.

—Pero...

—Confío en ella, papá.

Después de todo, era verdad.

—Por supuesto, claro que confías en ella. —Mi padre suspiró y se pellizcó el puente de la nariz—. Genial. Bueno, ese detective vuestro ha estado llamándome toda la noche. No tienes tu móvil, ¿no? Eso lo explica todo. Le devolveré la llamada y le contaré lo que me has dicho. —Levantó la libreta—. Vete a la cama, si quieres.

—Sí, lo deseo más que cualquier otra cosa. —Me puse en pie tambaleándome—. ¿Entonces nada de ir al hospital?

Se rio, sorprendido.

—¿Estás loco? ¡Alguien quiere matarte! No, no saldrás de aquí.

Negó con la cabeza y desapareció por el pasillo.

Abbie guardó el botiquín mientras sonreía para sí misma. ¿Se pensaba que todo esto era divertido? Le resté varios puntos de los que se había ganado antes.

—¿Qué te parece tan gracioso exactamente?

—Eres como su miniyó —dijo—. Oh, todo esto es espantoso, pero ¡es como una película de espías! ¡Mola mucho!

Mi padre se había casado con la mujer perfecta. Era casi tan insensible como él.

—Mi mejor amiga ha estado a punto de morir hoy —indiqué—. Ha escapado por los pelos. No creo que eso *mole*.

Me dio unos golpecitos en el hombro.

—Si esperas un segundo, iré a por una sábana ajustable para el colchón.

Subí las escaleras dando unos pesados pisotones y con los brazos cargados de ropa de cama. Dentro de la habitación de invitados, Holmes estaba acurrucada bajo la colcha de flores, vestida y profundamente dormida. Se había limpiado parte de la suciedad de la cara, pero no toda, y parecía uno de los huérfanos de Dickens en contraste con las sábanas. Desdoblé la manta que tenía a los pies de la cama y se la eché por encima, deteniéndome a observar, durante un buen rato, el desplazamiento de la luna sobre su pelo. Estaba viva. Al día siguiente se despertaría para conspirar y discutir conmigo, para traerme más sándwiches asquerosos, para provocarme hasta que yo mismo me convirtiera en un compañero mejor. Sus ojos tristes, su lengua afilada y aquella forma de tocarme el hombro cuando pensaba que no la escuchaba... Siempre la estaba escuchando.

Estaba ahí, pero no lograba creérmelo. Resistí el impulso de apartarle el pelo de la cara. Se movió y aparté la mano.

—Watson, ¿qué ocurre?

—Nada, vuelve a dormirte.

—No debería —dijo, incorporándose—. Tenemos que trabajar en el caso. Está a punto de suceder algo terrible.

La empujé hacia atrás con delicadeza.

—Esta noche no. No ocurrirá nada esta noche. Duérmete otra vez.

Pegué mi colchón a su cama y, al tumbarme, este soltó una larga exhalación de aire.

—Watson.

—¿Qué?

—Siento haberme peleado contigo —dijo, adormilada—. Pero deberías saber que tenía una

buena razón para hacerlo.

—Lo sé, me comporté como un imbécil.

No me apetecía nada hablarlo en ese momento, de verdad que no, pero si tenía que ser así, lo haría.

—No, no ha sido culpa tuya. —Su voz se estaba apagando y era un ligero susurro—. La nota decía que morirías si te quedabas, así que me encargué de arreglarlo. Me encontraba fatal hasta que por fin te fuiste.

Me incorporé como un resorte en medio de la oscuridad, pero Holmes ya se había dormido.

* * *

Si hubiera sido cualquier otro día en la historia de mi vida y me hubieran dicho algo semejante, no habría vuelto a dormir jamás.

Pero esa noche, caí rendido en menos de diez minutos. No es que me sintiera particularmente valiente o que me hubiera resignado a recibir a mi más que inminente muerte violenta (aunque eso tampoco era tan mal plan, la verdad). Mi cuerpo se había declarado físicamente incapaz de soportar más miedo. «Ya es suficiente», decidió, y apagó todos los sistemas.

Me desperté cuando los primeros rayos de sol se colaron en el cuarto. O, para ser más exacto, cuando la cabeza de un niño pequeño formaba un eclipse sobre mí.

—Hola —saludó, y me colocó una mano pegajosa en la boca.

Lo aparté, con cuidado, y me senté.

—Hola —dije yo también—. ¿Cómo has entrado aquí?

La cama de Holmes tenía las sábanas arrugadas y estaba vacía, y la puerta se había quedado abierta de par en par.

—Me gustan los patos. —Se parecía, inquietantemente, a fotos mías que había visto de cuando era pequeño: los ojos ingenuos y el pelo oscuro y alborotado. Mi madre solía decir que siempre me iba de rositas y, viéndolo a él, me lo creí.

Para que conste, nunca había estado resentido con mis hermanastros por las cosas que sucedían entre mi padre y yo. Eran unos niños y nada era culpa suya.

Además, ese crío era una ricura.

—A mí también me gustan —dije, y le alcé en brazos para llevármelo conmigo al piso de abajo. Por suerte, estaba acostumbrado a hablar con niños; tenía un montón de primos pequeños—. ¿Cómo te llamas?

—Malcolm —respondió con timidez—. Tú te llamas Jamie.

—Así es. —Le balanceé un poco mientras entrábamos en la cocina.

—¡Ha nevado! —exclamó, señalando la puerta trasera, que daba a una extensión de césped blanco.

Me pregunté qué aspecto tendrían esa mañana los restos del edificio de ciencias. Nuestro laboratorio maltrecho estaría al aire libre, cubierto de blanco. Con una extraña punzada de dolor, pensé en si la colección de dientes de Holmes habría sobrevivido.

Abbie le dio la espalda a los fogones, donde estaba haciendo tortitas.

—¡Oh, no, Mal te ha atacado! Lo siento, quería dejarte dormir hasta tarde —se disculpó.

Me encogí de hombros y me coloqué a Malcolm en el otro brazo.

—No pasa nada, solo ha venido a saludarme. ¿Has visto a Holmes? Tengo que encontrarla y matarla.

Me miró con escepticismo.

—Está en el salón, con tu padre y con Robbie, que le está enseñando su gato.

—No sabía que tenáis gato —comenté, intentando darle un poco de conversación. En realidad, sí que lo sabía, pero deseaba con todas mis fuerzas que me diera una de esas tortitas.

Abbie frunció el ceño, pero no me ofreció ninguna.

—Es asustadizo y odia a todo el mundo. Robbie se ha tirado una hora buscándolo para enseñárselo.

—¡Venga! —canturreé para Malcolm—. Vamos a conocer a la señorita Charlotte, que se piensa que ocultarle cosas al señorito James es un juego divertidísimo.

En el salón, mi padre y Holmes estaban inspeccionando un pedazo de papel que habían extendido sobre la mesa de centro. El gato, atigrado y resultón, ronroneaba sobre las piernas de ella.

—¡Pero si a mí me odia! —decía, quejumbroso, el pequeño niño que tenía a sus pies—. ¿Por qué *tú* le gustas?

Holmes bajo la mirada hacia el crío, pensativa.

—Porque yo tengo un regazo más grande para que se siente. Espera unos diez años y entonces puede que le gustes más.

Robbie se echó a llorar.

—Está bien —dijo mi padre. Me quitó a Malcolm de los brazos, cogió a Robbie de la mano y lo sacó de la habitación mientras sollozaba—. Vamos a ver si tu madre ha terminado ya con esas tortitas.

Holmes apenas se dio cuenta. Sacó rápidamente una lupa pequeña y se inclinó sobre el papel.

—Watson, ven aquí y dime qué te parece todo esto.

—¿Explicará eso por qué me ocultaste que habías recibido una comunicación directa de nuestro acosador y elegiste, en su lugar, infligirme un fuerte dolor psíquico con el fin de que me marchara y te dejara lidiar con una bomba tú solita?

—Sí. —Ni siquiera levantó la vista para responderme—. Ven aquí.

Había colocado la nota en medio de la mesa. A medida que me acercaba, vi que había extendido un envoltorio de bocadillo entre el papel y la madera.

Holmes me tendió un par de guantes de látex.

—Estaban en el botiquín de tu madrastra —dijo como única explicación—. Venga, ¿qué ves?

Leí la nota en voz alta:

SI SIGUES METIENDO A JAMES WATSON EN ESTO,
ÉL TAN BIEN MORIRÁ ESTA NOCHE
NO SE LO MERECE TANTO COMO TÚ
ESTO NO ACABARÁ HASTA QUE HAYAS
APRENDIDO LA LECCIÓN

—Hay un error ortográfico —dije—. Ha escrito «tan bien» en lugar de «también». El corrector no podría haberlo detectado. Y desprende un estilo de narración muy británico.

Hizo un gesto de impaciencia.

—¿Y qué más?

—Bueno, es una amenaza de muerte. Aunque parece que yo les gusto más que tú.

Levanté la nota por una de las esquinas con cuidado. Era cuadrada, estaba recortada de una

hoja de papel para imprimir normal y corriente y tenía un tacto fino. Había una raya marcada hacia la mitad, probablemente en el sitio por el que Holmes se la había guardado en el bolsillo. La tinta era negra. La miré al trasluz, pero no vi nada especial en el resto de la nota.

Compartí con Holmes mis observaciones y ella asintió, complacida. A lo mejor no era una persona tan inútil, al fin y al cabo.

—¿Tú qué has encontrado? —le pregunté.

—Todo lo que se te ha escapado a ti —respondió, y me arrebató la hoja de papel—. El emisor es seguramente una mujer que ha escrito la nota en nombre propio. Fíjate, ha utilizado una de esas fuentes Sans Serif especiales, de las que normalmente no vienen preinstaladas. Tendrías que bajártela y no le dedicarías tanto esfuerzo si fueras el esbirro de alguien, simplemente utilizarías la Times New Roman o la fuente que viniera por defecto. Además, ese sería el procedimiento más inteligente. De manera que o está tan segura de sí misma que no necesita cubrir sus huellas o escribió esto con muchísimas prisas y esa era la fuente de letra por defecto.

Recuperé la hoja y escudriñé la letra con los ojos entrecerrados.

—A mí no me parece tan particular.

Holmes suspiró. El gato se giró desde su regazo para dirigirme una mirada siniestra. Por lo visto, Holmes había dado con su animal espiritual.

Me froté la cara. Necesitaba un café... o un sedante.

—Pero ¿cómo sabes que es una mujer?

Volví a quitarme el papel.

—Solo me hicieron falta unos minutos para dar con el origen de la fuente, junto a otros cientos, en una de esas webs de diseño; se llama Hot Chocolate, menuda cursilada. Todo perfecto, pero era el *noveno* resultado que salía en Google. El primero era una página web que atendía las necesidades de la «vida en una hermandad», y encontré nuestra fuente Hot Chocolate en la sección de crear invitaciones para las fiestas.

—Entonces es miembro de una hermandad —concluí.

—Es alguien que mira las páginas webs de las hermandades —me corrigió Holmes—. Claro que eso solo fue el resultado de una única búsqueda por palabras. Tras averiguar los algoritmos, lo intenté otras ciento treinta y nueve veces empezando, desde luego, con las cadenas de búsqueda sintácticas más

habituales y avanzando, sistemáticamente, hasta las menos probables —en este punto, los ojos se me pusieron vidriosos—, pero esta web aparecía la primera *todo el rato*. Dudo que una persona que comete errores de ortografía en una amenaza de muerte vaya más allá del primer resultado de Google. Y dicha página web resplandecía de arriba abajo.

—¿Cómo llegó la nota?

—La deslizaron por debajo de la puerta ayer por la mañana, así. —Volví a plegarla por la mitad—. Mira la raya. No la doblaron de esta forma porque sí, lo hicieron con un objeto romo y una cantidad considerable de fuerza, se nota por el oscurecimiento del pliegue. Alguien estaba cabreado cuando escribió esto y se desahogó sobre el papel.

Por supuesto, era una amenaza de muerte. El terrible peso de lo que Holmes había hecho el día anterior volvió a caerme sobre los hombros.

—O sea que, después de recibir la nota, me echaste y, luego, ¿esperaste a que apareciera alguien para matarte?

Me contempló, sin alterarse.

—Me parecía una buena oportunidad para conocer a esa persona. Pero esperaba que viniera

con una pistola. Las bombas son las armas de los cobardes.

—Y si no hubieras ido al baño del otro extremo del edificio, habrías *muerto*.

Me mordí uno de los nudillos para controlar el mal humor.

—Lo sé, por eso hice que te marcharas. —Volvió a meter la nota en el envoltorio—. Haré que tu padre se la dé al detective Shepard. Estoy segura de que la querrá, ahora que ya hemos terminado con ella. Lo has hecho muy bien, solo se te ha escapado una cosa.

—¿El qué?

Inclinándose, me situó la bolsa sin cerrar bajo la nariz.

—¿A qué te recuerda este olor?

Algodón de azúcar eterno. Tosí, agitando una mano delante de la cara.

—¿No dijiste que solo podía comprarse en el eBay japonés?

—Sí.

—¿Entonces cómo demonios te enteraste de que existía?

—August Moriarty me regaló mi primer frasco en Navidad —reveló—. Había mencionado de pasada que me gustaba el algodón de azúcar y él buscó por todas partes un perfume con ese olor. Solo se había fabricado en Japón, según me explicó, y dejaron de hacerlo en los ochenta. —Sus ojos se perdieron en la distancia—. Aunque huele fatal, me lo puse varias semanas porque... Bueno, no importa. Al final terminó siendo útil.

La miré fijamente. Llevaba unos vaqueros de madre y una sudadera demasiado grande (se los habría dejado Abbie; eso era todo lo que podía deducir) y se había lavado la cara con esmero. Además, el sol se reflejaba en su pelo. No tenía ni idea de lo que se le pasaba por la cabeza.

—Holmes —dije, despacio—, ¿por qué piensas que esto no es un aviso de August Moriarty?

—No lo es. Es, claramente, el trabajo de una mujer, Watson.

—Entonces...

—La enfermera Bryony —dijo Holmes, como si resultara obvio—. ¿De verdad crees probable que Phillipa visitara la página web de Delta Delta Delta? ¿Más que la mujer que se pasó todo el baile de bienvenida pidiendo viejas canciones de R. Kelly y hablándome del baile de su hermandad? Su perfil encaja a la perfección.

—Pero el perfume señala directamente a August.

—A lo mejor ella también lo usa. —Holmes se encogió de hombros—. Cosas más raras se han visto.

—¿Lo has olido en ella?

—La gente no se pone la misma colonia todos los días, Watson. Estoy segura de que encontraré un frasco en el piso de Bryony. Vive en Sherringford Town, podemos ir a echar un vistazo cuando salga.

—Holmes, ¿cómo explica esto lo del camello? ¿O lo del cuaderno del falsificador? ¿O lo del tío de la morgue?

—¿No confías en que logre averiguarlo? —preguntó—. Porque yo sí. Emplearon a un agente y ese agente falló. Así que contrataron a otro. Ahí lo tienes: solucionado.

—Holmes...

—Antes, cuando hablé con el detective Shepard, le solicité que llevaran a Bryony a la comisaría mañana a las diez de la mañana para interrogarla. Registraremos su piso entonces. —Me dirigió una mirada de compasión—. Conozco ese sentimiento, siempre me siento decepcionada al final de un caso. Pero ya daremos con otro.

En ese instante empecé a entender lo que me había dicho sobre los peligros de preocuparse

demasiado, sobre la forma en la que las emociones se interponen. A mí todo aquello me sonaba exactamente como si Holmes estuviera ignorando ciertas conclusiones evidentes, en favor de otras teorías concebidas para que August Moriarty quedara libre de culpas. ¿Cuánto le costaría a él escribir una errata, o utilizar un tipo de letra especial, para que pareciera que esa nota la había escrito una mujer? Él sabía lo que buscaría Holmes y cómo lo interpretaría; podía proporcionarle exactamente lo que ella quería ver.

¿La peor parte? Seguía comprándose ese perfume que él le había regalado. Aunque fuera caro y aunque lo odiara. Era extranjero, difícil de encontrar y esa carta estaba impregnada con su esencia.

Entonces supe lo que tenía que hacer.

—Es un buen plan —le dije. O al menos lo sería si Bryony Downs terminaba siendo culpable—. Pero ¿sabes?, todavía estoy muerto por lo de ayer, no he dormido mucho gracias a tu sentido de la oportunidad, ¡ja!, y esas tortitas huelen genial, pero Malcolm me ha despertado muy pronto... Creo que necesito...

Había empezado a sudar.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Me encuentro fatal. —Era la verdad—. Necesito tumbarme.

Otra verdad.

—Vete —dijo, indicándome que me marchara con un gesto de la mano—. Yo me quedaré esperando al detective. Y puede que vuelva a revisar la nota con tu padre, es incapaz de seguir mis razonamientos.

Tropecé con mi padre al final de la escalera.

—¿Puedo ver ese archivador? —le pregunté en voz baja.

Me miró con tristeza.

—Está arriba, en mi despacho. En el segundo cajón.

Mi padre tenía un rostro amable. Cuando nos mudamos a Inglaterra, me acordaba de muchas cosas de él: su peculiar entusiasmo, sus corbatas a cuadros, los estúpidos apodosos que le ponía a Shelby, la forma en la que mi madre solía gritarle cuando se dejaba caer en las sillas de la cocina con la cabeza entre las manos. Sin embargo, me había olvidado de lo amable que era y de lo mucho que siempre había confiado en mí.

—Te daré algo de espacio —dijo, y cuando encontré su despacho, cerré la puerta con llave.

Capítulo 9

Coloqué el archivador sobre el escritorio.

Mi padre había recortado fragmentos de los periódicos y había imprimido artículos de internet. Todo iba en orden cronológico: la información más antigua estaba en la parte de arriba. Resistí las ganas de pasar directamente al final.

No. Lo haría poco a poco; traicionaría a mi mejor amiga con calma.

Empezaba con lo típico: asociaciones de Sherlock Holmes, clubs de lectura y páginas webs de fans de los relatos de mi trastatarabuelo (aunque había muchas más sobre las películas y las adaptaciones televisivas). Hojeando los papeles, hallé una copia impresa de una página web de fans que seguía los movimientos del clan Holmes. Como en esa familia eran sumamente reservados, reunir pedazos de información sobre ellos se había convertido en algo parecido a un deporte para el mundo entero.

Desdoblé un árbol genealógico unido con celofán y escrito con la letra de mi padre. ¡Los Watson, esos grandes archiveros! En lo más alto había situado a Sherlock. Después venía Henry, el hijo que había tenido en las últimas etapas de su vida y del que se negaba categóricamente a revelar quién era la madre. Pasé por alto a los hijos de Henry y llegué al padre de Holmes, Alistair, y sus hermanos: Leander, Araminta y Julian. Una pequeña línea conectaba a Alistair con Emma, la madre de Holmes y, debajo, había una división con dos extremos, uno para Milo y otro para Charlotte Holmes.

Le eché un vistazo a los artículos sobre el primer caso de Holmes (cuando dio con los diamantes Jameson). Aparecía, pálida y con el rostro serio entre sus padres, en una fotografía de la rueda de prensa que concedió a Scotland Yard. A un lado tenía al padre, mirando a la cámara con los ojos entrecerrados, y, al otro, a la madre, rubia, sonriendo con unos labios rojo oscuro y con una mano colocada posesivamente sobre el hombro de su hija.

Nada que no supiera ya. Fui hasta la última página y empecé a trabajar de atrás adelante. Había información sobre la organización benéfica de Leander Holmes, la hoja anterior era un recorte sobre un evento para recaudar fondos de Scotland Yard y la anterior a esta última, como un cuadrado de piritá enclavado entre tanto oro, era del *Daily Mail*.

Era un solo párrafo, justo al final de una larga retahíla de cotilleos, apretujado entre una historia de la Familia Real y otra sobre el grupo favorito de Shelby:

*¿Recordáis que el año pasado los superherméticos Holmes levantaron un gran revuelo cuando invitaron al galán y genio (además de estudiante de doctorado) **August Moriarty, 20**, a vivir con ellos como tutor de su hija **Charlotte, 14**? Las dos familias se habían llevado a matar durante más de un siglo y papá **Alistair** quería hacer una mediática ofrenda de paz. Bueno, pues parece que los eventos en Casa Holmes dieron un vuelco la semana pasada. **August** salió escoltado por la policía, ¡y no por manosear a los niños! Nuestras fuentes nos cuentan que lo pillaron nutriendo la sucia adicción a las drogas de **Charlotte**. Oxford ya lo ha expulsado y la familia Moriarty lo ha repudiado: ¿qué será lo siguiente para el antiguo profesor en ciernes? Para Charlotte Honoria Holmes, hemos oído que será un internado o una redada.*

Así que su segundo nombre era Honoria.

Tuve que volver a leerlo. Una tercera vez. Y una cuarta. Y después me obligué a leerlo entre líneas. ¿Me sentía mal por August? ¿Era eso lo que pasaba? Cualquiera otra persona habría visto la diferencia de edad y habría pensado: «Oh, ese capullo se aprovechó de una chiquilla inocente», pero Charlotte Holmes no era inocente. Era arrogante, exigente y tenía una vena autodestructiva tan grande como el Atlántico. Pensé en la forma en la que había pisoteado al detective Shepard cuando quiso que la metiera en el caso, en cómo me había convencido de mi propia inutilidad cuando quiso quedarse sola con la bomba casera. Chantajear al profesor de matemáticas para que le comprara drogas solo estaba a un paso de distancia.

¿La peor parte? Me lo olía. Había hecho una suposición bien fundamentada aquella noche en la cafetería y ella me había dejado creer que esa era toda la historia, que la habían enviado a Estados Unidos por su adicción a las drogas. Daba lo mismo que un Moriarty estuviera en el meollo de la cuestión.

Si algo de esto era verdad, August tendría un millón de razones para querer acabar con Holmes. Me estrujé el cerebro para recordar lo que Lena había dicho la noche del póker. Si ella tenía razón y Holmes se había pasado todo el primer curso disgustada por lo de August, aquello era prueba más que suficiente de que realmente tenía corazón y conciencia, a pesar de sus quejas. (Sinceramente, si yo fuera Holmes, me preocuparía que él viviera a la vuelta de la esquina). Milo había venido de visita y había dicho... ¿qué? Ah, sí, que se encargaría de todo. Pero Lena no sabía cómo lo había hecho, solo que había notado a Holmes más feliz después de que Milo se marchara. Por aquel entonces pensé: «Uf, impacto con un dron», pero ahora quería saber cuánto se había gastado Milo para sobornar a August. Esperaba que le hubiera dado un buen cheque, quizás una casita junto al mar. O un estudio recubierto de libros en el que el pobre imbécil pudiera seguir con sus estudios de matemáticas por su cuenta.

Otra cosa hubiera sido que una Holmes se enamorara de un Moriarty, pensé con amargura. De hecho, habría sido el colmo del romanticismo, y en ese momento mi imaginación empezó a darle color a la fantasía: «Charlotte y August, los trágicos enamorados, atrapados en un incesante duelo de voluntades y deducciones, intercambiándose códigos de misiles a través de elaborados juguetes con los pies, disfrutando de unas chuletas de ternera mientras debaten si deben anexionar Francia...», y así hasta el hartazgo.

Pero la cuestión era que Charlotte Holmes no se había enamorado.

Y aunque, de alguna forma, lo hubiera hecho (el estómago me dio otro vuelco), había terminado jodiéndole vivo. Dios, ¡Holmes había terminado con un *Moriarty*! Toda una familia de falsificadores de arte, filósofos y asesinos de sangre azul sentados en sus torres de marfil y conectados con las ramas más bajas del hampa gracias a los brillantes hilos de su ambición. Vale, no todos eran malos, pero sí los suficientes, y después de este asunto con August, hasta el último de ellos tenía razones para ir a por Charlotte.

Intenté no precipitarme. Podría estar haciendo lo mismo que en la cafetería: ver el noventa por ciento de la historia, pero estar perdiéndome el diez por ciento que realmente importaba. A lo mejor estaba completamente equivocado. Para empezar, el *Daily Mail* no se caracterizaba precisamente por su rigor periodístico, y, para terminar, puede que August sí que alentara las adicciones de Holmes; a lo mejor la inocente era ella.

Pero entonces, ¿por qué intentaba él matarla?

Bueno, pensé, ya que me estaba comportando así de mal, también podía seguir adelante y convertirme en un verdadero mezquino. Encendí el ordenador de mi padre y, con los ojos medio tapados, escribí el nombre de Moriarty en el buscador de imágenes. Sería un raro, me

dije, un friki de las matemáticas; seguro que tendría el pelo engominado y que los dientes superiores le tapaban los inferiores.

La página cargaba muy despacio y las imágenes aparecieron de una en una.

Parecía un príncipe de Disney...

Cerré de un golpe la tapa del portátil.

* * *

Me quedé allí sentado durante otra hora más, paralizado por mis reflexiones, y cuando, por fin, tomé una decisión, no me sentí mucho mejor. Me pasé otros sesenta minutos en Google, intentando averiguar lo que necesitaba, pero, como sospechaba, no logré encontrarlo por ninguna parte.

Pues nada, tendría que volverse incluso más personal.

Tan silenciosamente como pude, abrí la cerradura de la puerta del despacho y salí al pasillo. Todo estaba tranquilo. Oí el solitario y fantasmal sonido del violín de Holmes en el piso de abajo; estaba claramente ocupada. La ropa sucia había desaparecido del borde de la cama de la habitación de invitados, pero su teléfono estaba a plena vista.

Varias semanas atrás, había decidido darme la contraseña: «Para emergencias», había dicho. Sus ojos brillaron cuando la recitó del tirón.

—Pensaba que tenía que ser una ristra de números elegidos al azar —había protestado yo, aunque fue una queja flojita, porque me había hecho mucha ilusión. Tanta como cuando es tu cumpleaños, ha nevado o es Navidad.

Holmes me había honrado con una de sus efímeras sonrisas.

—Si alguien le pone las manos encima a mi móvil es porque habré muerto o estaré a punto de hacerlo. De cualquier modo, tú eres la única persona que quiero que lo use, así que he pensado que debería escoger una contraseña que seas capaz de recordar. Estoy segura de que no tendrás problemas con esta.

La introduje rápidamente, con la esperanza de que fuera, y a la vez no fuera, la misma.

0707: siete de julio.

Mi cumpleaños.

Suspiré profundamente y rebusqué entre los contactos. Solo había cuatro números en la lista: casa, Lena, yo... y Milo.

—Uno de los hombres más poderosos del mundo —me había asegurado. Y la única persona a la que ella escucharía si a mí no me hacía caso.

Escribí el mensaje letra por letra: «Milo, soy James Watson».

—Llevo resolviendo crímenes desde que era pequeña, se me dan bien —me había dicho—. Me siento orgullosa de lo bien que lo hago, ¿comprendes?

«Tu hermana está cometiendo un grave error que puede costarle la vida. Necesito la ayuda de tu familia».

—Ellos creen que no puedo seguir resolviéndolos.

«Ven si lo crees conveniente. Y si no..., ven igualmente».

Lo envié. Después borré todo rastro de él. Fue un gesto en vano: a Holmes le bastaría con un segundo para descubrir mi traición. Me debatí conmigo mismo, intentando cumplir la primera mentira que había soltado de que dormiría un poco. Pero me resultaba imposible hacerlo. Ya no era que nos estuvieran tendiendo una trampa, sino que ahora querían darnos caza. Si no acabábamos en la cárcel, August y su cómplice se asegurarían de que muriésemos.

¿Y quién era yo para aseverar que no intentaría llevarse nuestras vidas mientras estuviéramos ahí? Me quedé helado. ¿Cómo no se me había ocurrido pensar en eso antes?

«Malcolm y Robbie». Sentí pánico y me precipité escaleras abajo en busca de mi padre.

Estaba en la puerta principal, despidiéndose con la mano de Abbie y los niños mientras la furgoneta daba marcha atrás sobre el camino de entrada.

—¡Vaya! —dije.

—Se vuelven a casa de su madre durante unos días —me explicó cerrando la puerta—. Charlotte expuso el caso de forma bastante convincente y ahora me siento un irresponsable por no haber sido yo el que les haya dicho que se marcharan. —Suspiró—. El detective Shepard está en la cocina, si quieres hablar con él. ¿Has encontrado lo que buscabas?

—¿Ese es Jamie? —exclamó Shepard—. Pregúntele qué demonios es un Laffy Taffy Eterno.*

Pero el violín de Holmes seguía sonando suavemente y avancé hacia la melodía como si fuera un sueño. Allí estaba, en el salón, vestida de nuevo con la ropa de siempre, desde la cabeza hasta las elegantes botas negras. Al trasluz de la ventana, parecía una sombra abstracta con el instrumento debajo de la barbilla. Movía el arco con una lentitud exquisita; primero una nota aguda y, después, un lánguido descenso.

Se detuvo, en mitad de una nota, como una hermosa estatua. Contemplarla me destrozaba.

—¿Watson? —preguntó sin darse la vuelta.

Me acerqué con paso lento, como si me hubieran citado para comparecer ante el juez y recibir sentencia.

—Acabo de tirarme una hora enterita contándole al detective lo de la explosión. Como si yo supiera algo que él no sepa. Ah, y tu padre me ha dicho que la hora que te han asignado para que recojas las cosas de tu cuarto es mañana a las diez

y media. Así que puede que vaya sola a registrar la casa de Bryony. —Sostuvo el Stradivarius en alto para examinar las cuerdas

y pellizcó una de ellas para escucharla—. ¿Te parece bien?

—Preferiría ir contigo —respondí, con el tono de voz más normal que pude poner.

Se giró para mirarme; tenía los ojos tan oscuros como una tormenta. Asimiló a toda velocidad mi expresión, mi postura y mis pies descalzos sobre la alfombra, y cuando llegó a una conclusión, retrocedió como si la hubiera golpeado.

—Me dijiste que no lo harías —susurró.

—Necesito oírlo de tus labios —dije. Fingir ya no serviría de nada—. ¿Qué pasó entre August Moriarty y tú?

—No necesitas...

—¡Sí! Sí que necesito saberlo.

—Watson, por favor...

—Cuéntamelo —insistí. Dios mío, estaba aterrado, no sabía que la palabra «por favor» formaba parte de su vocabulario—. Tú solo... ¿Me lo vas a contar?

Sacudió la cabeza con firmeza e incredulidad, como si yo fuera un hombre que, en plena calle, hubiera cometido el error de pedirle que me diese la cartera y el número PIN y pasar diez minutos en un callejón, totalmente ajeno al cuchillo que ella lleva consigo a plena vista. En aquel instante, se me ocurrieron cientos de cosas que podría haberle soltado (tópicos, garantías, acusaciones), pero las descarté y me quedé mirándola mientras pasaba por delante de mí y se encaminaba directamente a la puerta principal, con el único sonido de las botas en medio de tanto silencio.

En la cocina, Shepard le dijo a mi padre:

—¿Hermandades? ¿Hot Chocolate? Eh..., ¿podría volver a explicármelo?

* * *

No le conté a mi padre ni tampoco al detective que Holmes se había ido, por la simple razón de que no quería que iniciaran una búsqueda. Tenía todos los motivos del mundo para querer desaparecer, pensé —aunque nuestro terrorista siguiera suelto—, y lo último que deseaba ahora mismo para ella era que tuviera que verse cara a cara con ellos, aunque no me cupiera duda de quién sería el vencedor.

Claro que eso no detuvo la desazón que sentía en el estómago, porque no estábamos en una película de superhéroes, con música *in crescendo*, una victoria innegable y el enemigo a los pies de Holmes sobre una elegante cantidad de su propia sangre. Esta no era una de las historias de mi trastatarabuelo; ella con sombrero, bastón y un reloj de bolsillo, saliendo disparada para apresar a los maleantes, y yo esperando junto al fuego a que llegara la gran revelación final. Esto ni siquiera era un apartado de la interminable lista de mi padre o una anécdota que pudiera resumirse de una forma elegante y afectada, aparte de que tampoco sabría cómo hacerlo. «128. Cuando traiciones la confianza de Holmes, _____; 129. Cuando te des cuenta de que le ha importado alguien que no eres tú, maldito cabrón egoísta, _____; 130. Cuando el resultado directo de las emociones que ella asegura no ser capaz de sentir se convierte en un bicho raro misógino muerto, una chica inocente que casi se ahoga, todos tus momentos de intimidad grabados en vídeo y Holmes a punto de volar por los puñeteros aires, _____».

«Lo entenderá», me dije a mí mismo tras una hora entera dándole vueltas. «Entenderá por qué lo hice. Y, de momento, respetaré que necesite espacio —eso puedo hacerlo—, y cuando vuelva, le pediré perdón y podremos seguir adelante con el asunto de evitar que nos maten».

Entonces recordé las reglas uno y dos:

«Busca a menudo opiáceos y deshazte de ellos según sea necesario».

«Empieza siempre buscando en los tacones huecos de las botas de Holmes».

A lo mejor no estábamos tan alejados del pasado como nos gustaría creer. Pensé: «Oh, seré hijo de puta », y apenas recuerdo coger el abrigo según salía pitando por la puerta.

Entre la casa y la carretera había una extensión plana de césped, ligeramente espolvoreada con nieve. Cuando era pequeño, conformaba un continente interminable en sí misma, pero ahora parecía del tamaño de un sello. Estaba implacablemente blanca y despejada, pero no había ni rastro de Holmes. ¿Cómo se las había apañado para desplazarse sin dejar huellas? Todas las que identifiqué eran de conejos y ciervos.

Nos hallábamos a casi un kilómetro de distancia de la casa más cercana e incluso más lejos aún de cualquier clase de civilización. Sin embargo, caminé con paso decidido hacia el centro de la carretera y me protegí los ojos con las manos, mirando a lo lejos en ambas direcciones. Vi el pavimento, el terreno llano, la veleta del vecino más próximo, pero no la vi a ella.

Vale, antes de coger el coche de mi padre para ir a buscarla, descartaría el resto de nuestros terrenos. Sería concienzudo. Holmes lo habría sido si hubiera tenido que dar conmigo.

No tenía ni idea de lo que le diría cuando la encontrara.

* * *

Examiné con rapidez los árboles que había en los laterales de la casa, pero le dediqué más

tiempo al cobertizo que mi padre había construido para guardar las herramientas. El cortacésped y también sus caballetes estaban en el interior y aunque parecía que no había nada más allí, inspeccioné la caseta de dentro hacia afuera y viceversa en busca de algún espacio misterioso o alguna habitación oculta. Repasé cada centímetro de madera con las manos vendadas... Nada, de momento nada.

Salí con paso airado al patio, pensando en la extensión de tierra helada y despejada que había detrás de la casa y preguntándome si se las habría apañado para mimetizarse con el paisaje, si podría estar, de alguna forma, pegada a mí; si habría logrado desaparecer por completo de la faz de la Tierra.

A través de la ventana trasera, miré con odio la cabeza inclinada del detective Shepard. Mi padre estaba frente a él, intentado no mirarme y fracasando en el intento. A él también lo fulminé con la mirada.

Cogería el coche, entonces. Registraría todo el terreno que había desde mi casa a Sherringford y, aunque no supiera cómo, daría con ella. Tras asegurarme de que no estaba sufriendo una sobredosis, dejaría que me odiara todo lo que le diera la gana. Pero las manos se me estaban helando bajo las vendas y no tenía ninguna intención de congelarme dos veces en dos días seguidos. «Guantes», pensé mientras subía por las escaleras del porche, «y después el coche, y luego Holmes...».

Bajo mis pies oí una risilla.

Era una risa desagradable, como la que emitiría un niño pequeño que acaba de arrancarle las alas a una mosca. No obstante, era la suya. Bajé de un salto por el lateral del porche y me puse a cuatro patas para examinar los treinta centímetros de oscuridad que había allí abajo.

Holmes se había recogido como una bolita oscura sobre el barro helado de debajo de las escaleras. Tenía la cabeza inclinada lánguidamente hacia un lado y me estaba evaluando. Me quedé allí de rodillas, inmóvil. Estaba claro que me había visto y también que no era capaz de procesar lo que veía. Tenía los pies descalzos negros por el barro y el pelo alborotado.

Se había escondido debajo del porche como si fuera un perro al que han vencido.

«74. Le pase lo que le pase a Holmes, recuerda que no es *culpa tuya* y que seguramente no habrías podido impedirlo, a pesar de tus esfuerzos.»

Y una vez más, mi padre, demostrando que era un idiota.

—¿Holmes? —musité.

—Hola, Watson —respondió, soñolienta. Me acerqué a ella a gatas, dejando atrás sus calcetines y zapatos, amontonados juntos, y sus piernas dobladas. Me miró, indiferente. Me di cuenta, conmocionado, de que sus pupilas se habían convertido en unos diminutos puntos negros—. Hola —repitió, y se rio.

—¿Cuántas te has tomado? —pregunté, sacudiendo los calcetines y volviendo a ponérselos sobre los pies congelados. No se resistió, pero tampoco contestó, ni siquiera cuando metí la mano en una de las botas y saqué una bolsa de plástico vacía—. ¡Por Dios! ¿Has llevado esto siempre encima?

—Una tiene que estar preparada para los días malos —dijo, cerrando los ojos. Su voz no era ronca ni áspera, no sonaba a ella en absoluto—. Oh, Watson, siempre tan decepcionado...

—No, no te duermas —dije, dándole golpecitos en la cara fría. Apartó la mano sin ningún entusiasmo—. ¿Qué te has tomado?

—Oxicodona, hace que todo se mueva más despacio. —Sonrió—. Estoy harta de la cocaína, la odio. ¿Te estoy decepcionando?

—No.

—Mentiroso —dijo, escupiendo la palabra con una malicia repentina—. Esperas lo imposible y, además, me niego a dártelo. No puedo hacerlo, no lo haré.

—No espero nada de ti —le aseguré—, salvo que no te mueras por congelación. —Me quité el abrigo y la envolví con él—. Venga, vamos dentro.

—No.

—Holmes, hace muchísimo frío, tienes que darte un baño caliente. —Le tiré del brazo y me arañó la palma de la mano con las uñas. Me estremecí de dolor y me aparté.

—He dicho que no —repitió mientras me miraba con sus iris gigantes.

Me llevé la mano al pecho y la acuné, intentando controlar la respiración.

—¿Cuántas te has tomado?

—Las suficientes —dijo, apartando la vista. Volvía a estar aburrída—. No voy a morirme, vete.

—No me iré sin ti.

—¡Que te vayas! Coge tu abrigo, apesta a culpabilidad.

—La verdad es que me encuentro bien aquí. —No podía obligarla a entrar y probablemente ya no podría hacer que fuera a ninguna parte conmigo nunca. ¿Qué otra opción tenía? Tras unos segundos, me acurruqué con ella en el abrigo, esperando que mi calor corporal al menos la calentara un poco.

El mundo se paró de golpe, como cuando las cosas van tan mal y las noticias son tan terribles que nos asfixian como un techo a punto de caérse nos encima. Debería haber pensado en alguna solución, en una salida; haber decidido si debía humillarme ante ella para pedirle perdón o si debía pedirle al detective Shepard que nos sacara del caso. Pero no lo hice. Me apretujé a su lado en aquel frío y oí su respiración. ¿Qué se suponía que tenías que hacer cuando tratabas con esa clase de drogas? ¿Cuánto duraban los efectos? Deseé, por primera vez en mi vida, haber aprovechado mis años en Highcombe haciendo algo que no fuera leer novelas y quedarme extasiado con princesas rubias y glaciales que nunca habían probado nada más fuerte que la marihuana. Así habría adquirido algunos conocimientos prácticos. Holmes podía estar muriéndose, pensé, y no tenía forma de saberlo; lo más responsable habría sido llamar a la policía o a una ambulancia, o al menos habérselo contado a mi padre y dejar que él lo solucionara.

Pero no lo hice. Lo escribirían en mi tumba, pensé: «Jamie Watson. No lo hizo». La nieve se colaba por entre los listones del suelo del porche, cubriendo las marcas que las rodillas habían dejado al arrastrarse por el barro. No era católico, pero daba la inequívoca sensación de que eso era el purgatorio: el frío glacial, la espera interminable... No tenía ni idea de qué vendría a continuación.

Después de lo que pareció una eternidad, la puerta trasera se abrió. Oí unas fuertes pisadas sobre nuestras cabezas.

—¿Jamie? —gritó mi padre—. ¿Charlotte? El detective Shepard y yo ya hemos terminado. ¿Jamie?

Contuve el aliento. Tras un largo minuto, maldijo y volvió dentro arrastrando los pies.

—Está preocupado —opinó Holmes cuando se cerró la puerta. Miré fijamente la nube de vaho que su aliento formaba por el frío—. Es bueno que se preocupe, yo no lo hago. No eres nada para mí.

—Mentirosa —dije, imitándola. Intenté expresar la fuerza de mi cariño por detrás de la

palabra.

—Una vez lo fuiste —prosiguió—, algo para mí. Pero ahora ya no.

Empezó a tiritar, ¿era eso una buena señal o no? En cualquier caso, no podía soportarlo. La cogí en brazos con cuidado y, para mi gran sorpresa, me lo permitió, acurrucándose contra mi pecho tan dócilmente como si fuera mi novia. Como si ya la hubiera sostenido allí antes, como si lo hiciera todos los días.

Por alguna razón, aquello me asustó muchísimo más que todo lo demás. Lee Dobson se la había encontrado en este estado, pensé, y los brazos se me tensaron instintivamente. Dobson había...

—Deja de pensar en él —me ordenó—. No te corresponde a ti hacerlo.

—¿En qué puedo pensar? —pregunté cansado. Si mi paciencia tenía un límite, era este.

—Hablemos de las cosas que crees saber. —Esa horrible risita—. Decepcionemos a Watson un poco más.

—No —dije—, tú no...

—August era mi profesor particular de matemáticas, ¿lo sabías? Claro que sí. Lo sé por cómo me has apretado con las manos.

Pensaba que quería oírlo, pero la verdad es que no quería escucharlo por nada del mundo.

—Fue idea de mis padres, para limpiar su imagen. Habían salido cosas negativas en la prensa y querían ofrecerle una versión distinta a los medios: «La compasión de los Holmes»; menuda panda de cabrones mentirosos. Al principio le odié, pero después de que Milo se mudara a Alemania, me acostumbré a su presencia. Era como volver a tener un hermano mayor, claro que después dejó de serlo y se convirtió en algo más.

—¿En qué? —pregunté, en mitad del silencio.

—Le quería. Aunque él a mí no. —Las palabras salieron de su boca con mordacidad y dureza, y me resultaron repentinas por su ferocidad—. Dijo que era demasiado mayor y que, incluso aunque esperáramos, sería una auténtica catástrofe. Por nuestras familias, ya sabes. Me informé de que el «encaprichamiento» se me pasaría. Eso fue peor que haberle oído decir que me rechazaba.

Oírla hablar de ese modo, como si recitara sus pecados, me impedía respirar bien. Cuando volvió a abrir la boca, se expresó con una precisión apabullante.

—Quería castigarle, hacerle sentir lo que yo sentía, así que lo convencí para que utilizara sus vínculos familiares y me consiguiera cocaína. Sabía que lo haría. Estaba consumiendo muchísima y a él le aterraba que, sin ella, sufriera síndrome de abstinencia. —Tomó aire—. Quería que me hiciera daño y que después pagara por ello. La noche en que su hermano Lucien condujo hasta mi casa con la bota llena de cocaína, llamé a la policía. Lucien huyó y August se quedó para asumir la culpa, como yo había sospechado. Después de todo, se sentía responsable.

»Mi madre lo despidió y, acto seguido, llamó al catedrático de Oxford, que era el tutor de August, para que lo expulsaran. Y cuando acabó con todo eso, me obligó a sentarme en la sala de estar. Había cerrado todas las cortinas y me explicó, con mucha paciencia, que eso era una lección: no volvería a repetirse.

—¿Lo de las drogas? —pregunté en voz baja.

—Lo de las drogas dice... —Se rio—. No, había empezado con «las drogas» a los doce años. Era demasiado blanda por dentro, no tenía exoesqueleto. Lo sentía todo y, aun así, todo me aburría. Al principio, la cocaína me hacía sentir más importante, más cabal, como si, al menos, fuera una persona. Y, luego, dejó de funcionar y empecé a tomar más y más hasta que me enviaron

a rehabilitación. Cuando regresé, pasé varios meses recorriendo la ruta clásica de la morfina y las jeringuillas. Lo volvían todo silencioso y lejano. Me sentía mal por dentro, ¿entiendes? Siempre he estado así. Pero la morfina era demasiado complicada y me descubrieron, así que de vuelta a rehabilitación. Luego cambié la morfina por la oxicodona. Más rehabilitación. Y después más oxicodona. Nunca he conseguido superar nada de eso y mis padres dejaron de esperar que lo hiciera. No es algo que les siga dando miedo.

Durante todo el tiempo que estuvo hablando, no levantó la vista para mirarme ni una sola vez. Estaba echa un ovillo en mis brazos, como si fuera mi novia, pero me hablaba como si yo fuera una concha vacía.

—Lo que asustaba a mi madre eran los sentimientos

—dijo—, que yo fuera una sentimental. Con mi conjunto tan particular de habilidades, resulta una carga. Como consecuencia de lo que sentía por August, me convertí en... peor persona. Me enviaron lejos para que pensara en lo que había hecho. Nunca fue una cuestión de apartarme de las drogas, sino de alejarme de mí misma.

—Dios, Holmes, eso es horrible.

¿Qué clase de monstruo le exigiría a su hija que no sintiera nada?

—¿Lo es? Yo creo que mi madre tenía razón. Ya no confío en mí misma y nadie lo hace... — Levantó la vista para estudiarme. Estaba tan pálida que las venas del cuello resaltaban como si fueran marcas de bolígrafo—. Ni siquiera tú.

Me resultaba espantoso verla de aquella forma.

—Holmes...

—Pensabas que *lo había matado* y, prácticamente, es verdad, perdió su vida por mi culpa. Con el tiempo consiguió un empleo. Trabaja para mi hermano introduciendo datos, ¡menudo desperdicio! Pero me ha perdonado, es un idiota sensiblero. Incluso le exigió a su familia que lo dejaran en paz porque yo estaba trastornada, según les dijo, y no podría salir nada bueno de eso. Y ellos lo escucharon, fue el último favor que le hicieron. Lo repudiaron por ser mi chivo expiatorio.

—Tú no estás trastornada —aseguré, intentando que sonara sincero para que se sintiera mejor—. No lo estás en absoluto. Simplemente cometiste un error.

—Yo no cometo errores —dijo, y se apartó de mí—. Sé exactamente lo que hago.

—Incluso aunque ese fuera el caso, te *perdonaron*. Y aceptar su perdón no es un signo de debilidad. —Estaba desesperado por volver a tenerla cerca, por alejarla de ese lugar tan profundo en el que se encontraba dentro de sí misma. Nunca había querido esto, nunca—. No me hubiera dado por pensar otras cosas de ti si me lo hubieras contado.

—¿Ah, no? —preguntó; las últimas notas de confusión habían desaparecido de su voz—. Qué interesante...

—No es justo.

—No dejas de utilizar esa expresión como si tuviera alguna consecuencia en la vida real.

—Y así es —insistí.

—La justicia, Watson, habría hecho que August Moriarty recuperara su plaza en el colegio, a su familia y a su prometida (la verdad es que podría haberme hablado de ella cuando me declaré la primera vez; no iba a acosarla ni a matarla), pero no fue eso lo que ocurrió. Está solo, en un país extranjero y sin amigos. Nuestras similitudes son realmente llamativas.

—Eres una melodramática —dije, y sus ojos centellearon. ¡Genial!, cualquier reacción era mejor que ninguna—. Yo estoy aquí sentado a tu lado, soy tu *amigo* y no voy a ir a ninguna parte.

—Me encontraría perfectamente bien si lo hicieras —soltó de golpe.

—No me cabe duda. Aun así, no pienso moverme y, por esa razón, tienes que escucharme. —Respiré hondo—. Lamento lo que te ocurrió, lo digo en serio. Fue espantoso y las consecuencias fueron... surrealistas. También siento haber roto tu confianza. Nunca quise hacerte daño. Solo lo hice porque estaba desesperado. ¿No te parece que tu fe en él y su familia puede ser un poco infundada? Es decir, ¿le has dicho a Milo que investigue sus actividades? ¿Ha estado August en Alemania todo este tiempo? ¿O ha hecho algún viajecito a Estados Unidos?

—Él *no es* el responsable —gruñó—. Te lo he dicho desde el principio. Cabe la posibilidad de que me odie, y debería hacerlo, pero no es un asesino. Y si no puedes creértelo... Watson, no trabajaré con alguien que se niegue a confiar en mí.

—Pero si tú fuiste la primera que se negó a confiar en mí —protesté—. ¿Por qué no me contaste la verdad? Ya sé que tienes intereses personales en el asunto, ¡pero yo también!

—¿Qué intereses podrías tener tú en esto?

Ahora estaba a pocos centímetros de mi rostro. ¿Cómo podía no entenderlo?

—Tu vida. Tu *vida* y la mía. ¿Vale realmente la pena perderlas para que tengas razón en esto?

—Nunca dejaría que murieras —dijo; respiraba superficial y rápidamente.

—¿Y qué hay de ti? ¿Qué pasará contigo? —Oí que se me quebraba la voz solo de imaginármelo: Holmes sobre el suelo de hormigón, con un halo de sangre alrededor del pelo oscuro; bajo una de las losas de granito del laboratorio; sobre una mesa de autopsias en la morgue; en un baño de cristales rotos o envenenada en plena noche. Acurrucada bajo aquel maldito porche, lista para morir, con los ojos completamente inexpresivos mirándome. Podría pasarnos a cualquiera de los dos, maldita sea, pero si el hecho de que yo estuviera allí significaba que ella tenía más posibilidades de permanecer con vida, entonces no me movería, ¡punto pelota! Y así se lo hice saber en voz alta, suplicándole—: Sé que no me necesitas, cualquier idiota se daría cuenta, pero estamos juntos en esto. Y voy a quedarme aquí, justo aquí, hasta que todo termine. Eres... Eres lo más importante del mundo para mí, y no me imagino estar sin ti, pero si el momento ha pasado y quieres que me vaya, lo haré, me marcharé...

—Deberías hacerlo. —Las palabras salieron atropelladamente de su boca—. No lo entiendes... No te das cuenta de que no soy una buena persona, de que paso cada minuto de cada día intentando no ser la persona que *podría* ser si dejara escapar a mi yo auténtico. Y te arrastraría conmigo. Aunque, en realidad, ya lo he hecho. Míranos, mira dónde estamos.

—Eso es imposible.

—¿Tú crees? —preguntó con tristeza. La estaba perdiendo otra vez—. ¿Estás ciego?

—No puedes ser una mala persona porque eres un robot, ¿lo has olvidado?

Sinceramente, fue el chiste más penoso y poco entusiasta que había hecho en mi vida, pero tampoco se me ocurría nada más. Yo había traicionado su confianza y había puesto en peligro nuestra amistad; ella me había ocultado cosas que yo necesitaba saber y había puesto en peligro nuestras vidas. No tenía ni idea de qué sería lo siguiente. Todo lo que quería era que me mirara como solía hacerlo, con esa mueca burlona en los labios, y que empezara a hacer deducciones sobre el bocadillo que me había comido al mediodía.

Entonces me di cuenta de que se estaba riendo.

La miré de reojo, por si acaso también le estuviera sangrando la cabeza. Pero ahí estaba: la risita entre dientes y la mano sobre la boca, ocultándola. Cuando nuestros ojos se encontraron, se produjo una especie de descarga eléctrica que me resultó desconcertante, como si hubiéramos roto y hubiéramos intercambiado nuestros votos a la vez. Y volví a notar ese miedo imaginario

que había sentido la noche que pasé en la enfermería, cuando no sabía si la enfermera Bryony iba a besarme o a asfixiarme con una almohada. No entendía a las chicas en absoluto.

Bryony... ¡Bryony!

—Holmes —balbuceé con apremio—, ¿cómo has dicho que se llamaba la prometida de August?

—No lo he dicho. —Su mirada se volvió ausente—. No la conocía, solo sabía que estaban prometidos y que él la dejó cuando... ¡Dios santo, Watson! —Y me empujó intentando salir a toda prisa de debajo del porche.

—¿Adónde vas? —la llamé.

—¡Milo! —respondió.

Recogí rápidamente los zapatos y salí detrás de ella. Los dos entramos corriendo por la puerta, cubiertos de barro y tiritando por el frío; debía de parecer que volvíamos de alguna clase de infierno ártico y, de algún modo, pensé que así era.

Mi padre estaba de pie en el centro de la cocina, con los brazos cruzados.

—Jamie —dijo, con una nota de advertencia en la voz, mientras el detective se levantaba de una silla de la mesa. Pasamos por delante de ellos y subimos corriendo las escaleras—. ¿Dónde narices habéis estado? —gritó a nuestras espaldas.

—¡Cinco minutos! —contesté, dándome la vuelta—. Dadnos solamente otros cinco minutos.

En la habitación de invitados, Holmes prácticamente se tiró sobre el móvil.

—Milo —dijo, hablando por teléfono, y yo me quedé paralizado. ¡El mensaje! Si Milo me delataba, esto podría volver a ponerse feo—. ¿Dónde estás? ¿En una pista de despegue? Solo consigo entender una de cada dos palabras. —Puso voz grave—. ¿Que vienes a Nueva York? Dime por qué. No, eso es mentira. Y eso también. Vale, recuérdame cuándo fue la última vez que dejaste tu apartamento. Antes de esta. No, no me vengas con esas, fuiste tú el que hizo que lo «depositaran en tus oficinas». Sí... No, no estoy drogada. No. Sí, vale, lo estoy, no cuelgues. Pues claro que quiero verte cuando llegues, idiota.

Iba a venir. Milo estaba de camino y no iba a contarle a Holmes que se lo había pedido yo. Le di las gracias en silencio al patrón de los hermanos mayores perturbados de las mejores amigas trastornadas.

Holmes se paseó, dejando pequeñas marcas de barro congelado en la alfombra.

—No, no cuelgues, tengo que preguntarte algo. —Hizo una pausa—. ¿Cómo se llamaba la prometida de August? Me da igual. Es importante... No, no es lo que te piensas... No, yo no... ¿Acabas de llamarme bruja, capullo? Milo..., ¡maldita sea!

Se volvió para mirarme.

—Ha colgado. El idiota se piensa que quiero saber el nombre para localizarla y matarla.

—Eso resulta bastante irónico —dije, sonriendo, y me correspondió, pero solo durante un segundo. Entonces recibió un mensaje y el móvil pio. Eché un vistazo por encima del hombro.

«Bryony Davis. No te la comas. Hasta pronto».

Bryony Downs, Bryony Davis... Apenas había cubierto su rastro.

Holmes y yo nos miramos. El corazón me iba a mil por hora.

Shepard abrió la puerta del dormitorio.

—¿Y bien? —preguntó con el ceño fruncido—. He examinado la nota, he hablado con tu padre y agradezco que me cedáis a Bryony Downs para que yo le haga un interrogatorio más..., eh..., oficial. ¿Pero de qué va esto exactamente? —Señaló los pantalones manchados de barro de Holmes y mi pelo mojado—. ¿Es algo que deba saber?

Holmes me lanzó una mirada y la comprendí de inmediato.

—Mmm, bueno, estamos saliendo juntos —dijo, acercando lentamente una mano hacia mi pelo—. Acabamos de hacerlo oficial y... Ay, madre mía, Jamie, esto es un poco embarazoso.

Bajé su mano y la así dentro de la mía.

—No lo es —aseguré—. Quiero decir que se veía venir desde hace tiempo. Pero, yo..., bueno, supongo que no conocía mis propios sentimientos.

Holmes me sonrió de oreja a oreja y yo la atraje hacia mí, envolviéndola con el brazo. El detective soltó un bufido involuntario, como si se estuviera ahogando.

—Estábamos fuera, en la nieve y..., bueno, vale, yo salí corriendo enfadada porque pensaba que no le gustaba, pero resulta que sí, solo que le daba vergüenza admitirlo. Así que él también salió para encontrarme a mí y... —Holmes sonrió al detective y resultó extraño ver cómo el cansancio hacía que esa expresión impostada pareciera real—. No sé, ¿quiere oír lo que me ha dicho? Ha sido muy romántico.

Shepard levantó las manos.

—Tengo muchísimas cosas que hacer —contestó mientras retrocedía hasta el pasillo—. Ya sabéis cómo va esto: «¡Todos a la comisaría!». Y, bueno, allí es donde debería estar.

—Hablares más tarde, entonces —le aseguró Holmes, con lo que juraría que eran los últimos retazos de su autocontrol.

El detective sonrió con los labios apretados.

—Vale, sí —dijo. Cerró la puerta y desde el pasillo le oímos murmurar—: Dios, no soporto a los adolescentes.

* * *

La mañana siguiente tardó una eternidad en llegar y, aun así, cuando por fin lo hizo, yo no estaba preparado. ¿Acaso podría estarlo? No teníamos ningún plan... O, si lo teníamos, desde luego no me incluía.

Además, por si fuera poco, estaba reventado. Me había pasado la noche anterior cuidando de Holmes mientras le daba el bajón. Ocurrió justo después de que Shepard se marchara; cayó sobre la cama como si le hubieran cortado las cuerdas que la sujetaban. Había insistido en que no quería nada —menuda sorpresa—, pero la había obligado a beber agua y a comerse de una en una las galletitas saladas del paquete que mi padre había dejado al otro lado de la puerta. Estábamos los dos solos, en silencio, en aquella pequeña isla oscura de sábanas floreadas. Holmes estaba tumbada en dirección al ventilador del techo, con el brazo sobre la cara, y no dijo nada hasta que yo me levanté para ir a contarle a mi padre lo que habíamos descubierto sobre la enfermera del colegio.

—No —dijo, cogiéndome del brazo sin mirarme—, quédate aquí.

—Lo has resuelto —anuncié—. No hace falta que vayas a por ella. Deja que la policía se encargue de eso.

—Todavía me queda trabajo por hacer. Necesito averiguar cuál es su papel en todo esto y de qué forma la han utilizado los Moriarty. —Me agarró con más fuerza—. Esto no es un simple robo de joyas. Esta mujer ha matado a una persona y lo ha intentado con otra, por no mencionar que ha tratado de arruinar nuestras vidas y quizás también ponerles fin. Así que sí, maldita sea, la atraparé yo.

Tendría que haberme empecinado, haber insistido, pero estaba agotado, y ella también, así

que no me molesté.

«Jamie Watson. No lo hizo».

Volví a sentarme en el suelo y acomodé la cabeza contra el colchón. El día se transformó en noche y así pasaron las horas, hasta que me dormí arrodillado junto a la cama, como un peregrino frente a la tumba de un santo.

No se filtraba ni el más mínimo rayo de sol a través de la ventana cuando Holmes me despertó y me apremió para que me vistiera y bajara al coche de mi padre. No pronuncié ni una sola palabra.

—Té —dijo, colocándome una taza en las manos desde el asiento del copiloto—. Ahora conduce, antes de que alguien se dé cuenta de que nos hemos ido.

Mientras sujetaba el volante, amodorrado, me recordé a mí mismo que debía ir por el carril derecho de la carretera, no por el izquierdo; aquello no era Inglaterra. Holmes mantuvo un interminable monólogo en voz baja en el que ordenaba los últimos meses desde la perspectiva de la culpabilidad de Bryony. Bueno, desde su probable culpabilidad. Si resultaba que nuestra enfermera era otra Bryony, también inglesa pero una persona completamente distinta, yo sería el primero en hacer las maletas y marcharme a casa.

—Se ha ido desesperando cada vez más a medida que avanzaba. Ha dejado atrás la idea de asfixiarnos con nuestro propio pasado, lo que, a título personal, era lo único de su cruzada que me parecía *interesante*. Venga ya, ¿explosiones? ¿En serio? —A esas alturas del discurso, ya estaba aparcando el coche—. Las explosiones no tienen nada de interesante. Se cargó un laboratorio perfectamente útil que yo había montado, concienzuda y lentamente, con las cosas que me había llevado del laboratorio de biología del señor Lamarr. Oh, vamos, no me mires así, te he visto tostar nubes de azúcar sobre esos quemadores, eres tan culpable como yo. Lo único que echaré de menos son los ejemplares de las historias de tu antepasado. ¡Vaya un desperdicio tan absurdo! —Me llevó por la avenida principal de Sherringford hacia la bocacalle en la que se encontraba el piso de Bryony—. Para ser sincera, creo que los dan gratis con el Kindle, pero les tenía mucho cariño. Además, es probable que Bryony guarde imágenes grabadas en las que sales *desnudo* y ni siquiera puedo descifrar la cantidad de leyes contra la pornografía infantil que ha quebrantado...

Me estaba costando entender el inacabable humor alegre de Holmes. Habíamos pasado el día anterior sumidos en un infierno y, vale que estábamos a punto de participar en un pequeño delito de allanamiento de morada (lo que, en realidad, me hacía muchísima ilusión), pero ni siquiera habíamos reconocido nada de lo que había sucedido el día anterior. Ni una disculpa por parte de ninguno de los dos, ni una conclusión real para la pelea, ni tampoco una admisión de lo que fuera que había ocurrido entre nosotros debajo del porche. Y ahí estaba ella, con su brazo enganchado al mío, como el día —que ahora parecía tan lejano—, en el que se la presenté por primera vez a mi padre.

Me volví para decir algo, no sé el qué, y vi su rostro. Alivio; se sentía aliviada. En alguna parte de su fuero interno, había sospechado de August Moriarty —estaba demasiado bien entrenada como para ignorarlo—, pero ahora tenía buenas razones para apartarle del punto de mira y centrarlo en su prometida.

Debatí rápidamente conmigo mismo sobre cómo debía reaccionar ante esta revelación (¿celos?, ¿desaprobación?) y decidí que estaba harto de sentirme como una mierda. A mí tampoco me vendría mal animarme un poco, y quizás Holmes me dejara forzar la cerradura.

—Holmes —dije. Estábamos en la esquina de Market y Greene, escudriñando el bloque de pisos que había sobre la floristería y en el que se encontraba la casa de Bryony. Todo era muy

pintoresco, con las macetas de las ventanas pintadas y las volutas de hierro. No parecía la casa de alguien que hubiera asesinado a un chico a sangre fría—. ¿Vas a contarme por qué estamos aquí tan pronto? El interrogatorio en la comisaría no es hasta las diez y acaban de dar las ocho.

—Bryony saldrá por la puerta a las ocho y media, bien peinada y con el aspecto de una estrella en ciernes. Se detendrá en el Starbucks que hay a las afueras y puede que vaya de compras. Cree que va a la comisaría para que le hagan una serie de preguntas rutinarias, no para algo que dure todo el día. Cualquiera persona que usa un tipo de letra tan vanidosa en una amenaza de muerte se siente demasiado confiada como para pensar que está bajo sospecha. —Prácticamente se balanceaba sobre los talones—. He entrado en la base de datos de la policía esta mañana y he conseguido la marca y el modelo de su coche: un Toyota RAV4 negro de 2009, registrado a nombre de Bryony Downs, con matrícula 223 APK. O lo que es lo mismo, ese coche de ahí. —Estaba aparcado enfrente de su casa—. Durante este rato, nos quedaremos sentados muy discretamente en esa cafetería hasta que salga y, con suerte (porque esos vaqueros que llevas empiezan a oler a podrido), llegarás a tiempo a tu cita de las diez y media para recoger tus cosas.

No estaba seguro de si me iba a resultar más fácil sobrevivir a la Holmes alegre o su alter ego adicto a las drogas. De cualquier modo, dejé que me arrastrara por el brazo hasta el café, donde nos sentamos junto a la ventana con dos tés.

Todo ocurrió como ella había previsto. Bryony salió con los labios pintados de rojo y unas gafas de sol, como una vieja estrella de cine. Holmes me dijo que no fuera tan cantoso, pero me resultó imposible no mirarla cuando pasó por delante; ese pelo rubio, brillante, y su forma de cantar con la radio. En ese instante estuve a punto de creer que no era culpable de nada, porque quedaba claro que las consecuencias de sus actos no habían dejado en ella la más mínima huella. Una chica estaba en el hospital por su culpa, le había arrebatado la vida a Dobson... Incluso alguien tan despreciable como Dobson se merecía la oportunidad de crecer y convertirse en mejor persona. Bryony Downs tendría que estar retorciéndose en el suelo de su baño, atormentada por la culpabilidad y, en cambio, había decidido que era la protagonista de su propia comedia romántica.

Holmes me hizo esperar otros diez minutos.

—La paciencia es una virtud, Watson —declaró—. Además, se le podría haber olvidado algo.

Cuando no hubo moros en la costa, apenas tardamos unos minutos en plantarnos en la puerta principal, que conducía tanto al apartamento de Bryony como al que había encima y que estaba abierta. Mientras nos acercábamos sigilosamente, di gracias en silencio porque no tenía que ponerme a forzar la cerradura en plena calle. Cuando llegamos a la puerta (la número 2, como también indicaba el buzón que tenía al lado y en el que había un cartelito impreso en el que se leía: Bryony Downs), me apoyé sobre una rodilla para inspeccionar la cerradura.

—Es un modelo Yale —dije con indiferencia—, como el que usaba para practicar contigo. ¿Crees que podría...?

Con un gruñido de indignación, Holmes giró el picaporte.

—Veo que sigues arañando las cerraduras —le anunció al hombre que estaba sentado allí dentro.

Capítulo 10

No lograba entender lo que estaba viendo.

La estancia que teníamos delante estaba prácticamente vacía. Es decir, no había ninguna mesa, sofá o alfombra, y solo quedaban las alcayatas de los cuadros; estaba desierta. Desde donde me encontraba, vi claramente, a través de la jamba de una puerta, que dos hombres con trajes oscuros y pinganillos conectados por Bluetooth revisaban metódicamente varias

cajas de cereales. De una en una, las abrían, vaciaban su contenido en un bol y después lo tiraban todo a una bolsa de basura. Uno de los hombres, de hecho, silbaba mientras trabajaba.

Era bastante probable que estuviera soñando y que me hubiera introducido en una película surrealista, o quizás Holmes me estuviera gastando alguna broma bien elaborada. Además, podría haber llegado a tragármelo, de no haber sido por el hombre que teníamos sentado delante.

Él mismo, o uno de sus secuaces, había arrastrado una silla tapizada en capitoné y terciopelo hasta el centro de la habitación vacía. Pero no estaba sentado en ella como uno esperaría. No tenía las piernas cruzadas ni se recostaba perezosamente sobre el brazo de la silla, alargando uno de los brazos para mirar la hora en su precioso reloj. Esas posturas no habrían funcionado con él: aquel hombre era un auténtico empollón. Un empollón atractivo y muy elegante, pero, al fin y al cabo, un empollón. En consecuencia, estaba sentado en el borde de aquella ridícula silla fumándose pulcramente un cigarrillo.

Lo evalué. Eso era precisamente lo que él quería al exhibirse a sí mismo como una obra de arte en aquella sala desierta. Gafas a lo Buddy Holly, el pelo cortado como un publicista de los sesenta, con la raya a un lado y más largo por encima, y lo que me pareció un traje recién salido de Savile Row, el lugar al que James Bond acudiría para hacerse una chaqueta a medida si fuera real. Holmes me había dicho que estaba regordete, pero, por lo que vi, era una especie de flacidez causada por pasar muchas horas frente al ordenador.

Nada de esto hubiera resultado extraordinario por sí solo, pero llevarlo escrito de manera invisible por todo su ser, como si fuera tinta blanca sobre un folio igualmente blanco, era signo de poder; había dicho uno de esos poderes electrizantes que, con solo chascar los dedos, hacía arrodillarse a un gobierno. ¿Qué me había dicho Holmes? ¿El MI5? ¿Google? ¿Seguridad privada? ¿Cuánto de eso sería verdad? «Los drones», pensé con inquietud. «Es el que controla los drones».

Y yo era el lumbrera que lo había traído hasta aquí.

—¿Dónde están las cosas de la enfermera Bryony? —pregunté, esforzándome por dar la impresión de que ya sabía la respuesta y que solo buscaba su confirmación.

Milo Holmes me ignoró.

—Yo no arañó las cerraduras —dijo, con una voz clamorosa y suave que contrastaba con la ronquera de su hermana—. Eso es obra de Peterson, uno de mis hombres. Quería intentarlo y pensé que no había nada malo en ello, no teníamos ninguna prisa.

Había aprovechado esos diez minutos para vaciar el salón y yo ni siquiera lo había visto entrar por la puerta. Ninguna prisa..., claro.

—Es usted muy amable, señor —indicó, dejando de silbar, uno de los hombres del fondo. Ahora estaban abriendo los huevos de Bryony.

Holmes se cruzó de brazos.

—Sí que las rayas, lo haces siempre. A mí se me da muy bien, como ya sabes. Tendrías que habernos esperado.

Milo le dio una calada al cigarrillo.

—Tienes mejor aspecto del que me esperaba. Mis fuentes me hicieron creer que esta vez era terrible.

Tragué saliva.

—Sí, bueno, ahora estoy mucho menos centrada en las cuchillas de afeitarse y en las llamadas a las tres de la mañana y mucho más en salvar mi cuello de la soga. —Me resultó fácil imaginármelos de pequeños: Milo, tan invencible como un tanque, y Holmes, dando vueltas a su alrededor como un monje. La mayor parte del tiempo, ella era muy reservada, pero cuando dejaba de serlo... Bueno, digamos que soltaba cosas como—: Explícame ahora mismo lo que has hecho con las pruebas o le contaré a nuestra madre que espías a nuestra profesora de esgrima en la ducha.

—No lo harás y sabes muy bien lo que he hecho con las pruebas.

Holmes paseó su mirada de odio por la habitación.

—¿Nueva York? ¿En serio? Por cierto, te has perdido algo importante: soy yo la que se está encargando de esto. Lo tenía todo bajo control.

—¿Que tenías bajo control a la ex de August Moriarty? Venga ya, Lottie... —*Lottie*, pensé muy alegremente a mi pesar; ¡la llamaba *Lottie!*—. Eres muy sensible. Tendrías que haber dejado esto en manos de los adultos. Vámonos a casa ahora que la idea de nuestra madre ha llegado a su fin. ¿Un internado? Una gran equivocación. Te llevaremos al piso de Londres. Estoy seguro de que puedo convencer al profesor Demarchelier para que te dé clases...

—Milo, ese hombre me odia y...

—No, no piensas con claridad. ¿Y si intentaran meterte en la cárcel? Los estadounidenses y sus prisiones... Mis hombres te sacarían de aquí antes de eso, desde luego, pero sería un fastidio. Siempre te ha gustado esquiar en Utah y me gustaría que pudieras volver. Eso es lo que quiero para ti.

Empezaba a estar completamente claro por qué Holmes no quería que su familia se inmiscuyera. ¿Sensible? ¿Dejar las cosas en manos de los adultos? ¿Enviarla a otro sitio? ¿*Esquiar?*

Llamar a Milo había sido una idiotez por mi parte, podía irse directo al infierno.

—Me gustaría saber qué has hecho con las pruebas —exigí. Me salió como un gruñido—. Y cómo sabías que tenías que venir aquí, a esta casa.

Milo enarcó una ceja.

—¿Este es tu matón? —le preguntó a Holmes. No había veneno en su voz, pero eso no hizo que sonara mejor.

—Este —respondió Holmes— es James Watson, mi amigo y colega, y quiero que le contestes. Me erguí un poco más.

—Ayer, mi hermana me hizo una pregunta —dijo Milo—, ¿sabes cuándo fue la última vez que sucedió eso? En noviembre de 2009. Lottie no pregunta las cosas; las deduce y decide por sí misma. Eso, por sí solo, sería suficiente para hacerme coger un avión, sobre todo cuando esa pregunta tiene que ver con un Moriarty. Por suerte, ya me dirigía a Nueva York. Y en cuanto a las cosas de esta... esta enfermera... —Pronunció la palabra «enfermera» como lo haría al decir «gusano gelatinoso»—. Esta hilera de apartamentos tiene un pequeño y bonito callejón detrás del que hemos hecho uso, justo cuando entrabais, para enviar sus posesiones en camiones blindados.

Los hombres que tengo en la ciudad, en el cuartel general de Greystone, las revisarán, determinarán el enfoque apropiado de actuación y se las devolverán a Ben Shepard, vuestro detective.

—Con lo de «la ciudad» quiere decir Nueva York —aclaró Holmes sin quitarle los ojos de encima a su hermano—. Y con lo de Greystone, se refiere a la empresa de mercenarios que en la actualidad está arrasando Oriente Medio, de la cual es dueño (hablo de Greystone, no de Oriente Medio) y que parece su séquito de honor personal, si los «caballeros del desayuno» que hay ahí detrás no son suficiente prueba de ello.

—Me alegra ser de utilidad —exclamó Peterson. El otro tipo gruñó.

—¿Sabes? Nada de esto explica que aquel agente de los Moriarty practicara para copiar tu letra —dijo Milo en tono familiar.

—No —respondió Holmes—, pero que le arruinara la vida a August, sí. Su prometida ha decidido hacer el papel de ángel vengador en su nombre.

—Dos personas distintas que van a por vosotros... —sopesó—. Sí que sois populares. De lo que no estoy seguro es de por qué no habéis llegado a la conclusión obvia: que esas dos personas están trabajando juntas y que esta Bryony Downs está al servicio de August Moriarty.

Holmes apretó la mandíbula.

—Vale, Lottie. —Milo suspiró—. Nos centraremos en la enfermera, al menos por ahora.

—¿De qué sirve todo esto? —le pregunté, cambiando de tema—. ¿Qué hará esa mujer cuando vuelva y descubra que sus cosas no están?

Milo tosió educadamente para ocultar su risa.

—Tendremos pruebas suficientes antes de que termine el interrogatorio y el detective Shepard podrá acusarla de asesinato.

—Y, como conoces tan bien los hechos del caso, ¿sabes lo que tienes que buscar entre sus pertenencias? —pregunté.

—Evidentemente —respondió él.

—¿Descubriréis pruebas reales u os las inventareis?

Milo extendió las manos sin mediar palabra.

—¿Tienes que preguntarlo? —me dijo Holmes.

—Bueno, pues ahora que eso ya está aclarado, sostén esto —dijo Milo pasándome su cigarrillo—. Quiero enviarle un mensaje al tío Leander para contarle eso tan encantador que has dicho sobre James.

—*¡Watson!* —entonamos Holmes y yo al unísono.

—Claro, claro —dijo—. Amigo y colega, me encanta.

Holmes le arrebató el teléfono.

—¿Entonces ya está? —pregunté mientras apagaba el cigarrillo en el suelo—. ¿Esto es el final? El detective Shepard le saca una confesión a Bryony Davis-Downs, tú te llevas sus cosas para hacer de policía por tu cuenta y... ¿qué? ¿Aparecen los créditos finales?

—Eso parece —confirmó Holmes. Estaba empezando a derrumbarse sobre sí misma, algo que yo identificaba ahora con los porches traseros, el barro y el amargor de los analgésicos.

Le puse una mano sobre el hombro. No se me ocurría nada más.

Ella la miró y después me miró a mí. Poco a poco, el color regresó a su rostro y las comisuras de su boca se convirtieron en una sonrisa, una que duró.

—Peterson —exclamó—, ¿podrías decirle a tu compañero (sí, tú, el del gato persa y el

apartamento en un sótano de Berlín) que llame al camión blindado para que den la vuelta? Quiero que esta habitación esté como antes. Supongo que hicisteis fotografías de su estado original, de lo contrario pensaré que eres mucho más idiota de lo que me imaginaba por haber alterado de esta forma el escenario de un crimen. En serio, ¿por qué demonios lo has trasladado a la sede central si no es para permitir que este aspirante a Orson Welles (lo lamento, Milo, pero no eres lo bastante guapo para ser Olivier) pose en una habitación vacía? ¡Menudo coñazo!

Me mordí los labios para ocultar una sonrisa.

—Habríamos resuelto el caso tan solo con lo que yo hubiera dicho sobre los rastros de polvo —continuó—. Sin embargo, como te has cargado por completo esa opción, quiero que me entregues directamente todas las sustancias en polvo o cremas que encuentres. Me refiero a los cosméticos, por supuesto, pero busca también cualquier tarro en el que ponga proteína en polvo. Localiza igualmente cualquier cable o herramienta que te haga pensar en una bomba. Y quiero el receptor del rastreador que le has pegado al coche de Bryony; dámelo. No, mejor tráelo aquí. —Extendió una mano, impaciente—. Quiero asegurarme de que se dirige realmente a la cita y no que, ¡vaya!, salga disparada hacia el aeropuerto para acabar en Fiyi y después desaparecer. ¿Se me olvida algo, Watson?

Mientras ella examinaba el localizador que le habían dado, yo fingí que inspeccionaba la habitación.

—¿Ibas a decirle lo de la piel de serpiente que hay debajo del cojín de la silla en la que está sentado o lo hago yo?

Con un chillido bochornoso, Milo se puso en pie de un salto.

—Ah, sí, eso —dijo Holmes como si nada—. Peterson, comprueba las paredes por si hubiera una serpiente de cascabel.

* * *

Los dos empleados de Greystone se afanaron en volver a colocar los muebles según las especificaciones de Holmes mientras Milo supervisaba el procedimiento, con los brazos cruzados y un ligero aire de aversión.

O esa impresión daba si no lo observabas de cerca, algo que yo sí hice (al menos había logrado aprender eso). Cuando la mirada severa de Milo se fijaba en su hermana, se suavizaba un poco. Podría haber detenido a Peterson y a Michaels en cualquier momento, haberles ordenado que volvieran a vaciar la casa de Bryony y haber metido a Holmes en el avión más cercano que fuera a Londres.

Pero no lo hizo. Se quedó allí de pie viendo trabajar a su hermana.

Todo parecía estar lo bastante controlado como para que me tomara unos minutos y fuera a por mis cosas a la residencia. Holmes me había encargado que vigilara el rastreador GPS del coche de Bryony y, salvo por un par de paradas rápidas para beberse un café y echar gasolina, se había dirigido directamente a la comisaría. No había mucho más que yo pudiera hacer y, sinceramente, me apetecía ponerme algo de ropa limpia que fuera mía.

—Volveré en un rato —le dije. Ella asintió y siguió dando órdenes.

Hacía un día agradable, de manera que dejé el coche de mi padre aparcado en la calle y caminé los ochocientos metros que me separaban del campus. Estaba embargado por una sensación de bienestar, de esa clase que asocias con levantarte tarde un domingo en el que no tienes ni planes ni obligaciones. No albergaba dudas de que Holmes daría con las pruebas

necesarias para implicar a Bryony Downs en todos y cada uno de los acontecimientos terribles que habían tenido lugar. Por fin había terminado. Y Charlotte y yo seguíamos con vida.

Me permití soñar despierto con el hecho de pasar las navidades con ella en Londres. Con suerte, Holmes se quedaría todo el mes en el piso que su familia tenía allí, pero si no fuera así, yo mismo la sacaría de Sussex. En primer lugar, iríamos a tomar un *curry* como Dios manda y, luego, nos acercáramos a mi librería de segunda mano favorita, en la que el dueño me había pedido una vez que le firmara los libros de mi trastatarabuelo. A lo mejor le apetecería que fuéramos al Royal Albert Hall a ver un concierto de violín. Y, después de eso, le pediría que me enseñara su Londres, el que había memorizado cuando era pequeña. Veríamos cómo había cambiado y crecido en nuestra ausencia, de esa forma en que lo hacen las ciudades. Los dos tendríamos que volver a conocerlo y convertirlo en *nuestro* Londres.

Mientras atravesaba el patio interior de Michener Hall, no pude evitar fijarme en lo vacío que estaba Sherringford. El edificio de ciencias se hallaba en ruinas y seguía echando humo débilmente bajo la lona negra que le habían lanzado sobre el tejado. Esa mujer había querido que Holmes muriera, pensé con un escalofrío. Hasta ese momento no había caído en la cuenta. Bryony Downs quería acabar con la vida de Holmes. Menos mal que todo había concluido.

Llegué unos minutos antes de la hora, pero Tom ya estaba esperando en la escalera de nuestra residencia, tiritando de frío con su fina chaqueta. Los dos teníamos un aspecto un poco andrajoso, pensé; yo con el abrigo de mi padre y Tom con el chaleco de punto raído. Verlo me resultó sorprendentemente agradable, incluso a pesar de los rombos de su chaleco.

—¡Hola! —dijo con alegría—. ¿Dónde estabais? ¿En casa de tu padre? ¿Se encuentra bien Charlotte? He intentado llamarte, pero no dejaba de saltarme el contestador.

Le expliqué que me había dejado el móvil en el escritorio. A él lo habían evacuado directamente desde la biblioteca, según me dijo, y lo habían metido en un autobús con dirección al Days Inn, sin que nadie les aclarase lo que había ocurrido.

—Oímos la explosión —relató—. La gente lloraba... Fue espantoso. Aunque al final terminaron poniéndonos al corriente. El primer día, aquello parecía un convento, pero ahora es un puñetero espectáculo, la gente está que se sube por las paredes. Hay un montón de rumores. Es decir, ¿qué le pasó realmente al edificio de ciencias? ¿Tienes tú alguna información extraoficial? No, cuéntamelo dentro, quiero...

Di las gracias en silencio cuando las puertas principales se abrieron y cortaron el monólogo de Tom. Un policía con aspecto de estar aburrido consultó su portapapeles.

—¿Thomas Bradford? ¿James Watson? Venid conmigo. El edificio es seguro, pero nos obligan a quedarnos con vosotros por precaución.

Con las prisas de la otra noche, se me había olvidado cerrar la puerta con llave, o, mejor dicho, cerrarla del todo. El policía me miró con el ceño fruncido cuando se abrió de golpe con un ligero empujoncito y se llevó la mano a la pistola al ver el interior.

La verdad es que parecía el escenario de un crimen: el colchón rajado, las cortinas rasgadas, los libros huecos, el destello de los cristales rotos esparcidos por todas partes.

—No pasa nada, agente —dije—. Tuve un accidente con el espejo justo antes de que nos evacuaran.

—No da la impresión de que no pase nada —refunfuñó, pero se quedó fuera.

Me volví hacia Tom para disculparme y explicárselo. «Estará en *shock*», pensé. A lo mejor quería prestar declaración ante el detective Shepard; después de todo, a él también lo habían grabado.

Se había quedado completamente pálido, salvo por los dos puntitos brillantes de rubor sobre sus mejillas. Tenía los ojos como platos. Parpadeó rápidamente con la vista fija en el suelo.

—¿Tom? —pregunté, tan cuidadosamente como me fue posible. No había sido mi intención que se asustara tanto.

Levantó la cabeza para mirarme.

—¿Cuándo ha ocurrido esto?

Su forma de expresarse me pilló desprevenido. No había dicho *qué*, sino *cuándo*.

—La noche en la que nos evacuaron —respondí con cautela.

—¿Fue la enfermera Bryony?

Me asusté, pero después recordé que le había contado lo de la conmoción cerebral y la enfermería.

—No lo sé. —Aquella me pareció la respuesta más prudente.

Se puso aún más pálido y asintió para sí mismo, tan absurdamente rápido como un muñequito cabezón.

—Cinco minutos —exclamó el policía.

—Oye —le dije a Tom—, te prometo que te lo explicaré luego, pero ¿podemos...?

—¿Dónde están? —preguntó con un gruñido mientras me empujaba hasta la puerta de mi armario. Su rostro alegre y brillante tan típicamente americano parecía una horrible máscara—. Joder, Jamie, ¿dónde puñetas están?

Fue como si el suelo que teníamos debajo se abriera de golpe.

Me lo quité de encima y lo mantuve sujeto a un brazo de distancia. Las lágrimas le brotaron de los ojos mientras forcejeaba para librarse de mí.

—¿De qué coño estás hablando? —le pregunté, pero lo sabía perfectamente. Solo quería oírlo de sus labios. Quería que admitiera que había puesto micrófonos en nuestra habitación; que confesara que, todo este tiempo, su apariencia amigable de chico cotilla había sido una tapadera para pasarle información a Bryony Downs.

—Ay, joder, ese hombre va a matarme.

Tom dejó de defenderse. Retrocedió, jadeando y cubriéndose la cara con las manos, y yo sentí un estallido de satisfacción... que desapareció tan rápidamente como había aparecido: ¿ese hombre?

El camello, el camello de los Moriarty.

—¡Dos minutos! —anunció el policía—. Dejad las discusiones para más tarde y terminad de recoger.

—Habla, ¡ya! —le ordené mientras sacaba mi maleta de debajo de la cama y recogía a montones la ropa de la cómoda.

—Ni siquiera he llegado a conseguir algo bueno, algo concluyente —dijo Tom, hablando para sí mismo—. Charlotte incluso dejó de venir al dormitorio. Siempre estabais encerrados en su jodida mazmorra de mierda.

—Yo no... No puedo ocuparme de esto ahora mismo.

—Cogí las novelas que tenía en una balda sobre la cama y las dejé caer sobre la ropa, de una en una, como si fueran granadas. Libros de texto, jabón... Tenía que acercarme al armario, pero Tom seguía encorvado delante de él—. Apártate —le ordené, pero levantó la vista como un idiota para mirarme y aquellos ojos bovinos vieron lo que quedaba de mi paciencia—. Te juro por Dios que te partiré el cuello si no te mueves, o puede que incluso así lo haga. ¿Me estabas espiando, Tom? Con todas las mierdas que están pasando, ¿tenías que empeorarlo? ¡Yo nunca te he hecho

nada!

—Se ofreció a pagarme la mitad del anticipo —reveló—. Ya lo había vendido, ¿sabes?, lo tiene medio escrito. Va a ser un gran éxito y ganará un montón de dinero. Será famoso y por fin podrá enseñar en algún sitio mejor que este tugurio. Su amiga Penélope le conseguirá un puesto en Yale...

Me quedé mirándolo, no podía apartar la vista de su boca y sus terribles mentiras.

—¿Wheatley? ¡Ni de coña! El camello te dijo que dijeras eso.

Tom se acercó a su escritorio, abrió el cajón inferior y sacó un bloc de notas muy sobado. La primera página no tenía nada escrito. O al menos no con tinta de verdad; alguien había coloreado meticulosamente las marcas que habían dejado las letras escritas sobre la página superior: «Esqueletos en su despacho», dice con ojos brillantes, como si amara la muerte tanto como ella». Había líneas y líneas de prosa fluida. «Lleva las gafas de un filósofo *beat* de los cincuenta, pero su rostro posee la delicadeza propia de Cornualles. Y cuando bailan, no se tocan».

Eran las notas que había tomado el señor Wheatley durante la tutoría; me había extrañado tanto su interrogatorio como el hecho de que al final me entregara lo que había apuntado. Me acordé del pedazo de cartón que había colocado debajo de la primera página, de las primeras *dos* páginas. En aquel momento pensé que le preocupaba que la tinta se traspasara, pero no, había estado haciéndose una copia.

—Él estaba seguro de que eras culpable —dijo Tom, casi como si me suplicara—. El octubre pasado estaba esperando para tener una tutoría con él y hablarle de mi relato cuando le oí decírselo a otro profesor dentro de su despacho: Jamie, culpable. Entonces le dije que no, que no lo eras, y que, en realidad, era una historia genial: tú y Charlotte Holmes, resolviendo crímenes y afanándoos como unos Bonnie y Clyde buenos. Tenía una idea para un libro: un crimen real, con chicos famosos como protagonistas. El público lo devoraría. «Soy un buen escritor», me dijo, «mejor que Jamie, al menos, aunque mi familia no sea famosa», y añadió que yo haría un buen trabajo ayudándole y que, al final, cuando vieras todas las atenciones que te conseguía, te parecería una buena idea... —Se interrumpió.

—De manera que pusiste micrófonos en nuestra habitación.

—Él me obligó. Lo compró todo por internet. Lo de colocarlos detrás del espejo fue lo peor. Yo te haría hablar y después revisaría los archivos cuando no estuvieras, lo pasaría todo a papel y se lo daría a él. Pero... ¡mira esto! Ahora ya no me pagará nunca.

—¿Por qué? —le pregunté de nuevo. Pensaba que Tom era mi amigo. Era una de las constantes de mi vida, con su sonrisa irrefrenable, su verborrea y su ridículo chaleco de punto. Veíamos estúpidos vídeos en su ordenador por la noche, nos comíamos las chucherías del otro, nos intercambiábamos el champú. Fue la primera persona en ser amable conmigo cuando volví a Estados Unidos sintiéndome solo y miserable.

—Te estaba haciendo un favor —repitió, como si intentara convencerse a sí mismo de ello.

—¡Es la hora, chicos! —bramó el agente desde el umbral. Le cerré la puerta en las narices y eché el cerrojo. Conseguiría una explicación incluso aunque después me detuvieran.

—Dime por qué.

—La familia de Lena va a París todos los veranos —señaló Tom en voz baja mientras el policía aporreaba la puerta—. Ella me invitó y... espera ciertas cosas de mí: restaurantes, regalos... Ya sabes que su padre es un gran magnate del petróleo en la India. Tienen un ama de llaves, Lena dispone de su propio avión... y yo estoy aquí por una beca y soy del Medio Oeste. ¿Sabes cómo me hace sentir? ¡El señor Wheatley iba a darme diez mil dólares!

No fui capaz de experimentar ni un ápice de compasión por él.

—En serio, ¿qué crees que dirá Lena cuando descubra de dónde salió el dinero? ¡Por el amor de Dios!, todos los que vienen a esta jodida escuela actúan como si fueran unos ricachones y la mitad de ellos ni lo son ni están cerca de serlo. ¿Cuándo vas a darte cuenta de eso? ¿Qué te crees que hace toda esa gente en las partidas de póker de Holmes semana tras semana apostándose su dinero? Aquí tienes una solución: deja de ser tan jodidamente egocéntrico y cuéntale a Lena la verdad. Es una buena persona, ¿crees que le importará?

—No esperaba que lo entendieras. Eres un perro de concurso con pedigrí, pero yo salí de la perrera. —Negó con la cabeza—. Tampoco es que te haya hecho daño ni nada parecido. Eres mi amigo. Te estaba haciendo un favor que te convertiría en alguien famoso...

—¡Abrid la puerta! ¡Ya!

Sentía aversión hacia él y hacia Sherringford, hacia las chorradas, los celos y las puñaladas traperas, de manera que, furioso, agarré los tiradores de las puertas del armario, preparado para lanzar el resto de mis cosas en la maleta y salir echando leches de allí.

Algo me pinchó.

Bajé la mirada, como un tonto. Tenía tantos cortes y vendas en las manos que apenas distinguí lo que había pasado. Ahí estaba; un pinchazo cubierto de sangre cerca del nudillo de mi dedo índice.

No pensé en nada; no hasta que agarré el tirador con la parte vendada de la mano y abrí la puerta de par en par.

La ropa, los zapatos y demás restos de mi vida estaban desordenados en el fondo del armario y, en la pared trasera, había tres frases gigantes escritas con trazos irregulares a rotulador.

TE QUEDAN VEINTICUATRO HORAS DE VIDA
A NO SER QUE ELLA ME DÉ LO QUE QUIERO.

BESOS,
CULVERTON SMITH

Culverton Smith. El hombre que pretendía envenenar a Sherlock Holmes con una caja de marfil.

Bajé la vista hacia el nudillo sangrante. Detrás de mí, Tom levantó su iPhone con una mano temblorosa e hizo una foto.

* * *

Arranqué el muelle infectado del tirador de la puerta, saqué el móvil del escritorio (sin batería) y el cargador, y recogí la maleta. Todo mientras Tom no dejaba de alegar, a voz en grito y como el canalla que era, que no sabía nada de aquello: «¡Yo no he sido, yo nunca haría algo así!». Hasta que lo agarré de la camisa con una mano.

—Haz algo por mí —le espeté—. Encárgate del policía.

No apartaba la vista de la manchita de sangre infectada que había en su camisa.

—Pero ¿y qué le digo?

—Invéntate algo, tienes mucho talento.

Mientras avanzaba por el pasillo con paso airado, oí los balbuceos poco originales de Tom.

—Es culpa mía —le decía al agente—; es culpa mía, deje que se vaya.

Conseguí llegar a la puerta principal antes de que las piernas empezaran a temblarme.

Bryony Downs había ganado. Había cogido *El detective moribundo* y lo había usado contra nosotros con propósitos letales, sin saber que Charlotte Holmes había empleado ese mismo relato para limpiar nuestros nombres. No tenía ni idea de con qué había untado ese muelle, pero mi cerebro empezaba a elaborar una lista: meningitis o malaria... Hubo un tiempo en el que quería ser médico para tratar las enfermedades más espeluznantes, y ahora no podía dejar de repasarlas en mi cabeza. Milo tenía razón, la enfermera debía de estar trabajando con los Moriarty, ¿cómo si no tenía acceso a esta clase de cosas? Ella era un títere y esto, un mensaje dirigido a la familia Holmes.

Un mensaje cuyo contenido sería mi cuerpo inerte.

Salí por la puerta principal tambaleándome y bajé las escaleras. Los dos alumnos a los que les tocaba después de nosotros ya estaban esperando a que el policía viniera a recogerlos. Uno de ellos se adelantó para ayudarme.

—No me toques —dije, levantando una mano—, puedo ser contagioso.

Porque esa era la peor parte. La enfermera Bryony podría haberme convertido en alguna clase de bomba; en un paciente cero capaz de acabar con toda la costa este. Tenía que meterme dentro, lejos de todo el mundo, y empezar a idear un plan. Mis padres no debían saberlo, no había nada que ellos pudieran hacer. Me pregunté si mi padre seguiría pensando que todo esto de resolver crímenes era *divertido* después de que tuviera que identificar mi cuerpo en la morgue.

No, no iba a morir. ¡Tenía dieciséis años! Iba a ser escritor, ir a la universidad y conseguir un piso en Londres, Edimburgo o París. Conocería bien a mis hermanastros... Madre mía, no quería que mi hermana se convirtiera en hija única. No dejaría sola a Charlotte Holmes con su familia controladora, su mente brillante y su mejor amigo muerto. No quería imaginarme su vida sin mí. A lo mejor era un pensamiento egoísta, pero tampoco podía imaginarme la mía sin ella.

El cielo estaba azul y despejado, tan hermoso en su ingenuidad. Y la nieve lo cubría todo, cegándome la vista. La luz empezaba a hacer que me escocieran los ojos y me los restregué con la palma de la mano. Aquello debía de ser psicossomático, me dije; debía de ser producto de mi imaginación. La negación hacía mella en mí. «No puedo estar muriéndome», pensé, y traté de creérmelo.

Primero un pie, luego el otro... ¿Adónde me dirigía? Había venido andando desde la ciudad a través de la colina, recordé. La distancia era tremenda. Me sentaría un minuto para recuperar el aliento. Si tan solo consiguiera ordenar mi maleta... Eso es.

Holmes me contó que me encontraron sin conocimiento sobre un banco de nieve.

Entre ella, Milo y los mercenarios de Greystone me introdujeron en la parte trasera del coche de su hermano. Mantas, algo caliente para beber, Holmes frotándome las manos congeladas entre la suyas, que me resultaron extrañamente suaves y firmes...

—No —conseguí decir—, la sangre es contagiosa.

Y entonces me percaté de que ella llevaba guantes de látex. Ya lo sabía.

Unos escalofríos me recorrían de arriba abajo y, aun así, un sudor frío me salpicaba la frente y descendía por el rostro. La boca me ardía y tenía los dientes muy sensibles. No podía tragar, la garganta no me respondía. Holmes me puso una botella de agua en los labios y la inclinó, cuidadosamente, sobre la boca. Intenté quitarme la camisa pensando, en mi delirio, que era una camisa de fuerza, y ella me inmovilizó las manos. Milo estuvo observándome todo el rato desde detrás de las gafas, mientras tomaba abundantes notas en el teléfono. ¿De qué? No tenía ni idea.

Yo era un espécimen, pensé, como un loco, y experimentarían conmigo hasta que muriera.

Cuando alcanzamos nuestro destino, Peterson tuvo que llevarme al hombro, escaleras arriba, como si me hubiera rescatado de un edificio en llamas. A continuación, apareció una cama, con las sábanas recién sacadas de la secadora y aún calentitas, y una mesa a su lado. Peterson regresaba una y otra vez a esa mesa con frascos de pastillas y paños limpios. Alguien trajo una bolsa de suero intravenoso y me la conectaron al brazo.

No sabía qué era real y qué no. Milo entró con un traje y un reloj de cadena, encendió una pipa junto a la ventana y miró fijamente más allá de los tejados de las casas, taciturno. Mi perra, Maggie, también estaba allí, aunque había muerto cuando yo tenía seis años. Pero colocó la peluda cabeza sobre el colchón y levantó los enormes ojos lastimeros para mirarme y contarme, en silencio, lo que mi hermana Shelby estaba leyendo esa semana (*Un pliegue en el tiempo*) y lo mucho que mi madre me echaba de menos. Las manos me pesaban como el plomo, así que no pude despeinarle las orejas como me hubiera gustado. «Buena chica», quería decirle. «¿Dónde has estado?».

Bryony entró por una puerta invisible y rodeó a Milo por la cintura con un brazo. Hablaron como si yo no estuviera allí.

—Llévalo montaña arriba y atraviésale la garganta con el cuchillo —dijo Milo con su estruendosa voz.

—Pensaba que habíamos terminado con los sacrificios de cabras y que solo hacíamos ofrendas con ovejas. —Bryony le sonrió, inmóvil. Él la beso como si estuvieran en una película, recostándola hacia atrás en sus brazos.

«Para», grité, «para», pero ella estaba junto a la cama, apretando una almohada sobre mi rostro para evitar que hablase. Entonces desapareció y Milo también, y me quedé solo.

No me creía nada de lo que me estaba ocurriendo (¿dónde estaba Holmes? Y para el caso, ¿dónde estaba yo?), pero me abrumaba una ola de agotamiento tan grande que dejé que me llevara directamente hasta el mar.

Cuando me desperté (del todo), había caído la noche. Mis ojos se acostumbraron poco a poco a la oscuridad y me fijé en ciertas cosas que antes había pasado por alto. Había una lámpara con luz tenue junto a la cama, cuya tulipa estaba dada la vuelta y dejaba un círculo blanco sobre la pared. A mi lado, una máquina me controlaba el pulso a través de una pinza de plástico que tenía puesta en el dedo índice. Me habían vuelto a vendar las manos, pero esta vez con destreza. Me sentía dueño de mi cuerpo, igual que antes de abrir la puerta de aquel armario.

Había una manta a los pies de la cama, que brillaba con la luz, y una puerta delante de mí. En la esquina sombreada había una silla. Vacía, pensé, y cuando entrecerré los ojos para asegurarme de ello, vi la tela de terciopelo y los botones.

Estaba en el piso de Bryony Downs.

Con gran frenesí, me incorporé, me arranqué el oxímetro del dedo y me encargué del esparadrapo que cubría las agujas del brazo. Ella me había traído, me había traído a algún sitio. ¿Habían sido Holmes y su hermano también unas alucinaciones? El monitor emitió un sonido de alarma y la puerta que tenía en frente se abrió de golpe.

Para cuando entró, yo ya estaba de pie, jadeando y blandiendo como un arma la lámpara de escritorio que había arrancado de la pared.

—¡Watson! —gritó Holmes desde la puerta—. Watson... ¡Por Dios! Pensaba que habías muerto.

Me hice de rogar, pero dejé que me convenciera de que debía volver a la cama. Exclamó el

nombre de alguien que no reconocí y un hombre con bata blanca entró para ponerme las vías de nuevo. Mientras comprobaba mis constantes vitales, Holmes rondaba por detrás de él mordiendo el labio. Se había recogido el pelo de forma alborotada y tenía la nariz roja y el rostro pálido. Presentaba un aspecto austero y arisco. En realidad, daba la impresión de haber estado llorando. Empecé a levantar la mano para tocarla, pero después la retiré.

—Ahora mismo estamos controlando los síntomas —murmuró el doctor—. Te hemos administrado medicamentos para mitigar el dolor y bajarte la fiebre. No intentes levantarte. Si necesitas ir al baño, avísanos.

Asentí. Ahora que el subidón de adrenalina se me había pasado, me temblaban las piernas por el intento de defenderme.

—No deberías estar aquí, Charlotte —dijo el doctor—. Podría ser contagioso y no quiero que lo toques...

Dando un paso al frente, Holmes sostuvo mi mano entre las suyas.

—Como queráis —contestó el doctor, y se fue.

—Holmes, ¿qué me ha dado esa bruja? ¿Cómo lo sabías? —le pregunté.

Se subió a la cama. Recordé la noche en que había despertado de esa forma, cuando se había dormido siendo Hailey y se había despertado, de nuevo, como mi mejor amiga. Esa noche habíamos tomado tortitas y me había pedido que confiara en ella.

—Es un virus creado y desarrollado en un laboratorio. El médico de antes, el doctor Warner, es especialista en esta cepa en particular. —Recitó del tirón una serie de palabras en latín que no comprendí—. Así es como se llama.

—¿No podríamos ponerle un nombre más fácil? —pregunté intentando bromear—. ¿La gripe Watson, por ejemplo?

Se encogió de hombros.

—Como quieras. En su origen se creó como un arma bioquímica por la rapidez con la que acaba con sus víctimas. El doctor Warner trabaja para el gobierno alemán, pero, por suerte para nosotros, estaba en una conferencia en Washington. Milo prácticamente hizo que le golpearan en la cabeza y lo trajeran aquí.

—Vaya —dije—, ¿entonces se puede curar?

Holmes volvió a morderse el labio. Nunca la había visto tan cansada.

—Eso pensamos —respondió con cautela—. El doctor tiene algunas teorías. Ahora mismo está en la habitación contigua, investigando.

—La habitación contigua... Aquí, en el piso de Bryony.

—Fue idea mía —admitió—. Dios sabe que no volverá aquí después de la que ha montado. Y no quería llevarte a tu casa mientras fueras contagioso. De manera que nos adjudicamos este sitio, cambiamos las cerraduras y Milo se cobró algunos favores, como puedes ver. Traeremos a un equipo experto de limpieza cuando todo esto acabe, por supuesto. El siguiente inquilino que venga no se merece que la gripe Watson esté incluida en el contrato.

«Cuando todo esto acabe...». De una forma u otra, llegaríamos pronto al final. Holmes captó mi mirada y, con ese truco mágico que se le daba tan bien, vi que me leía la mente.

Sacudió rápidamente la cabeza y se abrazó a sí misma.

—No puedes hacer eso —le dije, en voz baja—. Todavía no puedes venirte abajo.

Asintió sin mirarme.

—Ven aquí —le pedí, y me desplazé a un lado de la cama—. Si no te importa que sea el paciente cero.

Reprimió las lágrimas. Aparté la sábana y se metió conmigo en la cama, colocando su cabeza sobre mi pecho. Presioné los labios sobre la coronilla oscura de su pelo. Era como esas horas debajo del porche, la calma, la espera... y, aun así, no se parecía en nada. Me dolían los músculos, las extremidades me pesaban, sentía los pulmones en carne viva dentro del pecho. Tuve que agarrarme a la cama mientras otra ronda de escalofríos se abría camino en mi interior.

—¿Cómo lo sabías? —pregunté, apretando los dientes—. Lo del virus, lo que me había pasado.

—Bryony me envió una lista con sus exigencias —dijo. Su voz sonaba amortiguada por culpa de mi camisa—. En un mensaje de texto, por supuesto. Lo había sincronizado con tu visita a Michener Hall. Debí de sacar los horarios del correo electrónico que recibió todo el campus.

—¿En un mensaje de texto? Holmes, podemos utilizar esa prueba en su contra.

—Eso no es lo que vamos a hacer.

—Pero...

—Para, Watson.

No tenía fuerzas suficientes para pelearme con ella.

—¿Qué exigencias eran? ¿Qué quiere?

—Un poni —dijo.

Sonreí a pesar del dolor.

—«El poni más bonito del mundo, con unas riendas de oro. Solo entonces logrará curarse el compinche predilecto».

—Tú no eres mi compinche —dijo Holmes calladamente—. Ese ha sido su primer error.

—¿Qué soy, entonces?

Pero no estaba seguro de querer saber la respuesta, no en ese momento.

Ella debió de notar la reticencia de mi voz.

—Un poni —prosiguió—, tres millones de dólares y una forma segura de llegar a Rusia, un país que, dado el historial que tiene con mi padre y la situación actual de las relaciones ruso-estadounidenses, no la extraditaría nunca ni aquí ni a Reino Unido para que la procesen por lo que ha hecho. Claro que, en realidad, eso es irrelevante, porque pretende que yo me declare la completa responsable de la muerte de Dobson y del ataque a Elizabeth.

—Madre mía...

Me costaba aceptar esa idea.

—Ha llevado todo este asunto a término —dijo Holmes. Había una nota de admiración en su voz—. Me lo tendría que haber imaginado.

—Esto no es culpa tuya —la interrumpí antes de que siguiera hablando—. El hecho de que reconozcas tu culpabilidad hace que yo parezca una simple mercancía que acarreas a tu lado, sin voluntad propia. Así que para.

—Pero...

—Me estoy muriendo —le espeté, con una especie de júbilo sombrío—. Tienes que escucharme.

Se rio sin emoción.

—Milo tiene el dinero preparado y está arreglando lo del pasaje mientras hablamos —dijo—. Ya he escrito mi confesión. Se acabó. El intercambio se realizará a las nueve de la mañana. Ella tiene el antídoto. No sé cómo (y el doctor Warner tampoco), pero lo tiene, e incluso aunque esté mintiendo, sigue siendo una oportunidad que no podemos desaprovechar. Nos encontraremos con ella cuando se cumplan veintidós horas desde tu infección, por lo que aún deberías estar...

bueno... Todo irá bien.

—¿Dónde?

—Nos enviará la localización cuando llegue el momento.

—No acabarás en la cárcel por esto —repuse—. El detective Shepard no te lo permitirá. Espera un segundo, ¿no la tienen en custodia? ¿Qué narices ha ocurrido?

—¿Recuerdas cuando pensábamos que se había detenido para echar gasolina? Pues resulta que se cambió de coche en la comisaría. Dejó su Toyota en el aparcamiento y se montó en otro coche que había dejado allí preparado. —Una vez más, oí el deje de admiración que reflejaba su voz—. La veíamos como la chica tonta de la hermandad y nos ha dado cien mil vueltas.

—¿Y dónde está ahora el detective Shepard?

—Los términos de Bryony fueron que no involucráramos a la policía ni te lleváramos al hospital. Así que no tengo ni idea, me he centrado en ti. —Percibí que se encogía de hombros—. Esa es la otra cuestión: vas a morir. De una forma u otra, morirás si yo no pago por esto. Creo que no perdemos nada por escucharla, ya que ha demostrado ser tan mañosa metiendo bombas en las maletas.

La puerta se abrió con un crujido y Milo se asomó con la cabeza engominada. Si se sorprendió de ver a su hermana entre mis brazos, no lo demostró.

—¡Estás despierto! ¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Como si me hubiera atropellado un camión...

—Bien —respondí.

—¿Quieres que llamemos a tus padres?

—¡Ostras! Mi padre creía que...

—Tu padre cree que estarás discutiendo estrategias conmigo y con Lottie hasta bien entrada la noche. Esta tarde, Peterson y Michaels le han devuelto el coche y lo han tranquilizado en mi nombre. Como hemos decidido negociar con la enfermera Bryony para que te cures, no tenemos razones reales para preocuparle, aunque tengo entendido que los padres pueden ser un consuelo en ocasiones como esta.

Expuso esta última parte académicamente, como si fuera una teoría que nunca hubiese comprobado de forma personal.

—Vale —dije, procurando no alterar la voz—. No, es decir, claro, sí, no los llaméis.

—Duerme un poco —me aconsejó—. Nosotros nos ocuparemos de esto.

Si yo no estaba incluido en ese nosotros —y, ¿cómo iba a estarlo? Ni siquiera podía ponerme en pie—, su hermana sin duda lo estaba. Asentí. Él me correspondió de igual modo y cerró la puerta.

—No irás a la cárcel —repetí. Tenía la boca seca—. Tiene que haber otra solución.

—Deben detenerme y condenarme, de lo contrario ella encontrará otra forma de acabar contigo. Fue muy clara al exponer esos términos.

—Holmes.

—Watson —dijo con brusquedad—, me acuerdo de una conversación muy reciente en la que detallabas las terribles circunstancias en las que podía darse mi muerte. ¿La recuerdas? ¿Podrías, por un instante, imaginarte cómo sería que una de ellas se convirtiera en realidad? Pues piensa en lo que esto supone para mí.

—¡El intercambio no debería ser que pases el resto de tu vida en una celda por un crimen que no has cometido!

—Ya. —Hizo un gurrño con mi camisa—. Pero quizás deba cumplir condena por el crimen

que sí cometí.

—Ahora mismo soy incapaz de hablar sobre tu complejo de mártir —dije, tragando la arena que parecía tener en la garganta—. No puedo.

Alargué el brazo a ciegas hacia el vaso de agua que había junto a la cama y me lo bebí de un trago.

Holmes se retiró para mirarme.

—Tienes la cara sonrosada —dijo, y se revolvió para levantarse—. Creo que te está volviendo la fiebre... Iré a por el doctor Warner...

—Espera.

Estaba desarreglada, perdida; el pelo se salía del coletero y formaba tirabuzones alrededor de su rostro. Tenía que decirle una cosa, pensé, algo ineludible, algo que tenía justo en la punta de la lengua.

Creo que ella lo supo antes de que yo se lo dijera.

Inclinándose sobre mí, me acarició el pelo y me lo apartó de la frente. Como cerré los ojos para sentir su contacto, me sorprendí mucho cuando me besó en los labios.

Olía, inesperadamente, a rosas.

—Eso es todo lo que puedo hacer —susurró, colocando su frente sobre la mía.

—Eso es mucho —indiqué, y se rio.

—No. Quiero decir que es todo. Me supone un mundo tocar a las personas, después de lo de Dobson, y yo... lo estoy intentando, por tí.

Sentía su aliento en mis labios.

—No sé durante cuánto tiempo seré de esta forma —dijo, despacio— o, si a lo mejor, siempre he sido así. No sé si alguna vez llegará a ser suficiente.

Lo que estaba diciendo era muy confuso, pero creo que lo entendí.

—No tienes que intentarlo —le dije—. Sea lo que sea esto, ya es bastante.

—Lo sé —dijo, irguiéndose—. Tiene que serlo.

Nos contemplamos el uno al otro durante un minuto.

—Si consigues que te metan en la cárcel por esto —le advertí—, jamás te perdonaré. Tienes que encontrar otra opción. De lo contrario, te juro por Dios que moriré por tu culpa solo por puro rencor.

Apareció su sonrisa fugaz.

—Está bien.

—¿Está bien? ¿Así de fácil?

—Sí —respondió. No tuvo más remedio que creerla—. Se te está acelerando el pulso y estás ardiendo. Voy a por el doctor Warner. —Sonrió con superioridad—. No quiero que mueras antes de que puedas usarlo como moneda de cambio.

—Gracias —dije, contento, al menos, de que atribuyera el martilleo de mi corazón a la fiebre.

Capítulo 11

Me encontré muchísimo peor por la mañana.

No debería haberme sorprendido. La lógica dicta que una enfermedad que deteriora la salud, te deteriora. Pero, claro, cuesta encontrar la lógica cuando te estás muriendo.

Fuera como fuera, la breve mejoría que el doctor Warner había conseguido en mi cuerpo con los medicamentos había terminado alrededor de la medianoche, cuando sobrepasé la dosis máxima de morfina que él me tenía asignada. Las horas que vinieron después fueron... Bueno, me han asegurado que tengo suerte de no acordarme de ellas.

Mientras amanecía, entraba y salía de unos sueños intermitentes, de unos paisajes oscuros y empapados que eran cruelmente cálidos y que a la vez te atravesaban con los vientos más gélidos. Pero, al mismo tiempo, también era consciente de que ocurrían cosas en la habitación que me rodeaba. Una mano sobre la frente. Un par de voces gritando. Todo se añadía a mi malestar, porque, por más que quisiera, no lograba entender lo que ocurría. Birmania, pensé, estaba en Birmania. Estaba en Afganistán. No, mi madre estaba cocinando rollitos de canela en la cocina y, si me portaba bien, si hacía la cama y guardaba todos los juguetes, me los daría. Holmes también estaba allí, vestida entera de negro. Alguien había muerto. Íbamos al funeral.

Me desperté. Unos ligeros rayos de luz solar se filtraban por las cortinas.

La habitación estaba en silencio, lo notaba incluso sin abrir los ojos. El esfuerzo que me supuso realizar esa tarea tan simple hizo que me mareara y empezara a sudar, pero cuando por fin lo conseguí, me di cuenta de que no estaba solo. ¿Era otra alucinación? No lo parecía. La mesilla seguía allí y la silla con tapizado capitoné también.

Y no sentía ningún dolor.

Giré la cabeza para mirar el gotero de la morfina (eso también me llevó una eternidad), pero no supe interpretar la posología escrita en la bolsa. Fuera lo que fuera lo que me estaban administrando, funcionaba. En lugar de dolor, sentía una especie de rebelión corporal. Le pedí a las piernas que se columpiaran por el borde de la cama; no lo hicieron. Le ordené al brazo que se estirara para coger el vaso de agua; ni caso. Respiré entrecortadamente por el esfuerzo y los jadeos me supusieron un gran esfuerzo. Estaba tan débil como un bebé recién nacido.

—No —insistió una mujer en la otra habitación.

Su voz me sonaba, pero ¿de qué?

—No —repitió, esta vez más enfadada, y después se calló.

Era Bryony Downs.

El encuentro estaba teniendo lugar en la habitación contigua.

Hacer todo eso allí —entrar en la fortaleza del enemigo y cerrar un negocio en el lugar en el que él tenía toda la ventaja— era una chulería por su parte. Sí que se pensaba que era invencible.

El antídoto quizá estaba ahí fuera, dentro de su bolsillo.

No. No lo habría traído con ella, no cuando allí podían quitárselo por la fuerza. Lo habría escondido en algún sitio cercano y solo nos revelaría su localización cuando consiguiera lo que quería. Si es que Holmes se lo daba...

Aquello significaba, por supuesto, que yo moriría y que, para más inri, sucedería en las próximas dos horas.

Forcejeé una vez más para que las piernas me obedecieran. «Moveos», les ordené mientras

las carcajadas resonaban en la habitación de al lado. «Moveos». La camisa y los pantalones finos que llevaba puestos ya estaban empapados de sudor. Sudor... ¿Eso era una buena señal? ¿Significaba que los nervios y las venas de mi interior —me las imaginé amoratadas y quebradizas— seguían estando sanas? ¿Acaso estaba superando la infección de algún modo?

«Si así fuera, me funcionarían las piernas», me recordé a mí mismo. Apreté los dientes y me centré en las rodillas. «Moveos...».

Y eso hicieron. Rodé hasta caerme de la cama sobre el suelo enmoquetado y derribé conmigo la mesilla.

El alboroto fue descomunal, y me quedé allí en medio, tumbado y desvalido, entre las pastillas desparramadas, los pañuelos desperdigados y los fragmentos del vaso de agua.

Me había negado a aceptar la realidad hasta ese momento, creo. Pero entonces me llegó de golpe: iba a morir; me meterían bajo tierra. No dentro de unos años, a los setenta y tres, rodeado de los libros que había escrito en un pequeño piso de la Rue du Rivoli, sino ese día. En cuestión de unas horas. Había besado a Charlotte Holmes una vez y moriría antes de poder repetirlo una segunda.

La puerta se abrió de un bandazo.

—¡Watson! —dijo Holmes mientras se arrodillaba a mi lado.

—Trae aquí al chico. —Aquella voz sonaba como una dulce campanilla—. Quiero verlo.

—¿Puedes moverte? —me preguntó Holmes con un tono de voz extrañamente elevado. Colocó las manos debajo de mis brazos—. Si te pongo en pie, ¿podrás apoyarte en mí?

—Sí —conseguí responder, aunque no tenía ni idea de si sería verdad o no.

Me puso de rodillas con dificultad.

—Escúchame —me susurró al oído. El pelo negro me acarició la mejilla—. Cuando parpadee dos veces, júégate la última baza.

—Vale —dije, porque «no sé de qué demonios me hablas» eran seis palabras más de las que podía articular.

—¡Milo! —exclamó—. Me vendría bien algo de ayuda.

Entre los dos consiguieron sacarme del dormitorio y conducirme hasta la sala de estar, que estaba vacía la última vez que la había visto. Bajo las órdenes de Holmes, los mercenarios de Milo habían vuelto a colocarla como en su origen, lo que la hacía parecerse bastante a un burdel pijo. Una alfombra gruesa y rosa, unas sillas y una mesa de metacrilato, un sofá que daba la impresión de estar relleno de nubes de azúcar, unos pantalones de hombre colgando del brazo, un conector y unos altavoces para iPod, un juego de láminas y matraces desordenado y un microscopio; todo esto último debía de ser del doctor Warner.

Un espejo con el marco de oro cubría la longitud entera de una de las paredes, concentrando toda la estancia en su reflejo: Charlotte Holmes, con sus elegantes ropas negras, sentada en un puf mullido que parecía haberse escapado de *Fraggle Rock*,* Milo, tan pegado a su hermana que sus rodillas se tocaban; y yo, desplomado como una ballena varada sobre una de las sillas de plástico transparente. Eso si la ballena varada hubiera perdido siete kilos de la noche a la mañana, se hubiera untado la cara con vaselina, se hubiera pintado los ojos de negro y, después, como colofón, se hubiera arrastrado hasta la playa.

Bryony Downs me miró y frunció los labios con repulsión.

No se había aventurado mucho más allá de la puerta principal. Llevaba el plumas morado sin abrochar, pero, aun así, se había dejados puestos los guantes y el gorro con borla. Con su rostro de muñeca de porcelana enrojecido por el frío, parecía que se estaba tomando un descanso de las

pistas de esquí. Lo digo en serio, todo en ella podría haber salido de un catálogo de jerséis Fair Isle o de un anuncio sobre alojamientos de esquí en Aspen. Todo salvo el brillo fanático de sus ojos.

—¡Hola, Jamie! —dijo, muy animada—. Me alegro de verte.

Si no me hubiese quedado una hora de vida, habría caminado directamente hacia ella y le habría partido el cuello.

Pero me estaba muriendo, esa era la cuestión.

—Bueno, ¿por dónde iba antes de que este intentara palmarla de forma prematura?

Se apoyó contra la jamba de la puerta con las manos en los bolsillos.

—Te estabas regodeando —le recordó Milo.

—Sí —dijo Holmes inclinándose hacia delante—. Sigue, por favor, es fascinante.

Tenía el aspecto tan típico de ella —con las yemas de los dedos apretadas unas con otras y la arruga del puente de la nariz— de estar analizando todo. Entonces me di cuenta de que había un maletín a sus pies con un par de billetes de avión encima. Las exigencias de Bryony, cumplidas.

Los ojos de la enfermera se desplazaron hacia ellos y, después, volvieron hacia mí.

—No quiero aburriros —dijo, pensando claramente en su huida.

—Ilústrame —tosí, en un intento de entretenerla—. Dobson... ¿Cómo?

—Pobrecillo —se lamentó—. Me acercaría a comprobar tus constantes, pero creo que a la pequeña Charlotte no le haría gracia que te ponga las manos encima. Una lástima. ¿Sabes una cosa? Este virus *orthomyxoviridae surrexit nigrum* no tiene una cuenta atrás precisa, no es una bomba. En realidad, podrías palmarla en cualquier momento. De manera que cumpliré tu último deseo. —Se llevó la mano al corazón para aparentar sinceridad—. Sí, señor, ¿acaso no es así como terminan siempre todos esos relatos? ¿Con el protagonista explicándole todo a su desventurado confidente? Al fin y al cabo, eres un Watson, así que mantengamos la tradición.

Holmes no la escuchaba, estaba claro. Tenía los ojos fijos en las botas de Bryony. Lenta y sigilosamente, paseó una mano por encima de la de su hermano y la asió. En busca de consuelo o por otra razón, no estaba seguro. De manera que centré mi atención en Bryony para hacer del espectador extasiado que evidentemente buscaba.

—Lee Dobson, vaya una pieza, ¿verdad? Uno de mis primeros pacientes, allá por septiembre, con un caso grave de candidiasis. Tenía que volver para que le hiciera un seguimiento y creo que se pensó que... Bueno, ya sabéis: una mujer mayor atractiva y un joven vigoroso. Intentaba impresionarme. Me hacía muchas preguntas indirectas sobre estupefacientes y opiáceos para una amiga (siempre es para una amiga): ¿cómo reacciona uno a la heroína? ¿Y en comparación con la morfina? ¿Y con la oxicodona? ¿Te quedas inconsciente? ¿Con qué dosis? ¿Cómo de dócil te vuelves? ¿Sigues siendo capaz de mantener relaciones sexuales?

Los hombros de Holmes se tensaron y apretó la mandíbula. Al parecer, una parte de ella sí que estaba escuchando. A su lado, la expresión de Milo era decididamente inescrutable.

—Oh, estaba encantada de ayudarle y de contestar sus preguntas. No me suponían ningún reparo porque, ¿cuántos más alumnos de la escuela podían ser tan depravados como para tomar drogas de ese calibre? Sabía que no lo guiaba hacia algo precisamente inocente. Pues claro, le dije, tu amiga estará eufórica. Tan feliz, tan relajada, con tan pocas ganas de moverse... Aunque su amiga debía tener cuidado, le advertí. A las chicas que se colocan tanto les pueden suceder cosas terribles. Me dio las gracias con efusividad (casi me arranca la mano) y tuve la satisfacción de saber que a esta putilla de aquí le estaba enviando justo la clase de hombre que andaba buscando.

»Después de aquello, no dejó de venir a verme. Era evidente que se había encaprichado de mí, salta a la vista por qué, desde luego. —Una sonrisa se extendió por su rostro como una niebla venenosa—. Veo que tú también lo estás, Jamie, por la forma en que me miras. Lo supe por tu cara de ensoñación el día que te peleaste con mi Lee. No te avergüences. Me presenté a varios concursos, ¿sabes? Y gané unos cuantos premios. Pero dejémoslo ahí, estaba hablando de Lee Dobson y de las proteínas en polvo.

»Vosotros dos le habíais puesto una especie de diana a ese chico. Charlotte había dejado clarísimo que ese chaval le daba asco y tú, Jamie, habías intentado matarlo. No, no me mires así, le habrías golpeado hasta dejarlo idiota, y todo por decir cosas sobre Charlotte que eran *verdad*. Se lo saqué todo a Dobson en la enfermería. Intentó avisarte de lo zorra que es, ¿te estaba haciendo un favor! Y mira cuál fue su recompensa... El pobre se convirtió a sí mismo en un objetivo en ese preciso instante. Sé por propia experiencia —aquí resopló como si fuera una abuela decepcionada— que Charlotte es absolutamente despiadada y que se habría librado de él llegada la hora, sobre todo con un pequeño mastín perdidamente enamorado de ella como tú a su lado. En realidad, le hice un favor al librarme de él de una forma humana.

»Empezar a introducir dosis de arsénico en la proteína en polvo no me resultó complicado. Le fui aumentando las cantidades poco a poco todos los días; le hacía venir a verme para dársela, por supuesto. Y entonces, cuando murió, tuve una página en blanco sobre la que escribir mi propia historia. Me encantaban los relatos del doctor Watson cuando era joven, ¿sabéis? Así que me pareció divertidísimo poder hacer una recreación histórica. Robé una copia nuevecita de *Las aventuras de Sherlock Holmes* en la biblioteca e hice una pequeña visita a los dormitorios esa noche subiendo por la escalera de atrás. Le había pedido a Lee que dejara la puerta de acceso abierta para mí. Tenía una sorpresa para él, le insinué; seguro que se pensaba que íbamos a echar un polvo. Yo sabía que su compañero de cuarto estaba de viaje por el *rugby*; me lo había contado él mismo, ansioso como estaba por ponerme las manos encima. Pues bien, para cuando llegué, ya estaba muerto, y después me llamaron para que ayudara a consolar a los alumnos.

Se puso a estudiar una de sus uñas. En un abrir y cerrar de ojos, recordé haberla visto allí, junto a la puerta de Dobson, dándole unas palmaditas en el hombro a uno de mis compañeros de pasillo que no paraba de sollozar. Me tragué la bilis que me había subido hasta la garganta.

—Como es natural, tuve ayuda con lo de la serpiente.

Holmes se sobresaltó.

—¿Qué clase de ayuda?

Bryony chasqueó la lengua.

—Ya estás hablando sin que sea tu turno —dijo, y, por primera vez, noté una nota de ira en su voz—, pero te seguiré el juego. Todavía no has pensado detenidamente en las consecuencias de tus actos, ¿verdad? Bueno, un pájaro no puede cambiar su plumaje. Aquí tienes una lección exprés: cuando orquestaste la caída de mi prometido, todo por cometer el crimen de *amarme*, echaste a perder mi vida. Me la arruinaste.

Dio un paso hacia los Holmes, casi sin darse cuenta, y, al moverse, vi la pistola que llevaba guardada bajo el plumas.

—Maldita hija de puta... Llevaba con Augie desde que éramos unos críos. Él estudió en Eton y después se marchó en seguida a Oxford, mientras que yo iba al colegio del pueblo, pero durante todo ese tiempo, me quiso siempre. *A mí*, ¿lo entiendes? Asistí a todas las cenas que los Moriarty organizaban en su casa los domingos y vinieron a mis recitales de flauta cuando mi madre estaba demasiado borracha para despegarse del sofá. Y cuando tenía diecisiete años y mi madre murió,

mi padre no quería acogerme ni muerto, pero ¿sabes quién sí lo hizo? El profesor Moriarty y su mujer. No me importa lo que hicieron por añadidura, eran buena gente, ¿vale? Si me pidieran que me rajara el cuello, por ellos, lo haría.

—Pensaba que habías venido a Estados Unidos cuando tenías dieciséis años —susurró Holmes.

Bryony sonrió.

—¿Te crees que mi nombre fue la única parte de mi historial laboral que falsifiqué? No, nunca me enviaron al otro lado del charco. Nadie tenía tantas ganas de librarse de mí. Veréis, se suponía que en cuanto terminara la universidad, me casaría con Augie. Sus padres habían pagado mis estudios en la Universidad de Londres y su familia ya nos había comprado un piso para que viviéramos allí como marido y mujer. Yo iba a ser médico. Soy muy lista, ¿sabéis? Aunque los Holmes os pensáis que no existe nadie tan jodidamente brillante como vosotros, Augie os daba cien mil vueltas con los ojos cerrados. Y yo iba a ser *médico*.

»Pero entonces, Augie aceptó ese trabajo horrible en tu casa.

Apretó los dientes con tanta fuerza que conseguí oír el ruido que emitían el esmalte y los huesos.

—Sus padres y su hermano Lucien se lo desaconsejaron. Pensaban que estaba loco por querer meterse en una cueva de víboras como aquella. ¿Con la cabrona de tu madre, el homicida de tu hermano y tú, la *enfant terrible*, como alumna? ¡Por Dios! Los juegos con los que se entretienen los Moriarty son insignificantes en comparación con los vuestros. Pero Augie pensaba lo mejor de todo el mundo y eso también se aplicaba a ti, pequeña Charlotte. Aquello fue su ruina.

En ese instante, me di cuenta de que hablaba de él como si estuviera muerto. Holmes también lo notó; sus ojos se desplazaron por fin desde las botas de Bryony a su cruel rostro sonriente. Sin embargo, mantuvo su impecable cara de póker, así que o esto no era una sorpresa para ella o su autocontrol era incluso mejor de lo que yo imaginaba.

—La última vez que vi a Augie con vida —prosiguió Bryony— fue el día anterior a la redada antidrogas. Se había acercado a Londres unos días para verme y todo fue maravilloso. Me llevó a un restaurante precioso, con mantelería blanca, y hablamos de nuestra boda. Queríamos que fuera pequeña, íntima; en el patio trasero de la casa familiar, con flores silvestres, el vestido de novia de su madre. Éramos tan felices... Todo lo que nos hacía falta éramos el uno al otro. —Entonces perdió su mirada de ensoñación—. Regresó a tu casa al día siguiente. Supongo que percibiste mi olor en toda su persona y que te volviste loca de celos. Una simple niña pequeña con el apetito de una chica mayor. Me contó todo lo de tu encaprichamiento, ¿sabes? Augie pensaba que eras *adorable*.

Aquello fue demasiado para su saber estar. Holmes se encogió de dolor como si hubiera recibido un tortazo en la cara.

—Al día siguiente le lanzaste a los perros y, después de que la policía se marchara, diera con Lucien y lo metiera en la cárcel (oh, vamos, no te hagas la sorprendida, ¿qué puñetas te crees que le pasó?), yo me recorrí el mundo entero buscándolo. La policía no lograba encontrarlo; había confesado y había huido. Oxford le había expulsado, así que ninguna otra institución le admitiría con ese currículum. Le entró el pánico y volvió a casa, donde cogió la pistola de su padre, se la llevó a su cuarto de la infancia y se disparó en la cara.

No lograba comprenderlo. No entendía nada en absoluto. Pensaba que habían encarcelado a August y que, tras conseguir la condicional, había aceptado trabajar para Milo en Greystone. Me estrujé el cerebro lo mejor que pude. ¿Qué me había dicho Holmes exactamente cuando me contó

la historia?

«August se quedó para asumir la culpa, como yo sospeché que haría... Ahora tiene un empleo. Trabaja para mi hermano en Alemania».

No sabía nada de lo que había pasado entremedias.

Incluso con el abotargamiento que tenía por la fiebre, empecé a atar cabos.

August Moriarty había fingido su muerte, muy probablemente con la ayuda de sus padres. No sé cómo no me había dado cuenta antes: admitió haberle vendido drogas a un menor y su condena tendría que haber sido mucho más larga que la línea temporal que había entre el crimen y su nueva vida, la que Holmes me había expuesto en su momento. «Sus padres le repudiaron», me había aclarado. Tendrían que haber interrumpido todo contacto público con él para mantener la historia de su muerte. Pero es que, además, habían hecho desaparecer las noticias relacionadas con él. Cuando le investigué, no localicé ninguna necrológica ni mención alguna a ningún funeral. Era como si August Moriarty simplemente hubiera dejado de existir. Congelado en el tiempo como el chico maravilla que trabaja con complejos modelos matemáticos en el círculo polar ártico, con su mata de pelo rubia de príncipe Disney ondulándose con el viento glacial.

Y Bryony Downs era completamente ajena a ello.

Habría resultado difícil que ella lo acompañara en su nueva vida, pero si él la hubiera querido de verdad, habría encontrado la forma de hacerlo, pensé. Era un hombre brillante, demasiado brillante, a lo mejor, para no ver los indicios de aquel oscuro fanatismo que había en su prometida. Aquella obsesión, aquel egoísmo tan salvaje. Aquella inclinación a hacer lo que hiciera falta para alcanzar sus objetivos.

Quizá August había visto aquello como una oportunidad para escapar de ella. Una decisión comprensible, a pesar de que nos llevara a la situación en la que nos encontrábamos en ese instante Holmes y yo.

—¡Tú! —dijo Bryony acercándose aún más a Holmes, que la observaba con frialdad—. Tienes su sangre en las manos, así que cumplirás condena por su muerte. Yo solo soy la intermediaria.

Y Lee Dobson y Elizabeth Hartwell eran los chivos expiatorios, aunque no había mencionado a Elizabeth en ningún momento.

—¿Con quién has estado trabajando? —preguntó Holmes.

Bryony se atusó el cabello.

—¿Quién dice que haya trabajado con alguien?

Holmes se la quedó mirando hasta que, moviéndose con incomodidad, Bryony habló.

—Con el hombre que convenció al juez de que no tenía ni idea de dónde había salido el contenido del maletero del coche y que cumplió una sentencia mínima por ello. No has olvidado quién condujo el coche hasta tu casa para llevarte el alijo, ¿verdad? ¡Lucien Moriarty, niña estúpida! Dios santo, la mejor parte de todo esto ha sido darte de comer de la palma de la mano. Te ofrecí algunas advertencias: toqué los objetos sin guantes, por si conseguías sacar mis huellas; imprimí las hojas con el tipo de letra con el que redacto todos mis informes médicos; utilicé un estilo de narración que sonara más inglés que estadounidense. Era un asesinato de «pintar siguiendo los números» y tú fuiste tan boba que te negaste a coger los pinceles. Menos confesarte mi culpabilidad, hice de todo. Consciente, por supuesto, de que en el momento en el que me descubrieras, Lucien haría saltar el cepo. Sabéis a lo que se dedica Lucien, ¿no?

—Soluciona cosas —murmuró Milo.

—Exactamente —respondió Bryony—. ¡Un diez para ti! Claro que, antes que nada, es un

Moriarty y tiene contactos con los que vosotros solo podríais *soñar*. Dile a Lucien que quieres una serpiente de cascabel para hacer el paripé en tu pequeña puesta en escena, y hará que aparezca una imposible de rastrear. Pídele una hermosa bomba dentro de una maleta y contratará a un profesional para que te la haga. Cuéntale que quieres una joya de plástico en la garganta de una chica y ella se asfixiará con ella. Solicítale una nueva identidad, un pasaporte y un trabajo en el internado de Charlotte Holmes, y él te lo entregará envuelto con un lazo. ¡Por favor! El mero hecho de que no hubiera pruebas tendría que haber sido una pista. He renunciado a mis sueños de ser médico por esto. ¿Me has oído? ¡Di de lado mis sueños para hacerte cumplir la condena que te mereces! Tenía prácticamente todos los créditos necesarios para conseguir el título de enfermera y, si eso me traía aquí y hasta ti más rápido, pues adelante. Por una vez, cielo, eras lo más cotizado del pueblo.

Bryony se arrodilló frente al puf, colocó las manos sobre las rodillas de Holmes y se quedaron cara a cara.

—Por esa razón soy mejor persona que tú. ¿Estás preparada? Podría matarte ahora mismo. No —colocó un dedo sobre los labios de Holmes—, nunca fue mi intención que la bomba de la maleta te matara, no seas tonta. Me indignaba pensar que el joven Watson y tú estuvierais allí dentro jugando a las casitas, representando vuestros papeles. ¿Sabes por qué preparé el asesinato de Dobson como una nueva adaptación de *La banda de lunares*? Es un recordatorio de que son relatos. Eso son historias y esto es la vida real. *Tú no eres Sherlock Holmes*, y jamás lo serás.

Holmes miró más allá de sus narices, directamente hacia el rostro lleno de desprecio de Bryony. Después, giró la cabeza en mi dirección y, lenta e inconfundiblemente, parpadeó dos veces.

«Juégate la última baza», me había dicho. ¿Qué baza podía jugarme? Solo lograba mantener los ojos abiertos por pura fuerza de voluntad. Apenas lograba hablar y mucho menos ponerme en pie y plantar cara. Si se suponía que yo era el músculo de esta operación, estaba completamente fuera de servicio.

Pero ella ya sabía eso, así que ¿a qué podría referirse?

La noche anterior, una mano sobre la frente, un beso pausado con la boca cerrada, rosas... y su sonrisa mientras salía por la puerta, diciéndome que no me muriera antes de que pudiera utilizarlo como moneda de cambio.

Ah...

Cerré los ojos, obligué a mi respiración a que se ralentizara y me caí de la silla, pesadamente, sobre la mullida alfombra rosa.

—¡Watson! —gritó Holmes. Fue una imitación perfecta de lo que había hecho la última vez que pensó que había muerto.

Tropiezos, pasos, Bryony diciendo: «*Oh, mierda*», mientras se inclinaba sobre mí. Me llegó un olor a Algodón de azúcar eterno. Los dedos fríos de un hombre sobre la mejilla, que después se desplazaron hacia el cuello para tomarme el pulso.

—Está vivo —anunció Milo—. Está vivo, pero no le queda mucho.

—No lo muevas —ordenó Holmes—. Traeré la manta de la cama.

Abrí un poco los ojos. Bryony seguía agachada sobre mí, con una inesperada expresión de preocupación en el rostro.

—Jamie —dijo—. Todo va a ir bien. Terminaremos en seguida, en cuanto tu novia acceda a que me vaya.

Empezaba a pensar que no era tan mala idea, en realidad.

Más pisadas. Milo diciendo: «¿No podrías examinarlo, Bryony? Por su bien». Bryony se mordió el labio mientras apartaba los ojos de la puerta del dormitorio y los fijaba en mí.

El sonido que produce una pistola al cargarla.

—Levántate —rugió Holmes—. Con las manos detrás de la cabeza.

La enfermera Bryony se puso en pie, rígida.

—Llevas escondido un cable —dijo Holmes—. Está enrollado alrededor de la funda de la pistola, lo que es de por sí muy inteligente, puesto que la mayoría de nosotros nos fijaríamos en el arma y desviaríamos la mirada de inmediato. Como bien sabes, yo no soy la mayoría. Así que sí: hola, Lucien, me alegra saber que estás bien y que tienes a tu compinche vendiéndole drogas al entorno social de Sherringford. Además, como te dije en las numerosas cartas que te envié a prisión, siento mucho el papel que jugué en los dos meses que estuviste encarcelado, aunque apostarí a que cualquier chaval de las docenas a las que les has vendido cocaína te hubiera delatado con el tiempo. Espero que hayas disfrutado siendo cómplice de asesinato.

Avanzó, sujetando el arma firmemente con las manos.

—Te sugeriría que no intentes volar por los aires la bomba de la maleta que encontré en el armario de la ropa blanca; ya la he desactivado. Con esta ni siquiera tuve que recurrir a Google. Pero, claro, gracias a mi padre, imagino que he olvidado más cosas sobre el diseño de explosivos de lo que tú has conseguido aprender nunca.

Se había acercado tanto que Bryony y ella estaban ahora cara a cara. Con una mirada feroz, Bryony abrió la boca, pero Holmes levantó una de sus botas negras y la pisó con el talón.

—Vaya, vaya... Ya estás hablando sin que sea tu turno. Me temo que no soy tan tolerante con eso como tú; supongo que sí que debería tomar clases.

Bryony gimió de dolor, con las manos aún detrás de la cabeza. Holmes sacó velozmente la pistola de debajo del abrigo de la enfermera y se la lanzó a Milo, que la atrapó con facilidad.

—Bryony Downs —dijo Holmes de forma pensativa—. ¿Qué puedo decir? Si fuera posible disculparme con August, lo haría.

Me percaté de que seguía manteniendo la farsa de que August Moriarty estaba muerto incluso en ese momento, cuando soltarle la verdad a la cara a la enfermera Bryony constituía el peor de los castigos.

Pero Holmes siguió hablando.

—He pasado por tres programas de rehabilitación distintos. De hecho, puede que, en el fondo, simplemente sea una persona horrible, pero la diferencia entre tú y yo es que yo *lucho* contra ello. Con cada átomo de mi ser. A lo mejor soy una detective *amateur*, pero tú eres una jodida psicópata, y preferiría llevarme esta pistola a la boca que dejarte escapar a San Petersburgo, donde podrías abusar de los adolescentes a costa del dinero manchado de sangre de mi hermano. Tú tramaste lo de mi violación ¿y dices que soy una zorra? No, se acabó.

—¿Y simplemente vas a dejar que tu amigo muera? —susurró la enfermera Bryony con aspereza.

Era lo que yo le había pedido, al fin y al cabo; que evitara la cárcel como fuera. Intenté respirar a través del pánico que contraía mis pulmones.

Holmes suspiró.

—No, pues claro que no —respondió, y casi me muero allí mismo del alivio—. Los hombres de mi hermano están recuperando el antídoto del dormitorio de Watson mientras hablamos. ¡Vaya un sitio más ingenioso para esconderlo! En el mismo sitio que se infectó. Sí que tenías ganas de que la palmáramos cuando diéramos con él. Pero fue bastante fácil de deducir por las llaves del

campus que sobresalen de tu bolsillo (no de tu bolso) y por los fragmentos de cristal incrustados en las suelas de tus botas. Eso lo he confirmado cuando Watson se ha desmayado tan servicialmente y tú te has arrodillado para examinarlo. Cristales polarizados, para ser exactos. En cualquier momento, Peterson me mandará un mensaje diciendo que ha localizado el antídoto.

Como si esa hubiera sido la señal, el móvil sonó.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Bryony—. ¿Cómo estabas segura? —Me sorprendió oír una nota de envidia en su voz.

—Porque, ahora mismo, estás furiosa —respondió Holmes—. Así que gracias por la confirmación.

La enfermera Bryony escupió en el suelo.

Holmes puso los ojos en blanco.

—De cualquier modo, era una estupidez de sitio para esconderlo: demasiado próximo a tu casa, que es absolutamente espantosa, por cierto. Tan cerca, de hecho, que lo habremos recogido y se lo habremos inyectado a Watson antes de que tengas tiempo para escaparte. Claro que, ¿por qué habríamos de dejarte marchar con tres millones de dólares de mi hermano cuando no te quedan más cartas por jugar?

»Aunque supongo que Lucien es tu último recurso. ¡Hola de nuevo, Lucien!

Sonó el teléfono de Milo y este se sobresaltó. Era como ver saltar a la Esfinge de Guiza.

—En teoría, nadie tiene este número —murmuró mientras descolgaba, y después habló con el interlocutor—. Sí. Vale, te pondré en el manos libres.

La voz de Lucien Moriarty resonó en la habitación.

—Hola otra vez, Charlotte —dijo arrastrando las palabras.

Bryony paseó la vista de un lado a otro, parpadeando.

—Esto no formaba parte del plan —siseó.

—Claro que no, encanto —replicó Lucien—. Tu parte en él ha concluido; ahora guarda silencio. Querida Charlotte, tenías una pregunta para mí, ¿no es verdad? Te daré una respuesta como premio de consolación.

—¿Premio de consolación? —se rio Holmes—. He ganado, Lucien. Estoy literalmente aquí de pie sujetando un arma.

—Entonces no hay nada que quieras que te aclare, ¿no? Nada en absoluto. No tienes ninguna pregunta sobre el camello —y, entonces, su voz se convirtió en un profundo gruñido— que le introdujo la joya de plástico a esa pequeña estúpida, ¿no? Y que, además, fue tan servicial como para ahorcarse y así acabar con todo lo que le relacionaba con su jefe. ¿Ninguna pregunta tampoco sobre ese jefe que te está llamando ahora mismo desde Rusia? —Se rio—. Ese soy yo, por cierto. Te lo digo por si eres tan lentita como aparentas.

Intenté maldecir, pero no logré articular palabra. La mano de Holmes tembló. Fue casi imperceptible, pero lo vi. Después de todo, ella misma me había enseñado a observar las cosas.

—Vale —concedió Holmes—, tú ganas. Dime, ¿por qué has hecho que nos resulte tan fácil atrapar a Bryony?

—En ningún momento quise que acabaras en la cárcel —susurró Lucien—. Ese no fue nunca el plan. El plan era atormentarte, ¿y cómo iba a hacerlo si te metían en una celda? ¡Por Dios! Dentro de un correccional para menores podrías volverte loca en cuestión de semanas, empezar un amotinamiento o escaparte. No, esta partida era de prueba. Quería averiguar qué era importante para ti, ver cuánto confiaba en ti este mocoso estúpido. Yo le amenazo y tú le besas, ¡que entre la música, que suenen los aplausos!

Milo se volvió para clavar su mirada en su hermana, pero ella la tenía fija en el teléfono.

—Me alegra conocer las cosas que te importan, Charlotte, porque son muy pocas. Mi hermano te daba igual, tu familia también, pero este chico... —Casi oía cómo se relamía los labios—. No, no quiero que vayas a la cárcel. No quiero que tengas la satisfacción de pensar que esto se ha terminado.

Ninguno de los que estábamos en la habitación miraba fijamente a nadie. Me pregunté, durante un segundo, si alguien se acordaría de que me estaba muriendo literalmente en el suelo.

—En fin, tú sigue adelante y saca la basura —dijo Lucien—. Por lo que veo, el antídoto espera en la puerta.

Un chasquido y Lucien desapareció.

—Yo estaba al corriente de su plan —aseveró Bryony en medio del silencio—. Lo sabía desde el principio.

—Para nada —dijo Holmes mientras apretaba el arma sobre la sien de la enfermera—. Se te da fatal mentir. Qué triste que me hayas hecho recurrir a las armas, ¡menuda bajeza! Milo, átale las manos. Espero que estés listo para llevártela... adónde sea. No quiero saberlo.

—Prometo no decírtelo —aseguró Milo, con un tono de voz que sugería que ya había dicho eso mismo muchas otras veces. Le ató las manos limpiamente con unas bridas, le colocó su propia pistola en la nuca y la guio a través de la puerta.

Me había perdido algo. Pero, claro, había muchas cosas que no sabía.

—Holmes —conseguí articular, pero Peterson escogió ese minuto para entrar. Con una precisión brutal, se sacó una jeringuilla del bolsillo, le dio la vuelta a mi brazo, encontró una vena y me la clavó.

—Señor —me dijo respetuosamente, y nos dejó a los dos solos.

—Hola —dijo Holmes, y se agachó a mi lado—. Tienes un aspecto terrible. Siento no habértelo contado todo, pero necesitaba...

—... que mi reacción fuera auténtica —añadí, tosiendo con una sonrisa en la cara.

—Exacto.

—Holmes —repetí.

—¿Qué?

—¿Hospital?

Asintió gravemente, como si aquella idea no se le hubiera pasado por la cabeza hasta ese momento.

—Sí, creo que eso sería lo más inteligente.

Capítulo 12

Cinco días después

—¿Cuándo es tu vuelo? —preguntó Holmes, jugando con los extremos de mi bufanda—. Podrías volver con Milo y conmigo esta noche. La oferta sigue en pie. —Su hermano había reservado un sitio para mí en el *jet* de su empresa.

—Me encantaría —respondí—, pero creo que le debo unos cuantos días más a mi padre después de todo el jaleo. Volveré a Londres el fin de semana que viene.

Aún seguía, como era comprensible, muy enfadado conmigo por no haberle contado que casi me muero. Desde que había vuelto a casa para recuperarme, le había visto esforzarse por averiguar cómo debía sentirse. Un minuto me rogaba, con las manos juntas como un colegial alegre, que le describiera el rostro de la enfermera Bryony aquel día en el apartamento («¿Era más como el de una víbora o el de una asesina?») y al siguiente me prohibía que saliera a por el correo porque era muy peligroso con Lucien Moriarty aún suelto. A mi padre le gustaba leer sobre aventuras y hablar de ellas bebiéndose una copa de *whisky*. Disfrutaba, incluso, pensando que su hijo las tenía..., hasta cierto punto.

En esa última semana, yo había sobrepasado ese punto y me había precipitado sobre un océano angustioso.

—Bueno —había dicho mi padre mientras se limpiaba las gafas—, supongo que tienes ganas de volver con tu madre y tu hermana.

—Así es —le había respondido yo con sinceridad.

—E imagino que no querrás volver aquí en primavera, cuando el colegio reabra sus puertas.

No me había mirado mientras lo decía.

—En realidad, he oído que alguien me consiguió una beca completa para todo el curso. —Entonces reprimí una sonrisa—. Y aunque el profesor de escritura creativa dejó algo que desear, sí que he conseguido hacer uno o dos amigos. Además, he descubierto que mi madrastra hace unos macarrones con queso impresionantes.

Los ojos le brillaron.

—Ah.

—Papá —le dije—. Aunque tus métodos han sido un poco odiosos, bueno, estar aquí me sigue haciendo feliz.

Me dio unas palmaditas en el brazo.

—Eres un buen hombre, Jamie Watson.

Incluso puede que fuera verdad. Al menos lo estaba intentando.

Los dos lo intentábamos.

—Bueno, si te quedas, puedes sustituirme como oponente de Robbie en el Mario Kart —comentó Holmes con una sonrisa irónica—. Ese mocoso es muy bueno. Aunque estoy acostumbrada a jugar sola, así que a lo mejor es que resulta fácil ganarme. A Milo nunca le interesaron los juegos.

—¿Tenías una Wii? —pregunté, incrédulo.

—Pues claro. —Arqueó las cejas—. ¿Por qué no iba a tenerla?

Negué con la cabeza a modo de respuesta.

Llevábamos en casa de mi padre desde mi breve estancia en el hospital. Después de que me dieran el alta, el doctor Warren se había instalado en un hotel colindante y venía todas las mañanas a examinarme. Aunque, más allá de una persistente sensación de cansancio (dormía catorce horas cada noche), un brillo enfermizo en la piel y un temblor en las manos, estaba realmente curado.

A pesar de mi perfecto estado de salud, Holmes se había nombrado a sí misma mi niñera particular, lo que significaba que me servía interminables cuencos de sopa insípida (la regla número 39 por fin asomaba su terrible cabeza), y litros y litros de agua mientras permanecía confinado en el sofá del salón. Además, mantenía la habitación a oscuras, a los niños alejados de mí para que no me molestaran (cuando en realidad habrían sido una agradable distracción) y la televisión rotundamente apagada. Apenas podía levantarme sin que ella apareciera junto a mi codo, lista para ordenarme que volviera a tumbarme. Cuando le pregunté, lastimeramente, si podía darme una ocupación, me trajo una biografía de Louis Pasteur que yo me apresuré a utilizar como posavasos («¡Pero si inventó las vacunas!», gimoteó cuando vio las marcas del agua sobre la cubierta).

Pero aquello no significaba que no tuviera visitas. La señora Dunham vino con el primer libro de poemas de Galway Kinnell como regalo. Solo le hizo falta una mirada —la verdad era que me parecía a un demonio necrófago— para echarse a llorar, lo que, extrañamente, me pareció bien. Quizá suene ridículo, pero después de varios meses sin que nadie se preocupara por mí (mi padre claramente incluido), tener a alguien que hiciera un drama por esto resultaba cuanto menos agradable.

El detective Shepard también se acercó, hecho un manojito de nervios, exhausto y soltando bravuconerías. Después de echarle la bronca a Holmes durante una buena media hora por su comportamiento tan poco profesional —«¡Te enfrentaste a una asesina! ¡En su propia casa! ¡Sin decírselo a la policía y con tu mejor amigo muriéndose a tus pies! ¡Y ahora no tenemos nada para demostrarlo!»—, se detuvo para coger aire y Holmes sacó un *pen drive* de su bolsillo interior.

—¡Has grabado la confesión! —exclamó el detective débilmente.

Holmes sonrió.

—En realidad, fue mi hermano, pero sí, pensé que a usted le gustaría. Aunque deduzco que tendrá dificultades para encontrar a Bryony Downs, antes Bryony Davis. Milo la ha hecho... ¿cuál sería la palabra? Oh, ya sé: la ha hecho desaparecer.

—Holmes... —siseé. ¿No se suponía que eso era un secreto de estado?

—¿Qué?

Estaba claramente disfrutando con aquello. Pero el detective no.

—Por cierto, creo que hay algo que debería saber sobre mi profesor de escritura creativa —recordé entonces.

—¿Algo más? —espetó Shepard cuando terminé de contárselo—. ¿Algún código para misiles, quizás, que os encontrarais por casualidad? ¿No? Genial.

Se marchó enfadadísimo dando un portazo.

—Dudo que vuelva a pedirnos que le ayudemos a resolver futuros crímenes en el soleado estado de Connecticut —musitó Holmes—. Una lástima...

Lena también vino de visita. Ataviada con su abrigo de colores, se encaramó en el extremo final del sillón de mi padre y nos puso al día de los cotilleos que nos habíamos perdido. Tom había venido con ella, pero Holmes le había prohibido pasar más allá de la puerta. Nos dijo que Tom y ella seguían juntos. Holmes forzó una sonrisa que se convirtió en auténtica cuando Lena le

preguntó si podía ir a verla durante las vacaciones.

—Serán unos días en enero —dijo Lena despreocupadamente—. Atravesaré el país para volver al colegio y he pensado que sería divertido decirle a mi piloto que necesito hacer una escala larga. ¡Podríamos vernos!

A Holmes y a mí nos pareció bien. Después de todo, Lena siempre me había gustado.

Durante las tardes más tranquilas, cuando nadie venía de visita, repasaba los últimos meses de mi diario, hojeando las notas que había tomado, las alocadas teorías que había tenido sobre el asesinato de Dobson, la lista de posibles sospechosos, que ahora parecía tan irrisoria... Y añadí los bocetos de algunas escenas: el tarro de dientes que Holmes tenía en un estante del laboratorio, la forma en que cerraba los ojos mientras bailaba, mi chaqueta de cuero alrededor de sus hombros, el aspecto que tenía mi nervioso padre cuando me había encaminado hacia él por primera vez en años. Todo empezó a conformar una historia, con varios hilos argumentales, que yo quería que continuara sin un final visible.

Puede que Charlotte Holmes siguiera aprendiendo a desmenuzar un caso y yo, a narrar historias —no éramos ni Sherlock Holmes ni John Watson—, pero eso no me importaba. Además, teníamos cosas que ellos no tenían, como la electricidad, las neveras y el Mario Kart.

—Watson, no hace falta que finjas que me has perdonado —dijo Holmes.

Aquello salió de la nada.

—¿A qué te refieres?

—A... a lo que le hice a August. A no contarte toda la verdad... otra vez. ¿Sabes qué? En el futuro, detenme cuando crea que estoy siendo inteligente, porque estaré cavando mi propia tumba sin darme cuenta. Si los dos hubiéramos conocido todos los detalles desde el principio de este desastre...

—Eso es suponer mucho —dije—. Holmes, te he perdonado. Tienes todo mi perdón incluso cuando me vuelves loco, ¿lo sabías?

—Te has visto involucrado en esto por mi culpa —replicó—. La enfermera Bryony me estaba haciendo expiar mis pecados y te utilizó para llegar hasta mí.

—Eso significa que el siguiente crimen no tendrá nada que ver con ninguno de los dos. Será el bondadoso robo de un coche. En otro país. Con clima cálido. Lo resolveremos con mucha calma, tumbándonos en la playa entre los interrogatorios y bebiendo margaritas.

—Gracias —dijo, muy seria.

—No me des las gracias, eres tú la que va a comprar los billetes de avión. —Me eché sobre el sofá y coloqué la cabeza sobre su regazo—. Fiyi es muy caro.

—Yo no quiero ir a Fiyi, quiero ir a casa. —Me pasó las manos por el pelo—. Jamie.

—Charlotte.

—Ven pronto a casa. Londres no será Londres si tú no estás allí.

—Nunca nos hemos visto en Londres.

—Lo sé. —Me miró con sus ojos resplandecientes—. Intento cambiarlo.

Epílogo

Tras leer el relato de Watson sobre el caso Bryony Downs, me veo en la necesidad de hacer unas cuantas correcciones.

O quizá sean más de unas cuantas.

Para empezar, su narración ofrece una visión tan profundamente romántica, sobre todo en lo que se refiere a mí, que la forma más eficaz de acabar con los errores más metafóricos sería haciendo una lista.

A saber:

1. Cuando hablo, no me parezco a Winston Churchill. Sueno como Charlotte Holmes.

2. ¿Por qué demonios tiene Watson que ponerle nombre a mis esqueletos de buitre? No se merecen tener uno, son *objetos*. Además, uno de ellos intentó matar a Ratona (fue una combinación de las vacaciones en California, una gata muy perezosa y que los buitres no tienen sentido del olfato), lo que me enfadó mucho y es la razón de que esas dos tonterías estuvieran colgadas en el laboratorio hasta que explotaron. Y, para que conste, eso no me molestó en absoluto.

3. Fui al baile de bienvenida con Watson porque la amiga de Lena, Mariella, se lo habría pedido si yo no me hubiera adelantado, y es una chica que se zampa a los chicos como él para desayunar antes de usar sus huesos como hilo dental (véase punto número 2: cóndores californianos). Le comenté a Lena que lo invitaría y luego se me olvidó decírselo al propio Watson hasta que fue demasiado tarde, no porque me avergüence del placer que me produce bailar o la música pop, sino porque estaba ocupada. Para ser más precisa, estaba ocupada estudiando la velocidad a la que se coagula la sangre dentro de un iPhone. Tuve que extraerme bastante para las muestras del ensayo, después me vi obligada a echarme una siesta por su pérdida y, por último, tuve que pagarle a Lena por el teléfono ensangrentado. (No le importó. Incluso me dejó sacarle algo de sangre. La mía es 0 negativo y la suya 0 positivo, lo que resultó ser una grata simetría.) Todo aquello era muy interesante, a diferencia del baile, y solo fui a buscarlo cuando mi tubo de ensayo explotó. La sangre nunca se fue del techo por completo.

4. Tom tenía un aspecto espantoso con el traje azul claro. En esto, como en muchas otras cosas, Watson es demasiado amable. Nunca lo corregí en este asunto porque al menos uno de los dos debería serlo. Amable, quiero decir.

Supongo que el resto de su narración es más o menos tolerable, si paso por alto la proliferación de los adjetivos. Claro que, al parecer, por Jamie Watson soy capaz de ignorar muchas cosas. Le gusta bastante ver capítulos antiguos de *Expediente X*, que, a mi entender, es una serie sobre un hombre terriblemente idiota (muy atractivo, no obstante) y unos alienígenas. Si finjo que no hay sonido, resulta soportable. Empezamos a verla cuando Watson aún estaba en el hospital y, aunque ya hemos devorado tres temporadas, no muestra señales de que quiera que paremos. Lo mismo le ocurrió con los restaurantes de *curry* de Londres durante nuestros primeros días allí; me había contado un montón de tonterías sobre los poderes curativos del pollo *jalfrezi*. Pero es incapaz de comer comida india sin mancharse la ropa de salsa roja (he empezado a llevar conmigo siempre un quitamanchas).

Estoy realizando toda clase de investigaciones químicas sobre el veneno de serpiente. Pretendo haberlo descubierto todo para finales de mes. Mientras Watson estuvo enfermo, aprendí cuanto hay que saber sobre las ostras, porque el padre de Watson nos las puso para cenar en su casa y estaban deliciosas. Durante esa cena, Abbie Watson me pidió que cuidara de sus dos hijos pequeños mientras ella iba a hacer la compra al día siguiente (muy probablemente porque soy una chica y asume que eso es lo que hacemos para ganar dinero). Accedí y, como les enseñé a hacer bombas con estiércol y les expliqué cuáles eran los mejores sitios para esconderlas, no volvió a pedírmelo. Al padre de Watson le hizo mucha gracia, y al propio Watson también, aunque se niega a admitirlo. Sé que esconde una sonrisa cuando sus labios se curvan como si se estuviera comiendo un limón. A veces digo cosas espantosas simplemente para ver cómo lo hace.

No se han producido más asesinatos, lo que resulta un tanto aburrido, pero solo ha pasado una semana desde que cerramos nuestro último caso. Se llevó a cabo una investigación oficial sobre los actos del señor Wheatley que dio como resultado que lo despidieran; por su parte, a Tom solo le expulsaron temporalmente. Watson insiste en perdonar a su antiguo compañero de cuarto, pero a mí me parece un poco absurdo. Tom y él mantuvieron una conversación telefónica exageradamente larga y emotiva que yo escuché palabra por palabra desde la habitación contigua. Dicho esto, no me gusta ver a Watson molesto y he decidido guardarme mi opinión al respecto. Como dicen los estadounidenses: tenemos cosas más importantes que hacer.

Estoy bastante segura de que Bryony Downs está muerta, aunque le permito a Watson que siga creyendo que se encuentra bajo la custodia de Milo. Creo de verdad que mi teoría quizá sea la más benévola. En cuanto a August Moriarty, me envió una tarjeta por mi cumpleaños. Nada más que añadir.

Han localizado a Lucien Moriarty en Tailandia. Le pedí a mi hermano que le pusiera un microchip, como los de los perros, pero se negó en rotundo. Ergo, dependemos de los agentes de Milo para rastrear sus movimientos.

Volveremos a Sherringford en primavera. La beca de Watson está pagada para todo el curso, de manera que hemos decidido quedarnos. Su familia no tiene dinero y a mí me da igual estudiar en un sitio o en otro porque mi trabajo más importante lo realizo de forma independiente. Milo se mostró de acuerdo en que sería mejor, por ahora, que me quedara aquí, aunque mis padres, claro está, se disgustaron.

Lo de contrariarlos empieza a gustarme.

Llevo una semana limpia y no deseo comunicar ningún detalle más al respecto.

Una última cosa sobre Watson: se flagela demasiado, como muestra esta narración. Y no debería. Es encantador, cariñoso, bastante valiente, un tanto descuidado con su propia seguridad y, en todos los sentidos, el mejor hombre que jamás he conocido. He descubierto que soy muy lista al preocuparme por él y, como consecuencia, pienso seguir haciéndolo.

Dentro de unas horas le pediré que pase el resto de las vacaciones de Navidad en nuestra casa familiar de Sussex (tengo que acordarme de decírselo a mis padres, aunque indudablemente ya habrán deducido mis intenciones). Mi siempre entretenido tío Leander vendrá de visita. Iremos a la caza de un buen asesinato o, como mínimo, buscaremos algún robo interesante que resolver. Watson dirá que sí, estoy segura. Siempre me dice que sí.

Notas

Todas las notas son de la traductora.

Capítulo 1

Maul: Jugada en la que un oponente agarra al jugador que lleva la pelota pero no llega a derribarlo.

Capítulo 2

Ivy League: Nombre que recibe el conjunto de las ocho universidades más prestigiosas y cotizadas de Estados Unidos.

Baritsu y tú: Bartitsu es el nombre que recibe un arte marcial que empleaban los caballeros del siglo XIX y principios del s. XX como defensa personal. Aparece en uno de los libros de sir Arthur Conan Doyle (como baritsu) para explicar la razón por la que Sherlock Holmes sobrevivió a su caída por la cascada de Reichenbach.

Capítulo 5

Thundercats: Grupo de felinos alienígenas que protagonizaban la serie de televisión estrenada en la década de 1980 del mismo nombre.

Capítulo 7

Enciclopedia Brown: Serie de libros, famosa en Estados Unidos y escrita por Donald J. Sobol, en la que un niño detective investiga delitos de toda clase gracias a sus amplios conocimientos.

Singlestick: Arte marcial que se practica con un palo de madera y que tiene su origen en el entrenamiento que realizaban los marineros para aprender a usar la espada.

Fort Knox: Base militar estadounidense en la que se custodian las reservas de oro de ese país.

N'est-ce pas?: «¿No te parece?», en francés en el original.

Kurt Vonnegut (1922 – 2007) fue un escritor estadounidense de novelas de ciencia ficción.

Capítulo 9

Laffy Taffy Eterno: Un Laffy Taffy es un caramelo masticable que se vende principalmente en

Estados Unidos.

Capítulo 11

Fraggle Rock: Serie de televisión muy popular en los ochenta protagonizada por unos muñecos de tela que vivían en las cuevas de Fraggles Rock, de ahí su nombre.

Agradecimientos

Juego: *The Game* (en inglés) es como se conoce al juego o entretenimiento en el que participan algunos aficionados de las novelas de Sherlock Holmes. Consiste en revisar las historias en busca de anomalías y en explicar los detalles que se dan por hecho en ellas, como si hubieran sucedido de verdad y los personajes hubieran sido reales.

Agradecimientos

En primer lugar, muchísimas gracias a mi fantástica editora, Anica Rissi, por su vista felina, sus correcciones y su fe en este libro. Estoy en deuda contigo. Gracias a Alexandra Arnold y al resto de personas de Katherine Tegen Books y HarperCollins. Me siento toda una afortunada por ser una de las autoras de Katherine Tegen.

A Lana Popovic, mi extraordinaria agente, editora y amiga. Me has animado en cada paso del camino y sé con seguridad que esto no sería un libro de no ser por ti. Gracias, desde el fondo de mi corazón, por darme una oportunidad.

Muchas gracias a Terra Chalberg por abogar por este libro en el extranjero y al resto de personas que forman Chalberg and Sussman, una agencia maravillosa.

Gracias a mis amigos Chloe Benjamin, Rebecca Dunham, Emily Temple y Kit Williamson por motivarme y ser unos lectores increíbles, y a mis profesores de la universidad Liam Callanan y Judy Mitchell por decirme que podía hacerlo. Y a Ted Martin por su paciencia infinita a la hora de tratar temas sherlockianos conmigo.

Le debo muchísimo a William S. Baring-Gould por sus estudios sobre Sherlock Holmes; su novela *Sherlock Holmes de Baker Street* fue inestimable y he llenado esta novela con referencias a su trabajo rebosantes de cariño. Gracias infinitas a Leslie Klinger; su *Sherlock Holmes anotado* ha descansado sobre mi escritorio, con las páginas marcadas, durante los últimos dos años. También le estoy muy agradecida al resto de expertos y escritores que han participado en este juego* antes que yo.

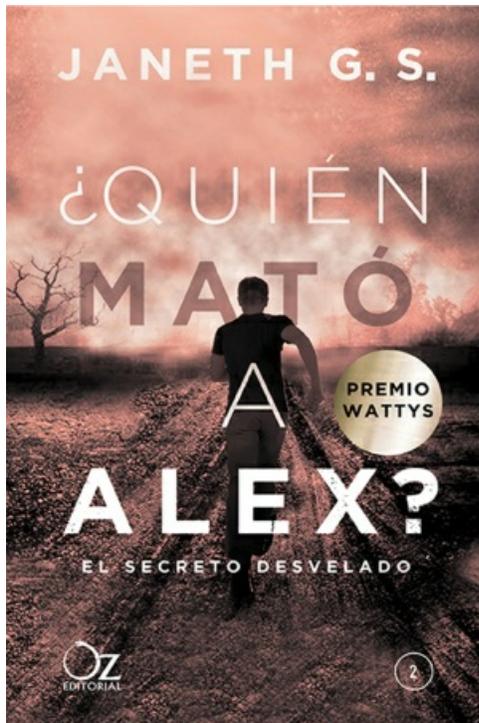
Gracias a mis padres por ser mis abanderados desde el primer día y a mi abuelo por ser el primero que puso en nuestras manos las historias de Holmes. Mi agradecimiento y cariño a Chase, por su amor y paciencia mientras ocupaba mis horas y nuestras paredes con este libro. Nunca pensé que encontraría a alguien como tú, y me siento muy afortunada de que así fuera.

Y finalmente, y lo más importante, gracias a *sir* Arthur Conan Doyle por regalarnos a todos a Holmes y a Watson. Este libro está escrito, más que por ningún otro motivo, por el cariño que les profeso.

Sobre la autora



Brittany Cavallaro es una autora estadounidense que ha llegado a las listas de más vendidos del *New York Times* gracias a su exitosa serie de novelas de Charlotte Holmes, inspiradas en los célebres casos del detective de Arthur Conan Doyle. También es autora de poesía y doctorada en Literatura Inglesa por la Universidad de Wisconsin-Milwaukee. Actualmente, Brittany enseña Escritura Creativa en la Academia de Arte Interlochen de Michigan.



¿Quién mató a Alex?

G.S., Janeth

9788416224661

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El fenómeno que arrasa en Wattpad. Más de 37 millones de lecturas. Premio Wattys. Hannah es una adolescente de dieciséis años enganchada a las redes sociales. Pero un día recibe una solicitud de amistad de Facebook de un chico llamado Alex Crowell. Al aceptarla, descubre en el muro de Alex que está muerto. Y luego pasa algo todavía más escalofriante: recibe un mensaje privado del joven donde él le pide ayuda para averiguar quién lo mató. En una trepidante investigación, Hannah descubre que hay muchas personas involucradas en su muerte. Pero contará con una ayuda inesperada, la del fantasma de Alex.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Una razón para respirar (Breathing 1)

Donovan, Rebecca

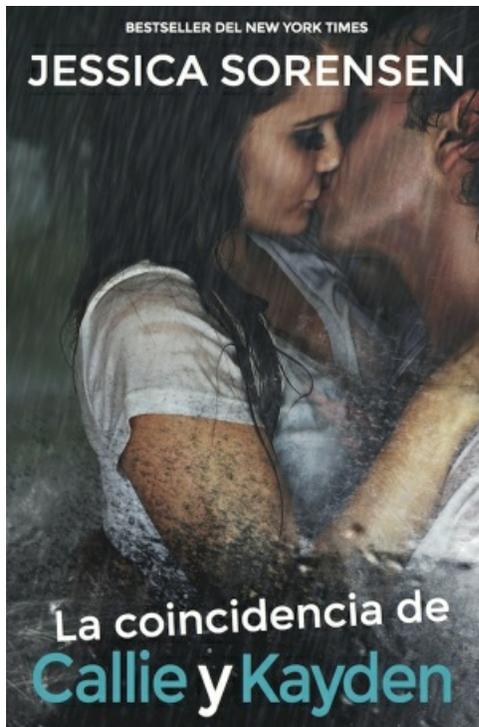
9788416224968

448 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando la esperanza es un frágil hilo, el amor es un milagro Emma Thomas es una estudiante modelo y una atleta prodigiosa, pero también es una chica taciturna y solitaria que esconde un gran secreto. Su vida no es tan perfecta como parece. Mientras los chicos de su edad se divierten, ella cuenta los días que faltan para irse a la universidad y huir de la casa de sus tíos, donde vive un infierno. Pero lo que Emma no esperaba era encontrar el amor. Un amor tan intenso que pondrá su vida patas arriba. Y, entonces, esconder su secreto ya no será tan fácil."Una serie desgarradora pero llena de esperanza que me ha cautivado de principio a fin."Colleen Hoover, autora best seller del New York Times"Una lectura intensa, emocionante y maravillosa."Megan J. Smith, autora best seller del USA Today

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La coincidencia de Callie y Kayden (La coincidencia 1)

Sorensen, Jessica

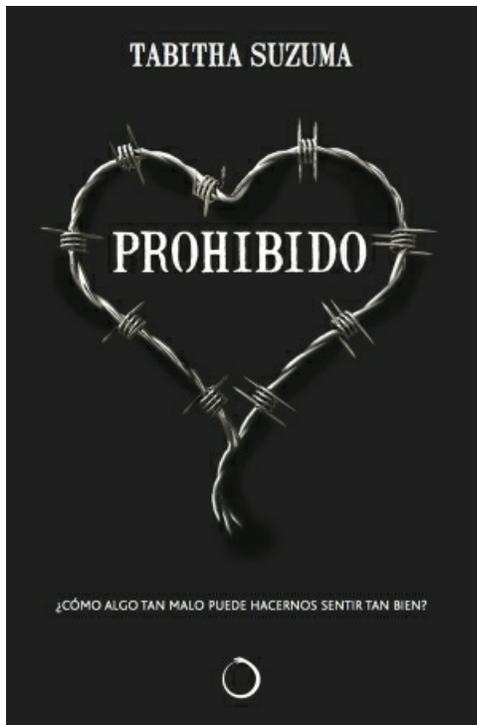
9788416224029

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Callie nunca ha creído en la suerte. No desde que cumplió 12 años, cuando todo le fue arrebatado. Después de que pasara lo peor, prometió que nunca se lo contaría a nadie. Ahora, seis años después, todavía lucha contra ese doloroso recuerdo que amenaza con consumirla. Para Kayden, la única manera de sobrevivir a los maltratos de su padre es obedecer. Pero una noche, un terrible error está a punto de destrozar su vida y Callie aparece a tiempo para evitar que caiga en el abismo. Cuando el destino les hace coincidir de nuevo en la universidad, Kayden está decidido a conocer a la preciosa chica que le salvó. Tranquila y reservada, Callie tiene miedo de dejar que otra persona entre en su mundo, pero Kayden está convencido de que Callie ha vuelto a su vida por un motivo. Sin embargo, esta vez es ella quien necesita ser salvada.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Prohibido

Suzuma, Tabitha

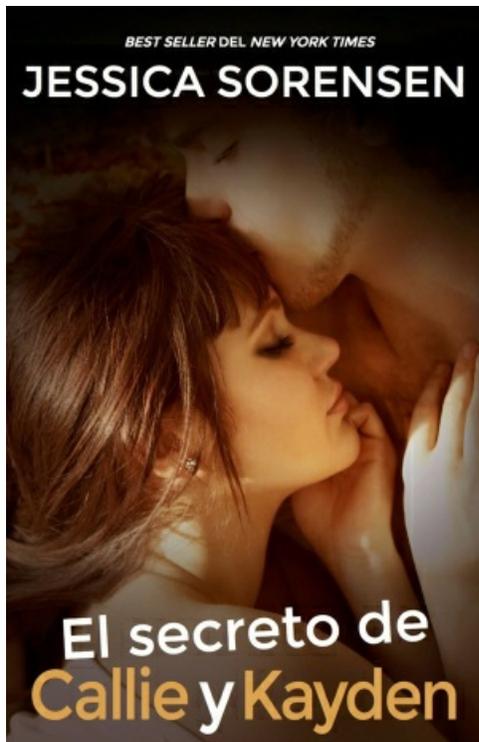
9788416224104

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"No podemos, si empezamos, ¿cómo vamos a pararlo?" Lochan y Maya de diecisiete años, siempre se han sentido más amigos que hermanos. Ante la incapacidad de una madre alcohólica y la ausencia de un padre que los abandonó, deben hacerse cargo de sus hermanos menores y esconder su situación a los servicios sociales. Esa responsabilidad les ha unido, tanto, que se han enamorado. Saben que su relación está mal y que no puede continuar, pero al mismo tiempo no pueden controlar sus emociones y la atracción les domina. Su amor es un amor prohibido, y si alguien descubre su secreto, no habrá un final feliz para ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El secreto de Callie y Kayden (La coincidencia 2)

Sorensen, Jessica

9788416224128

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Crees que el amor puede salvarte la vida? Callie quiere estar cerca de Kayden. Quiere volver a besarle y perderse entre sus brazos como la primera vez que estuvieron juntos. No entiende por qué ahora se ha alejado, pero hará todo lo posible para volver con él. Kayden está loco por Callie, la pequeña chica morena que acapara todos sus pensamientos. No sabe cómo enfrentarse al hecho de querer tanto a alguien y eso le asusta. Es incapaz de ser sólo su amigo y no sabe si está preparado para algo más. Tendrá que ser ella quien le haga ver que su destino es estar unidos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)